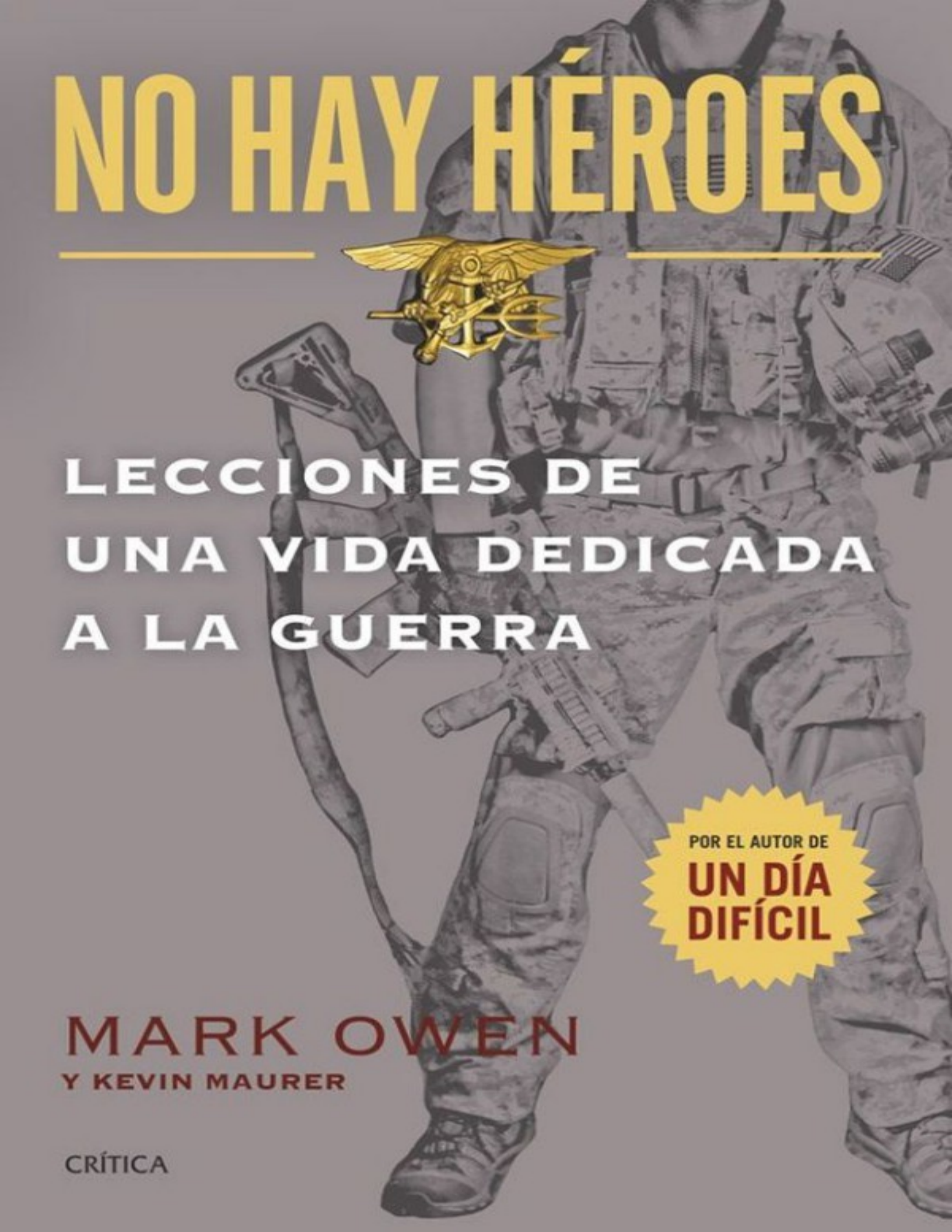
NO HAY HÉROES



LECCIONES DE UNA VIDA DEDICADA A LA GUERRA

POR EL AUTOR DE
UN DÍA DIFÍCIL

MARK OWEN
Y KEVIN MAURER

CRÍTICA

Índice

Portada
Nota del editor
Prólogo
1. Ganarse la camiseta
2. Cómo nadar 50 metros bajo el agua sin morir
3. Un mundo de cuatro palmos
4. La prueba de la capucha
5. Regreso dudoso
6. El montaje
7. Valoración crítica de las actuaciones
8. Disparar, moverse y comunicar
9. Seguir al compañero
10. Cómodos en la incomodidad
11. Atento a los zapatos
12. Matar
Epílogo
Fotografías
Notas
Créditos

Nota del editor

El autor puso este manuscrito a disposición del Departamento de Prepublicaciones y Seguridad del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos para su revisión. Parte de los materiales no esenciales del libro fue eliminada o reelaborada durante dicho proceso. En aquellos casos en que no se logró alcanzar un acuerdo entre el autor y el Departamento, los pasajes aparecen tachados. Todos los nombres del libro son falsos, por motivos de seguridad.

Los puntos de vista expresados en esta publicación son del autor del libro y no reflejan necesariamente la política o las posturas del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Prólogo

Cuarenta nombres

Me encontraba en mi casa, en Virginia Beach, en estado de alerta, cuando empezaron a llegar los mensajes.

Era agosto de 2011 y la ciudad estaba llena de turistas. Cada día, en el coche, me cruzaba con los veraneantes que se dirigían al océano para pasar el día en la playa. Me mantenía a cierta distancia del paseo marítimo —la zona que discurre paralela a las playas—, donde las tiendas de camisetas y los circuitos de minigolf atraían a los turistas quemados por el sol. Los veraneantes exhibían un ánimo playero, pero yo solo podía pensar en Afganistán y en mi próximo despliegue.

Había terminado por fin la parafernalia con los dignatarios y líderes políticos. Ahora, con perspectivas de volver a salir del país, la impaciencia me devoraba, listo ya para volver al trabajo. Pero antes debería sobrevivir a la alerta.

El estado de alerta era lo peor.

Todo eran «acelerones», uno tras otro. Recibíamos un informe semanal sobre los últimos datos de la inteligencia desde las zonas más conflictivas del mundo, lo cual resultaba aún peor. Todos nosotros queríamos actuar, llevar a cabo misiones reales. Sin embargo, en la unidad de alerta solo podíamos planificar campañas que, probablemente, jamás llegarían a término. En el extranjero era habitual participar en una misión, trazar un plan y, a las pocas horas, ejecutarlo. Sin embargo, en alerta, la mayor parte de operaciones en

las que tomábamos parte eran acciones de urgencia, improvisadas, que acabarían perdiéndose en la nada.

Nos aceleraríamos y planificaríamos la operación para acabar frenándolo todo cuando Washington se decantase por otra opción o la zona de conflicto se hubiera enfriado. Por añadidura, vivíamos en casa, pero el tiempo que pasábamos en familia, con los nuestros, era muy escaso. Debíamos mantener las distancias con ellos porque nunca sabíamos cuándo partiríamos, sin previo aviso. Yo pensaba en los míos como durante los despliegues. Para mí, formar parte de la unidad de alerta era como haber partido, aunque mis padres pudieran telefonearme.

Sabía que al resto de los compañeros les sucedía lo mismo. Nuestro único deseo era pasar a la acción.

Estaba ya avanzada la tarde y acababa de terminar mi cena. En periodo de alerta, se suponía que no debíamos beber ni celebrar fiestas. Lo último que quería nadie era aparecer borracho para una posible misión. Se presentaba una noche sin alicientes frente al televisor, cuando recibí una serie de mensajes de texto sobre un accidente de helicóptero. Todos decían lo mismo.

«Ha caído un CH-47 en Afganistán. ¿Nuestro?»

Era lo que llamábamos un *rumint*,[1] una mezcla de noticia real y rumor que, por lo general, acababa en una tontería. Por desgracia, en esta ocasión resultó ser cierto.

El primer mensaje bastó para activar mis pensamientos. Si era verdad, no importaba que fueran SEAL, Delta o de las Fuerzas Especiales. Eran compañeros de equipo en la misma batalla. Llamé a un buen amigo que estaba en el escuadrón destinado en el extranjero. Él no había partido con su equipo; se había quedado en casa cuidando de su madre, enferma. Pensé que tal vez podría disponer de más información.

Sin respuesta.

Seguí buscando en la agenda telefónica y llamé a todo aquel que pudiera saber más del suceso. Entonces me llegó la confirmación.

«Era nuestro.»

La noticia me sacudió como una descarga eléctrica. Vi en mi cabeza la imagen de todos mis colegas de aquel escuadrón. La información se fue propagando y el teléfono no dejaba de zumbar. Llegaba siempre el mismo mensaje.

«Era nuestro.»

Me dolía el estómago. No podía continuar sentado. Caminé por la cocina, arriba y abajo, con la cabeza hundida sobre el teléfono, repasando los mensajes, anhelando más información pero asustado ante cada nuevo aviso. Sabía que todos mis colegas se habían presentado voluntarios en muchas ocasiones para estar justo allí, haciendo precisamente eso. Yo mismo podría haberme encontrado perfectamente a bordo de la aeronave. ¡Maldita sea! Si habían pasado tan solo unos meses desde mi propio accidente de helicóptero... Pero aguardar las noticias desde casa estaba resultando más duro; una sensación demasiado familiar para muchas de nuestras esposas y novias.

Pasado un rato no pude continuar solo. Cogí de la nevera un paquete de doce cervezas y fui caminando hasta la casa de un compañero SEAL. Esa noche necesitaríamos unas cuantas botellas.

El sol se ocultaba y las calles estaban desiertas. Al pasar frente a los escasos edificios que había hasta la casa de mi amigo, fui observando el vecindario. Era una urbanización nueva, con pocos árboles. Grandes casas de ladrillos se asentaban sobre cuidados jardines de hierba. Durante el fin de semana, veía a mis vecinos emplearse a fondo, segando sus céspedes y cuidando los arbustos hasta dejarlos perfectos. Las calles cobraban un aire de paz. La mayoría de mis vecinos vivían totalmente ajenos a lo que yo, o

cualquiera de los chicos que vienen a mi casa, llevamos a cabo estando de servicio. Al pasar ante las casas, tenía la certeza de que mis vecinos andaban pensando en la planificación de sus vacaciones, en sus cuentas o en qué partido de béisbol verían aquella noche. Me sorprendió la enormidad de la grieta que se abría entre las vivencias de aquellos hogares y las de Afganistán. Era consciente de que mis vecinos se preocupaban por los soldados y los apoyaban, pero ellos no tenían ni idea de cómo era todo aquello, ni sabían con qué frecuencia arriesgaban sus vidas mis compañeros. En casa, por lo general, no había sitio para la guerra en las vidas cotidianas de la gente, salvo entre aquellas familias que esperan el regreso de su marine o de su soldado.

Nunca comprenderían cuánto sacrificio realizaba nuestro Ejército a diario. Yo no podía hacer nada por cambiar eso y, realmente, aquella noche tampoco importaba. El sacrificio ya estaba hecho. Ahora nos correspondía a nosotros asegurarnos de que no cayera en el olvido. La falta de vínculo entre los que nos jugábamos la vida y el resto del país nunca fue tan descarnada como en aquella tranquila noche.

Cuando llegué a casa de mi amigo, me abrió la puerta él mismo y su rostro mostraba una expresión de dolor igual a la mía. Asintió, sin más, y me indicó que pasase. Fui en silencio hasta el frigorífico y dejé las cervezas. Cogí dos botellines y rápidamente nos retiramos a la terraza posterior, dejando a la familia sola en el salón.

Quité la chapa de mi cerveza y di un buen trago. No sabía a nada. Yo solo buscaba los efectos. Mi compañero bebía en silencio y revisaba los mensajes del teléfono. Estuvimos un rato sentados. Ninguno de los dos pronunció una palabra. El helicóptero iba repleto de amigos y ahora se habían ido todos. Era como si nos hubieran inmovilizado, porque nuestro único deseo era actuar, pero no podíamos hacer nada.

El sol ya se había puesto y en la terraza reinaba una oscuridad absoluta. Apenas podía distinguir el rostro de mi compañero entre las sombras. Él no se molestó en encender la luz trasera. Creo que

ambos agradecimos aquella oscuridad. De algún modo, sirvió para mitigar el sufrimiento.

Los políticos y los medios llevaban meses alabando a los equipos SEAL por la misión de Osama bin Laden. No sé cuántas veces había oído pronunciar la palabra «héroe». «Héroe» no es un término de uso frecuente y, en nuestra comunidad, había llegado a quedar vacío de significado. Ahora todo el mundo era un héroe.

Las bajas no pesaron de verdad hasta que en la pantalla del iPhone empezaron a aparecer nombres.

Fuimos apurando nuestras cervezas, una tras otra, al tiempo que contábamos historias de los chicos del helicóptero. Ambos hicimos un esfuerzo por recordar las mejores anécdotas de cada uno, las más divertidas. Rebuscamos entre los recuerdos cualquier cosa que pudiera hacernos reír. Mi amigo estaba dentro, cogiendo otro par de cervezas, cuando leí otro nombre en la pantalla.

Ray.

Fue como una patada en el estómago. Dejé el móvil en la mesa y empecé a pasear por el entarimado de la terraza. A Ray lo había visto por primera vez en 1999, en la playa de San Diego. Los dos estábamos a punto de empezar el BUD/S, el curso de preparación de los SEAL. Él había estudiado en una universidad de Luisiana. Hizo todo un curso antes de ceder al deseo de convertirse en SEAL. Yo llegué a la universidad y allí sucumbí a mi comezón de toda la vida. Recuerdo estar junto a Ray, en la arena, mirando las olas y escuchando los gritos de nuestro instructor. Ray tenía un aspecto decidido, de concentración. El ruido y el caos no parecían afectarle lo más mínimo.

Antes de conocerlo bien, Ray transmitía una impresión de calma. A diferencia de mí, él era un atleta nato. En el instituto, había jugado en el equipo de fútbol y tenía un físico delgado, propio de un deportista. Con el tiempo, vería que Ray sobresalía de forma natural en la mayoría de las pruebas físicas a las que los instructores pudieran someterlo. Su robustez era el fruto de su constancia. En cualquiera de nuestras tareas —nadar, las carreras en la playa o las

de obstáculos—, él siempre terminaba el primero del pelotón, o entre los primeros, independientemente de las condiciones.

Ambos finalizamos el BUD/S en diciembre de 1999. A Ray lo destinaron al Equipo Tres. Yo acabé en el Cinco. Como los dos vivíamos en San Diego, nos veíamos siempre que había ocasión. Sin embargo, con nuestras apretadas agendas, lo más frecuente era que estuviéramos en extremos opuestos del mundo.

Ray tenía siete vidas, como los gatos.

Alguna de sus actuaciones más apuradas se habían convertido ya en leyenda. Pocos meses antes del proceso de selección e instrucción (S&T en sus siglas inglesas), le habían disparado en el cuello. Participaba en un despliegue de seis meses en Guam, con el Equipo Tres de los SEAL. Había salido con unos muchachos al bar, a festejar la Navidad. Tras un pequeño altercado con unos oriundos de la zona, Ray y sus colegas SEAL decidieron dejarlo correr. Subieron a un taxi y estaban ya de camino a la base cuando uno de los tipos del bar se asomó por la ventanilla de un coche vecino y abrió fuego.

Las balas traspasaron las ventanillas del taxi. Una de ellas alcanzó a Ray en el cuello y lo atravesó limpiamente. A Larry, otro SEAL que viajaba en el taxi, le dieron en la oreja. La bala salió por la nariz. El taxista los trasladó a toda prisa al centro hospitalario. Ray contuvo la sangre con su propia camisa y entró en urgencias para ser atendido.

Transcurridos dos meses, se presentó al S&T. Estaba en mi clase e hicimos el curso juntos, pero igual que al finalizar el BUD/S, acabaron asignándonos a diferentes escuadrones.

Ahora Ray estaba muerto. Yo aún no podía creerlo.

Mi compañero volvió con otra ronda de cervezas y me arrancó de mis ensoñaciones. Volvimos a sentarnos unos minutos más, en silencio. Los dos habíamos sacado los móviles y revisábamos los mensajes. Pero yo seguía pensando en Ray.

—Oye —dije—, ¿has visto esas filmaciones de Ray en Afganistán?

Mi compañero esbozó una sonrisa cómplice.

—De haber sido yo, ya estaría muerto —respondió.

Casi todas las mañanas, al empezar la jornada laboral y repasar el correo electrónico, nos encontrábamos con un AAR en la bandeja de entrada. Un AAR (*After Action Review*), o valoración crítica de las actuaciones, es un informe elaborado por cada uno de los integrantes de una misión, que en ocasiones incluye un seguimiento en vídeo realizado con drones, desde arriba. Todo el mundo, desde los pilotos del helicóptero, pasando por los analistas del servicio de inteligencia hasta los SEAL, estudiaba lo que había salido bien y mal durante la misión nocturna. Estos informes se distribuían al colectivo entero, de modo que todos —tanto los que participábamos en la misión como los que no— pudiésemos sacar las mismas lecciones que el equipo había aprendido sobre el terreno. Por otra parte, también daban pie a muchas charlas después de las misiones especialmente interesantes.

La misión de Ray era digna de verse. Su escuadrón había prestado servicio en Afganistán. La tropa iba en misión de asalto hacia un grupo de edificios tras un muro de adobe y, para poder cubrir a los asaltantes, Ray, uno de los francotiradores más adelantados, se había encaramado a lo alto de una construcción cercana, desde donde dominaba la vista del complejo en que se ocultaba el comandante talibán.

En el visionado de las filmaciones pude vislumbrar a los asaltantes en su silencioso avance hacia el complejo marcado como objetivo. Yo había hecho lo mismo centenares de veces, así que sabía exactamente cómo se sentían aquellos muchachos. Solo verlos ya me ponía nervioso. Sabía que todos sus sentidos estaban alerta, atentos al ruido de una puerta al abrirse o al crujido de las piedras bajo un par de Cheetah, las deportivas de caña alta, tipo Puma, que solían llevar los talibanes. Me sorprendí a mí mismo escrutando las paredes del complejo en busca de movimiento.

En los preparativos para cubrir a los asaltantes, Ray vigilaba cada paso. Estoy seguro de que se detenía ante cada crujido del

fino tejado de adobe, consciente de que un movimiento en falso podría delatar su posición a quienes pudiera haber durmiendo en la casa.

Cuando la fuerza de asalto estaba ya cerca del objetivo, desde el interior del edificio se abrió inesperadamente una puerta justo debajo de la posición de Ray y asomó la inconfundible silueta de un lanzacohetes, el delgado tubo con una cabeza cónica en el extremo delantero. Se produjo una breve pausa, unos segundos tal vez. Supuse que alguien del interior había oído a Ray en el tejado o a los asaltantes que patrullaban por el recinto. Probablemente, el combatiente talibán estaba tratando de distinguir a los SEAL que se acercaban en la oscuridad. Transcurridos aquellos segundos, el cohete salió disparado y pasó frente a los asaltantes; detonó a cierta distancia de ellos.

La onda expansiva del retroceso generada por el lanzacohetes tuvo la potencia suficiente para hundir el tejado de adobe; este se partió por la mitad, como una gigantesca boca que engulló a Ray, dejándolo caer en el centro de la casa.

Ray aterrizó sobre un montón de barro y de vigas de madera rotas. Inmediatamente vio a cinco combatientes talibanes al otro lado de una nube de polvo, empuñando rifles de asalto AK-47 y equipados con chalecos portacargadores con munición de repuesto. Había unos pocos tendidos en el suelo, inconscientes por el retroceso del lanzacohetes.

Ray solo tuvo unos segundos para decidir entre permanecer en la habitación y disparar a los cinco insurgentes o salir de la casa antes de que sus propios compañeros SEAL, que quizá no habían visto la caída, abrieran fuego contra el edificio.

Ray decidió salir.

Vio una ventana y se lanzó a través de ella. En la filmación lo vi salir despedido por la ventana y caer desplomado en el suelo, al pie del muro. Ray chilló identificándose ante sus compañeros como uno de los buenos. Esperaba que sus colegas de asalto se dieran cuenta de que no era uno de los talibanes. En el vídeo, Ray

aparecía rodando, mientras se alejaba de la ventana, y luego extraía una granada sin perder la calma. Posicionado en cuclillas bajo el hueco del alféizar de la ventana, lanzó la granada al interior de la casa. A juzgar por el material del dron, en mi opinión estaba tranquilo. Todos sus movimientos eran seguros y fluidos. De algún modo, conseguía que una cosa peligrosa pareciera fácil.

Una vez más, Ray se apartó rodando de la ventana abierta y se agachó en busca de cobijo. La granada explotó y proyectó hacia el exterior una nube de escombros que salió por el hueco del tejado. Dentro de la casa, la metralla acabó con los insurgentes.

Ray, como tantos de nosotros, llevaba más de una década de servicio en condiciones extremas. Sus acciones fortalecían la idea de que vivimos para el equipo en su conjunto y soy consciente de que ver la actuación de Ray, explotando sus capacidades al máximo, nos hizo más competentes y en el futuro salvó vidas.

Sentado en la terraza de mi compañero, deseé haber tomado una cerveza más con Ray. El resto de la noche lo pasamos hablando de los colegas recién caídos e intentamos olvidar lo demás. Lo importante no era cómo habían muerto, sino que ya no se encontraban entre nosotros.

Pocos días más tarde empezaron a llegar los detalles del accidente. Era importante que sacásemos alguna enseñanza, como habíamos hecho con la misión de Ray. Aquella noche, los fallecidos eran los integrantes de una fuerza de reacción rápida (FRA), una unidad en alerta que suele esperar cerca de alguna misión, preparada para actuar como refuerzo en cuestión de minutos, si las cosas se tuercen.

Los Rangers del Ejército habían salido en busca de un objetivo en el pueblo de Jaw-e-Mekh Zareen, en el valle de Tangi, de la provincia de Wardak. Fue un blanco ofrecido originalmente a los SEAL, pero estos lo descartaron porque la luna iluminaba demasiado el terreno y consideraron más seguro esperar a que hubiera más oscuridad. Sin embargo, los Rangers sí decidieron asumir el ataque al objetivo rechazado por los SEAL.

Iban tras un famoso líder talibán. El tiroteo estalló casi al mismo tiempo que el aterrizaje de los Rangers. Acudieron combatientes talibanes de las partes alta y baja del valle para defender el complejo. La encarnizada lucha se prolongó al menos durante dos horas, hasta que un pequeño grupo de milicianos inició la huida. Los Rangers solicitaron el apoyo de la fuerza de reacción rápida. Temían que en el grupo fugado estuviera el comandante con su escolta y no deseaban perderlo.

Cuando el helicóptero —cuyo indicativo era *Extortion Seventeen* — acudió en su ayuda, fue alcanzado en el ensamblado del rotor de popa por un lanzacohetes de uno de los insurgentes talibanes. Ray y los chicos no tuvieron ninguna oportunidad de salvarse.

Dos días después, los comandantes en Afganistán afirmaron que el combatiente responsable del lanzamiento del cohete autopropulsado había caído en el ataque con bombas de un F-16.

Eso no lo hacía más fácil.

Más tarde empezaron a circular rumores acerca de un elaborado ardid. Se decía que los talibanes habían atraído a los SEAL hacia el objetivo y que derribaron el helicóptero en represalia por el asalto a Osama bin Laden. Pero, fuera cual fuese la verdad, la realidad es que la caída del *Extortion Seventeen* fue una tragedia. Cuando la fuerza de reacción rápida recibe aviso de entrar en acción, casi siempre es porque hay problemas. Ser de la FRA es peligroso. No se cuenta con el elemento sorpresa, sobre todo si la llegada es a bordo de un Chinook CH-47 que, básicamente, es una especie de autocar volador. A veces, cuando nos llega el momento, no hay en el mundo pericia o suerte suficientes.

Aquella noche, a medida que iban llegando otros detalles, supe que muchos más compañeros habían perdido la vida en Afganistán. Treinta y ocho miembros activos murieron cuando el lanzacohetes alcanzó al *Extortion Seventeen*. Más de una docena eran SEAL. Aquel accidente constituyó la fecha más funesta de toda una década de guerra en Afganistán. La imagen de los ataúdes cubiertos con las

banderas, de camino a los servicios funerarios, quedará grabada en mi memoria para siempre.

Por supuesto, Ray no es el único amigo que he perdido en mis catorce años como SEAL. Tengo cuarenta nombres en mi agenda telefónica a quienes jamás volveré a llamar. Desde el 11 de septiembre, se han producido muchas más muertes que las de cuarenta SEAL, pero estos fueron los cuarenta a quienes tuve la suerte de conocer y con quienes me precio de haber servido.

Jamás reviviríamos con unas cervezas los gloriosos días de despliegues pasados. No habría más comidas al aire libre ni más salidas de entrenamiento. Esos cuarenta tipos son más que compañeros de trabajo o amigos. Son hermanos. Cada vez que reviso la lista de contactos, me tropiezo con un nombre y, en ese instante, aflora un recuerdo.

Todos nosotros llegamos a San Diego con el mismo sueño. Aquel lazo puso en la misma página a un chaval de la Alaska rural y a un surfista de California o a un ganadero de cerdos del Medio Oeste que vio el océano por primera vez en su primer día de instrucción.

Yo perseguí mi sueño desde mis años en la escuela secundaria, en Alaska, hasta el BUD/S. Al conseguir mi tridente, el símbolo que llevan los SEAL en sus uniformes, me esforcé por destacar en todos mis cometidos. Para mí, igual que para muchos de mis colegas, ser un SEAL no era sino el principio de un sueño. Ser un gran compañero, siempre bajo la presión de querer mejorar, y estar ahí para los chicos que hay a nuestro lado acabó convirtiéndose para nosotros en una especie de religión.

Nunca he llegado a insensibilizarme ante las pérdidas. En mi caso, la herida crece conforme avanza mi carrera. Mis compañeros lo sacrificaron todo por su país. Pasaron meses lejos de sus familias y sus seres queridos, vivieron larguísimas horas de sufrimiento en las frías montañas de Afganistán y algunos, como mi amigo Ray, pagaron el precio más alto. Ninguno de ellos se consideraba un héroe.

Yo tenía que tomar una decisión.

Había dedicado 14 años a intentar ser el mejor SEAL posible. Pero ahora había llegado el momento de escoger entre alistarme de nuevo y permanecer en la Marina el tiempo necesario hasta acceder a la pensión —otros seis años—, o bien marcharme e iniciar un nuevo reto.

Esta decisión me angustió más que ninguna otra cosa a lo largo de mi vida. Ser un SEAL en uno de los principales equipos [redacted] del país representaba mucho más que un simple trabajo. Constituía mi identidad y era una de las principales vías para poner orden en mi vida y darle sentido. No iba a poder marcharme y realizar misiones a tiempo parcial. Sabía que, en cuanto me fuese, el tren me dejaría muy atrás y que prácticamente todo lo que había conocido durante mi vida adulta cambiaría para siempre.

Mientras batallaba con esta decisión, pasé más de una noche revisando mi carrera y los sucesos y las lecciones que han hecho de mí quien soy. Al final decidí dejar la Marina y abrirme un nuevo camino; para ello, tuve que reinventarme.

La publicación del libro me arrastró a un mundo nuevo, en el que jamás había estado y donde, de repente, millones de personas a las que nunca antes había visto querían hablar conmigo y escuchar lo que yo tenía que decir. La mayoría de la gente que conocí me prestó su apoyo, aunque tampoco faltó la crítica. Era un nuevo reto, y no podía estar seguro de que mi entrenamiento como SEAL me hubiera preparado para él.

Necesité 13 despliegues en 13 años para convertirme en el operador que era al salir de la Marina. Saltar del tren en marcha no fue fácil, en parte porque me dirigía a un mundo donde no sabía si mis capacidades me serían de utilidad.

Cuando la gente oye hablar de los SEAL, da por supuesto que somos superhéroes que saltamos desde aviones y matamos a los malos. Es cierto, hacemos ambas cosas, pero no son esas las aptitudes que nos definen: cuando cometemos errores, lo

intentamos de nuevo, una vez y otra y otra más, hasta lograrlo. No somos superhéroes; sencillamente, nos hemos comprometido.

Aquí no existe un «ingrediente secreto», pero sí mucho empeño, mucha dedicación y mucho empuje.

Lo cierto es que los SEAL no nos consideramos especiales. Solo nos esforzamos por hacer los trabajos más básicos de un modo extraordinario. Uno de los mejores líderes que conozco solía animar a los más jóvenes para que se implicasen en el equipo y formasen parte de él.

—¿Hasta dónde desea usted implicarse? —preguntaba.

—Hasta el final, siempre —era la única respuesta aceptada.

Habíamos aprendido a sobresalir, a menudo por las malas. Sobresalir implica comunicarse unos con otros, probar, ir a la cabeza, escuchar, estudiar y enseñar, un día tras otro, un año tras otro. No se trata tan solo de recorrer kilómetros por las montañas de Afganistán cargados con 27 kilos a la espalda, sino también de permitir que los demás señalen nuestros errores. Dejar que los compañeros lo señalen a uno, en muchas ocasiones, es más duro que pasar varias horas en el frío oleaje.

Al enfrentarme a los nuevos retos de mi primer año fuera de la Marina, pasé mucho tiempo volviendo sobre las lecciones aprendidas en mi carrera como SEAL y sobre los sucesos y las personas que sin duda me acompañarán durante el resto de mi vida. Descubrí entonces que, para mí, los momentos más importantes no son los que han llenado los periódicos de titulares tras el regreso a casa; son las misiones sin nombre propio, en las que mi equipo se vio sometido a una prueba y aprendió algo que nos hizo mejores. Son los errores cometidos, y afortunadamente superados, los que me sirvieron para aprender y no caer de nuevo en la misma equivocación. Los momentos más importantes son los que me enseñaron el auténtico significado de la hermandad de los SEAL.

Este libro trata de esos momentos, y de las lecciones que saqué de todos ellos y que han hecho de mí quien soy.

Tomadas en su conjunto, espero que estas historias ofrezcan una visión personal del trabajo y la vida de un SEAL y de las enseñanzas que me fueron legadas tanto por compañeros de servicio como por quienes habían estado allí antes que yo.

Ser un SEAL no es solo un trabajo. Es un compromiso de por vida con el reto personal, con los compañeros, con vivir en constante evolución, revisando las decisiones tomadas y aprendiendo de los propios errores, para alcanzar la máxima eficacia a nivel individual y de equipo.

Las lecciones que aprendí durante mi carrera constituyen el legado de hombres como Ray, a los que perdimos, y de otros SEAL aún en activo y anteriores que consagraron sus vidas a su país. Muchas enseñanzas nos llegaron por la vía más difícil, con el sacrificio de los amigos. Este libro se lo dedico a mis hermanos.

A los SEAL nos enseñan a ser guías de las generaciones más jóvenes y a transmitir a los más nuevos las lecciones que hemos aprendido. He escrito *No hay héroes* porque esta es mi intención de futuro.

Capítulo 1

Ganarse la camiseta

Un propósito

No era más que una camiseta negra.

Talla mediana, cien por cien algodón.

En la parte delantera tenía estampado un esqueleto con traje de neopreno que se arrastraba por la playa. Sostenía en las manos un M-16 y en el cinturón llevaba un cuchillo. El esqueleto salía del mar y las oscuras olas rompían a su espalda. En la parte izquierda de la camiseta, a la altura del pecho, se veía el tridente de los SEAL. Aquel tridente era la razón de haber comprado la camiseta.

Recuerdo el día en que llegó por correo. No se podía conseguir otra igual en las tiendas del pueblo de Alaska donde me crié. La estrené en ese mismo momento y la llevaba prácticamente a diario. Si estaba limpia por la mañana, yo me la ponía.

Para el resto de la gente, no era más que una camiseta que yo usaba siempre. Pero para mí simbolizaba mi meta en la vida. Cada vez que me la ponía, se renovaba en mí el deseo de convertirme en SEAL. La metí en la maleta y terminé de guardar el resto de la ropa —incluido un traje prestado y unos zapatos de vestir— y me encaminé hacia la pista de aterrizaje. Me dirigía a un congreso en Washington DC para «futuros militares». Esto sucedió en 1992 y aún hoy desconozco cómo conseguí la invitación, pero lo más

probable es que viniera de uno de los muchos reclutas con los que había charlado sobre mi voluntad de ser un SEAL.

La pista de aterrizaje estaba en las afueras del pueblo y era nuestra única vía de contacto con la «civilización», si es que tal cosa existe en alguna ciudad de Alaska. La gente acude allí por el estilo de vida fronterizo. Quien desee comodidades, que se quede en los 48 estados del sur.

Vi cómo la avioneta planeaba sobre los árboles, en el otro extremo de la pista, y se disponía a tomar tierra. Cuando el piloto y un grupo de cazadores recién llegados hubieron descargado, abracé a mis padres junto a la nave que hacía las veces de terminal de aeropuerto.

Para mí, viajar fue una novedad. Era la primera vez que salía de Alaska yo solo; mi primer viaje a Washington DC. Pero, de entre todas las novedades, la más emocionante fue que conocería a mi primer SEAL.

En mi pueblo de Alaska, todo el mundo sabía que yo quería ser un SEAL. Había hablado de ello con mis amigos y lo había soñado por las noches. Leía todos los libros que encontraba sobre los ellos.

No supe nada del Equipo SEAL [redacted] hasta leer *Rogue Warrior*, de Richard Marcinko. A él se lo conocía también por los sobrenombres de «Demo Dick» y «el hombre tiburón del Delta». Operó en Vietnam y más adelante puso en marcha el Equipo SEAL [redacted]. *Rogue Warrior* cuenta el proceso de creación de la unidad. Si damos crédito al libro, todo SEAL puede levantar 225 kilogramos en el banco de musculación y comer cristal. Yo, por encima de cualquier otra cosa, quería demostrar que también era capaz de hacerlo. Salvo lo de comer cristal.

Por entonces, ser SEAL me parecía algo sencillamente genial. Sabía que la instrucción sería dura, pero mi propia juventud me impedía calibrar realmente la medida. Sin duda, ignoraba la cantidad de sacrificios que debería hacer. Yo solo deseaba ser como los chicos de los libros que había leído y, para entonces, con eso me bastó para continuar.

Fui afortunado. Descubrí mi propósito muy pronto. No creo que lo comprendiera desde el principio, pero en cuanto supe de la existencia de los SEAL, reconocí que eran mi meta, por el reto. Si entonces me hubieran preguntado *por qué* quería unirme a ellos, en la lista de razones figuraría el sentido del deber, pero no en primer lugar. El primer lugar lo ocupaba la necesidad de demostrarme a mí mismo que podía superar con éxito el entrenamiento más difícil del Ejército de Estados Unidos. ¿Por qué razón desearía algo fácil? Si fuera fácil, lo haría todo el mundo. Hoy, echando la vista atrás, no entiendo bien los motivos por los que necesité probarme a mí mismo. Yo solo sabía que, tras leer los libros de historia, decidí que los SEAL siempre destacarían por ser los más duros y los más desafiantes. Imagino que pensé que, ya que iba a ingresar en el cuerpo militar, mejor hacerlo a lo grande.

El piloto me ayudó a cargar el equipaje y subí a la avioneta. Saludé a mis padres con la mano desde el estrecho asiento en la parte posterior mientras nos posicionábamos para el despegue. Mi familia no era rica, pero mis padres ofrecieron pagar los gastos del billete y dos militares veteranos de nuestro pueblo me costearon lo demás.

En el aeropuerto de Anchorage saqué el itinerario del viaje y lo repasé, una vez más. Antes de llegar a la conferencia del SEAL, tendría que soportar algunas visitas a los monumentos nacionales y escuchar charlas sobre el Ejército y las Fuerzas Aéreas.

Pero merecía la pena si era por conocer a un SEAL.

Llegué a Washington y enseguida me adapté al ritmo del congreso. Nos llevaron al Pentágono, en absoluto tan frío como en las películas. De hecho, no es más que un edificio de oficinas con una forma desacostumbrada. También visitamos los monumentos a Lincoln y el de Vietnam. Por el momento, nada mantenía mi interés. Me desconcertó la enorme cantidad de nombres que aparecían en el monumento de Vietnam, pero la impresión perdió fuerza porque yo no había conocido la pérdida como sí me sucedería años más tarde en Irak y Afganistán. Visto con perspectiva, entonces no tenía

la menor idea de que algún día pondría mis ojos sobre una lista de nombres como la del muro y comprendería el significado de perder amigos íntimos y compañeros de equipo. Ahora, al visitar el muro, soy consciente de aquella gravedad. Pero entonces, solo me interesaba conocer al SEAL.

Todo estaba programado al minuto y cada mañana al vestirme veía mi camiseta, perfectamente doblada aún. La reservaba para la charla del SEAL.

La sesión era a primera hora de la tarde, así que, después del típico aperitivo de congreso con bocadillos y galletitas, acudí rápidamente a la sala de reuniones donde hablaría el SEAL. Por desgracia, en la misma puerta me dijeron que el aforo estaba completo.

La sala estaba a rebosar de gente, pero vi aún algunas sillas libres. Intenté convencer a la responsable de la puerta. Formaba parte del grupo de acompañantes y organizadores que nos guiaron aquella semana. Me pareció que le habría gustado dejarme entrar, pero los asientos estaban contados.

Se disculpó, aunque se mantuvo firme.

Fuera se estaba formando una pequeña aglomeración. La charla del SEAL era la marca de identidad de aquellos días. El conferenciante estaba dentro, de uniforme, hablando con los guías más jóvenes. Se acababa el tiempo. Consulté mi itinerario y busqué entre las otras sesiones, pero nada era comparable. No sabía qué hacer. Había volado más de 6.500 kilómetros para escuchar aquella conferencia. En aquel momento, todo el viaje se había echado a perder. Me sentí hundido.

La sesión estaba a punto de empezar, cuando la señora de la puerta me hizo señas para que me acercase. Me dijo que permitirían la entrada a unos pocos más y me acompañó hasta el interior. Solo quedaba sitio de pie. Encontré un hueco en la parte trasera y aguardé a que el SEAL empezase.

Iba vestido con un uniforme de camuflaje verde, un pasamontañas negro recogido en el cuello y los pantalones metidos

por dentro de unas botas especiales para la selva, de color también verde y negro. El corte de pelo era más largo de lo esperable en un militar, sin greñas, pero tampoco el rapado al cepillo tan popular entre los marines. Transmitía cierto aire de engreimiento, un hecho que yo solo sabría reconocer pasados unos años. Más petulante que seguro, aquel SEAL no supo ver que su actitud no resultaba agradable.

Empezó la charla con la típica exposición sobre los SEAL. Los SEAL son la principal fuerza de operaciones especiales de la Marina. El acrónimo SEAL responde a la capacidad de esta unidad para operar en el mar, en el aire y en tierra (**Se***a,* **A***ir,* **L***and*). El presidente John F. Kennedy consideró necesaria la existencia de fuerzas de operaciones especiales para combatir en guerras de guerrillas y creó el SEAL a partir de las Fuerzas Especiales del Ejército. En el discurso de 1961 en que anunció los planes para mandar a un hombre a la Luna, Kennedy también expuso su intención de invertir 100 millones de dólares en la creación y el adiestramiento de unas fuerzas de operaciones especiales.

Integrados al principio por miembros de los equipos de demolición submarina, los grupos SEAL tuvieron como destino Vietnam, donde trabajaron con la CIA y prepararon emboscadas para ralentizar las líneas de abastecimiento en el delta del Mekong. Se ganaron el mote de «caras verdes», por la pintura facial de camuflaje que acostumbraban a usar en sus misiones.

A lo largo de la hora que duró aquella presentación, yo no me perdí una palabra. El conferenciante contó historias sobre el adiestramiento durante el curso básico de demolición submarina/SEAL, también conocido como «BUD/S». Insistió en lo exigente y esforzado de aquella instrucción, donde nada era fácil, desde los gélidos entrenamientos de natación en el océano hasta las extenuantes carreras sobre la blanda arena de la playa. Aquellas historias me sirvieron de acicate.

Tras el turno de ruegos y preguntas, nos tomamos un pequeño descanso antes de continuar. Yo corrí escaleras arriba, a la

habitación del hotel, para ponerme la camiseta negra de los SEAL. Quería que me fotografiasen con él y pensé que, en ese caso, mejor llevar puesta mi camiseta preferida. De vuelta en la sala, el SEAL continuaba allí, charlando y atendiendo preguntas.

Yo aguardé mi turno, pacientemente.

—Hola, ¿puedo hacerme una foto con usted? —le pregunté, mientras le daba la mano.

Él sonrió y me pasó el brazo por detrás de los hombros. Si me hubiera dicho que me afeitase la cabeza y caminase hacia atrás el resto de la semana, yo lo habría hecho. Justo antes de que uno de los guías tomase la foto, él se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—Oye, debes saber que cuando no eres SEAL y llevas una camiseta SEAL, lo normal es que te caiga un palo.

Yo sonreí y le di las gracias, pero en ese instante mi único deseo era quitarme la camiseta. Corrí a la habitación del hotel y la enterré en el fondo de la maleta. No volví a llevarla jamás. De vuelta en casa, la dejé en el fondo del cajón de la cómoda. Lo mío no era una pose; sencillamente, aún no había tenido la oportunidad de demostrar mis capacidades. El comentario me humilló menos de lo que avivó mi pasión por convertirme en un auténtico SEAL. Tuve la sensación de que, con aquella prenda, me había traicionado. Entonces tomé conciencia de que mi deseo de ser un SEAL no era una fantasía adolescente. Era lo único que imaginaba dando verdadero sentido y propósito a mi vida. Quería ganarme el derecho a llevar esa camiseta.

Una vez hube reconocido que mi propósito era ser un SEAL, no desistí en mi empeño. Echando la vista atrás, creo que mis padres me enseñaron que tener un propósito en la vida y cumplirlo era importante. Mis padres eran jóvenes cuando su propósito los llevó a Alaska, y yo sabía que eso implicaba sacrificios y trabajo duro.

Mis padres eran misioneros. Su fe los llevó a trasladar a nuestra familia desde California a Alaska, lejos de cualquiera de las comodidades de una ciudad. Vivir en una aldea no era sencillo, pero eso a mis padres no les importó. Para los estándares acomodados

de Estados Unidos, allí todo el mundo era pobre, aunque en realidad solo se trataba de llevar una vida más simple.

Vivíamos en una casa de dos plantas, a unos 100 metros de un río. Desde la puerta veía alces con tanta frecuencia que ya no me llamaban la atención. Había estación de televisión y no de radio. Nuestra casa disponía de agua y de electricidad, pero no de calefacción central. Para calentarnos en los meses más fríos, disponíamos de una enorme estufa de hierro en el salón. Mi padre debía de levantarse en plena noche para vigilar que el fuego continuase encendido.

Al lado de la estufa había una enorme tolva. En invierno, yo era el encargado de mantenerla llena de madera. Partía los troncos y me ocupaba de arreglar el montón de leña del porche. Cuando la reserva de la tolva empezaba a disminuir, salía al porche a por otra tanda. Para mí, las tareas de casa no eran una forma de conseguir dinero de bolsillo. Nunca nos pagaron. Formaban parte del esfuerzo familiar, en equipo, para sobrevivir en Alaska.

Una de las primeras cosas que ya recuerdo haber aprendido en la escuela de primaria es encender fuego. En nuestras clases no se limitaban a enseñarnos a leer y escribir, sino que adquiríamos conocimientos de supervivencia. En mi grupo de tercero, cada alumno disponía de 2 cerillas para encender un fuego de supervivencia usando la corteza de los árboles que había en los alrededores del colegio. Teníamos que conseguir que fuera lo bastante grande para calentarnos en un día de invierno. Los ejercicios estaban pensados para que aprendiéramos las técnicas de supervivencia básicas que necesitaríamos si nos perdíamos o estábamos en apuros. Las zonas salvajes de Alaska pueden resultar muy peligrosas si uno no sabe qué hacer, y el camino de ida y vuelta al colegio puede entrañar riesgos.

Mi escuela de secundaria se componía de un vestíbulo y seis habitaciones. Éramos unos setenta niños, desde 7.º curso a 12.º; en mi último año, fuimos tres alumnos en clase. Yo me gradué como

valedictorian,[2] pero no podría decir cuál era mi promedio. La mayoría de mis intereses estaban fuera del aula.

Cazaba siempre que podía. De adolescente, mi padre me permitía usar el bote de la familia para remontar el río en mis largas acampadas y salidas de caza. Yo deseaba exteriores y acción, lo cual condicionó probablemente mi objetivo de ser un SEAL. Nunca quise tener que manejarme entre semáforos, tráfico, ni llevar traje para acudir al trabajo cada día. La idea de trabajar en un cubículo sonaba a sentencia de muerte.

Compré mi primer rifle de asalto en la escuela, a mi profesor de historia. Era un AR-15, la versión civil de la M-4 militar. Había conseguido el dinero haciendo trabajos de mantenimiento para la gente del pueblo y como empleado en la construcción durante el verano. En el cambio de clase, le pagué a mi profesor 700 dólares, cogí el rifle y lo guardé en mi taquilla hasta terminar la jornada. Cuando sonó el timbre, lo encajé en la parte trasera de mi trineo y fui a casa. Sí, en invierno iba al colegio en trineo.

Todo aquello que no podíamos obtener de la tierra, lo adquiríamos en las dos tiendas del pueblo o en el viaje semestral de aprovisionamiento a Anchorage. Al vivir tan lejos de la ciudad, los comestibles eran más caros. En el pueblo, la leche costaba 1,62 dólares el litro, así que mis padres compraban leche en polvo, más económica.

La leche en polvo se vendía en unos envases enormes; demasiado grandes para la alacena de la cocina. Para facilitar el manejo cotidiano, mi madre la dividía en raciones más pequeñas y la guardaba en bolsas de plástico. Hacía lo mismo con otros productos a granel, como por ejemplo el jabón de la colada.

Una mañana me preparé un gran tazón de cereales. Mi madre estaba en la cocina, ocupada con unas tortitas para mi padre. Mientras yo vertía la leche sobre mis cereales, la masa burbujeaba y las tortitas iban tomando un aspecto esponjoso.

Me senté a la mesa y comí unas pocas cucharadas, pero no sabían bien. Removí los cereales y hubiera jurado que había

espuma. Me estaba poniendo en pie para vaciar la taza cuando mi padre me detuvo.

—Cómetelo —me dijo—. Es solo la leche en polvo, tiene este sabor.

Yo intenté protestar.

—No, no es eso —respondí—. Es que sabe raro, como a jabón.

Nunca me ha gustado el sabor de la leche en polvo, pero en aquel lote pasaba algo raro. Engullí todo el contenido del tazón, cucharada a cucharada. Al cabo de un rato, mis papilas gustativas habían muerto. Solo notaba el sabor jabonoso y agrio de la leche. Las tortitas de mi padre aparecieron al poco de haber terminado yo mis cereales. Les dio un bocado y lo escupió.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre.

Retiró a un lado el montoncito de tortitas que estaba sirviendo a mi hermana y batió la masa enérgicamente. Luego cogió la bolsa de plástico y la olfateó.

—Creo que he usado el detergente de la ropa en lugar de la leche en polvo —dijo, con una sonrisita avergonzada—. Con razón burbujeaban tanto las tortitas.

Mi madre se echó a reír, y luego se le unió mi padre. Cuando se dieron cuenta de que me había comido una taza de cereales con agua jabonosa, rieron aún más. Yo quise sumarme, hasta que empezó el dolor de estómago.

Mi madre tiró la masa y se dispuso a preparar otra. Cuando me ofreció otra taza de cereales, la rechacé. El estómago me subía y me bajaba y estuve todo el día con la tripa llena de burbujas.

La vida en Alaska era dura y no siempre por comer cereales jabonosos. En mi educación nada era normal, pero mis padres eran plenamente conscientes de los sacrificios que estaban haciendo. No tenían por qué tragarse la leche en polvo, que sabía tan mal, ni vivir en un pueblo remoto en la agreste Alaska. Ellos escogieron una vida más dura que la de la mayoría porque era la única forma de

alcanzar su propósito en la vida: ser misioneros y difundir su fe. Soy consciente de que me contagiaron su capacidad de entrega. De ellos obtuve los valores que me permitirían destacar en la Marina.

Mis padres me llevaron por un camino distinto al habitual del pueblo. La gente no se marchaba de allí. Buscaba trabajo en la construcción durante el verano y luego, en invierno, vivía de la tierra y de los ahorros. Mis padres me animaron a soñar a lo grande y a descubrir mi propio camino. En mi grupo de amigos, yo era de los pocos con planes para hacer algo más que seguir en el pueblo.

Mi padre siempre fue justo y nunca me empujó a hacer nada que considerase fuera de mi alcance. De modo que, cuando me pidió que intentase ir a la universidad, al menos un año, antes de alistarme en la Marina, tuve que respetar su deseo. Él era de la generación de Vietnam y no quería que me sucediera nada malo, pero creo que también comprendía mi pasión por el servicio porque era la misma que él demostraba en su obra como misionero.

Así que hicimos un trato.

Al terminar la secundaria, me matriculé en una pequeña universidad del sur de California y me comprometí a terminar, al menos, un curso. Pero no pensaba quedarme ni un día más. Tras ese primer año, tenía previsto alistarme y cursar el BUD/S.

El primer curso pasó volando y mi padre estaba en lo cierto. La universidad era divertida. La experiencia de vivir fuera del pueblo fue realmente fascinante. Mi promedio no batió ningún récord, pero lo estaba pasando bien y hacía nuevos amigos. Le había prometido un año y sin embargo decidí quedarme y terminar la carrera.

En mi escuela no ofrecían ningún programa ROTC (Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva de la Marina) y los programas más cercanos no contaban con acuerdos de asociación. El programa del Ejército de la Cal State Fullerton, una universidad de California, aceptaba estudiantes de las universidades vecinas, y decidí matricularme.

El ROTC es un programa universitario para formar a oficiales. Los estudiantes asisten a cursos de ciencia militar, salen juntos y

comparten la instrucción. Es habitual que una vez a la semana los alumnos ROTC acudan a la facultad de uniforme. De día yo participaría en las clases de mi universidad y por la tarde me desplazaría a la Cal State, para asistir a los eventos y las lecciones de ciencia militar. Mi objetivo no era convertirme en oficial o ingresar en el Ejército. Solo quería llevar el uniforme; me hacía sentir orgulloso.

Tras mi primer año de estudios, los instructores del ROTC me propusieron asistir a la Escuela Militar de Aerotransportados de Fort Benning, en Georgia. Yo había destacado en el primer trimestre y creyeron que, con este caramelo, no solo continuaría en el programa sino que también me convencerían para solicitar una beca y, más adelante, ingresar en el cuerpo de oficiales del Ejército.

Aproveché la ocasión de ir a la escuela de paracaidismo, que es como mucha gente denomina al programa de entrenamiento de los aerotransportados. Había leído suficientes libros como para saber que los SEAL mandaban a los chicos directamente desde el BUD/S para la capacitación de aerotransportados. La consideré una oportunidad para terminar pronto las tres semanas de capacitación. Antes de irme, me cortaron el pelo como al resto de mis compañeros.

La primera mañana nos levantamos al amanecer y formamos en el campo de prácticas, cerca de los barracones. El sol asomaba por encima de los pinos y el aire ya estaba húmedo y pegajoso. En el segundo ejercicio, mi camiseta gris del Ejército se había empapado por completo.

Todos teníamos el mismo aspecto —camisetas grises, pantalones negros y pelo al cepillo— salvo un pequeño grupo de muchachos que llevaba el pelo más largo y vestía camisetas marrones. Después del entrenamiento volví a encontrarme con ellos, de uniforme, y me fijé en que en el bolsillo izquierdo llevaban unas etiquetas de la Marina de Estados Unidos con el nombre. Tenían que ser SEAL.

Los SEAL permanecían juntos durante el entrenamiento. Observé cómo los instructores corregían a uno de ellos y le ordenaban realizar diez flexiones como penalización. En cuanto empezó, sus compañeros se le unieron. Gritaban las repeticiones a la vez: «Una, dos, tres...». Nadie se les acercaba, a pesar de que yo me moría por preguntarles sobre el BUD/S .

Para ser franco, lo cierto es que deseaba *ser* ellos.

Durante la segunda semana de instrucción, conseguí hablar por fin con uno de los SEAL. Era la hora de la comida y el único sitio libre estaba frente a mí. Al principio no cruzamos palabra; tan solo un saludo. Yo me sentía demasiado cohibido para iniciar una conversación. Pero finalmente, después de unos bocados, el SEAL habló.

—Oye, amigo ¿puedo preguntarte una cosa? —interrogó él.

A diferencia del SEAL que había conocido en Washington, este era más flaco, con el pelo más corto. Estaba inclinado hacia delante y transmitía confianza, no arrogancia.

—Claro —respondí.

Yo estaba emocionado de hablar, por fin, con uno de ellos. En realidad, me habría gustado poder formular yo las preguntas. Quería saber muchas cosas, sobre todo al enterarme de que él acababa de terminar su instrucción. Pero mientras yo contemplaba mi futuro, el SEAL solo veía a otro cadete jugando a soldados durante tres semanas.

—¿Qué pasa con vuestros cortes de pelo? —dijo el SEAL—. Es que no lo entiendo. ¿Por qué lo lleváis así?

Dejé de comer.

No podía creer que estuviera preguntándome aquello a mí. La pregunta no tenía mala intención ni pretendía ser burlona. Parecía sentir auténtica curiosidad, lo que lo hacía aún peor. Si se hubiera reído de mí, al menos habría tenido motivos para enfadarme.

—No sé, tío —dije yo—. La verdad es que no lo sé.

Intenté cambiar de tema enseguida y hablar del BUD/S. No me apetecía lo más mínimo charlar de algo que no entendía. Y me

sentía incómodo, violento incluso.

Antes de que la conversación hubiera concluido, yo ya había tomado mi decisión: había terminado con el Ejército. Regresé a California y devolví el uniforme y las botas, sin frotar hasta dejarlas relucientes. Mi corte al cepillo estaba empezando a crecer.

Cuando terminé con el papeleo, uno de los oficiales me detuvo:

—¿Está usted seguro de querer marcharse? —dijo el oficial—. Necesitamos buenos cadetes y me fastidiaría mucho verlo partir.

—Yo no puedo hacer esto —le respondí al final.

El instructor intentó convencerme.

—Usted es un gran cadete —continuó—. Solo los mejores van a la escuela de paracaidismo.

Agradecí el cumplido, pero no quería quedarme en el Ejército.

Quiero ser un SEAL —respondí—. Sueño con ello desde niño.

Sabía que en aquel momento asumía un riesgo. Al dejar el ROTC, perdía la opción de conseguir una beca. Pero merecía la pena y, a mi juicio, hay ocasiones en que una meta solo se puede alcanzar si uno está dispuesto a arriesgarlo todo. Ahí están mis padres y su traslado a Alaska, lejos de la familia y de cualquier apoyo, para conseguir sus metas. Lo mío había dejado de ser una idea atractiva; se había convertido en el faro que orientaba las decisiones de mi vida.

Estoy seguro de que a muchos de los chicos que acabaron siendo mis compañeros de equipo les había pasado lo mismo. Todos queríamos formar parte de algo más grande. Yo me había desviado del camino y perdí de vista lo que realmente quería.

Cuando firmé por fin el contrato de alistamiento en la Marina, tuve que decidirme por una universidad «A», que significaba, básicamente, escoger mi trabajo si suspendía el BUD/S y no llegaba a ser un SEAL. El reclutador me quería mandar al sector de la energía nuclear, también llamado «*nuke*», para que trabajase con los reactores que impulsarían los submarinos y los portaaviones. El

curso duraba 18 meses. Sabía que, probablemente, los reclutadores conseguían una bonificación especial por colocar a la gente en los programas más duros, pero yo no quería esperar tanto tiempo para iniciar el BUD/S.

—¿Cuál es el curso más corto disponible? —pregunté al reclutador.

Hojeó sus archivos y encontró una tabla con las especificaciones de todas las universidades. Repasó la lista con el dedo, se detuvo y levantó la vista hacia mí.

—Torpedista. Siete semanas —dijo, resignándose a no incluirme en el *nuke* ni incrementar las cifras.

Yo pasaría un par de meses encerando torpedos hasta que llegase mi oportunidad, o eso esperaba, de presentarme al BUD/S. No había dedicado mucho tiempo a pensar qué sucedería si me rechazaban. Cuatro años como torpedista me habrían vuelto loco y quizá me habrían apartado de la Marina incluso. En aquel momento, yo no tenía plan B.

Me fijé unos objetivos superiores a los considerados viables para un niño de Alaska pero, en mi interior, yo sabía que lo conseguiría o moriría en el intento. No quería llegar a viejo y arrepentirme de no haberlo intentado.

Trabajar, por fin, para alcanzar mi máximo objetivo de convertirme en SEAL resultaba reconfortante. De mis padres había aprendido la capacidad de sacrificio. Ellos me enseñaron el significado de vivir para algo más grande que uno mismo. Me aparté del camino al matricularme en el ROTC. Hizo falta aquella comida en la escuela de paracaidismo para devolverme a la pista. Al mirarme en el espejo, veía a alguien con el impulso y la disciplina necesarios para lograrlo. Veía a alguien con un propósito. Solo necesitaba una oportunidad para demostrar que estaba a la altura. Supe que nada en mi vida tendría sentido a menos que pusiera en ello todo mi empeño.

—Siete semanas —dije—. Inscríbame.

Capítulo 2

Cómo nadar 50 metros bajo el agua sin morir

Confianza

El hielo flotaba sobre las aguas, al otro lado de la ventana del hotel, mientras cerraba la cremallera de mi traje de buceo.

Desde que encontramos el cuerpo del león marino en la costa, aquella mañana, me había acercado a la ventana un sinfín de veces. El animal tenía un corte muy profundo en el costado y el hielo a su alrededor se había teñido de rojo sangre. Era obra de una orca, o eso nos dijeron los vecinos de la zona. Me habría gustado valorar más la escena pero, en menos de una hora, mis colegas SEAL y yo nos meteríamos en aquellas mismas aguas para colocar una bomba en un barco de la Marina de Estados Unidos.

Me tranquilizaba un poco pensar que, al menos, la orca ya tenía el estómago lleno.

Yo era un SEAL novato, con solo nueve meses de experiencia tras haber superado el BUD/S, y para mí era estupendo volver a encontrarme de nuevo en Alaska, entrenándome. El escenario era de lo más sencillo. A mi sección del SEAL le tocó hacer de fuerza de oposición —OPFOR en la jerga militar—, o los malos. Nosotros teníamos que atacar un buque de asalto anfibio amarrado en el muelle de Ketchikan (Alaska). Deberíamos aproximarnos sin ser vistos, hasta estar lo suficiente cerca de la nave como para fijar los dispositivos de seguimiento. Parte de la tripulación, así como un

pequeño contingente de soldados del Ejército, estarían vigilando el barco y la zona circundante. Su misión consistía en defenderlo de una amenaza como nosotros.

A la hora de los preparativos, el embarcadero acumulaba 30 centímetros de nieve y la temperatura del agua apenas superaba los cero grados. Me embadurné la cara con pintura negra y me embutí toda la ropa de abrigo bajo el traje de buceo.

Un compañero llamó a la puerta y yo salí cargado con el resto del equipo. Nos encontramos en el aparcamiento del hotel y los cuatro miembros de la fuerza de oposición —todos con los trajes de buzo puestos y las caras pintadas— subimos a la parte trasera de un camión U-Haul. Éramos los nuevos de la sección.

Por si la oscuridad, las gélidas aguas y las orcas devoradoras de focas no eran ya suficientemente terribles, también debíamos preocuparnos por Flipper, un agresivo delfín que nos acecharía desde las profundidades.

No es broma.

La Marina dispone de delfines mulares entrenados para el ataque a los buzos. Estos animales formaron parte del Programa de Mamíferos Marinos de Estados Unidos, en el cual se adiestró tanto a delfines como a leones marinos para que detectasen minas y protegieran puertos y barcos. Tanto Estados Unidos como Rusia invirtieron millones en este tipo de programas y, durante la guerra del Golfo y las operaciones en aguas del litoral iraquí, los animales fueron utilizados en combate. El programa ruso se desmanteló a finales de la década de 1990 y se rumorea que sus ejemplares fueron vendidos a Irán.

La Marina había trasladado tres delfines desde San Diego hasta Alaska en tanques térmicos, para que pudieran perseguirnos. Había un delfín en el interior de una jaula en cada extremo del barco que hacía las veces de blanco; el tercero nadaba en libertad. Los de las jaulas estaban entrenados para usar su sónar en la detección de buzos. Se esperaba que, al oírnos llegar, ascenderían a la superficie y tocarían un timbre en la jaula. En ese momento, sus cuidadores

transmitirían por radio que los animales habían oído algo y los botes patrulla saldrían en nuestra búsqueda.

Cuando un delfín en libertad avistaba a un nadador, lo atacaba y lo obligaba a subir a la superficie. Tendríamos que tratar con un delfín gigante desplazándose a gran velocidad en las oscuras aguas y golpeándonos repetidas veces con el hocico hasta que ascendiéramos a la superficie. En ninguna circunstancia resulta divertido entrar en plena noche en unas aguas gélidas y oscuras como boca de lobo, pero la posibilidad de que un delfín gigante arremeta a gran velocidad contra uno siempre añade a la misión cierta dosis de angustia.

Unas horas antes de zambullirnos, dos de mis compañeros de equipo, vestidos de paisano, se habían acercado a un muelle próximo con un par de tanques de inmersión. Cuando estuvieron cerca del barco, abrieron las válvulas de la parte superior de los tanques y dejaron escapar el mínimo aire posible para que emergieran burbujas. Mis compañeros ataron los tanques entre sí y los lanzaron por el lado del embarcadero, amarrando la línea de anclaje a la barandilla antes de marcharse. Bajo el agua, las burbujas harían de ruido blanco y disimularían nuestra llegada.

Con los tanques ya sumergidos, abandonamos el hotel y nos dirigimos al río que discurre por el pueblo hasta el canal. Íbamos dando saltos por las carreteras de Ketchickan, llenas de baches, en la parte trasera del U-Haul. Oía el traquetreo de nuestro equipo cuando los tanques chocaban contra las paredes. Nadie hablaba. Yo estaba nervioso. No era un gran nadador y moverme bajo unas aguas tan negras mientras un agresivo delfín me perseguía no iba a resultarme sencillo. Pero no eran los delfines o la orca lo que más me asustaba; lo verdaderamente temible era nadar hasta el barco.

La mayor parte del pueblo se había edificado sobre un muelle de madera en el que estaba amarrado el barco. Un acercamiento tradicional nos habría llevado nadando al canal principal, donde estaban situados los delfines. Nosotros habíamos decidido colarnos sin ser vistos por debajo de la inmensa red del embarcadero. Si

llegábamos desde el río, los grandes montantes que sostenían el muelle disimularían nuestros movimientos. Sin embargo, eso también implicaría nadar bajo el agua en una oscuridad total, por el interior de un laberinto de escombros y pilones. No podríamos utilizar linternas por temor a llamar la atención de los delfines del fondo o de los guardias que patrullaban por el muelle de encima. Tendríamos que encontrar el camino en silencio, de pilón en pilón. Avanzaríamos siempre al tacto, nadando conforme descubriésemos la ruta bajo el agua.

El camión se detuvo y pudimos oír la conversación entre el conductor —otro compañero de equipo— y el guardia de seguridad. Se me aceleró el pulso y todos contuvimos el aliento. Si registraban el vehículo, la misión habría terminado. Solo permanecimos allí unos segundos, probablemente por la caravana del puesto de control, pero fueron unos segundos larguísimos. Por fin oí de nuevo el rugido del motor y nos encaminamos hacia la orilla del arroyo.

Noté que el camión reducía la velocidad y luego se detenía. El conductor apagó el motor y, pasados unos segundos, abrió las puertas traseras de par en par. Salté a tierra con los otros tres buzos y caminé trabajosamente por la nieve hasta llegar al agua.

Nos dividimos en parejas y nos atamos con una cuerda, para evitar que alguien se perdiera. Entre mi compañero y yo nunca habría una distancia superior a un metro veinte. Entramos en el agua. Yo hice dos inspiraciones largas, lentas y profundas, me ajusté el regulador y me dejé resbalar hasta la corriente. Con las gafas puestas y el equipo de buceo listo, los cuatro levantamos los pulgares e iniciamos la inmersión en las gélidas aguas. Cuando el agua helada me cubrió la cabeza y el rostro, tuve que reprimir un grito ahogado. En unos segundos, todo estaba oscuro como boca de lobo.

«Odio bucear», pensé.

Estaba nervioso. Era una de mis primeras misiones —un entrenamiento, pero en un escenario incontrolado con peligros reales— y yo no me sentía del todo cómodo en el agua. Sabía que

ser un SEAL implicaba realizar operaciones submarinas, pero me asustaban. La parte acuática del BUD/S me costó mucho. Las largas carreras y las flexiones de aquel curso de instrucción jamás me habían preocupado, al contrario que las pruebas de agua. Yo no era surfista. En realidad, tampoco era un nadador. De niño, en Alaska, nunca había practicado mucho la natación.

Aún recuerdo una ocasión, siendo yo casi adolescente, en que mi padre me retó a cruzar el río a nado por su paso ante nuestra casa. La corriente fue arrastrándome mientras yo nadaba despacio. Para cuando alcancé la otra ribera, estaba 400 metros más abajo que al comienzo; esa fue mi máxima distancia en el agua hasta empezar el entrenamiento para convertirme en SEAL. Cuando llegó el momento de superar la prueba de los 50 metros del BUD/S, estaba tan nervioso como en los preparativos para zambullirme bajo el muelle en Alaska.

Los 50 metros de buceo constituyen una de las primeras pruebas eliminatorias del BUD/S. Recuerdo que era un día soleado del mes de junio, y las nubes se habían disipado para dejar ver el cielo azul. La piscina estaba al otro lado de la zona de prácticas, en la base naval de Coronado, en uno de los extremos de la bahía de San Diego.

Aquella mañana, mi clase del BUD/S terminó en la piscina. Habíamos pasado muchas horas en el frío oleaje, batiendo el agua con los pies y corriendo kilómetros sobre la arena. Todos sabíamos que se acercaba el día de la prueba y había nervios en el ambiente. Nos apelotonamos en un extremo de la piscina, con los pantalones cortos, descalzos y sin camiseta, y escuchamos las advertencias de seguridad.

«Si desean continuar con el adiestramiento, deberán superar esta prueba de natación», nos dijo el instructor a todos los congregados en la terraza. «La clave reside en empezar con la máxima relajación posible.»

El ejercicio no se cronometraba. Había que recorrer 50 metros bajo el agua en una piscina de 3,5 metros de profundidad: ida y

vuelta de un tirón. Durante toda la prueba hubo nadadores de rescate delante y detrás de nosotros. Los médicos y la ambulancia esperaban junto a la piscina, por si se daba una emergencia.

Era una prueba sencilla, teóricamente. Pero eso fue antes de que los instructores anulasen cualquier posible ventaja. Sin impulso desde la pared. Teníamos que distanciarnos lo suficiente para realizar una voltereta debajo del agua, de modo que iniciásemos el recorrido hacia el otro lado de la piscina ya sin impulso.

La natación bajo el agua formaba parte de la primera parte del BUD/S, que incluía también el extenuante periodo de cinco días y medio conocido como «Semana Infernal». Durante aquella semana, cada uno de los candidatos dormía tan solo cuatro horas al día, pero recorría un total de más de 320 kilómetros y se entrenaba físicamente durante más de veinte horas.

En el BUD/S se entrenan mente y cuerpo para conseguir más de lo que creíamos posible. Es la primera prueba en el adiestramiento y la carrera de un SEAL. Comprenderíamos a la perfección el lema de los SEAL: «El único día fácil fue el de ayer».

Dudo que yo mismo lo supiera en aquel momento, pero el BUD/S se asemeja a una serie de bloques de construcción que comienzan con los 50 metros bajo el agua y la Semana Infernal, van seguidos de un periodo de entrenamiento de buceo en una segunda fase y, por último, al final llega el adiestramiento con armas de fuego y explosivos. Empezábamos paso a paso y terminábamos realizando prácticas que, si no se ejecutaban correctamente, podían matarnos. Había que superar cada una de las pruebas para continuar; un fallo y todo había terminado.

Yo sabía que, viniendo de Alaska, aquel ejercicio de natación sería mi actuación más floja. Mi compañero SEAL en la universidad me enseñó a nadar braza y de costado, que era cuanto necesitaba. Y durante un semestre estuve con el equipo del club de mi universidad. Pero de todas las pruebas del BUD/S, esta era la que más me preocupaba. Sabía que era a todo o nada. Sabía que, sin

importar lo cansado, nervioso o asustado que estuviera, no podía permitir que la duda creciese en mi interior. Tenía que conseguirlo.

Tras las advertencias de seguridad, nos sentamos en filas, en pantalón corto y apelotonados como sardinas en lata. Por encima del hombro me llegaba el ruido de las salpicaduras de mis compañeros al lanzarse a la piscina. La noche anterior, los chicos habían recibido un sinfín de consejos y avisos. Habíamos hablado de intentar mantenernos a cierto nivel de profundidad. Yo no quería quedarme a 30 centímetros de la superficie, porque temía la tentación de sacar la cabeza. Decidí intentar mantenerme a una profundidad de entre 1,80 y 2,10 metros.

Mientras esperaba que me llamasen, no hablé con nadie. Unos minutos antes de colocarme junto al borde de la piscina, realicé dos inspiraciones profundas. Quería que todo se ralentizase en mi pensamiento, buscando la relajación y la concentración.

«Es fácil», me decía a mí mismo mientras caminaba hacia el final de la piscina. «Todos los instructores lo dicen. No es imposible. Cálmate.»

Cuando me tocó saltar, me lancé al agua de pie y desaparecí bajo la superficie. Hundí la cabeza y batí los pies hasta completar una voltereta. Noté cómo el agua se colaba por mi nariz y tuve que expulsar parte de mi última bocanada de aire. Estuve incómodo desde el principio.

Extendí las manos hacia delante y empecé a nadar braza en dirección al otro lado de la piscina. Parecía estar a más de 25 metros. Yo era consciente de que la prueba era una batalla con la distancia, no con el tiempo. No me apresuré. Al contrario, me concentré en dar brazadas lentas, medidas. Hay un refrán que dice: «Vísteme despacio, que tengo prisa». En mi avance bajo la superficie, yo era la prueba de ello.

Físicamente me encontraba bien, pero no dejaba de pensar en lo lejos que parecía estar el muro. Vislumbré a uno de los instructores en el fondo del agua. Tenía el regulador en la boca, conectado a un tanque de submarinismo. Vi cómo nos observaba desde el final,

preparado para impulsarse hacia arriba y rescatarnos si empezábamos a ahogarnos.

Por encima también me seguía otro instructor, con gafas de buceo y un esnórquel. Parecía un ave de caza, lista para zambullirse y agarrar a su presa.

Todo el ejercicio duraba un máximo de entre 40 segundos y un minuto, pero a mí me pareció mucho más largo. Los pulmones me recordaban sin cesar que necesitaba aire y la cabeza me suplicaba que subiera a la superficie. En cuanto alcancé el muro, me di la vuelta y preparé las piernas para impulsarme con todas mis fuerzas. Fue agradable poder contar con cierto empuje, de vuelta al principio otra vez.

Por entonces ya era imposible ignorar la quemazón en los pulmones. Sabía que pronto llegarían las convulsiones del cuello, el síntoma previo al desmayo; es como el reflejo de las náuseas. Notaba que la cabeza había empezado a inclinarse al mismo tiempo que el cuerpo quería obligarme a respirar. Afloraron las primeras sensaciones de pánico, pero logré reprimirlas enseguida. Decidí concentrarme en mis lentas y calculadas brazadas, mientras el muro crecía, cada vez más.

«Sigue nadando», me suplicaba a mí mismo. «Sigue nadando.»

Pero no podía controlar el jadeo. No era una cuestión mental; era mi cuerpo, que se revolvía. Me ardían los pulmones y amenazaban con salir del pecho. La cabeza cayó presa del pánico y la atención empezó a disminuir. Negarle el aire al cuerpo no es natural. Estamos programados para sobrevivir, y para ello necesitamos el aire.

Pero me debatí tratando de mantener el control sobre mi mente. Me centré en el muro, siempre creciente. Me obligué a permanecer bajo el agua. Deseché la idea de rendirme. Aquella fue la primera prueba real. Si no era capaz de lograrlo en una piscina limpia y climatizada del soleado San Diego, ¿qué haría en el Atlántico Norte, en medio de una tormenta?

Por fin cesó el balanceo de la cabeza y, con cada brazada, estaba más cerca ya del muro. Pero también notaba que iba perdiendo la conciencia. Empezó la visión de túnel; con cada brazada, la oscuridad ganaba terreno a la vista. Como una niebla, las sombras fueron ocupando el terreno de mi visión periférica y supe que me desmayaría en pocos segundos.

Tenía que estar cerca del muro. Alargué el brazo para tocarlo. Unas manos me agarraron bruscamente por debajo de los brazos. Los instructores me sacaron del agua como un trofeo de pesca. Caí en el suelo, junto a la piscina, y respiré hondo. Sentí cómo se me llenaban los pulmones y el cuerpo se relajaba. Volví a respirar hondo unas cuantas veces más y luego traté de levantarme.

—Permanezca quieto —oí que me gritaba uno de los instructores. Apoyé de nuevo la cabeza en el suelo. No es habitual que los mandos del BUD/S concedan descansos, así que decidí sacarle el máximo provecho. Mis compañeros iban terminando, uno tras otro. Vi cómo los instructores dejaban caer el cuerpo lacio de uno de mis colegas. Estaba inconsciente. Tras unas rápidas respiraciones, sufrió arcadas y empezó a toser hasta recuperar la conciencia. En ese mismo instante, miró al instructor más cercano. ¿Lo he conseguido?

El hecho de haber estado inconsciente unos segundos antes parecía un detalle prácticamente anecdótico. Lo comprendí porque, como él, yo tampoco quería fallar; el fracaso es casi peor que la muerte.

—No se mueva —dijo mi instructor—. Relájese.

Disfruté del sol en la espalda. Fueron unos segundos en el paraíso. El instructor vio que ya me encontraba bien.

—Mueva el culo y vaya a la fila de los aprobados. Lo ha conseguido.

Esas eran las palabras que yo quería oír.

Nadie que supera el BUD/S ha pensado en su propio fracaso. El BUD/S es despiadado y me obligó a emplearme a fondo. Jamás dudé de mí mismo. Sabía que lo superaría. Creo que la gente

confunde la seguridad de los SEAL con arrogancia. Pero después del ejercicio de los 50 metros, de la Semana Infernal y el entrenamiento de buceo, donde los instructores se esforzaban al máximo para ahogarnos, conocíamos nuestros límites y sabíamos cómo superarlos. Durante el BUD/S vencí montones de obstáculos que en su momento parecían insalvables y que luego me dieron la confianza de saber que podría repetirlo.

Sin embargo, entrar en un río casi congelado de Alaska exigía un grado de confianza bastante más complicado de alcanzar. No estaba seguro de poder lograrlo, pero atado a mi compañero y cada vez más cerca de la entrada del muelle, no me quedaba mucha elección.

En unos minutos dejé de sentir el rostro. Nos abandonamos a la corriente y esta nos arrastró hacia el puerto. En su parte más ancha, el desfiladero de Ketchikan no tiene más de 6 metros y cuenta con una profundidad de 1,5 metros, así que nos desplazamos por la superficie hasta haber superado el primer puente. Usábamos equipamiento de buceo Dräger, con oxígeno puro que no produce burbujas al exhalar, lo cual nos permitía ser mucho más discretos.

Al traspasar el puente por debajo, pude oír el crujido de la nieve bajo los neumáticos de los coches. Supe que, en alguna parte, allí encima, patrullaban los guardias. Los focos del barco recorrían las negras aguas, buscándonos.

El río era más profundo bajo el puente y nos sumergimos antes de cruzarlo. Costaba mucho ver cualquier cosa en las oscuras aguas. Fuimos nadando hacia la orilla derecha y empezamos a buscar una abertura entre los pilones que nos llevase al embarcadero.

Notaba la tensión de la cuerda en la cintura cuando mi compañero nadaba a mi lado. Encontré el canto del primer pilón, calculé la dirección en que debía moverme y me sumergí aún más en la oscuridad. Al rebasar aquel primer poste, avanzaba con el brazo adelantado y batía los pies lentamente. Rocé la madera con la mano, que se hundió entre las verdes algas adheridas al pilón.

De un momento a otro, esperaba sentir los golpes del hocico de un delfín, obligándome a subir a la superficie. En aquel laberinto de pilones cubiertos de algas, reptábamos en lugar de nadar, tratando de hallar el camino.

El lecho estaba cubierto de escombros. En varias ocasiones mis aletas chocaron contra objetos metálicos o basuras. Cada vez que nos acercábamos a un pilón, debíamos tener cuidado con los clavos que sobresalían. Un agujero en el traje de buceo significaría más que pasar frío; las consecuencias podían ser fatales porque el agua llenaría el traje y no podríamos subir a la superficie. Podíamos ahogarnos de verdad.

Por la tensión de la cuerda sabía que mi compañero andaba cerca. Estaba tan oscuro que recuerdo levantar la mano y ponerla, literalmente, frente a mí pero no poder verla. Además de lidiar con la oscuridad, teníamos que hacerlo también con el frío. Superado el frío, debíamos permanecer atentos a los delfines y, por encima de todo ello, estaba la angustia de perdernos bajo un pueblo construido sobre pilones. Sentí claustrofobia.

A duras penas veía la lectura verde fluorescente en la pantalla de mi brújula de muñeca. Intenté mantener el ritmo en la dirección correcta, pero había pilones que esquivar por todas partes. Tardamos una hora en llegar al barco. Me sentí aliviado cuando, por fin, alcanzamos el casco del buque. Es impresionante nadar en la total oscuridad, con las manos extendidas hacia delante, y llegar de este modo al colosal casco de un buque de guerra. Se siente uno tan pequeño... Dejé de felicitarme por haberlo logrado en cuanto fui consciente de que solo habíamos hecho la mitad del trabajo. Para completar la misión, debíamos colocar los artefactos y regresar al camión sin ser detectados.

Visto desde debajo del agua, el barco era gigantesco. Deslicé la mano enguantada por el rugoso acero y esperé a que mi compañero retirase el palo telescópico que yo llevaba atado en la espalda. Era como el que se usa para cambiar las letras de los carteles en las gasolineras. En uno de los extremos disponía de imanes y rodillos.

Saqué de la bolsa que llevaba atada a la cintura uno de los falsos explosivos. Pasé la mano por los rodillos del extremo del palo, para asegurarme de que giraban sin problemas, y di unos toquecitos en el hombro de mi compañero. Él situó los rodillos sobre el revestimiento de la nave y fue deslizando el explosivo de entrenamiento por el costado, hacia arriba, despacio, dejándolo avanzar por el casco hasta tenerlo en su sitio. El artefacto se mantenía en contacto constante con el barco gracias a los imanes, pero al cruzar la línea de flotación, estos se acercaron demasiado al revestimiento. Noté cómo el artefacto se pegaba al casco del barco con un «zank». Moví el palo hacia delante y hacia atrás hasta liberar la bomba. Me preocupaba que el ruido del imán en el momento de atraer el artefacto hacia el barco hubiera delatado nuestra posición.

Cerré los ojos e intenté concentrarme. Lo estaba haciendo todo al tacto. Era imposible ver nada y la cabeza me estaba jugando malas pasadas. Aún seguía percibiendo movimientos en las negras aguas. Cada vez que eso sucedía, se me aceleraba el corazón, a la espera de sentir al delfín o a la orca lanzándose como un bólido contra mi costado.

Arrastramos el artefacto centímetro a centímetro hacia la parte superior del casco hasta dejarlo a una altura de un metro aproximadamente. Cuando hubimos colocado el segundo artefacto, mi compañero me ayudó a recoger el palo. Me lo ató a la espalda, en su sitio, e iniciamos el largo y frío recorrido de regreso, nadando hasta el punto en que nos había dejado el camión. Al llegar de nuevo bajo el puente experimentamos un inmenso alivio. Para entonces pasaban por encima unos pocos coches y, gracias a una farola de la carretera, pude ver que volvía a nevar. Yo estaba cansado y tenía los nervios destrozados después de haber trabajado en la más absoluta oscuridad durante bastante más de dos horas. Pero sabía que solo descansaría al salir del riachuelo y encontrarme de nuevo en el interior del camión.

Las piernas me temblaron al ponerme en pie en la orilla. Alguien me echó una manta por encima y me ayudó a subir el equipo al

camión. Apenas podía hablar porque aún tenía la cara entumecida. Unos minutos después, volvía a sumergirme en la oscuridad, mientras el camión avanzaba estruendoso de vuelta al hotel. Aún no podía sentirme el rostro, pero supe que estaba sonriendo.

Éramos un grupo de novatos recién salidos del BUD/S y acabábamos de terminar una misión. Era una misión de entrenamiento, pero bucear bajo el muelle no era fácil. Ya habíamos realizado otras prácticas antes, pero en esta ocasión nuestro oficial había confiado en nosotros para la planificación y la ejecución, y lo habíamos logrado. Era agradable gozar de confianza.

—¿Alguien ha visto al delfín? —dijo un compañero.

—No —respondí yo—. No se veía una mierda.

—Cada vez que el agua se movía, me ponía tenso, preparado para quitarme de encima a la mierda de bestia —respondió mi compañero.

Al final, el delfín en libertad había visto un banco de peces en el muelle y se había marchado. Los otros dos de las jaulas, acostumbrados a las aguas más cálidas de San Diego, se quedaron cerca de la superficie y hacían sonar el aviso cada diez minutos para conseguir pescado. Los delfines no deseaban estar en las gélidas aguas ni un minuto más que nosotros. El ruido constante de los tanques les impidió percibir nuestra llegada, y nadie nos había visto ni oído mientras colocábamos los falsos artefactos. Habíamos resuelto la misión, sin duda alguna.

Yo estuve nervioso todo el tiempo. Pero para cumplir con mi cometido, recurrí exactamente a la misma concentración que para los 50 metros bajo el agua en el BUD/S. Mi confianza crecía, pero no había alcanzado aún el 100 %. Unos años más tarde, al entrar en combate, no podría centrarme en lo negativo: la oscuridad, el agua fría, los delfines agresivos. Una vez iniciada la lucha, no podría permitirme ni el menor pensamiento de fracaso o huida. Echando la vista atrás, observo que mi confianza se fortaleció en cada entrenamiento y en cada combate. La importancia del propósito que había aprendido de mis padres me señaló el comienzo y, una vez

activada mi confianza, ya estuve en el camino para convertirme en un operador eficaz y en un valioso miembro del equipo.

Por supuesto, aún me quedaba mucho por aprender.

Capítulo 3

Un mundo de cuatro palmos

Miedo

Tenía el cuerpo paralizado frente a la lisa pared de roca.

Era incapaz de moverme, por mucho que desease continuar adelante. Sentía que los brazos me temblaban por el peso; el sudor me resbalaba por el rostro y las palmas de las manos estaban húmedas, lo cual dificultaba aún más el esfuerzo de sostenerme. Desvié la mirada a la derecha y avisté, en la distancia, el fastuoso Strip de Las Vegas. Inmediatamente cerré los ojos, sacudí la cabeza y quise imaginar que al abrirlos me encontraría en un lugar mejor.

Cuando por fin me decidí a mirar de nuevo, seguía a más de 45 metros de altura y a duras penas me sostenía en los puntos de apoyo de las manos y los pies. Estaba atado a una cuerda, pero no tenía la menor intención de probar su resistencia porque eso significaría haber caído; mi peor temor.

Llevaba cuatro años con los SEAL y, sin embargo, aún no había logrado dominar el terrible miedo que sentía por las alturas. La pared de roca parecía una hoja de vidrio marrón, sin asidero posible. Mi mente y mi cuerpo habían entablado una guerra civil: la cabeza me gritaba que avanzase y el cuerpo se negaba. Solo podía aguantar y maldecirme por haber perdido toda la concentración.

Estaba en los comienzos de mi carrera y había participado en un despliegue de prácticas en el Pacífico; ahora, mi sección se

preparaba para la próxima rotación, en Irak, donde podría entrar en combate por primera vez. A punto ya de concluir las prácticas, iniciamos uno de los últimos viajes, en aquella ocasión al Gran Cañón del Colorado, en las afueras de Las Vegas. Yo ya había asistido antes a otra salida de escalada, en la que aprendí los rudimentos, pero esta vez nos enseñarían a ascender por la cuerda en cabeza y a colocar nuestras propias protecciones.

Nunca he sido amante de las alturas y, sin duda alguna, cuando me inscribí en el viaje no pensaba en las caídas ni en el miedo que me provocan las alturas. Solo quería descansar un poco en Las Vegas y desahogarme antes del despliegue en Irak.

La primera noche fuimos al Strip y disfrutamos de todo lo que pudo ofrecernos. Tras unas horas de sueño —una breve siesta, más bien— nos dirigimos al centro de escalada. Los instructores que habíamos contratado eran civiles y nos observaban asombrados mientras íbamos sacando nuestro nuevo equipo, de lo mejorcito, de los coches de alquiler. Yo disponía, por tanto, del mejor equipo que el dinero podía pagar y los jefes habían contratado a los mejores instructores del mundo; pero me faltaban las aptitudes. Aquel no era mi campo, ni de lejos, y menos comparado con los instructores profesionales.

Cuando llegamos, los cinco instructores formaban un grupo junto al aparcamiento. Vestían pantalones cortos desgastados, camisas y sandalias. Los escaladores son intrínsecamente pobres, en especial los buenos, porque subir montañas es su dedicación en exclusiva; no practican otras aficiones. Es un rasgo que también he observado entre los paracaidistas. Invierten todo su dinero en el equipamiento y la práctica de la actividad que tanto les apasiona. Nuestros instructores se acercaron a nosotros, para prestarnos ayuda con el equipo y darnos la bienvenida al Cañón. Las horas en la roca habían formado callos en sus manos.

Los dos primeros días fueron tranquilos. Consistieron sobre todo en un repaso de nuestros conocimientos previos, sin ascensos por paredes demasiado altas ni de gran dificultad. Debíamos

asegurarnos de que todos recordábamos las medidas de seguridad y las cuestiones básicas antes de iniciar las subidas del último día, nuevas y más exigentes.

Nos repartimos por parejas. Cada una formaba un equipo y disponía de su propio instructor. A mí me tocó con Jeff, uno de los nuevos SEAL en la sección. Él tampoco disfrutaba con las alturas. Yo no pensaba dejar que mi angustia se notase y Jeff se esforzó igualmente para ocultarme su nerviosismo. En un equipo, si los colegas llegan a conocerte alguna debilidad, es el cuento de nunca acabar.

Nuestro «instructor-cabra» nos condujo hasta una de las rutas de ascenso. Era un tipo bajito y fornido, de piel curtida y con una larga barba de chivo. Me dio el apretón de manos más fuerte de mi vida. Tenía el pelo ralo y lo llevaba cubierto con una gorra North Face. Según nos contó en uno de los descansos, era un expresidiario que había cumplido condena por agresión. Le propinó una paliza al tipo que se había acostado con su esposa.

Decidimos que yo iría delante y que durante mi ascenso Jeff se ocuparía de los anclajes. Mientras escalaba la pared de roca, fui retransmitiendo en voz alta todos mis movimientos, centímetro a centímetro. Ninguna de mis palabras tenía sentido; eran tonterías, pero me calmaban. Seguro que a Jeff le molestaban.

—¡Mira, sí! ¡Qué suerte, la leva cuatro! —decía yo, sosteniéndola abierta en la mano—. Un buen cuatro azul.

Cada leva era de un color distinto, atendiendo a los tamaños. Yo iba disponiendo mis protecciones a medida que subía por la pared, y tenía que hacerlo bien porque si caía —algo que, entonces, procuraba no pensar—, la cuerda quedaría tensa en las levas. Nos habían indicado que las colocásemos cada 3 metros aproximadamente, en las grietas de la roca y en los salientes. Si caía y la leva más cercana estaba a 3 metros por debajo de mi posición, me precipitaría un total de 6 metros hasta que la cuerda me sujetase. Si el artefacto no estaba bien colocado, no quería ni imaginar cómo sería llegar hasta la siguiente.

Decidí colocarlas a intervalos de 1,5 metros, en un intento por sentirme más seguro.

«Sí, eso es. Cada metro y medio estará muy bien», me decía a mí mismo al tiempo que insertaba otra leva en la cara de la roca.

Conseguí superar la primera parte sin problemas y luego aseguré a Jeff cuando le tocó el turno de subir. En la siguiente ruta, Jeff se puso por delante y yo me quedé atrás, asegurándole el ascenso. Cuando ambos hubimos practicado nuestras técnicas de escalar a la cabeza en cuerda, el instructor nos hizo pasar a una pared más alta. La roca proyectaba una sombra kilométrica. Procuré no mirar a lo alto de aquel cortado, que cerraba el paso a la luz del sol.

—Empiezas tú —me dijo el instructor.

Poco podía replicar. Me sentía demasiado inquieto para decir nada. Aquella roca era mucho más grande y lisa que las anteriores. Disponía de la mitad de apoyos de manos y pies y sería imprescindible una gran concentración para escoger una ruta de escalada clara en aquella montaña.

Al principio, trepé deprisa; encontraba dónde apoyar manos y pies sin dificultades. Durante el ascenso, fui instalando las protecciones en las grietas o en las hendiduras de la roca. El ritmo entre la escalada y la colocación de protecciones fue tan bueno que no caí en la cuenta de que estaba usando demasiados artefactos y de que se acabarían antes de tiempo. Al colocar el último de los dispositivos en una grieta enorme, me quedé definitivamente bloqueado. No podía subir más. A decir verdad, no quería subir más.

Por primera vez desde el comienzo del ejercicio despegué los ojos de la roca que había frente a mí y miré alrededor. Estaba la hostia de arriba. Podía ver el Strip de Las Vegas y el desierto, que se extendía hasta el horizonte. Cuando eché la vista abajo, Jeff era mucho más pequeño que antes. Parecía un enanito de jardín.

Me resbalaban de las manos las opciones de controlar el miedo, de un modo bastante parecido a como me resbalaba el agarre a la

roca.

Levanté la mirada hacia el azul cristalino del cielo y deseé hallarme en cualquier otra parte. Estaba nervioso y notaba que perdía la concentración para escoger el lugar que deberían ocupar mis asideros para manos y pies. Perdí la «concentración en la mira delantera». En las prácticas de tiro SEAL, nos concentramos en la mira delantera del arma justo antes de apretar el gatillo porque, si esta se encuentra bien alineada con el blanco y bien orientada, la bala acertará; perdida la concentración en la mira delantera, se falla el objetivo. Así de sencillo.

Pero yo solo podía pensar en la fría pared de roca, en mi altura respecto al nivel del suelo y en el instructor, que ascendía hacia mí sin cuerda. También oía a Jeff, gritando en el suelo.

—¿Subo a por ti? —chilló burlón.

Yo luchaba por encontrar otro asidero, pero mis dedos estaban cansados.

«Estoy a punto de resbalar y caer», pensaba.

A mi izquierda, oí que algo rascaba sobre la roca. Estaba tan obsesionado por mi situación que había olvidado enteramente al instructor. Vi cómo se aproximaba, trepando como Spiderman, mientras esperaba que yo preparase la siguiente leva. Me ponía nervioso verlo sin cuerda.

Por fin, el guía llegó hasta mí. Traía colgando media docena de levas en el arnés del pecho. Aquella cabra loca las había recogido de la montaña en todos los puntos donde yo las había puesto innecesariamente, y ahora me las traía para que pudiera seguir adelante con la escalada. Y todo sin usar cuerda ni protección propia; trepó sin más hacia mi posición sin pensárselo dos veces. Había algo inquietante.

Estaba allí colgado junto a mí, con un cigarrillo en los labios. Se sostenía con una mano en la roca mientras daba una calada a su cigarrillo y exhalaba una nube de humo azul. Saltaba a la vista que yo estaba luchando.

—Oye, tío —me dijo con voz cansina y un poco áspera—. Tú limítate a tus cuatro palmos.

Yo estaba a cerca de 60 metros de altura, en un peñasco, y apenas podía pensar, no digamos descifrar mensajes tan crípticos como aquel.

—¡Venga ya!, ¿de qué demonios hablas?

—Tienes que centrarte en tus cuatro palmos —respondió—. Céntrate en lo que puedes controlar. Puedes seguir mirando a tu alrededor, pero toda esa mierda de ahí no te va a servir nada. ¿Verdad que no?

Negué con la cabeza.

—Ahora calculas hasta dónde llegarás en la caída —dijo el instructor—. Miras abajo, a Jeff, pero él no vendrá a salvarte. Miras el Strip. ¿Qué piensas hacer?, ¿apostarte la escalada? No me mires. Yo tampoco te ayudaré. Esto es cosa tuya. Eres tú el que sube esta montaña. Limítate a tus cuatro palmos.

Jamás olvidaré aquellas palabras. «Limítate a tus cuatro palmos.»

Solo así pude salir de la roca. Con más levas en la mano, me centré en encajar la primera en la grieta más próxima. Deslicé la cuerda por el mosquetón y reanudé el ascenso. Nunca ponía los ojos en nada más lejos que el siguiente apoyo. Dejé que se me escapase toda la belleza del desierto de Las Vegas, tan brillante en la distancia. Pero podría señalar todas las rendijas de la roca. Me concentré tanto que me sorprendí cuando mi mano llegó al borde del acantilado, al final de la escalada.

Aquella semana terminé el entrenamiento con una perspectiva distinta. Limitarme a mis cuatro palmos se convirtió en un mantra para mí. Dejar ir las cosas que escapan a nuestro control resulta liberador. Al parecer, funciona en todas las situaciones. Ese mundo de cuatro palmos me ha ayudado a superar prácticamente cualquier vicisitud, en escalada, paracaidismo e incluso en las inmersiones nocturnas donde la única forma de mantener el control pasa por concentrarse en la brújula fluorescente de la muñeca.

Por supuesto, otra faceta de un SEAL que hace del temor a las alturas algo realmente incómodo es el paracaidismo. Yo asistí a la escuela de paracaidistas antes incluso de ingresar en la Marina, pero me incomodaban todos los saltos y pasaron años hasta que empezaron a gustarme.

Recuerdo una de las ocasiones, justo después de graduarme en el S&T, en que mi grupo realizaba unas prácticas militares de caída libre en Arizona. Yo era «carne fresca», es decir, el nuevo. Me vi obligado a saltar con el equipamiento que los veteranos se negaban a cargar, como la escalera plegable, los mazos y la munición de repuesto.

El interior del C-130 estaba iluminado por unas luces rojas. Para moverme dentro de la aeronave, no podía incorporarme del todo. Hacía calor en la cabina durante el despegue y alcanzamos una altura de 20.000 pies sobre el desierto de Arizona. Yo tenía la boca seca y respiraba entrecortado. La mochila que llevaba era nueva, mucho más grande que la de uso habitual. Me senté en cuclillas, cargado de munición y de equipamiento añadido. Las tiras de la mochila con el resto de mi equipo de 27 kilogramos se me clavaban en la piel.

Traté de ajustar el peso del equipo, con la esperanza de equilibrarlo mejor, pero sin mucha fortuna. El cuerpo me dolía por haber arrastrado el equipo, el tanque de oxígeno y los paracaídas hasta el avión. Hice girar el cuello, de un lado a otro, intentando calmar la rigidez muscular, provocada por el pesado casco y las gafas de visión nocturna que llevaba atadas a la cabeza. Me sentía realmente incómodo. No me centré en mis obligaciones; solo me lamentaba interiormente por lo muy asqueroso que era todo. Mi único objetivo era saltar, porque así faltaría menos para librarme del equipo.

En la mayoría de casos, cargábamos con tanto peso que la diversión se anulaba sin remedio. Saltar en una zona de lanzamiento civil, con un pequeño «paracaídas deportivo», puede resultar divertido, pero en nuestras operaciones yo llevaba pegado

al cuerpo un equipo de combate de un mínimo de 27 kilogramos. Si le sumamos otros 45 kilogramos del paracaídas, la botella de oxígeno, la máscara y los 27 kilogramos añadidos por ser «carne fresca» en la parte delantera, me hundía bajo el peso de cerca de 90 kilogramos de equipamiento, lo cual doblaba mi propio peso de carga habitual.

El malestar absorbió toda mi atención, cuando debería haberme centrado en el trabajo que tenía entre manos, en saltar adecuadamente del avión y en el resto del proceso. Estábamos practicando un salto en una zona de lanzamiento desconocida, lo que significaba que no habíamos estado allí antes. Yo la había estudiado en el mapa —una intersección de dos caminos de pista cerca del pie de una montaña— pero no la vería con mis propios ojos hasta estar bajo la tela del paracaídas, observando a través de mis gafas de visión nocturna. Solo tenía que saltar del avión; tras varios segundos, abrir el paracaídas y colocarme detrás del saltador en cabeza; y, si todo salía bien, tomaríamos tierra todos juntos. Todos habíamos introducido la zona de lanzamiento en el GPS de la muñeca, por si algo llegaba a impedirnos establecer contacto con el saltador jefe, pero acostumbraba a ser un recurso de emergencia innecesario.

El saltador en cabeza corría con la responsabilidad de conducir a todo el grupo, sano y salvo, hasta tierra. Cuando hay más de veinte SEAL volando en medio de la noche bajo sus paraguas de tela, es un objetivo más fácil de decir que de cumplir. Los paracaídas no son rígidos como las alas de un aeroplano o un ala delta, de modo que, si se produce un choque entre dos de ellos, ambos se pliegan o se enredan uno con otro y provocan una caída mortal.

Examiné la cabina, observando a mis compañeros que, junto a la rampa, no eran sino sombras iluminadas por la luz rojiza de los pilotos. La mayoría de los chicos estaban allí sentados, en silencio, alternando de vez en cuando el peso de una pierna a otra. Era imposible distinguir los rostros o las expresiones, pero nadie parecía nervioso, que era exactamente como yo me sentía.

Mientras jugueteaba con el tanque de oxígeno, recoloqué por tercera vez mi rifle. Estaba tan enfrascado en mi mal rollo que me sobresaltó la ráfaga de aire que entró al abrirse la rampa lentamente. El jefe de paracaidistas transmitió la señal «rampa» y luego «en pie». Mis compañeros, como ancianos bajo el peso de los equipos, se incorporaron con pesadez y avanzaron arrastrando los pies, hasta la rampa.

El viento era ensordecedor. Apiñados cerca del borde, esperamos la luz verde para saltar. Por un segundo, caí en la cuenta de que estaba en una de aquellas películas que veía siendo pequeño. Resultaba surrealista, al ver a mis hermanos alineados frente a mí. Me lo había currado mucho para estar allí.

¿Lo había hecho de verdad?

Veíamos las estrellas, que no paraban de moverse, mientras el avión alcanzaba su altura de crucero. En esas altitudes, la negrura del cielo queda salpicada por tantísimas estrellas que es difícil distinguirlas entre sí. Por debajo de nosotros pasaban las nubes, con claros ocasionales que revelaban el negro desierto de abajo. Con aquella oscuridad costaba distinguir entre las luces de los edificios, en tierra, y las estrellas que brillaban en la oscuridad de la noche. Eché un vistazo a los números verdes de mi altímetro.

El jefe de paracaidistas dio el aviso de «un minuto» y mi pensamiento empezó a divagar. Puse en duda mi capacidad para controlar lo que se avecinaba. La cabeza se fue llenando de «¿y si?».

—¿Y si la cago al saltar?

—¿Y si no he plegado bien el paracaídas y no se abre adecuadamente?

—¿Y si no consigo encontrar al saltador jefe y me pierdo en el cielo nocturno?

Entonces se encendió la luz verde que significaba «adelante».

—Luz verde. Paracaidistas, ¡adelante!

Mis compañeros avanzaron balanceándose como patos y desaparecieron por la rampa. Igual que en la prueba de natación de

los 50 metros, tuve que expulsar todos los ¿y si? de la cabeza y concentrarme. Cuando puse las botas en el borde de la rampa, mi pensamiento aún iba a mil por hora. No me había concentrado.

Alineé mis pies con los pulgares sobresaliendo ligeramente por el borde y me lancé. Aquel salto no fue relajado ni grácil. Me quedé tieso en la rampa y, desde un primer momento, adopté una mala postura. Debería haber mantenido la cabeza alta y los brazos y las piernas relajados, cuidando bien el ángulo de mi cuerpo. Pero en cuanto topé con el chorro de corriente que soltaba el avión, empecé a dar vueltas. Girar es lo último que uno desea al saltar de un avión, sobre todo si va cargado con un montón de peso de equipamiento añadido.

Las estrellas no eran más que manchas de luz mientras yo daba vueltas como una peonza. Me debatía por no perder los nervios. El pánico se instaló en mi pecho. Me precipitaba al vacío y tragaba saliva, al mismo tiempo que fracasaba en mi intento por detener el giro. Tenía problemas, pero no podía aclararme la cabeza y pensar, y eso solo agravaba aún más mi circunstancia.

En lugar de preocuparme por mi posición corporal, en lugar de preocuparme por seguir bajo control y por conseguir una posición estable, con la barriga paralela a la tierra, solo pensaba en salvarme.

«Esto no va bien; esto no tendría que estar pasando», era la idea que había invadido mi cabeza.

El instinto, fruto del miedo, me hizo agarrar el asa que abriría mi paracaídas y tirar de ella. Era demasiado pronto y yo caía girando de forma incontrolada; era lo último que debería haber hecho, pero ya no había vuelta atrás. Noté cómo el paracaídas se separaba de mi espalda al salir de su contenedor. En las décimas de segundo en que esperé la sacudida del paracaídas al llenarse de aire, me enfadé conmigo mismo por estar tan desconcentrado. Era consciente de todo lo que había hecho mal. Había jodido el salto desde el avión. Tenía el cuerpo tenso y eso hizo que cayese rodando. No paré de girar hasta que abrí el paracaídas. Caía presa

del pánico y dejé de pensar y de actuar, sin más; pero aún cometí otro error, al no adoptar una posición correcta antes de tirar de la anilla. Mis capacidades estaban por encima de todos aquellos errores.

Sentí el tirón del paracaídas y los giros fueron perdiendo velocidad, pero cuando quise revisar el velamen no podía levantar la cabeza; estaba bloqueada por las cintas que salían desde el arnés hacia el velamen. Notaba la fuerza que ejercían contra mi cuello. Sacudí el cuello hacia delante y atrás, con la esperanza de liberarme, pero solo conseguí añadir más presión en la parte trasera.

Algo iba muy mal.

Solo oía mi propia respiración dentro de la mascarilla de oxígeno y el ondear del paracaídas arriba. Consulté mi altímetro rápidamente. Por fin empecé a recordar todas las normas básicas que me habían enseñado para saltar en paracaídas.

«Sepa siempre a qué altitud se encuentra.»

Estaba a 18.000 pies, así que disponía de mucha altitud y de tiempo para corregir el problema de mi paraguas. Pero, si quería permanecer con los otros, ya no habría tanto tiempo. Por ahora, mis colegas estaban encima, calculé, y con unos paracaídas en buen estado probablemente ya volaban hacia el objetivo.

Oí el ruido de mi velamen sobre mí al iniciar un giro lento. Al principio describí un círculo suave, pero en la segunda rotación la velocidad aumentó. Había visto vídeos de chicos con paracaídas liados como un cigarrillo que se precipitaban al suelo. Mi paracaídas conservaba algo de fuerza porque no me caía como un meteorito. Pero no lo controlaba y cada vez giraba más deprisa. Tuve miedo de voltearme con tanta violencia que llegase a perder el conocimiento.

Tenía que actuar.

De repente, me concentré en los procedimientos de emergencia y me vi en mis cuatro palmos. Hasta entonces, había vivido preocupado por mi comodidad y por que los chicos más mayores se reirían a mi costa por haberla cagado en el salto. Pero todo aquello

no cabía en mis cuatro palmos. Preocuparse por ello no me ayudaría con el problema del paracaídas.

Me invadió una calma extraña, que hizo desaparecer el pánico y la inquietud. Lo primordial era ver el paracaídas, que no estaba funcionando.

Estiré el cuello al mismo tiempo que me giraba y pude ver la tela. Uno de los lados se había hinchado y estaba tenso por el aire que lo llenaba. El otro, sin embargo, repiqueteaba sin fuerzas, como el ala rota de un pájaro. Aquel problema era obra mía, por haber tirado del asa mientras caía girando. Estaba tan fuera de control que el pilotillo extractor, el que saca el paracaídas principal del paquete, quedó enredado en algunos de los cables del borde de mi velamen. El pilotillo extractor impedía que se abriese el paracaídas principal.

No había forma de salvar el paracaídas. Mi única oportunidad exigiría librarme de él y tirar del de reserva. La velocidad iba en aumento. Estaba empezando a sentir el mareo provocado por los giros constantes. Me resultaba imposible concentrarme en el horizonte.

Aprendemos a desplegar nuestros paracaídas de reserva, repitiendo el ejercicio una vez tras otra hasta que se convierte en un reflejo mecánico. Respiré profundamente, miré hacia abajo a la manija de liberación y tiré de ella. Noté cómo se soltaba el paracaídas principal y, durante una décima de segundo, volví a precipitarme en caída libre. Ya sin el paracaídas principal, un cable tiró del de reserva, que se abrió y me detuvo con una sacudida.

Alcé los ojos de inmediato para verificar que el velamen de reserva se hallara en buenas condiciones. Deseaba con todas mis fuerzas que fuera así, porque ya no quedaban más opciones: un paracaídas principal, otro de reserva y se acabó. Encima de mí, este segundo paraguas tenía la tela tensa y se había hinchado de aire. Ondeaba suavemente con la brisa. Probé las cuerdas para asegurarme de que todo funcionaba correctamente. Antes de sintonizar la radio e informar al saltador jefe, me tomé un segundo

para disfrutar del silencio. Es un silencio brutal, posible solo al flotar en medio de una oscura noche bajo el globo de un paracaídas.

Oí que el paracaidista jefe estaba haciendo las verificaciones; consulté el altímetro y el GPS y recuperé el control. Se dirigían ya a la zona de aterrizaje.

—Aquí saltador doce —dije por radio—. He tenido un desprendimiento. Estoy a 18.000 pies y me encuentro a 10 kilómetros del objetivo. No están ustedes en mi campo de visión.

—Comprendido, saltador 12 —respondió el capitán—. Nosotros estamos a 20.000 pies y nos hallamos a una distancia de 8 kilómetros con respecto al objetivo. Mi rumbo es uno, cuatro, cinco grados.

Tiré de las cuerdas y describí un amplio arco para alinearme con el blanco y el resto de paracaidistas. Mantuve la ruta y reduje la velocidad del descenso. Al poco, en la distancia, empecé a distinguir los paracaídas de mis compañeros. Fui acercándome al grupo a medida que nos aproximábamos a la zona de aterrizaje. Cuando tocamos tierra, me hallaba justo en el centro, con el resto de paracaidistas.

Dejé que mi globo cayera a tierra y recogí el equipo. Todos los chicos que me rodeaban estaban contentos, felices con sus saltos. Yo, en cambio, estaba cabreado conmigo mismo por haber cometido un error de principiante. Había permitido que el miedo se apoderase de mí. No me concentré y eso podría haberme costado la vida.

Llegado el momento de patrullar, me coloqué en la fila y acudí al lugar de recogida donde esperaban los autobuses. Subí el equipo al vehículo y ocupé un asiento cerca de la parte trasera, mientras iba pensando en el salto. Yo era el nuevo y no me podía permitir cometer errores estúpidos; por si fuera poco, había cometido más de un error. Me di cuenta de que mi salto estaba muy lejos de ser perfecto desde el principio. En el momento en que subí al C-130, solo pensé en las incomodidades que me rodeaban pero no en lo que estaba a punto de realizar. ¿Qué habría pasado si toda esa basura que tenía dentro salía durante un tiroteo? Sabía

rematadamente bien que una herida de bala resultaría muchísimo más incómoda que una mochila mal puesta. Aquella noche, me había preocupado por un montón de mierda con la que no podía hacer nada, en lugar de concentrarme en lo que sí podía controlar, y eso podría haberme matado.

Necesitaba conocer mejor mi equipo. Desde aquel día, puse buen cuidado en asegurarme de que todo lo que llevase siempre quedase igual y fuese cómodo, o al menos todo lo cómodo que uno se puede sentir cargado con cien kilogramos de equipamiento atados al cuerpo. La determinación se había impuesto al salto. Mis uniformes y mis equipos eran todos cómodos. Si algo no encajaba bien, yo me tomaría el tiempo necesario para asegurarme de dejarlo casi perfecto. No solo revisaba concienzudamente el equipo que me habían entregado, sino también el que había organizado yo mismo.

Pero la incomodidad experimentada a bordo del avión solo había sido el primero de los problemas. Cuando el salto se hubo estropeado, estalló el pánico. Ese suele ser un error fatal. En cuanto volví a situarme en mis cuatro palmos, recuperé el camino. Ya no miraba hacia fuera en busca de la solución, sino que me centraba en las cosas bajo mi control.

Los autobuses nos condujeron hasta el aeropuerto, donde deshicimos las bolsas y nos reunimos para la valoración crítica. Todos los que habíamos subido a la rampa nos sentamos en las mesas de la sala de informes. El saltador jefe empezó hablando de la misión. Todos los paracaidistas podían intervenir en cualquier tema. Finalmente me tocó a mí.

—Yo salté mal —dije—. Mi paracaídas principal no funcionó correctamente. Tuve que recurrir al de reserva.

Después de los partes, uno de los líderes del equipo me llevó con él.

—Oiga —me preguntó—, ¿por qué no ha funcionado su paracaídas?

—Salté mal.

—Sí, lo sé —respondió él—. ¿Por qué? ¿Qué le hizo saltar mal?

—No tenía una buena postura corporal —contesté—. Al empezar a caer, me puse nervioso y abrí el principal. Creo que, encontrándome en una situación tan inestable, abrir el paracaídas provocó el fallo.

Permanecimos sentados unos minutos, comentando aspectos del salto. Hoy sé que él solo pretendía ayudarme a aprender de mis errores.

—Revise cómo colocar el equipo —dijo él.— Repase los procedimientos en el interior del avión, su postura al saltar, sus recursos de emergencia. Luego, por último pero no por ello menos importante, repase en su cabeza qué hará durante el vuelo en paracaídas.

El líder del equipo insistió en que debía revisar el salto entero, mentalmente, antes de llevarlo a cabo. Ahora lo hago siempre antes de lanzarme.

La gente cree que los SEAL no tenemos miedo. Vale la pena pensarlo dos veces. Nadie vive sin miedo; las alturas son mi talón de Aquiles. Probablemente, debería haberlo pensado antes de lanzarme a la posibilidad de ir a Las Vegas con la Marina. Debería haber usado ese miedo para dominar los procedimientos de paracaidismo desde el principio. Imagino que necesité verme muy apurado para aprender una lección que nunca olvidaré.

En lugar de concentrarme en el miedo y de estar asustado, aprendí a concentrarme en lo que podía controlar. En controlar mi equipo, los ensayos, mi mente y mi toma de decisiones.

Ahora, cuando oigo el zumbido de las hélices del C-130, me impaciento. Ahora soy yo el que cuenta los chistes y espera las vistas mientras planeo en silencio bajo el paracaídas hacia la zona de aterrizaje.

Tardé bastante tiempo en conseguir aquella soltura. Para llegar allí, tuve que hacer frente al miedo. Al principio de mi carrera, me presentaba voluntario para todas las salidas con paracaídas que podía. No me gustaba, pero sabía que si quería conseguir mejorar en aquello tendría que obligarme a saltar a cada oportunidad que se

presentase. El lema de los SEAL de la Marina es «El único día fácil fue el de ayer», y a lo largo de mi carrera ha sido un hecho. Siempre me he presionado a mí mismo y nunca me he sentado a descansar. Me he presionado siempre que he podido y he tratado de mejorar. Cada día era, siempre, más duro que el anterior.

Despacio, fui aprendiendo a dominar el miedo a los saltos. Sigo sin ser gran amante de las alturas, pero ahora saltar en paracaídas ya no me altera.

De vuelta al hotel tras la caída descontrolada, empecé a sentirme mejor y supe que la próxima vez controlaría mejor la situación. No podía dejar de recordar la roca, hacía tantos años, y el sencillo consejo de la cabra humana, antes de haber visto ningún combate ni de saber qué era realmente el miedo.

—Tío, limítate a tus cuatro palmos.

Capítulo 4

La prueba de la capucha

Estrés

Me envolvía una oscuridad total.

Podía sentir el peso de varios pares de ojos fijos en mí. El sudor resbalaba por mi frente y la tela de la capucha se había pegado a mi rostro. A mi alrededor había gente moviéndose y hablando, pero yo no lograba descifrar sus conversaciones. Agucé al máximo todos mis sentidos —salvo la vista— en un esfuerzo por captar algún dato que me resultase útil cuando la capucha se alzara.

Había participado en dos despliegues —incluida una rotación en Irak— antes de ser seleccionado para el curso S&T. Cuando me tocó el turno de entrar en la casilla, introduje en mi arma un cargador entero de Simunitions, unos cartuchos de tinta creados por General Dynamics y aptos para nuestros rifles; acto seguido, me encaminé al centro de la habitación. Del techo visto pendían algunas lámparas y una pasarela que atravesaba la estancia y permitía a los instructores contemplar la acción desde lo alto. En una de las paredes de la sala, sobre un suelo de cemento completamente despejado, había marcada una casilla cuadrada con cinta adhesiva. Me situé en el centro de la casilla y los instructores ordenaron que descolgasen la capucha hasta que me cubriera la cabeza. No podía rebasar las marcas del suelo o el ejercicio habría terminado.

La capucha, y la cuerda con que se sostenía, colgaban de unas poleas. En el momento en que los instructores tirasen de la cuerda, la capucha se alzaría y yo debería reaccionar a un escenario preparado. Bajo aquella tela negra, ignoraba si me vería en una situación con rehenes, si tendría que tratar con personas desarmadas pero violentas o si se trataría de manejar a individuos dóciles al tiempo que susceptibles de tornarse hostiles en cuestión de segundos. El escenario también podía representar una situación a la que jamás me hubiera enfrentado antes.

A diferencia del BUD/S, que por encima de todo probaba la voluntad de los candidatos, el S&T se centraba en sus aptitudes, en el control mental y en la capacidad de decidir lo correcto en momentos de gran presión y estrés. Debería poder valorar la situación rápidamente, priorizar las amenazas y actuar en consecuencia mientras los instructores me observaban desde la pasarela y evaluaban cada una de mis acciones. Todo estaba medido al detalle: un error podía implicar abandonar el curso antes del final y volver al Equipo Cinco de los SEAL.

Respiré profundamente dos veces y mantuve los ojos cerrados mientras la capucha descendía hasta descansar sobre mis hombros. Moví los dedos y empuñe el rifle por la culata, con el dedo extendido sobre el disparador. Intenté relajarme. Sabía que si estaba tenso y no pensaba con claridad podía cometer errores. No pensé en los ¿y si?. Confiaba en saber qué hacer. La incógnita era si acertaría a tomar la decisión correcta, a vida o muerte, con rapidez suficiente y en orden. En el curso del S&T hay que salir, por fuerza, de los cuatro palmos.

El miedo y el estrés son dos cosas distintas.

Quedarse en los cuatro palmos es un recurso clave para dominar el miedo. Pero manejar el estrés resulta más complicado porque, generalmente, se origina en algún lugar que escapa a los límites de nuestro control. Los instructores se esforzaban al máximo para estresarnos más allá de nuestra capacidad de resistencia.

Pasaban los segundos bajo la capucha y cada vez se hacía más difícil mantener la concentración. Yo imaginaba que los instructores alargaban la espera con el único objetivo de tomarme el pelo; tal vez quisieran comprobar cuánto resistía. O quizá solo permanecían allí, de pie, riendo de verme encapuchado. Moví las manos de nuevo y trasladé el peso de mi cuerpo de un pie a otro, procurando evitar las divagaciones mentales.

Sabía que no pasarían más de unos segundos, un minuto como máximo, pero bajo la tela un momento parecía un año.

Entonces, sin previo aviso, la capucha desapareció.

La luz me golpeó como un reflector. Sin perder un instante, empecé a examinar la estancia, con el rifle preparado y en alto. Había una chica rubia, guapa, a menos de 30 metros; me miraba con unos tiernos ojos marrones. Vestía vaqueros y una camiseta. Me sonreía, como si supiera algo que yo ignoraba.

No vi armas en sus manos y pasé a examinar la zona trasera. Por encima de su hombro vislumbré a un tipo armado, con gorra de deporte, camiseta y pantalones cargo. Estaba al fondo de la sala, en la esquina derecha, y apuntaba con una pistola semiautomática a la cabeza de un hombre. El rehén había bajado la cara y no pude vérsela.

Sin pensarlo siquiera, me había colocado el arma en el hombro y tenía los ojos fijos en la mira. No dijo nada cuando el punto rojo de mi EOTech se situó en su cabeza.

—¡Eh, colega! —oí detrás de mí—. ¡Tú, gilipollas!

«¡Mierda!», pensé yo. No había mirado atrás. «Joder, estoy empezando a perder el control.» Ni siquiera había repasado la habitación entera. Estaba demasiado centrado en las dos amenazas que tenía delante de mí.

Rápidamente quité el seguro de mi arma y disparé dos balas. Las descargas de pintura explotaron en el pecho del hombre. Yo sabía que en primer lugar debía ocuparme de la amenaza directa con el rehén. Aunque detrás hubiera individuos armados, en aquel momento mi cabeza consideró que la situación del prisionero

representaba la máxima prioridad. Vi que el pistolero dejaba caer su arma junto al rehén, en un lamentable amago de agonía.

Aunque el francotirador ya estaba muerto, tenía la sensación de haberla fastidiado. No había llegado a evaluar la habitación entera; me dejé llevar por la prisa. Al principio de mi carrera, tuve que esforzarme mucho para aflojar el ritmo porque, hasta entonces, el entrenamiento recibido nos había preparado para hacerlo todo a gran velocidad.

Durante mi primer despliegue en Irak con el Equipo Cinco de los SEAL, en cada asalto nos precipitábamos hasta la puerta y corríamos escaleras arriba entre un montón de gritos y de chillidos. ¡Qué demonios, cuando llegamos a Irak, no había nadie en mi sección con experiencia en combate! Para la mayoría de nosotros era el primer despliegue. Allí nos formábamos sobre la marcha.

Teníamos el campamento instalado tras un palacio erigido en lo alto de una colina artificial, en los alrededores del Aeropuerto Internacional de Bagdad. Desde el tejado se desplegaba ante mí toda la extensión del aeropuerto. La aviación militar —los enormes C-130 de color gris y los C-17— rodaban pesadamente por las pistas. Se percibía un constante zumbido de motores mezclado con el golpeteo de los rotores de los helicópteros. El Aeropuerto Internacional de Bagdad era un centro enorme para las fuerzas de la coalición. Los camiones Humvee y los LMTV levantaban nubes de polvo en las carreteras que discurrían desde el aeropuerto hasta los campamentos de tiendas de los soldados. Los contratistas corrían arriba y abajo en vehículos 4x4 y cada día aparecía un nuevo campo lleno de remolques modulares preparados para cumplir las funciones de dormitorio o de oficina para diversas empresas.

Un equipo de las Fuerzas Especiales ocupó el palacio principal. Una colosal puerta de madera se abría y daba paso a un vestíbulo con suelos de mármol. La escalera conducía a las habitaciones de la segunda planta. Había un comedor al fondo y el centro de operaciones se instaló en una de las habitaciones de abajo. Paseando por el palacio, contemplé los diseños sobre el mármol y el

esmerado trabajo de los artesanos en la barandilla. Pero los saqueadores habían acabado con casi todo lo que había de valor antes de nuestra llegada. Las paredes de todo el recinto exhibían unos enormes boquetes. Durante la invasión al palacio de Saddam se rumoreaba que las tuberías del complejo estaban hechas de oro, así que los saqueadores taladraron las paredes con la intención de sacar algo de dinero.

En el exterior disponíamos de unas enormes antenas verde oliva y una parabólica. Los generadores zumbaban junto a la piscina, que separaba el palacio principal de nuestros alojamientos. Nos habíamos quedado con las casas de los sirvientes, al lado del parque de vehículos. Como el palacio, el cuartel tenía también los suelos de mármol, aunque en esta parte no lucían dibujos ornamentales y había pocos signos de riqueza. No sirvió para disuadir a los saqueadores, que también habían agujereado aquellas paredes.

La zona de la piscina se convirtió en el centro del campamento. Tanto los SEAL como las Fuerzas Especiales holgazaneábamos al lado del agua entre una misión y otra. A principios de primavera el calor aún no resultaba asfixiante, pero después de comer la temperatura rondaba los 30 grados. Nuestro trabajo se desarrollaba fundamentalmente en horas nocturnas, de modo que poco nos ocupaba durante el día salvo comer, dormir, salir y sentarnos junto a la piscina hasta que se presentase una misión.

A las semanas de haber llegado, nos habíamos transformado en un equipo SWAT de Bagdad, asaltando complejos de insurgentes sospechosos con la ayuda de la CIA. La agencia estaba intentando hacer una redada de líderes insurgentes, en su mayoría antiguos miembros del partido Baaz. La CIA recibía un chivatazo y esa noche nosotros atacábamos la casa.

A mitad del despliegue, aproximadamente, nos llamaron para que detuviéramos a un antiguo funcionario de la inteligencia de las Fuerzas Aéreas iraquíes. Nos presentamos todos en el centro de operaciones. Nuestro contacto en la CIA, vestido con polo negro,

pantalones color caqui y botas para el desierto, nos puso al día sobre los informes. El blanco estaba organizando ataques contra soldados estadounidenses en la ciudad. Un informador de la CIA lo comunicó a la coalición y los datos fueron procesados en los cauces del sistema hasta llegar a nosotros. El oficial iraquí era alto y delgado, sin bello facial, un rasgo poco frecuente en Irak.

El informante encabezaría el convoy e indicaría el emplazamiento de la casa. Nosotros le seguiríamos, derribaríamos las puertas e irrumpiríamos en el interior. No eran actuaciones con altas dosis de elegancia, sino una algarabía de gritos y explosiones.

Nos reunimos hacia las diez de noche para un último encuentro y abandonamos el recinto poco después de la medianoche. El funcionario de la CIA y su informante, a bordo de un viejo sedán destartalado con la chapa pintada en varios tonos, nos llevaban bastante distancia. Nosotros viajábamos con tres Humvees, con las ametralladoras preparadas. Yo formaría equipo con un compañero que soldaría estribos y algunos asideros en el tejado para que los chicos pudieran descolgarse por los lados y lanzar un ataque más rápido cuando llegásemos al blanco, al estilo de los SWAT de LA.

Mi vehículo abría la marcha. Las calles estaban desiertas; eran estrechas y, en lo alto, se entrecruzaban marañas de cables que doblaban las antenas del camión cada vez que estas topaban con ellos. El ronco estruendo del motor dificultaba oír cualquier cosa. Llegaban retazos de comunicaciones por radio que se colaban entre el ruido del camión.

—Vale, ya está —oí que decía el funcionario al mando de la misión—. *Chemlights* a la izquierda.

El motor del Humvee se revolucionó y el camión avanzó hasta detenerse ante el complejo. Yo ya estaba casi en el suelo cuando paró por completo. La puerta de la calle estaba entornada y crucé el pequeño patio a la carrera, hasta alcanzar la puerta frontal del edificio. No comprobé si el picaporte estaba cerrado. Mi compañero insertó una carga explosiva en la cerradura y ambos nos apartamos a un lado.

—¡Atención, fuego! —gritó él. Unos segundos más tarde, activó la carga e hizo volar la puerta, que se desprendió de las bisagras y salió despedida hacia el interior de la casa. Yo no esperé a que el humo se despejase. A los pocos segundos ya estaba dentro, con el arma en alto y listo para disparar.

Oía a mis compañeros gritando detrás. Éramos como tiburones de caza. Yo sentía la adrenalina, que dificultaba la concentración. El calor de la primavera, incluso a medianoche, seguía siendo bochornoso y yo percibía mis guantes empapados en sudor mientras procedía a examinarlo todo en busca de un objetivo.

La casa era bonita, con escaleras y suelos de mármol liso que, en las habitaciones de abajo, quedaban cubiertos por alfombras orientales, y un olor de aceite de cocina llenaba el ambiente. A cada lado del vestíbulo había dos habitaciones. La cocina estaba al fondo de la casa, a la derecha de una escalera que conducía a la segunda planta.

Detrás de mí, oí cómo mis compañeros despejaban las habitaciones de la primera planta. Seguí adelante hacia la escalera.

—Tumba a ese cabrón —decía un colega.

—Le tenemos —añadía otro—. Sujétale las manos.

El funcionario de las Fuerzas Aéreas iraquíes estaba en la sala del piso de abajo. Se rindió de inmediato y mis colegas le ataron las manos. Vi cómo lo sacaban a empujones por la puerta, hacia los camiones que esperaban fuera. Oí también a una mujer y al menos a un niño llorando en el salón, mientras el resto del equipo se desplegaba.

El jefe de nuestra sección se quedó coordinando, en el centro del vestíbulo, y gritaba instrucciones a las distintas habitaciones mientras las despejábamos.

—¡Despejen la izquierda!

—¡Despejen la derecha!

—¡Venga, vamos!

Yo me situé al pie de las escaleras, con otro compañero, y me ocupé de la seguridad de aquel tramo.

Al acercarme al primer peldaño, el vestíbulo se inundó con una descarga de un AK-47. Las balas impactaron contra el suelo y los fragmentos de mármol volaron por los aires. Oía a mis compañeros gritar y lanzarse al suelo buscando refugio mientras los proyectiles se incrustaban en las paredes a tan solo unos pies de mi posición.

Me retiré de allí a toda prisa. Sentía cómo el mármol me acribillaba mientras huía de la ráfaga. El estruendo del AK-47 resonaba por toda la primera planta de la casa y un humo espeso y el olor de la pólvora impregnaban el aire, imposibilitando oír o pensar nada. Alguien estaba lanzando ráfagas por el hueco de la escalera. El tirador no apuntaba bien; orientaba el cañón hacia nosotros y presionaba el gatillo con el dedo. No era un fuego nada preciso, pero con el arma a menos de cinco metros de distancia eso poco importaba.

Me desplacé y empecé a disparar hacia lo alto de las escaleras con mi M-4, esperando que el tirador se viese obligado a buscar cobijo.

Éramos al menos tres devolviendo el fuego, cuando apareció el jefe de nuestra sección y comenzó a organizarnos para un asalto escaleras arriba. El terrorista jugaba con ventaja; nosotros no podíamos localizar su escondite allí arriba. Tampoco sabíamos si estaba solo o si eran varios. En una situación como aquella, se necesitaba el apoyo aéreo de un C-130, pero nos encontrábamos en el núcleo urbano de Bagdad. Las bajas civiles suponían una amenaza demasiado grande. Solamente podíamos lanzar un asalto escaleras arriba y despejar la segunda planta.

El espeso humo dificultaba cada vez más la visión.

El jefe pidió granadas aturdidoras. Estos artefactos, que no resultan letales, generan un horrible ruido que desconcierta al blanco durante unos segundos. Tiramos de las anillas y lanzamos los artefactos al segundo piso. El estruendo y el estrépito eran dignos del apocalipsis. Me pitaban los oídos y tuve que gritar para comunicarme con el tipo que tenía al lado.

Mi compañero de equipo y yo nos miramos un segundo cuando el ruido de las aturdidoras empezó a disminuir. Los dos sabíamos que había llegado el momento de subir. Realicé dos inspiraciones profundas y traté de relajarme y mantener la concentración exactamente en lo que tenía que hacer.

Las dos granadas destrozaron las ventanas del segundo piso y el suelo y las escaleras estaban cubiertos de fragmentos de cristal esparcidos por todas partes. Una nube blanca, densa y ácida llenaba el vestíbulo. Ambos disparamos en dirección al espeso humo en lo alto de las escaleras mientras las subíamos, tratando de ofrecer algo de cobertura.

Yo había disparado cuatro veces y estaba a mitad de las escaleras cuando se me atascó el M-4. No había tiempo para arreglarlo, así que lo dejé. El rifle colgaba de mi pecho mientras yo sacaba la pistola de su funda, en mi pierna.

El sudor me cubría el rostro, hasta los ojos. Me esforcé mucho por concentrarme en la mira delantera mientras avanzaba por el vestíbulo, intentando no pisar los cristales. Sabía que en cualquier momento el francotirador podría reaparecer y e iniciar de nuevo el tiroteo. En aquel vestíbulo no había donde refugiarse. Si asomaba el rostro, recibiría un balazo.

En la segunda planta había tres habitaciones, y en el extremo más alejado del vestíbulo, un balcón. Mis compañeros se habían situado justo detrás de mí. El SEAL que tenía a mi lado despejó la primera habitación a la derecha con algunos chicos más. Estaba llena de esterillas de suelo. Yo continué, despacio, caminando por el vestíbulo a través del humo espeso.

Nos acercábamos a la segunda puerta a la derecha del pasillo y yo seguí adelante mientras mis compañeros que iban detrás entraron en la sala. Cuando llegamos a la última puerta del pasillo, a la izquierda, mis colegas la echaron abajo y la invadieron. Oía gritar a los chicos de la segunda habitación a la derecha. Habían encontrado el AK-47 pero no había rastro del dueño.

Directamente enfrente de mí, al final del pasillo, estaba la puerta del balcón. Me acerqué y comprobé el picaporte: cerrada. Mis compañeros habían encontrado el AK-47, pero nadie sabía dónde se ocultaba el tirador. Se me ocurrió una idea.

Valoré los riesgos. ¿Llevaría puesto un chaleco suicida? ¿Habría más de un francotirador? Seguíamos sin señales de él en el interior de la casa. Empecé a ponerme nervioso. ¿Cómo había desaparecido tan pronto el hijo de puta?

No podía haber bajado por las escaleras. Me apoyé en la rodilla y desatasqué mi M-4. Quité el cerrojo a la puerta del balcón y la abrí con cautela. Quizá estaba escondido fuera. No pensé que era del todo imposible escapar al exterior y cerrar la puerta con cerrojo por dentro. Todo había sucedido con tanta rapidez y había tanto jaleo por todas partes que me costaba concentrarme en las pequeñas cosas, como la puerta del balcón cerrada desde el interior. Obviamente, las circunstancias me desbordaban un poco. Toda la lucha fue como un accidente de coche.

Cuando alguien sufre un accidente de coche, probablemente recuerda los dos o tres últimos segundos antes del impacto. Si se volviera a encontrar en otro accidente, y luego en otro y en otro más, empezaría a recordar cada vez más detalles sobre los desencadenantes, porque se habría familiarizado con las imágenes, los olores, los ruidos, los ritmos y la velocidad del choque.

Los tiroteos son como accidentes de coche, en cierta medida. Son cosas que intentamos evitar, siempre resultan una sorpresa y, debido a la descarga de adrenalina, puede ser difícil concentrarse y tomar las decisiones adecuadas. Este había sido uno de mis primeros tiroteos y tenía problemas para concentrarme.

Con el M-4 limpio y listo para usar otra vez, abrí la puerta y despejé el balcón.

Allí no había nadie. ¿Dónde coño se había metido? Recorrí el balcón hasta el final, buscando en el patio inferior y arriba en el

tejado. Veía nuestros camiones parados frente a la casa. Era imposible que hubiera podido saltar y huir. El francotirador se había desvanecido.

Desde el extremo del balcón, husmeé por la ventana hacia el interior de la estancia donde habían hallado el arma. Allí vi a mis colegas, de pie. Parecía que habían registrado bajo las camas y el ropero de madera que ocupaba una esquina de la habitación.

Estaba a punto de volverme cuando vi en aquella misma sala donde estaban mis compañeros, al otro lado de la ventana, a un hombre adulto. Se ocultaba tras un mueble, sentado en el alféizar de la ventana. Tendría poco más de veinte años y vestía una camiseta blanca de tirantes y un pantalón corto. Su pelo estaba enmarañado y se le veía algo de barba en las mejillas. Apretaba las rodillas contra el pecho y, no cabía la menor duda, intentaba permanecer lo más quieto posible. Tenía los ojos cerrados y no sospechaba que yo estaba observando.

Levanté mi M-4, pero no podía disparar. Él iba desarmado y, además, tenía a mis compañeros de pie, tras él; una bala perdida podía alcanzarlos. La ventana quedaba protegida por unos gruesos barrotes de hierro negro. Deslicé el cañón de mi rifle entre las barras y rompí el cristal. El ruido asustó al francotirador, que volvió el rostro hacia mí.

Yo me retiré y le asesté con la boca del rifle en la cara. La cabeza se le fue hacia atrás y se le abrió una brecha en el labio, con el consiguiente derrame de sangre que fue resbalando por la barbilla y sobre su sucia camiseta blanca. Gimió y cayó del alféizar al suelo del dormitorio. Lo cogieron entre unos compañeros, lo pusieron boca arriba y lo esposaron con una brida de plástico. Más tarde descubrimos que se trataba del hijo del funcionario iraquí. Había abandonado el AK-47 antes de esconderse en el alféizar.

Aquella noche, de vuelta en la base, no pude concentrarme. Seguía pensando en la misión. Los chicos que descubrieron el AK-47 deberían haber encontrado al hijo, pero ninguno de nosotros sobrellevaba muy bien el estrés.

Pasarían aún un par de años, y la prueba de la capucha, hasta que empecé a meditar seriamente sobre el modo de dominar el estrés. Allí aprendí que la clave radica en priorizar todos los agentes de estrés individuales y luego actuar; dividirlos en las pequeñas cosas que sí podía controlar. No merece la pena dedicar atención a los agentes de estrés con los que no puedo hacer nada. En cuanto al resto, los que sí puedo manejar debo tratarlos ordenadamente, uno detrás de otro. En muchos sentidos, volvía al elefante del BUD/S.[3]

La prueba de la capucha tiene como objetivo abrumar: forzar una toma de decisiones muy difíciles, bien o mal, correcto o incorrecto, vida o muerte, en cuestión de segundos. En combate nos veíamos ante el mismo desafío. Yo siempre intentaba que las cosas fueran lo más sencillas posible. No queríamos que los chicos se bloqueasen al verse ante múltiples amenazas. Pero tampoco queríamos que empezasen a disparar sin haber evaluado la situación. Mirar lo que hay, valorar la situación, priorizar y dividirlo en tareas menores factibles, eliminarlo o arreglarlo de inmediato. Mediante la práctica constante, la repetición y la experiencia, la mayoría de los SEAL pueden priorizar los agentes de estrés tan deprisa que su comportamiento recuerda más a un instinto que a un procedimiento.

Cuando esto sucede, todo se calma.

Revisemos, por ejemplo, el ejercicio de la capucha del S&T. Disparé al secuestrador con dos balas de pintura segundos después de que los instructores me descubriesen la cabeza. Él era la principal prioridad de mi lista. La segunda eran los hombres que tenía detrás. Me giré y les grité.

—Las manos, quiero ver las manos —vociferé, con el rifle en alto y preparado—. ¡Quietos ahí, joder!

Los hombres iban vestidos como tiradores, con pantalones cargo y camisetas deportivas. Pero estaban desarmados y levantaron las manos enseguida. Los dos se retiraron, despacio, con pasos pequeños y calculados. Cuando habían recorrido ya un pequeño trecho, les ordené que se tirasen al suelo.

—Con la cara en el suelo —dije yo—. Los brazos abiertos.

Ellos cumplieron mis órdenes y yo me volví otra vez hacia la rubia, que había sacado una pistola y me apuntaba a la cara.

—¿Qué diablos hace usted? —me gritó un instructor desde la pasarela de arriba.

Todos sus colegas se echaron a reír porque yo no había actuado con la rapidez suficiente. Era demasiado reflexivo. No había saltado de una amenaza a otra con suficiente velocidad y lo pagué. Por suerte, casi todo el mundo falla la primera vez. Primer accidente completado, y no era agradable.

Me maldije por ser tan lento. Había pasado demasiado tiempo con los hombres y me olvidé de la mujer. No la vi como una amenaza, pero en el extranjero hay muchísimas mujeres, en Irak concretamente, que pueden ocultar teléfonos móviles o armas. En mi primer despliegue con el Equipo Cinco de los SEAL, cacheamos a una mujer después de arrestar a su marido y descubrimos que llevaba encima varios teléfonos y pistolas. En ese mismo despliegue, fueron arrestadas cuatro mujeres en Bagdad con cinturones suicidas. Unos meses más tarde de los arrestos de Bagdad, una terrorista suicida —vestida de hombre— se inmoló a las afueras de Tal Afar, en la zona septentrional de Irak. Los insurgentes sabían que no cacheábamos a las mujeres. Después de aquello, nos encargamos de que se registrase a todo el mundo presente en un objetivo.

Fallé en mi primer ejercicio de la capucha, pero aprendí una lección inolvidable: evaluar, priorizar y actuar. A lo largo de mi carrera, he vivido ese «accidente de coche» del combate centenares de veces más, enfrentándome a nuevos agentes de estrés más rápido de lo que podría haber imaginado en el entrenamiento de la capucha, entre balas de verdad en lugar de la inofensiva pintura, jugándome mi vida y la de otros. En cada una de aquellas operaciones, aprendí algo vital.

Capítulo 5

Regreso dudoso

Mentalidad

Me eché el rifle a la espalda y empecé a trepar por la escalera metálica; se oía el chirrido sobre la pared del edificio cada vez que yo avanzaba un peldaño.

Mi compañero, que iba por delante, había llegado ya al terrado y se dejaba caer por el pequeño murete. Lo alcancé unos segundos después y me encaramé en lo alto de la azotea, cargado con más de 27 kilogramos de protección y equipamiento. Veía a mis compañeros abajo, ocupando cuidadosamente sus posiciones en la puerta principal del blanco.

Nosotros éramos el «equipo tejado», lo que significaba que ofrecíamos cobertura visual desde arriba. Estábamos a punto de asaltar una casa segura insurgente, y el cometido de mi grupo consistía en tomar el tejado para cubrir el asalto. Si podíamos entrar en la finca desde arriba, lo asaltaríamos bajando por las escaleras mientras los de tierra subían. La teoría decía que apresaríamos a los malos en el medio y, a ser posible, antes de que tuvieran tiempo de resistir.

Esto sucedía en 2006 e Irak era la máxima prioridad. La unidad del Ejército asignada había sufrido muchas bajas y necesitaba un reemplazo. No había pasado ni un mes desde mi primer despliegue cuando enviaron a mi equipo de seis hombres desde Afganistán a

Irak como grupo de auxilio. Al principio, creímos que todos los miembros recibiríamos la misma asignación, como unidad que éramos, pero al llegar allí nos separaron y cada uno acabó en un equipo diferente.

Volamos hasta la zona militar del Aeropuerto Internacional de Bagdad y nos desplazamos en coche a la Zona Verde, un sector amurallado en la capital iraquí que las fuerzas de la coalición habían ocupado. Yo ya conocía Irak por mi estancia anterior con el SEAL Cinco, así que todo me resultaba familiar. A finales de aquel despliegue, había operado en Bagdad. Por entonces, todos éramos nuevos, con muy poca experiencia de combate o, directamente, sin experiencia. Pero en esta ocasión, aterrizar en Bagdad era distinto. El aire estaba cargado de energía, de una confianza contagiosa para todos los militares por la experiencia de combate compartida.

Yo era aún bastante nuevo en el equipo y nunca antes había trabajado con el Ejército; pero sí me habían llegado rumores sobre la falta de entendimiento entre los dos servicios. Siempre había existido rivalidad entre ambos, probablemente porque compartimos la voluntad de ser el mejor. Había competiciones de tiro y otros ejercicios que siempre parecían enfrentar a las dos unidades. En mi interior, yo esperaba conocer o vivir esta tensión, pero nunca llegó. Todo el drama de la vieja escuela sobre qué unidad era mejor se había diluido desde que empezó la guerra. Éramos un solo equipo. El equipo se abrió, tiró de mí hacia él y me convirtió en uno de los suyos. A nadie le preocupaba saber qué unidad disparaba mejor cuando todos luchábamos juntos contra un enemigo común.

Cuando aterricé, Jon, mi nuevo líder de equipo, se reunió conmigo en el centro de operaciones y me acompañó a mi habitación. Me enseño también el comedor y el gimnasio y me presentó a otro compañeros. El nuevo equipo parecía estar formado por tipos muy parecidos a los SEAL de mi antiguo grupo. Usábamos el mismo material, las mismas tácticas y la misma estructura de mando. Ellos eran el Ejército y yo la Marina, y existían ciertas

diferencias culturales, pero el carácter de los muchachos era bastante similar.

Jon me dio la bienvenida y me incluyó en toda la planificación. No hubo un solo momento en que no me sintiera parte del equipo, pero lo más importante era notar que él y los suyos estaban abiertos a escuchar mi opinión.

En una ocasión, a las pocas semanas de haber llegado, estábamos planificando una misión y mi equipo había sido destinado a los tejados del blanco, en un MH-6 «Little Bird», a despejar desde la azotea. Jon se ocupaba de la lista de muchachos que participarían en la misión.

—En este hay poco espacio, chicos —dijo Jon.

Revisaba los números para asegurarse de que seguíamos dentro de los parámetros de peso máximo. Yo estaba seguro de que me quedaría fuera. Era el nuevo y el SEAL. La planificación terminó y el resto de mi equipo abandonó el centro de operaciones. Yo recogí mi cuaderno y volví a la habitación.

—Oye —dijo Jon cuando salía—. Te toca esta noche.

Más tarde lo vi hablando con el otro tipo nuevo del equipo. Él se quedaría. La próxima vez que superásemos el límite de peso, me quedaría yo. Jon siempre estuvo pendiente de alternarme con el otro nuevo, asegurándose de que me aceptaban tanto como al resto del equipo. Sí, aún me consideraban novato tanto en mi unidad como en el equipo del Ejército, pero era agradable saber que Jon me veía como una parte de los suyos.

Tras las primeras misiones, me incorporé al grupo y al poco ya no me veían como al sustituto SEAL que había que tener por obligación. Yo era un compañero más, uno de los dos nuevos del equipo.

Acababa de conocer a los muchachos, pero ya les confiaba mi vida y ellos hacían lo mismo conmigo. Yo sabía que ellos arriesgarían su vida por salvar la mía y que yo haría lo propio por ellos. A Jon le correspondió el mérito de hacer la transición perfecta. Era uno de los mejores líderes para quienes he trabajado entre

militares. No gozaba del respeto de su equipo solo por ser el jefe. Se lo había ganado gracias a su carácter, a su capacidad para el mando y a su mesurada conducta en combate. Parecía imperturbable. Enseguida lo vi como alguien a quien emular.

A lo largo de mi carrera me he dado cuenta de que toda unidad de operaciones especiales comparte una forma de pensar. Nos habían programado del mismo modo. Todos empezábamos con un propósito compartido. En el pasado, y en tiempos de paz, existió una rivalidad ente unidades. Pero una vez comenzado el tiroteo, la rivalidad se descartó a favor del trabajo en equipo, porque si en una cosa estábamos de acuerdo era en concluir la misión y regresar a casa sanos y salvos.

Si pensamos en un equipo de operaciones especiales —SEAL, de las Fuerzas Especiales, Rangers, los especialistas en rescate de las Fuerzas Aéreas y los controladores de combate— como en un barco, allí todo el mundo rema. Desde los oficiales hasta el más novato estamos entrenados para ocuparnos del equipo en primer lugar y hacer lo necesario para cumplir la misión. Es la misma mentalidad que había visto cuando trabajé con las unidades de operaciones especiales internacionales.

Todas las unidades, sin excepción, con las que he trabajado o me he entrenado compartían este rasgo. Puede haber variaciones en parte del equipamiento o en las tácticas; algunas unidades disponen de mejores juguetes que otras pero, en el fondo, lo que importa no es disponer del rifle más caro o de un entrenamiento especial. Todos nosotros nos habíamos presentado voluntarios para soportar el entrenamiento más duro que existía en nuestras respectivas tierras. Habíamos aprendido a presionarnos a nosotros mismos para superar nuestros límites físicos y mentales.

Desde que hay guerra, existen unidades de operaciones especiales, como la de los SEAL y de otras clases. Los griegos ya formaron unidades especiales y, durante la revolución estadounidense, el Ejército de George Washington contó con tiradores de primera.

Pero hubo que esperar hasta pasada la segunda guerra mundial para que los oficiales empezasen a pensar en las mejores formas de criba y entrenamiento para las fuerzas de operaciones especiales. El primer paso siempre fue encontrar a chicos con una forma de pensar adecuada para alcanzar el objetivo común del grupo; la forma de pensar es el denominador común.

Charlie Beckwith, tras llegar a Vietnam en 1965, asumió el mando del Proyecto Delta-Destacamento B-52. La unidad de reconocimiento se creó para reunir datos de inteligencia en la ruta Ho Chi Minh y el sur de Vietnam. Al tomar el mando, Beckwith despidió a la mayoría de soldados de la unidad y preparó un folleto para el reclutamiento de los sustitutos:

> SE BUSCAN: voluntarios para el Proyecto Delta. Recibirán una medalla, una bolsa para cadáveres o ambas cosas. Requisitos: deben presentarse voluntarios. Deben permanecer en el país al menos seis meses. Deben estar en posesión de una condecoración de infantería. Deben ostentar, al menos, rango de sargento. Cualquier otro caso, absténgase de pedir entrevista.

Buscaba muchachos como mis compañeros, que no abandonan nunca y que, por instinto, desean realizar y completar las misiones. Tomando la mentalidad del anuncio como punto de partida, Beckwith crearía, más adelante, [redacted] aprovechando las enseñanzas obtenidas en la SAS británica.

Pero no son los militares el único ejemplo. Cuentan que Ernest Schakleton, quien lideró las tres expediciones británicas a la Antártida en la década de 1900, puso un anuncio en un periódico londinense solicitando el mismo tipo de gente:

> Se buscan hombres para viaje peligroso. Sueldos bajos, frío intenso, muchas horas de completa oscuridad. Regreso dudoso. Honor y reconocimiento en caso de éxito.

Yo me habría presentado al Proyecto Delta de Beckwith y a la expedición de Shackleton.

Nunca he querido hacer cosas normales. Yo no puedo ser mediocre. Nadie que participe en operaciones especiales puede ser mediocre porque nuestras misiones nunca son fáciles ni rutinarias. Tanto Schackleton como Beckwith buscaban un sentido del deber compartido y una forma de pensar común entre toda su gente. Si algún miembro de sus tripulaciones no estaba allí por las razones adecuadas y para las necesidades del equipo, se incrementaban las posibilidades de fracaso. Y el fracaso nunca se tolera en las comunidades de operaciones especiales.

En Irak, la mayoría de noches las pasaba colgado en las plataformas situadas en el exterior de un helicóptero MH-6 «Little Bird», por encima de los patines de aterrizaje, tripulado por el 106.º Regimiento de Aviación de las Operaciones Especiales, sobrevolando los tejados. Me deslizaba por la cuerda hasta lo alto de un edificio y despejaba las plantas superiores mientras mis compañeros de los camiones, en la calle, despejaban las inferiores. Las misiones eran exactamente aquello a lo que yo me había prestado voluntario, pero las realizaba con el Ejército en lugar de con mis compañeros SEAL. Estábamos desarrollando una campaña masiva para desmantelar al Qaeda en Irak.

La llamábamos el «SWAT de Bagdad».

Sin embargo, algunas noches no disponíamos de «Little Birds». Para subir a los tejados, debíamos trepar.

Mientras alcanzaba el murete, miré hacia atrás por encima del hombro y vi que Jon también había llegado arriba. Me di la vuelta y me dirigí hacia la esquina opuesta, buscando objetivos. El suelo del terrado era de mosaico y un murete de 60 centímetros cerraba todo el perímetro. En el centro había una puerta y en las esquinas del edificio se habían fijado muchas antenas parabólicas de todos tipos y modelos. Fajos de gruesos cables eléctricos negros colgaban entre los edificios, combándose sobre las carreteras y los callejones.

Yo tenía en la cabeza un mapa de la zona y sabía que nuestro blanco se hallaba al otro lado del tejado. Por radio, oí que el equipo de tierra buscaba la puerta correcta. La casa segura del enemigo estaba en un dúplex, pero por los mensajes radiofónicos parecía que el equipo de tierra no sabía en qué puerta abrir la brecha y entrar.

Desde mi posición, tres plantas más arriba, podía ver los camiones del equipo de tierra. Oí un ruido sordo y los del Ejército empezaron a moverse por el interior de la casa. Seguí observando en aquella dirección, a la espera de alguna señal de movimiento.

Entonces oí la radio. Los chicos habían asaltado la puerta equivocada. Ahora se dirigían al otro lado. Resonó el estrépito de un AK-47 y algunos gritos.

—Tenemos *cagandoleches* —resonó la radio.

Desde nuestra aventajada posición, yo sabía que tenían que estar cerca, pero escapaban a mi campo visual. El edificio de delante nos impedía ver el interior del callejón, al norte de nuestro emplazamiento. Teníamos que cruzar a otro terrado, pero no disponíamos del tiempo necesario para bajar a tierra, pasar a la otra casa y luego despejar las tres plantas hasta el terrado del otro edificio.

Vi que cerca de donde yo estaba, en el tejado, había una escalera de mano. Era lo suficientemente larga como para llegar al murete de la otra casa. Desde allí tendríamos el ángulo perfecto sobre el callejón por el que huían los combatientes enemigos.

Busqué a Jon con la mirada, pero estaba ocupado con la radio, cargada de informes de combatientes a la fuga. Los chicos del interior de la casa también habían encontrado un alijo de armas y explosivos.

Yo deseaba actuar y fui a por la escalera a toda prisa. Estaba fabricada con restos de madera y clavos. Algunos peldaños se sostenían con un solo clavo y algo de alambre. La cogí, me la cargué al hombro y me coloqué en el borde el edificio donde esperaba mi compañero.

—¿Tú crees que esta escalera nos aguantará? —preguntó él.

Estábamos en un tercer piso. Yo, de pie en el borde del murete, examinaba el espacio entre los dos edificios; cuatro metros y medio, aproximadamente.

—Si la tumbamos y pasamos gateando sobre ella, creo que sí —dije, con más esperanza que convencimiento.

—Bueno, ahora veremos —respondió, con una sonrisita.

Los dos queríamos participar en el combate e impedir que los fugitivos huyeran o, peor aún, nos tendieran una emboscada. Con cautela, dispusimos la escalera de forma que atravesase el callejón. Mi compañero fue el primero. Se deslizó sobre ella mientras yo la sostenía y vigilaba el edificio frente a nosotros. Cuando me tocó el turno a mí, me eché el rifle a la espalda para mantenerlo sujeto y empecé a gatear.

Mi cabeza viajó entonces hasta Alaska y los recuerdos del fino hielo. La única forma de cruzar una capa de hielo delgada es repartir al máximo el peso corporal. De pie, todo el peso del cuerpo se centra en un solo punto y lo siguiente que sucede es que has caído a un agua helada. Caminar sobre una capa de hielo delgada entraña un gran peligro, igual que gatear por aquella escalera. A tres alturas sobre el suelo, con combatientes enemigos corriendo por los alrededores, nosotros estábamos a punto de confiar en aquella escalera de mierda iraquí para que nos sostuviese sin permitirnos caer.

En Alaska, al menos no llevaba 27 kilogramos de equipamiento.

Realicé dos aspiraciones profundas e intenté concentrarme. Esa fue una de las numerosas ocasiones en que limitarme a mis cuatro palmos me permitió continuar, porque seguía odiando las alturas.

Centímetro a centímetro, atravesé el callejón a gatas. El suelo estaba cubierto por un enorme montón de basura. En su mayoría parecían desperdicios de las cocinas, comida podrida y varios contenedores de alimentos. Había bolsas de plástico reventadas por la calle y todo hacía pensar en que un coche o un camión había

chocado contra el montón de bolsas y el contenido se había esparcido por el callejón.

Sin dejar de moverme, alcancé por fin el otro edificio. De nuevo en pie, corrí hasta la esquina, en busca de los fugitivos. En el tiempo que nosotros dudamos o decidimos no usar la escalera, los combatientes enemigos habrían huido sin problemas. Alcancé el murete del edificio y miré hacia el callejón: corrían a gran velocidad, ambos con rifles.

Vi el láser de mi compañero fijo en el combatiente de la izquierda. Yo me centré en el de la derecha. Los dos abrimos fuego y los derribamos antes de que pudieran llegar a la bocacalle. Tuvieron suerte cuando las fuerzas de tierra se equivocaron de lado del dúplex, pero ahí acabó su fortuna.

En el otro edificio, Jon oyó los disparos. Por el rabillo del ojo vi cómo se acercaba corriendo a la escalera de mano que nosotros habíamos dejado. Me volví hacia el callejón y seguí examinando la zona. Mis compañeros en la casa continuaban despejando habitaciones y encontrando armas, pero no sabíamos con certeza cuántos combatientes había en la casa segura.

Oí los motores de los AH-16 «Little Birds», en el cielo, sobre mí. Iban armados con cohetes y ametralladoras, preparados para entrar en combate si teníamos problemas. Tras los primeros informes de los fugitivos, empezaron a volar en círculos cada vez más amplios alrededor del objetivo, buscando a los combatientes que hubieran podido huir.

Entonces recibí un aviso urgente por radio.

—Ha caído uno de los nuestros —dijo el piloto del «Little Bird».

Pasados unos segundos, repitió el aviso.

—Hemos perdido a un hombre.

Al principio creí que la fuerza de tierra había sufrido una baja en las últimas labores para despejar el edificio. Luego el piloto reanudó la conversación con otro informe.

—Ha caído un hombre a unos 100 metros al sur del objetivo —dijo el piloto.

No tenía sentido. Yo estaba a unos 100 metros del blanco, con Jon y con mi equipo. Habíamos establecido contacto, pero el piloto no podía referirse a nosotros. Estábamos bien. Los combatientes no nos habían disparado.

Miré a mi compañero. Se encogió de hombros. Me giré de nuevo para ver si Jon estaba en nuestro tejado y preguntarle por el aviso de radio.

Jon no estaba.

—¿Dónde ha ido Jon? —interrogué—. Estaba ahí, hablando por radio.

—¿Dónde está la escalera? —preguntó él a su vez.

Mierda.

Los dos nos precipitamos al borde del edificio. La escalera no estaba. Miré hacia abajo y vi a Jon, tendido sobre el montón de basura. Se le había ladeado el casco y solo pude oír un débil gemido mientras él se retorcía de dolor.

—¡Atención, tengo contacto visual! —comuniqué por radio—. Está en el callejón entre los edificios, justo al sur del blanco.

El helicóptero lo vio caer y llamó a los chicos de tierra. Ahora los médicos querían saber cómo llegar hasta él.

—Coge la Guía de Referencia y que lo recoja alguien de dentro —me dijo mi compañero—. Tenemos que bajar.

Seguían llegando informes de más *cagandoleches* en la zona. Si se tropezaban con Jon, era hombre muerto. Saqué mi Guía de Referencia —un gráfico cuadriculado que refleja un mapa pequeño con los edificios del sector identificados numéricamente— y empecé a guiar a los chicos de tierra hacia Jon.

Este tipo de guías suelen prepararse a partir de fotografías satélite de la zona y se usan para las comunicaciones en los ataques aéreos, ya que ofrecen el mismo punto de vista a los pilotos y a los muchachos sobre el terreno.

—Cuidado —dije por radio—. Se encuentra en el callejón, en la intersección de Eco Cuatro y Delta Ocho.

Utilizando las coordenadas de la guía, el equipo de tierra envió de inmediato a los médicos a la localización. Nosotros aguardamos en el tejado y le cubrimos hasta que nuestros colegas entraron en el callejón. Entonces empezamos a buscar vías de salida. No podíamos regresar al edificio de partida porque la escalera estaba en la calle, rota en dos. El tejado de nuestro edificio era idéntico al primero, con una puerta que conducía a los pisos inferiores de la casa. No estaba cerrada.

Me esforcé por concentrarme y calmarme. Sentía una gran inquietud por Jon. En los meses que habíamos trabajado juntos, se había convertido en un mentor y en un amigo. Yo tenía la sensación de que entre él y el resto de mis colegas existía una hermandad, en un estilo muy parecido a lo que sucede entre los SEAL. Odiaría que le pasase algo. Desde mi posición, arriba del tejado, no tenía muy buen aspecto, pero me llegaban sus lamentos y, por lo que yo sabía de medicina, era buena señal.

—Vamos —oí que me susurraba mi compañero de camino ya a la puerta que nos llevaría al interior del edificio.

Fui descendiendo lentamente por la escalera, con el rifle en alto, preparado para disparar. Entrar en los edificios de Bagdad siempre resulta desconcertante. Es difícil anticipar cómo serán por dentro desde el exterior. En muchas ocasiones habíamos asaltado casas que parecían abandonadas, y luego por dentro estaban llenas de un agradable mobiliario y las habitaciones contaban con buenas instalaciones.

Unos minutos antes, mientras avanzaba temblando por la escalera de mano, no había pensado ni por un segundo que nos encontrábamos en una casa. Las escaleras del terrado daban paso a un vestíbulo, en la tercera planta de la casa de alguien. Mis botas crujieron sobre el suelo de mármol mientras caminábamos hacia la escalera siguiente, al fondo de la sala. Eché un vistazo rápido a las estancias al pasar ante ellas. Quería asegurarme de que no hubiera combatientes. En realidad, no estábamos despejando la casa. Solo teníamos que encontrar la salida para llegar hasta Jon.

Bajamos hasta la segunda planta. La escalera continuaba hacia la planta baja. Casi habíamos llegado, cuando vi a un hombre de pie, en el descansillo de abajo. Vestía las largas túnicas tradicionales entre los hombres árabes y unas sandalias. Había levantado ya los brazos, como si quisiera asegurarse de que yo veía que no estaba armado.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó en inglés y casi sin acento.

Había estado a punto de gritarle que se tirase a suelo, pero aquel inglés casi perfecto me desconcertó.

—Tenemos que bajar —le dije.

—Síganme.

Me puse junto a él y lo encañoné con el rifle en la espalda mientras nos acompañaba hasta la segunda planta. No confiaba en él pero al mismo tiempo me pareció improbable que tuviera combatientes en casa. Imaginé que solo pretendía asegurarse de que no le destrozaríamos la casa buscando el camino de salida.

—Soy profesor —dijo.

Yo no respondí. En realidad, me daba igual. Solo quería salir y llegar a Jon. Mi misión había empezado como un asalto pero, en el momento en que Jon cayó herido, todo era distinto.

El profesor nos condujo hasta la puerta principal y abrió los cerrojos. Se apartó de nuestro camino. Mi compañero le dijo que dejase la puerta libre y que no se moviera. Yo me detuve en el umbral y miré hacia fuera, buscando combatientes. Confiado en que estábamos seguros, salí y me encaminé al callejón.

Allí vi a un médico arrodillado junto a Jon, que continuaba gimiendo pero estaba muy despierto. Había caído desde una altura de tres pisos al callejón y aterrizado sobre el montón de basura. Probablemente, esa fue la única vez en que un montón de basura iraquí salvó la vida de alguien. En la mayoría de los casos, yo sufría por las bombas que depositaban en aquellos montones de desperdicios por las calles y callejones de la capital iraquí.

Al llegar, el médico hablaba con Jon.

—¿Puedes ponerte en pie? —le preguntaba.

—Sí —respondió él.

No se había roto ningún hueso. Soltó un largo gemido cuando le ayudamos y caminó hacia los camiones que esperaban. Se dejó caer en la parte trasera de uno de ellos y exhaló un profundo suspiro. Le dolía, pero no quería demostrarlo.

—Joder. Vaya mierda. Se rompió la puta escalera —dijo.

Jon no había visto cómo la preparábamos y, con las prisas del momento por llegar a nuestra posición tras oír los disparos, creyó que se trataba de una de nuestras escaleras metálicas, las habituales en cualquier salida. Solo pensaba en llegar a nosotros y poder prestarnos su apoyo.

En lugar de gatear por los peldaños sobre la barriga, repartiendo el peso como habíamos hecho nosotros, él optó por cruzarla de pie. Intentó pasar sobre ella, pisando unos peldaños asegurados con alambre viejo y con clavos oxidados. Estaba a tres pisos sobre el nivel del suelo, con más de 27 kilogramos de equipo a la espalda y la calidad de imagen que ofrecen unas gafas de visión nocturna. Incluso con las nuestras, que son de las mejores, es difícil apreciar la profundidad.

Jon trató de llevar a cabo una proeza que, de día, ya habría sido dura incluso sobre una escalera de metal, pero él lo intentó de noche y durante un combate. Había recorrido la mitad del tramo y es probable que hubiera conseguido terminarlo todo sin caer, si la escalera no se hubiera partido por el centro bajo su peso.

Yo escuchaba su relato atónito. Hacían falta huevos para caminar por encima de una escalera, de noche, durante un tiroteo. Empecé a bromear con él, diciéndole que la escalera se había roto por el peso de sus testículos.

Al poco rato terminamos con el asalto y nos volvimos al palacio. Jon gemía cada vez que el camión acertaba en un bache, y en Irak todas las carreteras tienen baches. De vuelta en el complejo, no acudió al hospital y, antes de meterse en cama, participó en la valoración crítica con nosotros. Se tomó dos días de baja y regresó,

a jornada completa, con unos cuantos moretones, pero ninguna herida de gravedad.

Yo sentí alivio al verlo dos días después en la plataforma de un «Little Bird» que volaba hacia otro blanco, aunque no tanto como él. Sin duda alguna, perderse una misión y saber que correríamos peligro sin él era peor que cualquier dolor provocado por la caída.

He seguido en contacto con Jon hasta hoy. De hecho, el año pasado asistí a su fiesta de jubilación. Fue una celebración íntima, solo los más allegados. Conserva su ancho pecho, pero la barba ha desaparecido. Como yo, parecía mayor. No por el paso de los años, sino por la andadura. Él entregó a su país más de veinte años de servicio.

Jon me llama su «SEAL preferido». Es una distinción que me provoca un gran orgullo, porque él no fue solo uno de los mejores líderes con los que he trabajado en toda mi carrera como SEAL, sino también se convirtió en un buen amigo. A la vuelta de aquel despliegue en Irak, y pese a lo apretado de nuestras agendas, conseguimos mantener vivo el contacto. Las conversaciones eran algo más que ponerse al día de lo sucedido; siempre comparábamos las últimas tácticas y técnicas de nuestras respectivas unidades. La competición entre Ejército y Marina había terminado oficialmente en nuestro pensamiento y formábamos un gran equipo, que siempre contaba con el apoyo del otro.

Yo había llegado a Bagdad siendo un joven novato, nervioso, que no estaba seguro de congeniar con los chicos del Ejército. Pero casi desde el primer día aprendí que nuestra forma de pensar era idéntica. Compartíamos un objetivo y eso me permitió pasar a formar parte del equipo. No estuvimos atrapados en una absurda rivalidad determinada por el color de los uniformes. Podemos usar equipamientos distintos y tener nuestros propios cursos de selección, pero pensamos del mismo modo.

Todos nos presentamos voluntarios a las misiones más peligrosas, donde, tal como decía Beckwith, suele verse «una medalla, una bolsa para cadáver o ambas cosas». Todos podíamos

aceptar «sueldos bajos, fríos intensos y muchas horas de absoluta oscuridad», como prometía Schackleton, porque todos moriríamos antes que fracasar.

Pero lo más importante, siempre pondríamos al equipo por encima del individuo y jamás aceptaríamos nada que no fuera lo mejor de cada uno. Son palabras fáciles de decir y de escribir, pero vivir en coherencia con ellas es duro. Este es el tipo de personas con las que serví en la comunidad de las operaciones especiales: hombres que compartían un propósito, con una forma de pensar casi idéntica.

Capítulo 6

El montaje

Confianza

Me encontraba en el centro de operaciones, con la vista fija en una colosal pantalla de televisión. A mi lado, Scott se rascaba la barba y negaba con la cabeza.

—Aquí hay algo que no está bien —dijo.

Scott era uno de los veteranos del equipo. Llevaba allí el tiempo suficiente para reconocer cuándo algo estaba o no estaba «bien».

Habían pasado casi nueve años desde aquellos primeros días de instrucción y de mi primer despliegue en combate, en Irak. La guerra se había trasladado primero a Afganistán, luego regresó a tierras iraquíes y finalmente pasó de nuevo a Afganistán. Yo había participado en centenares de misiones y había derribado todo tipo de objetivos. Llevaba en la profesión tiempo de sobra para saber reconocer un buen blanco y, en este de ahora, nada tenía sentido.

En el monitor que emitía las imágenes recogidas por el dron se veía un recinto prácticamente igual a cualquier otro complejo color tostado de Afganistán. Los muros —de piedra y adobe— alcanzaban los tres metros y tres metros y medio de altura y tenían una puerta metálica. Aquel recinto estaba en el campo, rodeado de tierras de labranza. Una hilera de árboles delimitaba los cultivos en uno de los extremos. A menos de medio kilómetro se veían otros complejos más pequeños.

No había niños jugando en el campo, ni mujeres trabajando las tierras. Nadie entraba ni salía de la casa. No había cabras ni vacas pastando. En los cultivos vecinos tampoco se veían hombres. La casa parecía desierta; sin embargo, nosotros sabíamos que podía cobijar a un alto mando de Al Qaeda.

A estas alturas de guerra, era extraño encontrar a un comandante de Al Qaeda en Afganistán. Por lo general, seguíamos la pista a combatientes talibanes de menor calado, granjeros pluriempleados como yihadistas. Los líderes talibanes con mayúscula se habían instalado al otro lado de la frontera con Pakistán, fuera de nuestro alcance. Un malo con todas las de la ley era lo suficientemente listo para preparar algo mejor. Si en la casa se ocultaba un comandante de Al Qaeda ¿dónde estaba su seguridad personal? Nadie acudía al edificio para recibir órdenes o para visitarlo. ¿Por qué iba a cruzar la frontera un comandante de la organización, desprovisto de su seguridad? ¿Qué hacía en una casa desierta?

No me cuadraba. Scott acertó de pleno. Aquel objetivo tenía que ser una trampa.

Gracias a nuestra experiencia compartida, todos podíamos llegar a la misma conclusión. En los últimos años, las fuerzas de operaciones especiales habíamos perseguido a fabricantes de bombas y comandantes talibanes y de Al Qaeda. Teníamos bien definido su patrón de movimientos y aguardábamos a que se presentase la oportunidad perfecta para el asalto. En cuanto se establecía la localización del blanco, entrábamos y nos los llevábamos. Después de tanto tiempo repitiendo el mismo esquema, nos parecía estar jugando una frustrante partida de Dale al Topo: cada vez que decapitábamos una célula terrorista, otro líder aparecía por otra parte. No erradicábamos a la insurgencia; solo conseguíamos amputaciones parciales. La insurgencia no tiene que ganar; le basta con sobrevivir.

Yo solamente me ocupaba de las cuestiones materiales: de la seguridad de mi equipo, de cuántos combatientes enemigos

podíamos esperar y de nuestras rutas de entrada y salida. En aquel momento ya teníamos mucha práctica, y un cambio de patrón disparaba todas las alarmas. Cuando observaba un objetivo, la estrategia general me importaba poco; era cosa de almirantes y políticos, no de los hombres sobre el terreno.

Nuestro comandante en la zona decidió que asaltaríamos la casa. Era un coronel de los Rangers del Ejército en una rotación de tres meses, y vio la ocasión de matar o apresar a uno de los altos mandos de Al Qaeda.

—Quiere poner una cruz en la casilla de «mató a un comandante de Al Qaeda», para llegar a general —bromeaba Scott—. ¡Chicos, vamos a por ellos! ¿Vale?

En aquel momento, la orden me causó enojo. Siempre apetecía destronar a uno de los mandamases con una unidad a sus órdenes. Pero yo supuse que el coronel de los Rangers era capaz de interpretar el patrón igual que nosotros y que solo pretendía asegurarse de que allí no había mandos de Al Qaeda. Todos combatíamos al mismo enemigo y él hacía lo que consideraba más oportuno. En situaciones como esta, es verdaderamente difícil no exaltarse, sobre todo cuando uno no goza de la confianza de los demás y hay tantas cosas en juego.

A lo largo de mi carrera, he aprendido que la comunicación es uno de los elementos más importantes que se puede ofrecer a líderes y subordinados por igual.

El comandante de nuestra unidad hizo cuanto pudo para explicar al coronel del Ejército nuestras reservas con respecto a la misión, aunque sin éxito. Entre nosotros, nuestro comandante ostentaba el rango más alto y, aun siendo muy importante para la unidad, en este caso era muy probable que hubiera completado su formación hacía poco tiempo. Por otra parte, el jefe de la unidad acumulaba en el mando más años que el comandante en la Marina; era el SEAL más veterano de la unidad. Se parecía bastante a un capo de la mafia. Teniendo en cuenta que la experiencia es crucial, el mando se otorgaba a los más veteranos.

Tanto el comandante como el jefe de la unidad comunicaron al coronel de los Rangers que ya habíamos visto otras casas como aquellas en despliegues anteriores. Eran recintos amañados para explotar a nuestra llegada.

Compartíamos Afganistán con los Rangers, de modo que el comandante al cargo del teatro de operaciones cambiaba cada tres meses: primero era un SEAL y luego un oficial de los Rangers. No era la mejor solución porque, culturalmente, los SEAL y los Rangers estamos situados en los extremos más alejados del espectro y, por esa razón, unos u otros siempre debíamos esforzarnos por encajar en un estilo de mando completamente distinto al habitual entre nuestras tropas. Todos compartíamos un único objetivo, pero las formas diferían terriblemente.

En el Ejército existen algunas vías institucionalizadas, como sucede también en la Marina. Las diferencias se pueden resumir muy fácilmente: los Rangers piensan y planean en orden descendente, de arriba abajo; los SEAL, en cambio, lo hacemos de abajo arriba.

Por lo general, cuando planeamos un asalto, los jefes de equipo y los de unidad asumen el liderazgo. Nosotros estamos entrenados para pensar de forma independiente, libre, no somos robots. Los Rangers se acercaban mucho a la figura contraria. Un comandante de los Rangers anunciaría: «Quiero que ataquemos este blanco hoy por la noche», mientras que uno de los SEAL podría decir: «A ver, chicos. ¿Qué os parece? ¿Vale la pena atacar este blanco hoy por la noche?».

En mi escuadrón, todos pertenecíamos a la comunidad SEAL desde hacía, al menos, cinco años. Nuestros chicos eran mayores y contaban con más experiencia y, a lo largo de años de combate, nuestra confianza se había fortalecido tanto en la parte alta y como en la parte baja de la cadena de mando.

Por supuesto, los Rangers también estaban desarrollando y cultivando su experiencia en combate, pero por lo general eran

bastante más jóvenes. La mayoría rondaba la veintena, frente a los 31 años de media del equipo SEAL.

La principal diferencia, por encima de todo lo demás, radicaba en la confianza; y por entonces aún no estaba establecida.

Mi equipo evaluaba el blanco y su misteriosa señal de teléfono móvil, siempre quieta, y la situación no cuadraba. El instinto nos decía que debíamos monitorizar el objetivo antes de practicar un asalto. No se observaba ningún movimiento destacable en el blanco. Pero el coronel de los Rangers no admitía ninguna de nuestras opiniones. Daba la impresión de no confiar en nuestro asesoramiento, aunque nosotros considerábamos que nos lo habíamos ganado. La orden de ataque y asalto vino directamente del coronel.

—¡De puta madre! Otro apoltronado que nos dice lo que hemos de hacer desde la otra punta —comentó uno de los líderes de equipo.

—Bueno, por lo menos no es a vida o muerte —añadí yo con una sonrisa torcida, mientras abandonaba la habitación.

En aquel momento, cualquier confianza que hubiéramos depositado en el coronel de los Rangers se había esfumado. No escuchaba lo que teníamos que decir. Descartaba cualquier argumentación lógica que le presentásemos para esperar y monitorizar el blanco un poco más.

Nos reunimos en el centro de operaciones para dar el último repaso al plan. Por lo general, cuando teníamos una misión, el ambiente tendía a exaltarse. Bromeábamos diciendo que los despliegues eran como condenas en una prisión de mínima seguridad, porque permanecíamos encerrados en un campamento donde nos servían la misma comida asquerosa que a los convictos en Estados Unidos, y no podíamos abandonar el perímetro sin autorización. Salir del recinto siempre era mejor que permanecer sentados en el campamento, aunque implicase el riesgo de recibir un balazo.

Cuando me presenté en el centro de operaciones para la última reunión, tuve la impresión de que una extraña nube se cernía sobre aquella misión. En el mejor de los casos, me parecía que no íbamos a sacar nada y que era una pérdida de tiempo. En el peor, sería un montaje y un avance directo hacia una emboscada.

—De acuerdo, chicos —dijo el jefe de la unidad—. Aterrizaremos sobre el punto Y en lugar de patrullar hasta el complejo. Tenemos la esperanza de que el ruido genere cierta confusión en el interior y nos permita distinguir señales de vida real allí dentro.

«Aterrizar sobre el punto Y» significaba que viajaríamos en helicóptero hasta un punto cercano al objetivo; lo justo para mantenernos fuera del rango del lanzacohetes. En lugar de tomar tierra donde no pudieran oírnos y escabullirnos hasta el interior, esperábamos que el ruido de los helicópteros asustase a la gente de la casa y desencadenase la huida.

Por supuesto, aunque lográsemos detectar movimiento, no podíamos descartar tampoco la posibilidad de que los habitantes del complejo estuvieran preparados con chalecos bomba. El plan no nos entusiasmaba, pero no teníamos elección.

—Este es nuestro mundo, trabajamos en esto y haremos cuanto podamos para asegurarnos de que sale bien y de que nadie termina herido —añadió el jefe de la unidad.

Yo había oído comentar a uno de mis mentores del SEAL que también para las quejas existen normas. Según él, cualquiera tenía derecho a enfadarse con una misión o un trabajo, durante cinco minutos. Pasado ese tiempo, llega el momento de cerrar la boca y ponerse a trabajar. Nosotros agotamos los cinco minutos y luego nos dirigimos a los helicópteros en dos microbuses.

No tuve tiempo de pensar mucho en la decisión del comandante, ya que el autobús inició la marcha por la pista que nos conduciría a la pista de vuelo. No pensaba en el coronel de los Rangers. No pensaba en lo muy cabreado que me sentía yo por que él nos obligaba a vivir esta situación de mierda. Me limité a mis cuatro palmos. Mi trabajo no era quejarme; era despejar aquel complejo

siguiendo las órdenes dictadas. Tiempo tendríamos de meternos con la desafortunada decisión del coronel cuando hubiéramos sobrevivido a la misión; si ahora nos distraíamos, quizá no pudiéramos hacerlo.

Me senté con mi HK MP7 silenciado apoyado sobre las piernas. A mi lado tenía un lanzagranadas M79 recortado. Nuestros armeros le habían acortado el cañón, habían modificado la culata convirtiéndola en una empuñadura de pistola y pequeñas miras con puntos rojos encima para mejorar la precisión. Yo siempre llevaba el M79 o «el pirata» si cogía el MP7, más ligero y menos letal. Si tenía que vérmelas con un enemigo a más de ciento cincuenta metros, tendría que usar el M79.

Todo mi equipo era de camuflaje digital de desierto. Mis costumbres perfeccionistas y obsesivas me exigían tenerlo todo coordinado. Años atrás ya había aprendido la lección al fallar en un salto en paracaídas; la preocupación por el estado del equipo me había impedido centrarme en el salto. Hoy, tantos años después, sentía que mi equipo formaba parte de mí: lo llevaba bien sujeto, todo estaba claro y era aerodinámico.

Frente a mí, en el helicóptero, se sentaban los francotiradores, con sus escaleras plegables a los pies. Las usarían para trepar a lo alto de los muros que rodeaban el complejo, desde donde ofrecerían fuego de cobertura. Todo en orden. Estábamos preparados. Yo mantenía la esperanza de que, al aterrizar, nos informasen de que los drones habían detectado movimiento en el complejo.

Oí el gemido de los motores al iniciar el aterrizaje. La rampa ya estaba abierta y nosotros aguardábamos ansiosos a que la aeronave se detuviera. Sufrimos una sacudida en el momento en que las ruedas tomaron contacto con el suelo y se levantó una enorme nube de polvo. Tanto el jefe como el comandante de la unidad estaban en la radio con el dron que sobrevolaba la zona en círculos.

—No se observan movimientos —oí—. Repito, no hay movimiento en el blanco.

O los talibanes habían adquirido mucha disciplina o en la casa no había nadie, pensé yo mientras avanzaba corriendo por la rampa.

Salía de la rampa detrás de mis compañeros y me retumbaba la cabeza. Estaba listo para el combate. Anticipaba ansioso el familiar golpeteo de los disparos de un AK-47 o el «boosh» de un lanzacohetes. Cuando hube cruzado la nube de polvo que levantaban los rotores del helicóptero, puse una rodilla en el suelo y esperé.

Formamos una «L» gigante alrededor del complejo y escuchamos el ruido de las hélices de la aeronave. Todo quedó sumido en el más absoluto silencio al desvanecerse el último golpe del rotor. Nadie corrió. No hubo gritos. Nuestras acciones fueron lentas y metódicas. No había prisa.

¿Por qué correr hacia un tiroteo o hacia una emboscada?

Era una noche con poca luz; no obstante, las gafas de visión nocturna nos permitían tener una imagen de la zona, muy parecida a un paisaje lunar verde. Distinguí los muros del complejo, a unos doscientos metros. El suelo estaba seco y polvoriento, lleno de baches y surcos. Recorrí la pared del recinto con los ojos hasta llegar a la esquina y luego pasé a la fila de árboles más próxima. Era frecuente encontrar milicianos en los árboles, pero ningún dron había detectado a nadie, ni antes de nuestra llegada ni tras la partida del helicóptero. Yo esperaba encontrar insurgentes escondidos en el exterior, aguardando para tendernos una emboscada en cuanto nos lanzásemos sobre la casa. Si era un blanco legítimo, sin duda la escolta de los comandantes de Al Qaeda andaría cerca. Por encima de nosotros, los drones seguían sin novedades. La única actividad eran dos fuentes de calor —personas, probablemente hombres— que permanecían sobre un tejado a unos quinientos metros de nuestra posición. Podía tratarse de granjeros inocentes a quienes había despertado el ruido de nuestros helicópteros o podían ser observadores de una emboscada.

Vi a nuestros francotiradores arrastrándose por el campo, lentamente, en dirección a los muros. Llegaron al pie de la pared, desplegaron sus escaleras y treparon por ellas para ocupar sus posiciones de vigilancia. Desde su aventajada situación, podían observar el interior de los muros y cubrirnos mientras nos aproximábamos.

Mantuvimos la posición hasta que todos los francotiradores, uno por uno, hubieron verificado su emplazamiento por radio. Se repetía el mismo informe: «No se observan movimientos en el complejo».

—Francotiradores, bien hecho —oí que decía el jefe de la unidad por la radio—. Agentes de asalto, inicien maniobra.

Yo formaba parte de aquel equipo y me hallaba entre los más adelantados de la formación. Veía a Scott por delante. Empecé a moverme despacio en dirección a los edificios, avanzando por aquel camino de tierra y enormes rocas.

—Sin movimiento —indicó el jefe de la unidad, que transmitía la información de los drones y de los francotiradores.

Llegué al muro y lo rodeé con mis compañeros hasta alcanzar la parte delantera. Scott fue el primero en alcanzar la puerta. Yo, que iba pegado a su espalda, observé que la puerta estaba ligeramente entreabierta, como una invitación a entrar; solo faltaba la alfombrilla para sacudirse el polvo de los pies.

Scott buscó trampas explosivas en la hoja y el marco. Echó un vistazo rápido al patio, para asegurarse de que nadie estaba esperando, y luego, con gran cautela, empujó la puerta un poco más, sin dejar de examinar el complejo constantemente.

No había motivo para hablar y menos aún para intercambiar señales de comando con los brazos o las manos. Después de tanto tiempo operando juntos, ya sabíamos que Scott desarrollaría un trabajo impecable y que nos avisaría en cuanto hubiera terminado. Al final nos dio la señal y nosotros cruzamos el umbral de la puerta hacia el interior sin mayor preocupación.

Yo pasé rozándole y entré en el patio. Una vez allí, vi que al lado de la puerta, a mano izquierda, había dos entradas que conducían a

la pequeña casa principal, de una sola planta. Había un corral para los animales a la derecha del complejo, en la esquina opuesta. Estaba vacío.

Crucé el patio y seguí a mis compañeros hacia la casa. Por delante de mí, uno de ellos empujaba la puerta de madera de la primera habitación. En mi trayecto hacia la segunda sala, observé que salía luz del interior.

«Si tienen las luces encendidas, será buena señal», pensé. Por lo general, significaba que había alguien. En Afganistán, pocas casas disponían de electricidad, lo que hacía muy improbable que alguien dejase las luces encendidas sin habitantes en el interior.

Me detuve en la segunda puerta y esperé que uno de mis compañeros me diera la señal, confirmando su posición detrás de mí.

—Vamos —susurró mi compañero, apretando mi hombro.

Abrí la puerta despacio, con la mano izquierda. Las bisagras, ya viejas, chirriaron al moverse. La casa olía a polvo, no a la habitual mezcla afgana de estiércol y aceite de cocina. La habitación estaba totalmente a oscuras.

Antes de entrar, la examiné en busca de cualquier movimiento. Vacía. En la mayoría de casas afganas hay trastos esparcidos por todas partes. Siempre hay cosas en todas las habitaciones: colchas, cajones llenos de piezas oxidadas, latas de aceite usadas. Esta en cambio estaba completamente vacía, salvo por un trozo de cartón en el suelo, en medio de la estancia.

Al principio no supe con seguridad si se trataba de cartón. Era difícil distinguirlo con las gafas nocturnas. Parecía fuera de lugar, sobre todo porque era nuevo. Encontrar cosas nuevas en Afganistán es extraño, pero tropezarse en un piso vacío con un trozo de cartón, limpio y flamante, constituía una innegable señal de alarma.

—Alto —susurré a los compañeros que iban detrás de mí.

Me agaché y lo levanté por uno de los extremos. El cartón servía para cubrir una especie de agujero. Pude distinguir los bordes al levantarlo un poco más. Costaba ver el interior, pero llamó mi

atención una afilada aleta, que fui siguiendo con la vista hasta llegar al rechoncho cuerpo de una bomba.

Era de color gris y las indicaciones eran de origen estadounidense. El agujero del suelo tenía la suficiente profundidad para que las aletas posteriores quedasen empotradas en el interior. Solté el cartón y me aparté del agujero.

Antes de poder decir nada, ni de advertir siquiera a mis compañeros, se oyeron gritos en el patio principal.

Tardé milésimas de segundo en reaccionar después de encontrar la bomba bajo el cartón. Por lo que yo sabía, el artefacto estaba listo para ser detonado por control remoto.

Más tarde supe que mis colegas de la primera habitación, la de la luz encendida, también se habían encontrado en una habitación vacía. Una sola bombilla colgaba del techo. En el suelo, justo debajo de la luz, había una alfombra. Centrados sobre ella, dos lanzacohetes dispuestos en cruz.

Ambos habíamos descubierto los artefactos al mismo tiempo.

Era un montaje.

Vi que, por detrás de mí, los compañeros se dirigían a la puerta principal del complejo. Deshacíamos el camino para abandonar el recinto con el mismo sigilo y lentitud con que habíamos entrado.

Al llegar, Scott continuaba en la puerta. Se había quedado al cargo de la seguridad. Fue entonces cuando descubrió dos cables que partían de la puerta y se ocultaban bajo la tierra. La puerta estaba amañada para explotar al abrirse completamente. Me alegré de que solo la hubiera desplazado lo mínimo para permitir el paso. La puerta confirmó lo que ya sabíamos.

El teléfono.

Los cohetes.

La puerta.

El complejo era una bomba colosal, preparada para explotar a nuestra llegada.

Cuando vio los cables pegados a la parte trasera de la puerta, Scott empezó a gritar. No quería dejarla desatendida, por si alguien

activaba la bomba sin darse cuenta. La controlaba con muchísimo esmero, manteniéndola en la posición más segura, mientras los asaltantes pasaban corriendo junto a él y abandonaban el recinto.

Yo me escabullí con precaución por la abertura y eché a correr hasta el campo más cercano. Creo que nunca he corrido tan rápido en toda mi vida. Era una velocidad impulsada por el miedo. Conseguí llegar hasta donde habíamos dejado los helicópteros y planté la rodilla en tierra, cerca de una pequeña zanja. Tenía la boca completamente seca; di un sorbo de mi CamelBak y escupí en el suelo. Scott siguió dirigiendo la maniobra hasta que no quedó nadie en el complejo. Fue el último en cruzar la puerta, muy atento, e inició también la huida.

—Tengo que hacer recuento —dijo el jefe de la unidad mientras iba recorriendo la fila.

Yo era parte del equipo Alfa. El líder de mi equipo se movía por allí tratando de identificarnos; vistos con las gafas nocturnas, todos parecíamos iguales, así que le acompañé y le ayudé con la verificación. Levantó los pulgares en señal de agradecimiento y nos presentamos al jefe.

—Alfa completo —comunicó mi líder de equipo.

Regresé a mi sitio en una zanja poco profunda. La radio volvió a emitir y oí la conversación en el momento en que el comandante y el jefe de la unidad presentaban la solicitud de autorización para lanzar un asalto aéreo con nuestro controlador de ataque terminal conjunto.

En lo alto, dos aviones de ataque a tierra A-10 se movían describiendo círculos. Oí un débil rugido de sus motores cuando se alinearon para bombardear el complejo. El controlador de ataque terminal los guiaba, comunicando a los pilotos la localización del recinto y de los hitos, para asegurarse de que las bombas impactaban sobre el blanco deseado.

Nuestra única salida era detonar los explosivos donde los habíamos encontrado. Intentar desactivarlos entrañaba un riesgo excesivo. La casa estaba desierta y no habría daños colaterales.

Los otros edificios se encontraban a mucha distancia, lo que significaba que las mujeres y los niños, o cualquier otra persona inocente en la zona, estarían a salvo.

—Bombas fuera en diez segundos —oí a nuestro controlador de ataque por radio.

Fuimos pasando el aviso. Tendido en la zanja, tan pegado al suelo como podía, aún no había tomado plena conciencia de lo cerca que habíamos estado de la muerte. Yo solo deseaba que el coronel de los Rangers aprendiese la lección.

—Cinco segundos.

Estábamos tumbados sobre nuestros estómagos y tratando de encogernos al máximo porque seguíamos relativamente cerca del blanco. El inconfundible ruido de los motores de los A-10 era cada vez más fuerte. Mientras yo hundía la cara en la zanja, con el casco puesto, el oscuro cielo nocturno se encendió en el momento en que el complejo estalló en una colosal bola de fuego. Unos segundos más tarde, resonó por todo el valle la explosión de dos bombas de quinientas libras guiadas por láser. Detrás de mí, los A-10 se ladearon y tomaron altura mientras el estruendo de la explosión se iba debilitando.

Empecé a incorporarme cuando otra bola de fuego surgió como una seta de entre los restos de muro aún en pie. La bomba preparada para matarnos había estallado y arrojaba los escombros desde dentro del complejo, hacia el exterior.

Trozos de barro y piedras aterrizaban con un ruido sordo sobre el suelo, a nuestro alrededor. Me deslicé de nuevo a la trinchera, tratando de protegerme la cabeza. Noté un pinchazo en el muslo y cambié de postura. Al principio creí haber caído sobre un arbusto espinoso, pero solo había barro. Sacudí la zona donde notaba el pinchazo y volví a sentirlo.

Metí la mano enguantada en mi bolsillo y saqué un trozo de metralla no más grande que una moneda, en forma de daga y con un borde irregular que se clavaba en mi pierna. El metal había alcanzado una temperatura tan elevada que fundió los tapones de

los oídos de espuma que llevo siempre en el bolsillo izquierdo. Di vueltas al fragmento entre los dedos hasta que se enfrió. No tenía ni idea de cómo había llegado a mi bolsillo, pero fui afortunado por que no fuera más grande o no hubiera llegado a mí a mayor velocidad.

—Menuda mierda —oí decir a un colega cuando iniciamos el regreso a la zona de aterrizaje—. Me encantaría estar ahí cuando el comandante de la unidad le suelte al coronel: «Ya se lo dije».

Yo me sentía como él. Todos estábamos enfadados. El coronel de los Rangers debería haber confiado en nuestra valoración. Deberíamos haber retrasado la operación un día y haber recabado más datos de la inteligencia. Sabíamos que el teléfono identificado estaba encendido y no se movía. ¿A qué tanta prisa por asaltar el complejo? Es lo que llamamos «paciencia táctica»; y el coronel de los Rangers, sin duda alguna, no tenía mucha.

La parte trasera del helicóptero era larga. Yo veía a mis colegas, sentados a mi alrededor, furiosos. El ruido nos impedía hablar, pero el lenguaje corporal también permite comunicar la cólera. Aquella misión no fue del agrado de nadie desde el primer momento. Habíamos manifestado nuestros recelos, a los que se hizo siempre oídos sordos. Probablemente, el oficial que había ordenado el asalto lo veía todo desde detrás de la mesa, en una base a centenares de kilómetros, mientras nosotros nos jugábamos la vida.

Con los SEAL he aprendido, una vez tras otra, que la confianza se halla en la base de cualquier relación. Nuestros comandantes debían confiar en nosotros para ejecutar la misión y también cuando comunicábamos que algo no iba bien. La corriente tenía que fluir en ambos sentidos o no funcionaba. Fui consciente de ello mientras caminaba por la rampa del helicóptero; jamás volvería a confiar en otra orden de aquel coronel de los Rangers.

Tras el asalto, pasamos mucho tiempo hablando de las inquietudes transmitidas con anterioridad a la misión. Por supuesto, el comandante de los Rangers no estaba allí. Había regresado a su cuartel en Bagram. Una de las lecciones más duras que tuve que aprender en mis primeros días de SEAL fue a controlar la

exaltación, aunque la razón estuviera de mi lado. Recuerdo varios momentos durante las sesiones de evaluación de esta misión en los que tuve que hacer esfuerzos conscientes por calmarme mientras debatíamos los aspectos de la planificación y las acciones a emprender sobre el objetivo.

Durante las conversaciones, yo hacía girar el trozo de metralla entre los dedos. Era un recuerdo de algo más que de mi suerte. Me recordaba que nos podrían haber matado con mucha facilidad porque un coronel del Ejército sin experiencia se había negado a escuchar a sus expertos en la materia.

—Bueno, ¿y qué coño haremos con esto? —estalló uno de los colegas durante la valoración crítica.

—De verdad, podría habernos matado.

Finalmente habló el jefe de la unidad.

—Vale, chicos, sé que ahora estamos todos muy preocupados —dijo él—. Todos estamos muy alterados, y así ha de ser. Pero vamos a sacar lecciones de lo que cada uno ha aprendido y a dejarlo reposar un par de días.

El jefe de la unidad tenía razón; no había motivos para presentarse de inmediato ante el coronel, enfadarse y quejarse porque había estado a punto de matarnos. Demasiada exaltación solo debilita un mensaje que, en frío, cobra efectividad. Es poco probable lograr receptividad si uno acude a quejarse con formas poco profesionales.

Al cabo de unos días, el comandante de nuestra unidad tuvo el placer de llamar al coronel Rangers y explicarle, con todo detalle y la máxima educación y frialdad de que fue capaz, por qué la decisión que había tomado de asaltar el blanco no era buena. Con un poco de tiempo y menos nerviosismo, el comandante de la unidad pudo llegar a donde quería. Aunque no sirviera para nada más, el coronel aprendió que, en las misiones, nuestro asesoramiento siempre sería honrado, y le demostró también que podía confiar en nosotros para hacer una valoración acertada de un blanco. Esta comunicación brindó a los mandos de nuestra unidad la oportunidad de empezar a

trabar una relación de confianza con el coronel. Por supuesto, todos seguíamos preocupados y cabreados, pero para nuestro mando no era el primer rodeo. Recuerdo que me impresionó que el jefe y el comandante de mi unidad se mostrasen tan serenos. Ellos sabían que darle vueltas a lo sucedido en pleno estallido emocional no ayudaba a nadie. En cambio, aquel comportamiento medido, la respuesta sincera y la claridad en la comunicación fueron vitales para establecer más confianza. Me impresionó que tratasen al coronel del mismo modo que al SEAL más joven de la unidad y, a lo largo de mi carrera, me esforcé en ganarme la confianza; al menos, poder conservar la objetividad.

La confianza es una de esas cosas delicadas que no se puede comprar con títulos ni rangos. Hay que esforzarse, tanteando y asumiendo los errores, mediante la experiencia compartida y una comunicación constante. En aquella misión, el coronel de los Rangers había perdido mi confianza y, definitivamente, debería ganársela otra vez. Era de esperar que gracias a la respuesta y reacción de nuestros mandos, la próxima vez que tuviéramos reservas con respecto a una operación confiaría en nuestra unidad. Por supuesto, la confianza que yo tenía en Scott y el resto del equipo no hizo sino fortalecerse.

Capítulo 7

Valoración crítica de las actuaciones

Comunicación

Reprimí un largo bostezo de vuelta a nuestra sala de espera y dejé mi equipo, polvoriento y empapado en sudor. La descarga de adrenalina en el combate y la rabia por haber fallado el blanco me habían dejado exhausto.

Nos encontrábamos en la sala de reuniones próxima a nuestro centro de operaciones de la zona este de Afganistán. Era el verano de 2010. El sofocante calor nos exigía transportar raciones extra de agua en todas las misiones. La parte positiva era que yo había consumido casi toda mi parte, de modo que, al terminar la operación, el peso había disminuido.

Conseguí ver el sol, que asomaba por detrás de las montañas. La noche había sido larga y sabía que la valoración de la tarde iba a ser dura.

Estábamos rastreando la pista de un comandante talibán al norte de Jost. Aquel valle era uno de los numerosos escondites donde ocultaban sus armas y explosivos. Empezamos el seguimiento mediante los sistemas de inteligencia, inspección y reconocimiento, o drones. Cuando, por fin, los insurgentes dejaron de trasladarse de un pueblo a otro y se instalaron en una red de complejos al fondo del valle, nosotros practicamos nuestro asalto.

Sin embargo, tras aterrizar en el límite del rango de alcance de los lanzacohetes, recibimos varias comunicaciones que informaban de la presencia de *cagandoleches* que huían del blanco. Los seguimos durante varias horas, pero lograron escapar. De vuelta en la base, supe que nos esperaban muchísimas preguntas muy directas sobre qué mierda había pasado y por qué habíamos perdido al objetivo. Deseábamos realizar nuestro trabajo con la mayor perfección y excelencia posibles, pero debíamos ceñirnos a las normas de intervención y el objetivo huyó. Una cosa era errar el tiro, pero en este caso sabíamos que el tipo estaba allí y no conseguimos matarlo ni capturarlo. No nos jugamos la vida para fracasar.

Sinceramente, después de una misión, cuando uno está hecho polvo, frustrado y enfadado por haber fracasado, sentarse y hablar del tema suele ser lo que menos apetece. Pero había visto cómo funcionaban las sesiones de valoración crítica a lo largo de toda mi carrera y sabía que constituían una parte vital de nuestra cultura.

Las valoraciones son una de las vías para corregir los errores. Es el momento de preguntar y de asegurarse de que realizamos el trabajo correctamente. Son sesiones que pueden estar cargadas de nerviosismo, de frustración, pueden ser interminables y aburridas pero con independencia de la opinión que se tenga de ellas, resultan cruciales.

Yo creía que habíamos tomado la decisión correcta dadas las condiciones sobre el terreno y las normas de intervención. Todos estuvimos de acuerdo en que, para esta Operación, aterrizar en el punto Y era la mejor opción, pero obviamente nos habíamos equivocado. Daba igual herir los egos; había que revisar todas las razones por las que nuestra operación había fracasado. Debíamos corregirlo y las valoraciones más importantes son también las más difíciles. Imaginemos que los militares no hubieran celebrado esta sesión crítica tras la operación Garra de Águila, que fastidió el plan de 1980 para liberar a los rehenes de Estados Unidos en Irán.

La investigación realizada tras aquella operación fallida sacó a la luz deficiencias en la planificación militar, desde la falta de cohesión entre los distintos servicios a la necesidad de un mejor equipamiento. Por este fracaso, precisamente, [redacted] cuenta con la popularidad de que goza hoy día.

En una valoración se aprenden lecciones y se modifican o descartan políticas, todo con la idea de mejorar el equipo. Este tipo de diálogos garantiza la adquisición de valores tanto para quienes ocupan los segmentos más altos de la cadena de mando como para quienes se sitúan en la parte más baja. La clave radica en que participe el máximo de agentes posible. La única vía para que una valoración funcione es que todo el mundo deje su propio ego fuera de la sala y acuda con la voluntad de asumir una crítica sincera.

De camino a la reunión, me encontré con mi colega Walt, un tipo bajito que me llegaba a la axila pero con una actitud de gallito fanfarrón que compensaba la estatura. Tenía un saludable complejo de bajo y una desmesurada cantidad de bello corporal. Era uno de mis mejores amigos y, cuando tenía que manifestar su opinión, era más directo que nadie.

Llegó cubierto de barro, de la cabeza a los pies, tan espeso que no se le podía pasar un peine por la barba. Sonreí al verlo. Él se limitó a cabecear un poco al tiempo que torcía la boca. Atisbé sus blancos dientes que asomaban tras la maraña de pelo enredado en la barbilla.

—Ni una puta palabra —dijo—. Vaya cagada. Hay que ver qué pasa con esta mierda. No podemos seguir volando y desvelando nuestra posición. Sobre todo, si no nos van a dejar tirar las bombas.

Sin duda, los comandantes talibanes oyeron el eco de los rotores en las paredes del valle minutos antes de que aterrizásemos. Era como un sistema de alerta anticipado. Cuando oían helicópteros, se marchaban.

Walt y sus compañeros habían tratado de dar caza a los combatientes después de que estos huyeran de los complejos, pero les perdieron la pista en las montañas. De camino a la sala de

reuniones, todo el mundo parecía desanimado, furioso y frustrado. En la habitación no había dos SEAL con el mismo aspecto. Vestíamos de forma distinta, por lo general mezclando uniformes; algunos operadores llevaban barba, otros tenían el pelo largo. Todos bebíamos algo: café, agua, bebidas energéticas. Prometía ser una larga charla.

Walt y yo tomamos asiento. Se nos unió uno de los colegas de Walt, vestido con una camiseta negra Van Halen en lugar de su camisa de camuflaje. El logo Van Halen blanco estaba limpio y reluciente porque había quedado cubierto por el chaleco antibalas. En cuanto al resto del cuerpo, como el de Walt, también estaba lleno de barro.

—¡Te queda bien! —le dije con una sonrisa.

No me la devolvió.

Ninguno de nosotros quería arriesgar su vida para fracasar. Si teníamos que cumplir con nuestros cometidos, deberíamos encontrar una forma de hacerlo cumpliendo con las normas de intervención, porque los talibanes también las conocían y las usaban contra nosotros. Sabían que si tiraban sus armas y echaban a correr, nosotros no podíamos dispararles. Sabían que si se mezclaban con la población civil podían escabullirse. Si solo se tratase de lanzar bombas o disparar a los malos identificados como tales, la guerra sería mucho más fácil. Dicho esto, que no es el tema que nos ocupa, ninguno de nosotros disparaba a personas desarmadas. Aparte, si en algún caso llegásemos a pasarnos de la raya ni en lo más mínimo, seguro que treinta abogados, todos contratados por funcionarios en la cima de la cadena alimentaria, tendrían a bien comunicárnoslo.

Joder, en mi último despliegue apenas nos dejaban entrar en una estructura o en un edificio de Afganistán sin contar primero con la aprobación de los altos mandos. Combatir en aquellas condiciones era casi imposible.

Walt y yo fuimos de los últimos en entrar en la sala. Antes de empezar, me tomé un minuto para concentrarme y calmarme. Dejé

que se disipase la frustración de ver huir a los combatientes. En la valoración, no había sitio para los nervios. Obstaculizaban la buena comunicación. Realicé dos aspiraciones profundas y expulsé de mi cabeza las ideas de fracaso. Me había convertido en un experto a la hora de compartimentar las cosas, y sabía que para esta conversación necesitaba tener la cabeza bien clara.

Pegado en una de las paredes de tela de la tienda había un trozo de papel del tamaño de un póster con el orden del día.

Planificación

Infiltración

Acciones sobre el objetivo

IT [Interrogatorio táctico]

Exfiltración

Coms [Comunicaciones]

Inteligencia

CG

Cada uno de nosotros dispuso de un turno de palabra para comentar su papel en la misión. Como líder de equipo, yo empecé hablando en nombre de mi grupo y mis muchachos intervenían cuando tenían algo que añadir. En nuestras reuniones no solo se permitía hablar a todo el mundo, sino que se nos animaba a hacerlo.

El jefe de la unidad empezó abordando el tema de la planificación. A partir de ahí, fuimos repasando cada una de las partes de la operación, comenzando por la infiltración. Llegamos en

dos helicópteros CH-47, aplicando la estrategia de inflitración «volar hasta el punto Y».

Volar hasta el punto Y no fue distinto a lo que habíamos vivido en otras misiones. En cuanto tomamos tierra, la radio estalló en mensajes sobre los *cagandoleches*. Yo estaba detrás de mi explorador cuando salimos corriendo por la rampa para tomar posición en el flanco derecho de nuestra formación y conseguir un buen ángulo sobre los complejos.

Oí por radio a Steve, el líder del equipo de Walt, dando la orden de perseguir a los combatientes. Siguieron las indicaciones del láser de los drones entre los edificios, hasta adentrarse entre las colinas. Yo esperaba la señal para iniciar el asalto de los complejos. Otros equipos individuales se fueron posicionando en los flancos y organizaron una base de fuego.

—De acuerdo —transmitió por radio el jefe de la unidad—. Vamos a por él.

Nos acercábamos al blanco. Vi que otros equipos y algunos comandos afganos desaparecían en un laberinto de edificios. Mi equipo rodeó una de las casas y se detuvo. Nos situamos ante la puerta y comprobamos que no estaba cerrada; el explorador la abrió de par en par.

La casa estaba completamente oscura, pero nosotros teníamos cierta visibilidad gracias a nuestras gafas de visión nocturna. Todo el espacio lo ocupaba una sola estancia con una cocina en una de las esquinas. El lugar estaba desierto: ni combatientes, ni armas, ni explosivos. Nada.

Fuera distinguí unos pocos comandos afganos custodiando a unas cuantas mujeres y niños. En la radio, Steve seguía persiguiendo a los combatientes en fuga. Desde mi posición veía el láser de los drones, siguiendo la pista de los talibanes colina arriba. Steve y su equipo estaban muy por detrás. Veía las luces de los sistemas de rastreo parpadeando en sus cascos; ascendían la ladera en zig-zag, tratando de salvar la distancia.

—Qué asco —dije a un compañero que observaba a mi lado—. Da pena. Espero que los cojan.

En la radio, Steve pedía apoyo aéreo directo. Quería que los AC-130 abrieran fuego, pero no conseguía autorización. Finalmente, tras horas de perseguir a los combatientes ladera arriba y adentrarse en territorio desconocido, el comandante y el jefe de la unidad abortaron la misión. No tenía sentido continuar tras los insurgentes, sobre todo porque nuestro equipo no ganaba terreno y no conseguían autorización para lanzar las bombas.

El comandante ordenó la exfiltración y el primer helicóptero aterrizó cerca del entramado de complejos. Ascendimos por la rampa y nos desplomamos sobre los asientos naranjas. Segundos después, sentí que el helicóptero se elevaba y ponía rumbo a la base.

La otra aeronave fue en busca del equipo de Steve, en el que también estaba Walt. Habían llegado demasiado lejos para regresar a pie y no teníamos tiempo para sentarnos a esperarles mientras descendían la montaña otra vez. Tampoco eran colinas para dejarse caer rodando. Eran montañas de las que se coronan de nieve en invierno. Una exfiltración en helicóptero desde la posición de Steve no sería fácil.

Steve y su grupo tenían que sostenerse con una mano en la montaña, todo el rato, hasta que llegase el helicóptero para rescatarlos. El CH-47 de doble rotor disponía de espacio para aterrizar, de modo que el piloto del 160.º Regimiento de Operaciones Especiales de Aviación pasó volando junto al precipicio, mantuvo la posición en el aire y, despacio, fue retrocediendo hasta dejar la rampa abierta, casi tocando la piedra. Los rotores estaban muy cerca de la pared de roca. Los pilotos del 160.º eran los mejores del mundo. Solo ellos podrían haber realizado este tipo de exfiltración. El equipo de Steve vio cómo hacían retroceder aquel helicóptero del tamaño de un autobús atrás hasta la pared de roca. El torbellino de aire provocado por el giro de

las palas de los rotores levantó una nube de polvo y piedras que cayó sobre los SEAL y dejó sus uniformes cubiertos de barro.

Los pilotos orientaron la rampa del helicóptero situándola muy cerca del precipicio. Uno tras otro, Steve y su equipo saltaron desde la roca a la rampa.

—Tío, aún estarías bajando de esa montaña si los pilotos no hubieran conseguido esa exfiltración —dije a Walt cuando nos describió el salto.

—Las rocas nos acribillaron durante cinco minutos, al menos —añadió él—. No sé qué habría sido peor, si bajar toda la montaña otra vez o los morados que tengo por todo el cuerpo.

—Quizá te trajo mala suerte la camiseta Van Halen —terció otro de los SEAL.

—Sí, vete a saber si fue la barba cargada de barro lo que te ralentizó —dije yo.

Para nosotros tenía gracia, porque no habíamos tenido que trepar por aquella montaña. Lo estábamos pasando bien a costa de Steve y su equipo, pero ellos no disfrutaban de la broma. Se habían esforzado al máximo para coger a los combatientes y estaban decepcionados porque no les hubieran autorizado los ataques aéreos.

—¿Por qué hacemos esto? —preguntó Walt al final—. Estas tácticas no funcionan. No puedo creer que me haya dejado la piel en esa montaña y no hayamos pillado al tipo.

Al final, Steve sacó el tema de la autorización de los AC-130.

—¿Para qué tenemos a los *Spectre* sobre el blanco, si no pueden disparar? —intervino Steve—. ¿Alguien dudaba de que aquellos gilipollas eran los malos?

Steve ya sabía la respuesta.

Nadie lo dudaba; los *cagandoleches* eran los malhechores. Pero, si seguíamos las normas de intervención, las armas tenían que ser visibles. Y en el rastreo con los drones, no estaba claro que las llevasen. Yo no tenía la menor duda; ni tampoco mis compañeros.

Pero no éramos nosotros los responsables de conceder la autorización.

—Esos tipos se escaparon por la forma en que planificamos el objetivo —dijo finalmente Steve—. Nuestros chicos tragaron polvo mientras ellos huían; esos pardillos también tendrían que haberlo mordido, apresados o muertos.

Los talibanes habían aprendido de la forma de luchar de los muyahidines contra los soviéticos. Escogían zonas de difícil acceso, salvo en helicóptero. Muchas veces no nos quedaba más remedio que volar hasta el punto Y.

—Tíos, nosotros tomamos la decisión de aterrizar en el punto Y por el terreno de los alrededores del blanco —dijo el jefe de la unidad—. Sabíamos que había riesgos; que el enemigo podía asustarse y salir cagando leches.

A nosotros nos costaba justificar incluso el aterrizaje en el punto Y, porque en cuanto los combatientes oyeron nuestra llegada, minutos antes de que consiguiésemos aterrizar, salieron pitando del blanco. La única forma de que funcionase era si lográbamos mantener el objetivo bloqueado y cerrábamos toda ruta de escape. Sin nadie sobre el terreno en una posición adelantada a los helicópteros, pocas perspectivas de éxito había; podíamos pasar la noche persiguiendo a los *cagandoleches*.

Preferíamos llegar a los objetivos en patrullas. Eso nos permitía conservar el elemento sorpresa y rodear el blanco para impedir que los combatientes huyesen al iniciarse el tiroteo. Miré al líder del equipo de reconocimiento. Su grupo planificaba las rutas y escogía la posición de los francotiradores.

—Las rutas hasta ese valle, concretamente, son muy escasas y la patrulla habría sido un infierno, en el caso de que hubiéramos conseguido llegar a tiempo —dijo el líder del equipo de reconocimiento.

Habríamos dedicado seis horas al ascenso, por el valle y por las cimas de las montañas. Los chicos de reconocimiento no tenían la seguridad de que hubiéramos cumplido con el horario. Sobre todo,

teniendo en cuenta la cantidad de asaltantes que necesitaba aquel blanco. Teníamos que llevarnos a los comandos afganos, nuestra fuerza asociada, y dos miembros de la unidad del Ejército convencional responsable del valle.

Todos sabíamos que ni los comandos afganos ni los chicos del Ejército podrían haber completado la patrulla. Mucho menos al ritmo necesario para llegar al complejo a tiempo.

Cada año, desde que comenzó la guerra, las normas de intervención se habían modificado para ajustarse a los cambios políticos. En la época de esta misión, llevar afganos estaba a la orden del día. Una misión que en otros tiempos quedaba reservada para las fuerzas especiales, ahora se compartía con todas las unidades, desde los paracaidistas hasta los equipos regulares de los SEAL. También se nos exigía que llevásemos a comandos afganos que no hablaban inglés y que tampoco habrían durado ni dos minutos en el BUD/S. Sobre el papel, ellos eran la contrapartida que Afganistán ofrecía a nuestras unidades antiterroristas. Pero, en la realidad, las unidades no eran más que una versión ligeramente superior de los soldados regulares afganos.

También teníamos que llevar con nosotros otro rebaño de rezagados o autorizadores, los «responsables del espacio de combate», como testigos de la operación. Estos eran militares estadounidenses emplazados cerca del objetivo. Si los ancianos del pueblo se presentaban en la base más próxima para quejarse y acusarnos de haber matado a granjeros inocentes, los chicos del Ejército podían responderles que ellos habían sido testigos de todo el proceso y calmaban la situación.

Todo esto no hacía sino complicar lo sencillo. En varias ocasiones, a consecuencia de las restricciones de peso que afectaban a los helicópteros, habíamos tenido que sacar a chicos SEAL de la nave para dejar espacio a un comando afgano o a un responsable del Ejército convencional.

—Estos responsables y los comandos afganos no sirven para nada —dije yo—. ¿Hay alguna forma de poder hablar con los de

arriba y explicarles hasta qué punto limitan nuestras misiones?

Poco faltó para que el jefe de la unidad se echase a reír.

—Llevas aquí el tiempo suficiente para saber que esto es lo que tenemos —contestó—. Nos han tocado estas cartas y con ellas hemos de jugar.

Ladeé la cabeza y di un sorbo al café. Ya sabía la respuesta, pero valía la pena decirlo en voz alta. Al menos, al ponerlo sobre la mesa, el equipo podría debatirlo o, como mínimo, saber lo molesto que resultaba en la misión cualquiera que no fuera un SEAL.

La valoración daba vueltas sobre lo mismo. Si intentábamos patrullar hasta el blanco con toda la pandilla, sabíamos que no lo conseguiríamos. Si recurríamos a los helicópteros y aterrizábamos en el punto Y, alertaríamos a los combatientes y se marcharían. Por fin intervino el jefe de la unidad y retomó el tema de nuevo. En esta valoración, no podíamos echarle la culpa a nadie más que a nosotros mismos. Nadie nos había ordenado aterrizar en el punto Y. Lo que de verdad nos cabreaba eran los límites que imponían las normas de intervención, además de que se nos hubiera escapado el objetivo. Conforme le dábamos vueltas y más vueltas, subíamos la voz y la conversación adoptaba un tono más vehemente. Al poco, la sesión se había descontrolado y pesaba más la emoción que los hechos, fríos y realistas, o las nuevas ideas.

—A ver, muchachos, tenemos normas —dijo el jefe de la unidad —. No las hemos escrito nosotros, pero tenemos que seguirlas. La idea aquí consiste en hablar de todo lo que ha sucedido, bueno y malo. Compartimos todo lo que hemos aprendido y no cometemos el mismo error dos veces.

Miré a mi alrededor y algunos chicos asentían con la cabeza. Yo estaba de acuerdo con el jefe. No podíamos retroceder en el tiempo y arreglar las cosas.

—El caso es que tenemos que dar con una forma mejor de tomar esos complejos —intervino el jefe—. Esos tíos sabían lo que hacían. Se marcharon al oír los helicópteros. Todos hemos de dedicarle un minuto de nuestro pensamiento a este hecho. Dejad de señalar a

vuestros compañeros o a las normas de intervención y empezad a centraros en el panorama general. Intentamos dar un golpe y no lo logramos. Pensemos en otra forma mejor para la próxima vez.

En las valoraciones, se ponían los problemas sobre la mesa y nos veíamos obligados a dejar de lado nuestro punto de vista y a comunicarnos. Seguíamos necesitando encontrar una forma para infiltrarnos llevando a todas las personas añadidas que debíamos acarrear.

Al final, las valoraciones terminaban con todas las peleas internas. Todo el mundo gozaba de una oportunidad para expresar su opinión y para manifestar cualquier inquietud. Siempre se nos permitía comunicarnos abiertamente. Las frustraciones salían en aquella habitación, y solo allí. Fuera de allí, nadie cargaba con ellas porque todos éramos conscientes de que aquel era el momento y el lugar para que nuestras voces fuesen escuchadas. Para corregir los problemas, grandes o pequeños, solo necesitábamos tener la posibilidad de comunicarnos: sin suavizar las críticas, sin rangos y con absoluta honestidad y franqueza.

Recuerdo una de estas sesiones, muy personal y especialmente violenta para mí, al poco de asumir el liderazgo del equipo. Estábamos en Afganistán y esto sucedió poco después de que mi amigo Phil, el antiguo líder de mi equipo, recibiera un disparo en la pierna. Estábamos a mitad del despliegue, así que yo no esperaba asumir tareas de líder hasta la próxima ronda. Aún me estaba acostumbrando a las responsabilidades añadidas. Como era nuevo en el liderazgo, no quería cagarla con nada. Sabía que el jefe de mi unidad me vigilaría de cerca. Por suerte, los ocho hombres de mi equipo tenían más talento que yo y me facilitaron mucho la labor.

El objetivo, como de costumbre, era un comandante o un suministrador de armas talibán. Le seguimos la pista hasta localizarlo en un pueblo cerca de la frontera con Pakistán. Tras asaltar el complejo y apresarlo, el jefe de nuestra unidad dio el aviso para preparar la exfiltración.

Todos llevábamos el equipo de rigor —las armas, las gafas de visión nocturna, el chaleco—, además de algunos elementos adicionales como las escaleras y las mazas para derribar las puertas. A cada miembro del equipo se le asigna una carga extra. Yo llevaba un juego de cortapernos a la espalda. No sabía cuántas veces alguien los usaría y luego los dejaría allí, en lugar de devolvérmelos. Este tipo de cosas sucedían normalmente con el equipo adicional. Cuando llegaba el momento de abandonar el blanco, no lo tenía todo.

Estábamos listos para salir. Era de noche y estaba muy oscuro, y yo quería asegurarme de que cada uno llevaba sus cosas. Formábamos para patrullar de vuelta a la zona de aterrizaje cuando llamé por radio a Jake, que era Alfa Ocho, usando la frecuencia del equipo.

Jake llevaba nuestra escalera y quería asegurarme de que no olvidaba recogerla. Pero usé una frecuencia abierta para todo el mundo.

—Alfa Ocho, aquí Alfa Uno —dije.

—Alfa Uno, aquí Alfa Ocho, adelante —respondió.

—¿Tienes la escalera?

—Recibido —contestó casi de inmediato.

A continuación, volví a verificar el recuento de mi equipo y llamé al jefe de la unidad.

—Eco Doce, aquí Alfa Uno. Alfa preparado para exfiltración.

Todos los jefes de equipo realizaron las mismas verificaciones, pero ninguno llegó al punto de preguntar individualmente a sus chicos si llevaban el equipo adicional.

—Atención, reconocimiento viene a por nosotros —anunció el jefe.

De vuelta en la base, dejamos los equipos y nos sentamos rápidamente para la valoración crítica. Cuando terminamos de hablar de la exfiltración, Jake levantó la mano.

—Oye, tengo curiosidad por saber una cosa. ¿Por qué has tenido que preguntarme por radio por mi equipo?

—¿Qué quieres decir? —respondí.

—Bueno, se trata de mi equipo, es mi responsabilidad —dijo él —. Nunca lo he olvidado.

Al principio, me quedé un poco desconcertado. No sabía qué decir. Yo era el jefe y tenía derecho a preguntar lo que quisiera. Podría haber cogido la radio y haberle pedido qué número calzaba o si se había cepillado los dientes por la mañana. Pero entonces caí. Me sentí como un imbécil casi de inmediato.

—Buena observación —dije.

Estaba allí sentado, frente a todo mi grupo, con la sensación de ser idiota. Me había preocupado tanto por que mi gente hiciera las cosas correctamente, que no atendí a mi propio comportamiento. Me había convertido en el líder que siempre había odiado, en un puntilloso. Lo más probable es que le preguntase por la escalera porque era un elemento importante del equipo y quería estar seguro de que no la olvidábamos en el objetivo. Pero lo que sucedió es que no confié en la responsabilidad de mi chico con su equipo. Phil siempre lo hacía muy bien permitiendo que cada uno de nosotros se ocupase de sus cosas. Confiaba en nosotros para que hiciésemos nuestro trabajo y solo nos decía algo para corregirnos. Yo me habría cagado en todo si Phil hubiera tenido que venir a hablar conmigo. Por otra parte, de nosotros se esperaba que conociéramos nuestras obligaciones. Yo había gastado saliva y energía preguntándole a Jake por la escalera. Ahora, en la valoración, tenía que dar explicaciones por aquel error.

—¿Te he recordado que trajeses tus cortapernos o tu arma esta noche? —me preguntó Jake.

—No —contesté.

—Vale, la escalera es mi equipo y es mi responsabilidad. Así que yo me ocupo.

Por descontado, sabía qué debía llevar. Mi forma de preguntar daba a entender que no confiaba en mis compañeros, y todos nosotros éramos muy conscientes de lo importante que es la confianza.

—Fallo mío —dije—. Tienes razón, lo pillo. Soy idiota y ya entiendo lo que dices. No volverá a suceder.

Nunca me enfadé con Jake. Me sentía avergonzado y enfadado conmigo mismo.

Jake lo hizo bien. Sabía que la sesión crítica era el momento perfecto para sacar mi error. Sin aquella sinceridad por su parte, lo más probable es que yo hubiera repetido el mismo error en la siguiente misión y al final se habría convertido en una costumbre.

Tanto la valoración de la escalera como la que celebramos después de perder al comandante talibán cumplieron con su cometido.

Al día siguiente de aquella operación fracasada, salimos a por otro objetivo. No había tiempo de pensar mucho en el pasado. Todos la dimos por cerrada porque teníamos que enfrentarnos de nuevo al peligro, como equipo, sin juzgar *a posteriori* a las personas de nuestro alrededor.

Pero un mes después, el jefe de la unidad volvió con el mismo blanco.

—Chicos, ¿queréis volver a intentarlo con aquellos tipos? —preguntó.

—Sí —intervine—. Por supuesto.

Yo estaba en el centro de operaciones con Steve. El jefe de la unidad se encontraba con el líder del equipo de reconocimiento. En la pantalla plana aparecían fotografías de satélite del complejo y del valle.

—Ha vuelto a casa —informó el jefe, señalando hacia uno de los complejos del grupo—. La inteligencia lo ha acorralado exactamente en el mismo recinto que asaltamos la última vez. Está allí con un par de colegas.

Miré el complejo y luego al valle, en general. Quería probarlo de nuevo. Había dejado de pensar en la primera misión y trataba de no recordar a esos gilipollas largándose, pero no permitiría que se escabullesen una segunda vez.

—Vuestro equipo tiene la prioridad —me comunicó el jefe.

Mi equipo podía decidir cómo actuar sobre el blanco.

—Yo quiero ir.

Me encantaban las dificultades. Si se presentaba un reto, yo lo aceptaba. Cuanto más dura fuese la misión, más me gustaba. Pero también era consciente de los obstáculos a los que nos enfrentaríamos en este caso. La sesión de valoración crítica había puesto de manifiesto los problemas del primer asalto. Teníamos que hallar la forma de conservar el elemento sorpresa o no valdría la pena volver a intentar apresar o matar a ese tipo.

Me giré hacia el jefe del equipo de reconocimiento. Sonreía.

—He encontrado una ruta —dijo—. Pero no podemos hacerla con una patrulla grande.

De acuerdo. Lo último que necesitamos es que esa pandilla vaya arrastrándose por las montañas —contesté—. No lo conseguiríamos.

La vez anterior aprendimos una lección muy valiosa. Recordé aquella valoración y por qué entonces usamos helicópteros.

—¿Qué hay de los comandos y de los responsables del espacio de combate? —pregunté— ¿Podemos llevarlos por otra vía?

Estuvimos hablando durante horas y al final dimos con un plan que respetaba las normas de intervención. Mi equipo de SEAL, junto con los chicos de reconocimiento, un paracaidista de rescate de las Fuerzas Aéreas y el jefe de nuestra unidad tomaríamos un helicóptero hasta un valle cercano y patrullaríamos hasta el blanco. Una vez hubiéramos dispuesto la contención alrededor del entramado de complejos, avisaríamos por radio. Los otros equipos, con el responsable del espacio de batalla y los comandos afganos llegarían en los helicópteros y tomarían tierra en el punto Y. Nosotros ya estaríamos situados para ocuparnos de los *cagandoleches* y para comenzar el asalto en cuanto las aeronaves tomasen tierra. Por fin teníamos una solución; habíamos dado con ella en la valoración crítica.

Pasamos el esquema del plan a toda la unidad y cogimos nuestros equipos; mi grupo se encaminó al helicóptero. Partimos

horas antes que la mayoría y empezamos la patrulla. Hacía calor, no habíamos recorrido todavía un kilómetro y yo ya tenía la camiseta empapada en sudor. Había poca luz y, de no contar con las gafas nocturnas, habría sido imposible ver nada. Estuvimos caminando durante horas, subiendo y bajando montañas.

La patrulla fue larga pero sin incidentes. Yo estuve concentrado, con la esperanza de que todo aquel esfuerzo tuviera su recompensa. Lo último que deseaba era que aquellos cabrones volviesen a huir. Habíamos trazado un gran plan y ahora lo estábamos llevando a término.

Por fin ascendimos por la última colina y vi el laberinto de complejos allí abajo. Miré la hora. Íbamos bien. Bajamos rápidamente y reconocimos los distintos callejones que salían del pequeño recinto de casas. A partir de las imágenes del satélite, habíamos previsto la existencia de dos caminos principales que salían del grupo de edificios. Nos dividimos en grupos de dos y nos repartimos.

Bajábamos despacio. Yo tenía el arma preparada cuando nos acercamos a los muros. Formaba pareja con otro SEAL; clavamos la rodilla en el suelo y esperamos. Por encima de nuestras cabezas, los sistemas de reconocimiento examinaban los edificios. No se registraban movimientos. Cada equipo estaba ya en su puesto cuando oí al jefe de la unidad en la radio.

—Los pájaros están dentro —informó—. Dos minutos.

Miré el reloj. Ya podía oír en la distancia el ruido sordo de los rotores cuando los helicópteros se elevaron por encima del valle en dirección a los complejos. Me sequé el sudor del rostro con la manga. Si los combatientes estaban realmente allí dentro, era de esperar que salieran corriendo en cualquier momento.

A los pocos segundos volvió a sonar la radio; era el piloto del dron.

—Se registran dos sujetos en movimiento que abandonan el complejo en dirección este —comunicó.

Eso era lo que yo quería oír. Nos habíamos colocado al este, estábamos preparados y esperándolos.

Por las imágenes del satélite, sabía que tomarían un callejón que cruzaba por el centro de un grupo de seis complejos. Era la misma ruta que usaron la vez anterior. Al final de aquella callejuela, estaban apostados Bert —uno de mis chicos nuevos— y un paracaidista de rescate.

—Avanzan hacia ti, Alfa Cuatro —anuncié.

—Recibido —respondió Bert.

Los rotores sonaban con estrépito ahora que el helicóptero había aterrizado en la zona oeste de los edificios. Apenas lo distinguía por detrás de la nube de polvo. La radio no paraba de emitir avisos mientras mis colegas y los comandos afganos se desplegaban en abanico e iniciaban la aproximación hacia las casas.

Unos segundos más tarde, resonaron los chasquidos del fuego de un fusil de asalto con silenciador cuando Bert y el paracaidista comenzaron a disparar. Los insurgentes —con sus AK-47— habían dado unos pocos pasos fuera del callejón cuando se toparon con Bert. Iban muy rápido. Alzaron la vista en el momento de salir de la calle y se los encontraron de frente. Trataron de frenar en seco y levantar las armas en un estúpido intento por lanzar algunos disparos. Antes de poder incluso enderezar los AK-47, Bert y el paracaidista dispararon unas cuantas ráfagas contra cada uno de ellos. Cayeron desplomados en la bocacalle.

—Dos EMEC —comunicó Bert por radio.

Ambos combatientes habían muerto en acción. Experimenté una satisfacción inmediata. Los teníamos. Fallamos en la primera ocasión, pero no nos dimos por vencidos. Analizamos nuestro fracaso —centrándonos en lo que había salido bien y lo que había salido mal— y dimos con otra forma de atacar al objetivo.

Por lo general, el combate no brinda segundas oportunidades. Nunca imaginamos poder asestar un segundo golpe a esos tipos, pero sabíamos que las lecciones aprendidas en la primera misión serían útiles en otras operaciones futuras.

La valoración había cumplido con su cometido y, gracias a ello, los dos comandantes talibanes dejaron de suponer una amenaza, para siempre. Habíamos descubierto cómo cumplir con lo que se nos pedía sin violar las normas de intervención. Esta misión, y las lecciones que con ella aprendimos, había sido bastante sencilla. Sin embargo, las cosas no siempre suceden de este modo. En ocasiones mueren personas porque no nos hemos comunicado con claridad y no hemos aprendido de nuestros errores.

Criticar las acciones de un compañero es duro, o recibir las críticas de un hermano, pero es uno de los recursos más importantes que un SEAL debe dominar. Ser franco con las personas, en especial después de haber cometido un error, es durísimo. En combate cometemos errores y es comprensible. Lo que hay que recordar es que la comunicación y lo que se aprende de las sesiones de valoración crítica sirve para mejorar al equipo. Comprender que todo esto no gira en torno a la propia persona es complicado y asumirlo me exigió un esfuerzo. Con el paso de los años, fui reconociendo cada vez más el valor de la humildad y la necesidad de aceptar comprender que todos cometemos errores. No hay que dar la espalda a los compañeros por eso, sino aprender de ellos para hacer las cosas mejor la próxima vez.

Las lecciones que se aprenden en el combate, y a veces con sangre, deben compartirse con los demás.

Capítulo 8

Disparar, moverse y comunicar

Relaciones

Los perros ladraron sin descanso mientras nosotros patrullábamos hacia el complejo.

Los oí en cuanto se desvaneció el zumbido de los helicópteros. El primer ladrido resonó en el valle durante la meada ritual del equipo después del largo trayecto en helicóptero. A los pocos segundos, se oyó un segundo ladrido. Para cuando habíamos completado la formación de patrulla e iniciábamos la marcha hacia el objetivo, aquello parecía una jauría de perros alertando de nuestra presencia a todo granjero y miliciano en la zona.

Yo era ya veterano, con once años de experiencia en el cuerpo de los SEAL; llevaba el tiempo suficiente para ocupar el puesto de líder de equipo y dominaba las cuestiones básicas de una operación. Ya no permitía que los miedos normales de un hombre se interpusieran en mi toma de decisiones y sabía que la comunicación y el trabajo en equipo eran las claves para la victoria en combate.

Eso no significaba que las cosas fuesen fáciles.

Habíamos volado hasta Kunduz, en el norte de Afganistán. Desde aquí, los alemanes, junto con otras fuerzas de la coalición, habían mantenido toda la zona norte del país bajo vigilancia en los últimos años. Realizaban muy pocas operaciones ofensivas en la

zona, si llevaban a cabo alguna; se centraban mucho más en las carreteras, los colegios y los hospitales. Al verse libres de perseguidores, los combatientes enemigos empezaron a utilizar el área como un puerto seguro. Qué mierda, yo tampoco quería ponerme en marcha, teniendo cervecerías al aire libre, bares y clubes en la base, pero eso era otra historia.

Nos habíamos desplazado al norte de Afganistán después de que nuestros analistas de inteligencia consiguieran información privilegiada referente a la presencia de un destacado comandante talibán en la zona. Mientras ellos continuaban con la vigilancia, nosotros nos desplazamos al área sobre el terreno. Queríamos estar cerca, para poder poner en marcha una operación en cuanto recibiéramos luz verde.

Ignorábamos por completo qué aspecto físico tenía el comandante, así que en las imágenes de la reunión aparecía tan solo como una silueta.

Durante el día, nuestros analistas rastrearon su pista y controlaron sus desplazamientos de aldea en aldea mediante los sistemas de inteligencia, inspección y reconocimiento (IIR), mientras él iba recogiendo milicianos a su paso. Por fin, al anochecer, observamos que el grupo se dirigía a lo que nosotros llamábamos un refugio-dormitorio, por lo general en la entrada de un bosque o en alguna posición fácil de defender, donde hacer un alto para dormir. Esta vez, dio la casualidad de que el bosque escogido se encontraba junto a un gran complejo de casas. Era práctica habitual entre los combatientes presentarse en cualquier núcleo habitado civil, pedir comida y luego, con el estómago lleno, perderse en la espesura del bosque para dormir. Con la tupida vegetación del norte de Afganistán, resultaba fácil entrar en el bosque y permanecer ocultos a los drones que los vigilaban desde el cielo.

Cuando los milicianos llegaron aquella tarde, los pilotos de los drones vieron cómo entraban en el complejo y, transcurridas unas horas, se desvanecían entre los árboles. Según las imágenes del IIR, los combatientes no volvieron a salir. Eso no significaba que no

hubieran caminado entre los árboles hasta abandonar la zona. Eran lo suficientemente inteligentes para saber que los vigilábamos y no resultaba infrecuente que, a lo largo de una sola noche, el enemigo cambiase varias veces de refugio.

En este caso, los analistas confiaban en que los combatientes no hubieran variado su emplazamiento, así que decidimos poner en marcha la misión.

Mi puesto como líder de equipo me obligaba a llevar en un oído la radio interna, por la que hablaba con mis compañeros, y en el otro, la radio de mando, para comunicarme con el comandante de la unidad, el jefe de la unidad y cualquier dron o miembro de la aviación que patrullase por la región desde el aire.

—Sin movimientos —dijo el piloto del dron—. Todos siguen en el bosque. Parece que la camioneta blanca continúa en el mismo lugar.

El comandante talibán y su grupo de milicianos usaban el vehículo y unas cuantas motos viejas para desplazarse entre las aldeas. Si la furgoneta seguía aparcada en el mismo lugar, junto al complejo, confiábamos en que ellos no se encontrarían lejos.

Los perros no dejaron de ladrar durante nuestros siete kilómetros de patrulla. Nosotros hacíamos cuanto podíamos para pasar desapercibidos, y los francotiradores tomaron la mejor ruta para evitar las aldeas. Pero no dábamos un paso sin oír a los perros. Definitivamente, nos sentíamos incómodos.

—Estos putos perros me están matando —dijo Steve en un descanso—. ¿Siempre ladran tanto o es que trabajan para los talibanes?

Steve era otro líder de equipo y uno de mis mejores amigos en el mando. Era un tipo robusto, «de pueblo», de torso ancho y brazos fuertes. Llevaba una poblada barba que le cubría el rostro. Parecía una marmota. Hicimos tanta broma con eso que acabó convirtiéndose en su mote.

Conocí a la Marmota durante el S&T. Desde el primer día, cuando nos pidieron que hiciésemos la lista de los cinco

mejores/cinco peores de la clase, yo siempre puse a Steve entre los cinco mejores, y él siempre destacó como líder en el grupo. Tuve suerte de que me asignasen al mismo escuadrón que a él. Nos distribuyeron en equipos distintos, pero se puede decir que crecimos juntos en el mando. Compartimos todos mis despliegues y salidas de instrucción. Era a él a quien acudía cuando se me ocurría una idea y necesitaba respaldo. Casi siempre veíamos las cosas del mismo modo, así que cuando se mostraba en desacuerdo con alguna de mis acciones o me ofrecía consejo, yo siempre le escuchaba. Siempre empezaba con la misma recomendación.

—Quítatelo de encima, tío —me decía—. Si estás demasiado exaltado, nadie te escuchará.

Pero Steve era muy parecido a mí.

Él y yo estuvimos a punto de ser devueltos a casa durante un despliegue tras haber criticado las tácticas de uno de los jefes de nuestra unidad. El mando no había pedido aportaciones ni quería conocer la opinión de ningún líder de equipo. Llegó con un plan y se negó a escuchar al resto; nos oyó mientras criticábamos su planificación. En aquel momento, nosotros éramos nuevos en el mando y no le sentó muy bien que «los novatos» cuestionasen su proyecto. Amenazó con mandarnos a casa; sin embargo, nosotros contamos con la protección del resto de los líderes.

Steve y yo trabajamos juntos durante seis años hasta que ambos tuvimos un equipo propio en la misma unidad. Como líderes, íbamos a la par. Yo conocía sus movimientos y él conocía los míos. Habíamos sido compañeros de grupo tanto tiempo que, en cuanto comenzaba el tiroteo, yo siempre sabía cómo interpretaba él la situación y de qué modo reaccionaría con su equipo.

La comunidad SEAL tiene un principio: cada miembro del equipo ha de estar preparado para «disparar, moverse y comunicar». Ser capaz de disparar significa contar con las habilidades tácticas necesarias para usar el arma de forma segura y eficaz. Moverse se refiere tanto a la forma de trabajar de cada integrante dentro del grupo como a su eficacia y capacidades tácticas para actuar en el

campo de batalla. Comunicar atañe a las aptitudes para hablar claro y de forma útil, para que los compañeros sepan qué estás haciendo. Tras años de trabajar codo con codo, nosotros podíamos movernos y reaccionar casi a la perfección en una situación de combate. Buscábamos SEAL que no solo dominasen estas aptitudes, sino que además encajasen en nuestros grupos. Cuando trabajábamos en un objetivo, yo nunca me preocupaba por los chicos. Ellos sabrían qué hacer cuando empezasen a silbar las balas. Mi mayor reto como líder de equipo era instruirlos y enseñarles qué hacer de vuelta en la sala de grupo.

Yo había participado en la junta de evaluación para seleccionar a los candidatos del S&T. Las pruebas orales se celebraban después de la prueba física —que yo casi suspendí durante mi propio proceso de selección— y, probablemente, representaban la parte más exasperante del examen. Para las carreras de velocidad o los ejercicios de flexiones no se requieren grandes capacidades mentales. Es una cuestión de voluntad y de preparación.

Durante la evaluación, la mayoría de las preguntas se referían a escenarios posibles que ponían a prueba la integridad del aspirante. La clave radicaba en que las acciones tuvieran un motivo y en poder defender las elecciones con argumentos lógicos. Una de las mejores preguntas afectaba a las limitaciones temporales. Me la formularon en mis pruebas para el S&T y yo la formulé a mi vez cuando me llegó el turno de sentarme en la mesa del tribunal.

—No dispone del tiempo que considera necesario para prepararse adecuadamente para el despliegue —exponía el tribunal —. Quiere hacer más prácticas de tiro. ¿Cogería unas cuantas balas de 9 mm del trabajo e iría a un campo de tiro civil?

Aún recuerdo mi respuesta.

—Sí, por descontado —espeté, sentado con mi uniforme, con el pelo recién cortado y un afeitado apurado, tratando de disimular los nervios.

—¿No sería eso ilegal? —me interrogó uno de los mandamases del tribunal.

—No las estaría robando —respondí—. Disparo la munición. La logística de mi equipo dificulta mi entrenamiento. No puedo verificar mi arma y acudir a un espacio de trabajo porque el más cercano está en el campamento de Pendleton. Se encuentra a una hora en coche desde mi trabajo y casi nunca está disponible. Desempeñaré mejor mi cometido después de esas prácticas de tiro; aparte, me aseguraría de que los chicos que nos suministran la munición supieran lo que iba a hacer con ellas.

Según parece, era la respuesta correcta. En aquel momento, no estaba seguro de por qué. Pero lo comprendí al ocupar el mando. Demostraba iniciativa y disposición para superar los objetivos mínimos de formación, dos elementos clave para un candidato al S&T. Suponía, al mismo tiempo, un buen ejemplo de cómo superaría un obstáculo, para mejorar mis capacidades y convertirme en un activo valioso para el equipo. Queríamos ver a candidatos motivados *per se*, que superasen las barreras y lograsen realizar el trabajo.

Cuando estaba en el tribunal, trataba de conocer a cada uno de los candidatos pensando en si encajarían en la cultura del comando, porque existía la posibilidad de que un día formasen parte de mi equipo.

—¿Qué aporta usted? ¿Por qué deberíamos seleccionarle para el S&T? —preguntaba yo siempre en la prueba oral.

Del repertorio de respuestas, la primera es «Porque trabajo muy duro», seguida de «Porque soy realmente bueno en el combate cuerpo a cuerpo», lo que significaba que eran buenos despejando estancias.

—¿Y qué coño significa eso? —respondía yo. En el comando, todo el mundo trabajaba muy duro y era bueno en el combate cuerpo a cuerpo. Yo quería a los chicos que superaban los mínimos. Lo esencial del trabajo ya lo sabemos. Yo quería a los chicos que, cada día, se preguntaban lo mismo:

—¿Cómo puedo ser más valioso para el equipo?

Nosotros queríamos a muchachos que estuvieran en constante avance, que hicieran algo más que su trabajo pelado. En nuestra organización, todo el mundo hacía lo que se le pedía, pero queríamos a los SEAL que hacían eso y que luego salían y seguían encontrando más cosas que hacer. Eso es ser un activo valioso para el equipo.

Como siempre en los SEAL, la única forma de alcanzar el éxito consistía en implicarse sin reservas, en todo momento. A diferencia de otras unidades que seleccionan a operadores entre los miembros de su servicio, los candidatos escogidos para el S&T solo provenían de equipos SEAL. Compartir formaciones tan similares y el hecho de que cada operador tuviera que superar exactamente los mismos estándares para entrar en la unidad convertía nuestro comando en un grupo de trabajo muy unido. Las relaciones afectan mucho no solo a la moral y al buen ambiente de trabajo, sino también al combate. Nuestros equipos, al ser tan unitarios, nos permitían anticipar los movimientos de todos los demás; con el tiempo se demostraría que ahí radicaba la diferencia entre vencer o fracasar ante un objetivo.

Los perros seguían ladrando cuando nos detuvimos en el límite de un extenso campo fangoso, situado frente al complejo y el bosque. Deseé que se callasen. Luego volví a pensar que quizá armaban el mismo jaleo siempre. Tenía la esperanza de que, a estas alturas, el enemigo se hubiera acostumbrado ya a los ladridos y estos no llamasen su atención.

Llevábamos con nosotros un pelotón de Rangers del Ejército y algunos comandos afganos. Ellos disponían de su armamento, pero para la misión de aquella noche habían escogido también unas cuantas ametralladoras MK 48, más grandes y más pesadas. Esta arma dispara balas del calibre 7,62 y puede ser muy útil para suministrar fuego de cobertura en las espesuras del bosque y el

follaje. Esperamos mientras los Rangers, junto con nuestra unidad de comandos afganos, se arrastraban por entre la alta hierba del campo; luego, ocuparon una posición de vigilancia y prepararon el fuego de apoyo. Si nos metíamos en un lío, podríamos pedirles que abrieran fuego de neutralización con las ametralladoras. Cuando estuvieron dispuestos, nuestra unidad se desplazó a la derecha del campo y se desplegó a la entrada del bosque, en dirección a las posiciones enemigas.

El campo estaba lleno de barro y el lento avance hasta la arboleda fue largo. Bordeando el bosque, discurrían acequias de regadío que hacían las veces de barrera. Si lográbamos caer sobre quien fuera que estaba en la arboleda, quedaría atrapado entre las acequias y nosotros. Oí al comandante de la unidad en la radio; sus hombres estaban buscando a los combatientes. No habían registrado ningún movimiento, de modo que iniciamos la aproximación hacia el enemigo.

Mi equipo estaba en medio. El de Steve iba por delante de nosotros. Aun con las gafas de visión nocturna resultaba difícil hallar el camino entre la espesura, porque las ramas actuaban como pantalla y obstaculizaban el paso a la luz ambiental. Todos caminábamos con mucho cuidado, tratando de evitar cualquier ruido.

Sabíamos que un paso en falso podía alertar a los milicianos ocultos en los alrededores. Yo caminaba casi de puntillas, en un intento por aligerar mi peso sobre el suelo. Distinguía la luz de los láseres infrarrojos de nuestros chicos, rastreando la zona frontal. Todos los operadores tenían uno en su arma. Los focos del láser hacían las veces de linterna y el puntito rojo en el centro indicaba el lugar del blanco. El ojo desnudo no podía captar la luz del láser, pero nosotros sí podíamos hacerlo con nuestras gafas nocturnas; mejoraban la visibilidad, sobre todo en aquella espesura del bosque.

Walt estaba menos de cincuenta metros a mi derecha, entre los árboles, completamente inmóvil. El tiempo que había trabajado con él me permitía conocer bien su lenguaje corporal, y ahora me

indicaba que había detectado algo. No hacían falta palabras. Todos sabíamos que tenía algo en la mira.

El equipo se detuvo, al completo, mientras Walt y otro SEAL avanzaban lentamente. Walt nos hizo una señal sin dejar de apuntar con el arma en dirección a la base de un gran tronco. Al acercarnos y rebasar su posición, pude ver a dos combatientes profundamente dormidos en el suelo. Tenían los AK-47 junto a ellos. Había basura esparcida por todo el claro: botellas de agua, latas de comida y trozos de papel. Walt se adentró un poco más entre los árboles, con el arma dispuesta, y vi el láser de su mira en el pecho de uno de los milicianos. Se quedó quieto, junto con otro SEAL, y apuntó al talibán dormido. Aunque todos usábamos armas silenciadas, Walt tomó la decisión correcta y se sentó a mirarlos mientras dormían, preparado para reaccionar cuando se levantasen. No quería arriesgarse a dispararles y hacer un ruido que pudiera despertar a los otros talibanes.

Encontrar a los talibanes dormidos era, al mismo tiempo, una buena y una mala noticia.

Era buena porque los malos estaban definitivamente en la zona y no se habían trasladado. Pero era mala, porque íbamos directos a un tiroteo. Continuamos avanzando en silencio, procurando no despertar a los milicianos. A unos treinta metros del campamento, vi la entrada del complejo donde habían cenado ellos. Allí estaban las motos y la furgoneta blanca aparcada al pie de un enorme árbol, frente a la casa.

Más arriba, en el camino, mi equipo se unió al de Steve, salvo Walt y el otro SEAL que se habían quedado vigilando a los centinelas talibanes. Éramos cinco avanzando directamente por la pista que conducía a la casa. Eché un vistazo a la izquierda y leí el lenguaje corporal de Steve. Él pensaba lo mismo que yo. Estábamos a punto de vernos, cara a cara, con el enemigo. Steve estaba en cuclillas, con el HK 416 al hombro y preparado para disparar. Su láser de reconocimiento recorría los negros árboles que yo tenía delante.

Steve y el operador de la ametralladora, armado con una metralleta ligera MK 46, se colocaron a la izquierda de mi grupo cuando nosotros empezamos a subir por el camino. Mi equipo continuaba el avance en dirección al complejo y al bosquecillo de la parte trasera. Sabíamos que los insurgentes no habían tenido tiempo de llegar muy lejos, ni tampoco se aventurarían a salir a campo abierto por miedo a que nuestros drones pudieran detectarlos. Si aparecían a cielo raso, los Rangers apostados en el límite del campo podrían verlos. Definitivamente, si llegábamos a entablar combate con el enemigo, sería dentro del boscaje frente a nosotros.

Casi en lo alto del camino, encontré un montón de colchas y esterillas revueltas en el suelo; al parecer, sus ocupantes se habían levantado a toda prisa. En el primer examen, vi al menos cinco esterillas. No me molesté en contarlas porque tenía el pensamiento fijo en la batalla que se avecinaba.

«Mierda. ¿Dónde se han metido?», pensé.

En cuanto vi aquellas esterillas, me detuve y las señalé con mi láser de reconocimiento. Todo el mundo se quedó inmóvil para escudriñar los alrededores del bosque. Las luces de mis compañeros zigzagueaban entre los árboles. Yo apunté con la mía hacia la negrura de nuestra izquierda cuando apareció ante mí una cabeza, que volvió a desaparecer inmediatamente. Todo había sucedido demasiado rápido para saber con certeza si se trataba de un hombre, una mujer o un niño.

Como las normas de intervención cambiaban sin cesar y eran cada vez más restrictivas, no pude disparar porque ignoraba si se trataba de un miliciano. Había muchas probabilidades de que aquella fuese la cabeza de una de las personas huidas de entre las mantas y, en ese caso, pensando en los centinelas que había encontrado Walt, yo tenía la seguridad de que aquel hombre llevaba armas, pero no había podido verlas y nadie me había disparado. También había encontrado el vehículo, las motos y las mantas

abandonadas y estaba bastante seguro de que se trataba de uno de los muchachos que buscábamos.

Al no apreciar más actividad, encendí mi radio.

—Chicos, he observado movimiento por allí —susurré.

En cuanto hube cerrado la comunicación, teníamos ante nosotros, a quince metros de la acequia, la inconfundible figura de un combatiente enemigo. Mientras se ponía en pie, empezó a disparar con una metralleta PKM alimentada por cinta.

Por los fogonazos del cañón parecía que disparase obuses. Una llama de 90 centímetros salió disparada de su cañón mientras yo caía de espaldas al suelo. Al otro lado de mis gafas nocturnas, todo quedó invadido por una explosión de luz. Las balas silbaban sobre mi cabeza mientras el tipo disparaba de un modo salvaje. El ruido de la ametralladora lo ahogaba todo, incluidas mis ideas respecto a las normas de intervención y qué hacer. Vi que algunos de mis compañeros buscaban refugio. Mi cuerpo activó el modo supervivencia. Me dispuse a esquivar las balas al estilo *Matrix* y me caí de espaldas. Si me hubiera lanzado hacia delante, habría entrado directo en la trayectoria de los proyectiles y me habría tragado el suelo. Solo deseaba agacharme al máximo en el menor tiempo posible. Estábamos completamente acorralados y sin cobertura. Sería cuestión de segundos que las balas de la PKM empezasen a descuartizar a mi equipo.

Apuntalé mi rifle entre las piernas y comencé a devolver el fuego. Sentía en los muslos los golpes de los cartuchos gastados. No apuntaba a través de mi mira EOTech, ni tampoco veía hacia dónde se dirigía mi láser de reconocimiento. La concentración en el punto de mira se había echado a perder mientras yo lanzaba rágafas contra el blanco, a ojo: acribillaba y rezaba. Mis colegas también disparaban. Debíamos devolver el fuego al combatiente lo antes posible.

Las ráfagas de las ametralladoras impactaban contra el suelo a nuestro alrededor. Las trazadoras zumbaban pasando ante mi rostro y se empotraban en los árboles y los arbustos en la zona de mi

equipo. Si uno de nosotros se hubiera puesto en pie, las balas lo habrían alcanzado de inmediato. El talibán tenía problemas para apuntar con la ametralladora, que le rebotaba en los brazos. Pero con cada segundo que pasaba, mejoraba el control.

De repente oí algo a mi izquierda, cerca de mí. Era el dulce sonido de una ametralladora MK46. Por lo general lanzamos ráfagas de entre 6 y 8 balas, para no desperdiciar las balas y para ayudar a mantener la precisión. Pero estas ráfagas no eran de las cortas. El ametrallador de Steve no soltaba el gatillo; fue un larguísimo disparo continuado. Él y Steve se hallaban a unos diez metros a la izquierda y tenían un ángulo perfecto sobre la posición enemiga. Vi como sus trazadoras proyectaban fragmentos de madera y corteza de árbol, que volaban por los aires, mientras él barría la zona contraria.

En ese momento el fuego enemigo cesó sin más, pero el operador de la ametralladora ligera y Steve seguían suministrando fuego de cobertura. Mi equipo se apartó de la PKM.

—Fuera —grité a un par de compañeros aún bajo el fuego. Otro miembro de mi equipo se quedó para ayudarme a cubrir a la primera pareja.

Tras haber recorrido una corta distancia, entre carreras y saltos, los primeros compañeros encontraron una posición segura. Me tocaba a mí moverme. Giré sobre mi costado y me incorporé de un salto, con cuidado de permanecer erguido el mínimo posible. Estaba seguro de que, en cualquier momento, la PKM volvería a empezar. Era nuestra única oportunidad de huir de su campo de tiro directo. Salí al camino a toda velocidad y me detuve ante mis compañeros. Levanté el fusil de asalto y empecé a disparar tratando de cubrir a los demás.

—Listo —grité—. Fuera, fuera.

Con todos mis chicos fuera del límite del bosque y a cubierto, nos volvimos y disparamos tanto fuego de cobertura como pudimos para que Steve y su ametrallador pudieran correr hasta terreno seguro. El ametrallador había vaciado una caja de doscientas balas sin soltar el gatillo. Cuando Steve pasó ante mí, vi cómo el

ametrallador recargaba su arma al mismo tiempo que corría desesperadamente.

Con Steve y su compañero de vuelta, el jefe de la unidad autorizó el ataque de la sección de los Rangers. Abrieron fuego con las ametralladoras pesadas, los lanzagranadas y armas de menor calibre. El estruendo de los disparos era ensordecedor. Los Rangers levantaron un muro de balas. Giré la vista atrás un momento, hacia nuestra posición anterior en el bosque, y vi árboles envueltos en llamas.

El comandante y el jefe de la unidad estaban apostados cerca, con las radios.

—Haz un recuento y dime que estamos todos —dijo el comandante.

El líder del equipo era el responsable de saber con absoluta seguridad que todos nuestros chicos estaban localizados. Sin duda, nadie quedaría atrás. Volví al punto en que había dejado a mis chicos.

—¡Vaya infierno! —dijo uno de ellos.

Por debajo de sus gafas nocturnas, solo pude distinguir una mueca.

—Sí, tío, qué coño —respondí.

Creo que no habría sido capaz de formular una frase entera inteligible aunque hubiera querido. Tenía otras cosas en la cabeza y sabía que debíamos terminar el recuento para que nuestro controlador de ataque terminal pudiera iniciar el lanzamiento de las bombas. Si habíamos dejado a uno de los nuestros herido en la línea de fuego, no podríamos solicitar el apoyo aéreo hasta entrar de nuevo y rescatarlo. Por suerte, todos habían logrado escapar.

Puse la radio en marcha.

—Alfa completo —comuniqué.

—Charlie completo —dijo Steve.

Contuve el aliento mientras el resto de los equipos verificaban por radio su situación. Me costaba creer que, de verdad, hubiéramos logrado salir todos ilesos. Los milicianos nos habían disparado

primero. Tuvieron ventaja, y con un PKM que proyectaba entre seiscientas cincuenta y setecientas cincuenta balas por minuto debería haber alcanzado a alguien.

Todas las verificaciones eran positivas. Nadie estaba herido. No siempre hay que ser bueno; a veces, vale más tener suerte. Y, de momento, la suerte seguía de nuestro lado.

Steve y su ametrallador nos salvaron la vida. Todos habíamos sido testigos de cómo se desarrollaba la acción y él sabía dónde iba a estar mi equipo y colocó al suyo para poder prestarnos apoyo. De no ser por Steve y el estrecho vínculo que compartíamos, no cabe duda de que habríamos contabilizado algunas bajas. Supo qué hacer de forma instintiva, basándose en el terreno y en nuestra reacción inmediata al fuego enemigo. Pensábamos igual. Sabíamos qué posición ocuparía el otro sin pensarlo.

Es como imaginar un partido de baloncesto en el patio, pero con jugadores de la NBA. En la banda no hay nadie con esquemas de juego y una tiza. Cada uno de ellos es un gran atleta y pueden entenderse para hacer partidos increíbles. Nosotros hacíamos lo mismo, salvo por la cancha y los cheques.

—A la espera del apoyo aéreo —oí en la radio.

El controlador de ataque solicitaba apoyo aéreo directo por radio. En lo alto, los aviones empezaron a describir círculos, preparándose para un bombardeo.

—Tres minutos —anunció el jefe de la unidad.

Si quedaban milicianos entre los árboles, disponían de tres minutos antes de que empezasen a caer las bombas. Me aseguré de que mi equipo estuviera a cubierto y aguardamos a los ataques.

Yo me agaché en una pequeña zanja y escuché atento, esperando oír el silbido que las bombas emiten justo antes de la detonación. Entonces vi el brillante estallido en el cielo, previo al estruendo de la explosión. Conseguí ver los árboles y el complejo como una silueta recortada en medio del estallido, mientras se nos venían encima nubes de escombros y barro.

—Despejen para un nuevo ataque inmediato —oí por radio—. Tres minutos.

El impacto de las bombas en la arboleda hizo que me sintiese feliz de no estar en el lado malo. A cada bomba que impactaba en el suelo y detonaba, yo sentía el golpe de la onda expansiva en el terreno. Era como si un gigante aporrease la tierra con los puños.

Tras la segunda andanada, me reuní con el jefe y con el comandante de la unidad y otros líderes de equipo.

—Vamos a despejar el bosque —dijo el jefe—. Avisad cuando vuestros equipos estén listos para empezar.

Se levantaron unos cuantos hombres de mi equipo y del de Steve, salieron de la zanja y se prepararon para volver a recorrer el camino. Formamos una fila y patrullamos, cautelosos, de nuevo hacia el bosque. Al acercarnos, vi una espesura parecida al escenario que yo había imaginado siempre para los campos de batalla de la primera guerra mundial: cráteres aún humeantes donde habían caído las bombas. Todo estaba cubierto por una sábana de humo. Ardían todos los árboles, emborronando la visión a través de nuestras gafas con una cegadora pantalla verde que impedía distinguir nada con claridad.

A medio camino, llegamos a la zona en la que se había iniciado el tiroteo. No guardaba ninguna semejanza con el aspecto de unos minutos antes. Las bombas habían destrozado la espesura y solo quedaba un agujero humeante. Más adelante se recortaba una silueta con aspecto humano, tirada en una pequeña zanja. No dejé de apuntar hacia el blanco mientras me acercaba; vi que se trataba de uno de los milicianos. Tenía el cuerpo completamente quemado. Sus ropas aún ardían. Se distinguían los puntos en que la metralla le había atravesado la larga y ancha camisa. Del pecho le colgaba un chaleco portacargadores. A su lado yacía otro cuerpo, igualmente quemado.

Continuamos despejando la espesura calcinada, tropezándonos con escombros y pasando entre los grandes cráteres provocados por las ondas expansivas. Estaba a punto de reunir a mi equipo de

nuevo y empezar el registro del complejo y el campamento, en busca de más combatientes o datos de inteligencia cuando los pilotos del dron que circulaba sobre nosotros restableció la comunicación por radio.

—Se observa movimiento a unos ciento cincuenta metros al oeste —anunció el piloto.

Después del bombardeo, habían salido del bosque seis milicianos. Debían de ser los seis talibanes más afortunados del mundo. Habían logrado sobrevivir a nuestro fuego de inicio, a las descargas de la artillería de los Rangers y a dos bombardeos.

Cuando me llegó el aviso de radio, levanté la cabeza y vi a Steve y a su equipo a mi izquierda. Los dos pensamos lo mismo: aquellos tipos no tendrían escapatoria.

—Equipo Alfa, lo tengo —comuniqué al jefe de la unidad. Steve intervino inmediatamente.

—Equipo Charlie, lo tengo.

Nuestro jefe de unidad permaneció un momento en silencio.

—Comprendido —respondió—. Alfa y Charlie, ocupaos del dron y del AC-130 y notificad si necesitáis algo más.

Establecí comunicación con el dron por radio.

—IIR, aquí Alfa Uno —dije—. Somos ocho y un perro avanzando en dirección oeste. Por favor, informe del número de enemigos y de la posición.

El piloto del dron nos orientó y nosotros desplazamos a nuestros dos equipos hasta la posición sin perder un minuto; empezamos a patrullar hacia la localización del enemigo. El cuidador del perro colocó a su animal de combate al frente. Buscaba un rastro en el suelo. Por radio nos llegaban informes del IIR.

—Alfa Uno, aquí IIR —dijo el piloto del dron—. Se observan movimientos en la esquina suroeste de un campo abierto, a unos quinientos metros aproximadamente al oeste de su posición.

—Recibido, IIR. Por favor, prepare indicación luminosa —respondí.

El operador de los sensores del dron disparó un láser de infrarrojos, a modo de puntero gigante, hacia la posición enemiga. Con nuestras gafas nocturnas, parecía un enorme dedo que señalaba la localización exacta de los milicianos. Recordaba a una especie de videojuego.

Salimos de la arboleda y empezamos a descender, lentamente. Fuera del bosque se abría una extensión de campo y se divisaba un pequeño grupo militar y un bosquecillo en el extremo sur.

El responsable del perro le dio más correa y volvió a situarlo al frente, en el límite del bosque. Steve avanzaba en perpendicular a los árboles. Me di cuenta de que su equipo volvía a desplegarse dibujando un amplio arco a mi izquierda y cubría nuestro flanco.

Trasladé a mi equipo más a la derecha, con la esperanza de conseguir un mejor ángulo sobre los combatientes. Ahora no teníamos a los Rangers. Ahora todo dependía de los dos equipos de asalto. Si se abría un tiroteo, contaríamos solo con dos equipos en posición, para disparar.

Me concentré en la señal luminosa. No había variado desde que despejamos la arboleda. Eso era bueno. Pero yo quería caer sobre los milicianos antes de que ellos pudiesen organizar una defensa. Esperaba que quisieran ocultarse en lugar de presentar combate.

Miré a derecha e izquierda. Mi equipo se había desplegado y avanzaba en silencio por el campo. Eché un vistazo a la izquierda, en dirección al equipo de Steve, y me fijé en que nuestro perro —al que apodamos «misil peludo»— se precipitaba a la carrera hacia el interior del bosque. Desapareció; luego oímos los alaridos de un hombre. El perro había dado con el rastro de un miliciano y ahora sus gruñidos se mezclaban con los gritos del talibán.

Mi equipo vigilaba al grupo de combatientes. Steve se adentró en el bosque con uno de los francotiradores para ayudar al perro. Nos llegaron los gritos del miliciano cuando el perro se lanzó sobre él. Los chillidos se interrumpieron tras unos rápidos disparos del HK416 silenciado del francotirador.

Steve llamó por radio.

—Colegas, atentos. Acabamos de encontrarnos con un miliciano escondido en la zanja, con un lanzacohetes y a punto para disparar —dijo él.

El grupo de combatientes a los que perseguíamos había dejado allí al muchacho para que nos tendiera una emboscada. El perro lo encontró y probablemente eso nos salvó la vida. Aquellos milicianos no eran unos novatos. No huían despavoridos; al contrario, trataban de pillarnos.

—IIR, aquí Alfa Uno —dije—. ¿Algún movimiento en nuestro grupo de combatientes?

—Alfa Uno, aquí IIR —respondió el piloto—. Negativo. Siguen en su posición y mi señal continúa activa.

Vi que el equipo de Steve recuperaba su posición e iniciaba el avance siguiendo el límite del bosque. No necesitaba la radio para conocer sus pensamientos; podía adivinarlo a partir de su lenguaje corporal. Yo respondí desplazando a mi equipo hacia la derecha, para conseguir mejor posición de flanqueo. Nos habíamos dispuesto en una «L» perfecta y podríamos lanzarnos sobre el grupo talibán desde ambos costados. El dron continuaba emitiendo la indicación luminosa que marcaba la posición enemiga. Estaba oscuro y era imposible que ellos consiguieran vernos.

Lentamente, fuimos avanzando hasta situarnos a ciento cincuenta metros. Nuestros láseres coincidían ahora con los del dron.

No tenían opción.

Gracias a la luz de los láseres de reconocimiento y a nuestras gafas de visión nocturna, distinguíamos sin problemas las figuras de cinco talibanes, apostados en un reducido perímetro, en el borde de una zanja, aguardando que nos acercásemos.

Ellos no lo sabían aún, pero ya era demasiado tarde. No podían vernos, pero nosotros sí a ellos. Los primeros disparos mataron a dos. Los vi caer como si un cable tirase de sus cuerpos desde el suelo. Las luces de nuestros láseres bailoteban alrededor de los combatientes mientras ellos caían, uno tras otro, y desaparecían en

la zanja. Un miliciano abrió fuego con su AK-47, lanzando ráfagas en nuestra dirección, pero las balas pasaron sobre nuestras cabezas. El tirador se desplomó, alcanzado por varios disparos.

El combate había durado unos pocos segundos y el resultado era incuestionable. Nos acercamos a su posición y buscamos los cuerpos de todos los insurgentes, reunimos sus armas y las destruimos allí mismo. Mientras nos ocupábamos de los cadáveres y el armamento, el resto de los SEAL y los Rangers aseguraron el objetivo inicial.

Al terminar, patrullamos de vuelta al complejo y luego de nuevo a los helicópteros.

El nuestro no es un trabajo de genios, pero durante toda la carrera como SEAL se nos enseña a trabajar en equipo, y la colaboración representa un elemento clave para el éxito. Era como un partido de baloncesto donde los jugadores van cambiando de equipo, solo que aquí nos concentrábamos en el disparo, el movimiento y la comunicación.

No hay ingrediente secreto. Todo SEAL ha pasado por la misma instrucción, se ha puesto a prueba en condiciones extremas equiparables y, por lo general, ha realizado entrenamientos conjuntos exhaustivamente hasta el punto en que todos acabamos siendo capaces de desarrollar las tareas más elementales de un modo extraordinario. La relación que Steve y yo habíamos forjado trabajando juntos durante años significaba que podíamos manejar casi cualquier situación, y fue nuestra confianza lo que nos permitió vencer aun cuando el combate no evolucionó según lo previsto. La importancia que concedemos a esas relaciones tan estrechas es el elemento que en más ocasiones ha decantado la balanza, haciéndonos pasar de la derrota a la victoria.

Capítulo 9

Seguir al compañero

Fiabilidad y compañerismo

La noche anterior al lanzamiento de la operación recibí un aviso para presentarme en el centro de operaciones conjuntas. Era 2007 y yo estaba en mi sexto despliegue. En lugar de trabajar con mi equipo y llevar a cabo asaltos, me habían destinado a otras agencias gubernamentales, como enlace.

Me encargaba de coordinar el apoyo aéreo y colaboraba en la planificación táctica. También tenía la responsabilidad de que cualquier prisionero nuevo pudiera ser transferido al centro de detención correspondiente de la coalición militar.

Las relaciones entre la CIA, las Fuerzas Especiales y la 82.ª División de Aerotransportados en los alrededores eran tensas, en el mejor de los casos. El equipo de las Fuerzas Especiales quería salir y patrullar pero carecía de presupuesto para pagar a la unidad de la policía afgana que estaba adiestrando. Si queríamos preparar una emboscada en la ruta que los milicianos usaban para cruzar la frontera, debíamos enviar un comunicado con el plan de operaciones, indicando que saldríamos para la instrucción en «emboscadas», y de este modo conseguir la autorización.

En esta etapa de la guerra, la burocracia lo ralentizaba todo. Para salir del perímetro, primero teníamos que preparar una serie de presentaciones digitales en las que explicásemos la operación.

Estas presentaciones deberían ser aprobadas por todos los eslabones en cadena de mando, lo cual requería varios días.

Superada la mitad del despliegue, recibí un aviso de mi escuadrón para ponerme a las órdenes de una base en el Afganistán oriental. El mensaje no dejaba duda.

Era bastante desacostumbrado que nos retirasen de un servicio. El resto de mi escuadrón quedó repartido por todo Afganistán para cometidos similares. Cuando recibí la orden de regresar para una operación, no me desagradó. Disfrutaba de mi misión, pero también me atraía la idea de volver a los trabajos de asalto con el resto del equipo.

Una vez recompuesto el escuadrón, nos reunimos en la sala principal de planificación. Celebrábamos las reuniones en una habitación alargada y estrecha, con bancos de madera en el centro, como en las iglesias. En la parte delantera había una enorme pantalla plana de televisión para las presentaciones digitales y para emitir las filmaciones de los drones o las fotografías del satélite. En una de las paredes había mapas de Afganistán y de la zona fronteriza y, frente a ellos, los esquemas con los agentes clave en las diferentes redes talibanes y de Al Qaeda que perseguíamos.

La habitación estaba llena de gente. Solo quedaba sitio de pie. El comandante del escuadrón se situó ante todos nosotros y comenzó la reunión. Una fuente informó de que habían visto a Osama bin Laden, el líder de Al Qaeda, cerca de Tora Bora. Era el mismo lugar en que las fuerzas estadounidenses casi lo apresan en 2001.

La batalla de Tora Bora empezó el 12 de diciembre de 2001 y duró cinco días. Se creía que Bin Laden se ocultaba en las montañas de Tora Bora, que en pastún significa «cueva negra». Las sospechas se centraban en un complejo de cuevas en las Montañas Blancas, cerca del paso de Jaybar. Se rumoreaba que su cuartel general era un complejo de varias plantas, equipado con energía hidroeléctrica obtenida a partir de los ríos en las montañas, con pasillos dignos de un hotel y espacio para albergar a mil combatientes. Las cuevas eran, sin duda, un refugio seguro histórico

para los luchadores afganos, y la CIA había financiado buena parte de las mejoras en la región durante la década de 1980, como ayuda para los muyahidines durante la invasión soviética de Afganistán.

En la batalla de 2001, los soldados se encontraron con enormes arsenales de armas con misiles *Stringers* de los años ochenta. Las fuerzas afganas y las estadounidenses invadieron las posiciones de los talibanes y de Al Qaeda, pero entonces no lograron apresar a Bin Laden. Huyó a Pakistán. Ahora, la fuente de la CIA afirmaba que había regresado a Afganistán.

—Han visto a un hombre alto, con vestiduras blancas al viento, en Tora Bora —dijo el comandante—. Posiblemente ha vuelto a ofrecer la última resistencia.

Yo no estaba tan emocionado.

Algo no iba bien. La operación se basaba en una única fuente personal que afirmaba haber visto a un hombre alto «con vestiduras blancas al viento». Los datos de inteligencia a partir de una única fuente pocas veces eran precisos y, por lo general, no solían bastar por sí solos para convencernos y poner en marcha toda una operación.

Sin otras fuentes que confirmasen los datos, mandamos docenas de drones a la zona. Se realizaron misiones de reconocimiento aéreo sobre Tora Bora día y noche, pero no obtuvimos ninguna imagen destacable. Es gracioso, porque los colegas de inteligencia y los planificadores de arriba parecen creer que no podemos oír los drones. La verdad es que sí podemos. Estos artefactos vuelan en medio de las montañas de Afganistán y suenan como un cortacésped dando vueltas en el cielo. En Afganistán, ese ruido solo significa una cosa: un dron estadounidense. Si se mandan a la zona una docena de drones, todo el mundo sabrá que hay alguien vigilando.

Estaba previsto lanzar la misión en unos pocos días, pero nosotros estuvimos preparados desde la primera noche. Llevábamos tanto tiempo con esto, que no necesitábamos avisos previos. Pensábamos rápido y no necesitábamos un plazo muy

largo para planificar y ejecutar una misión. Sin embargo, nuestra disposición importó poco, porque la operación seguía aplazándose.

Cada día, por una nueva excusa.

—Esperamos a los bombarderos B-1

—Los Rangers aún no están en posición.

—Hay fuerzas especiales que se dirigen a la zona en compañía de las unidades afganas asociadas.

Los aplazamientos venían del alto mando. Parecía que todos los generales de Afganistán querían participar en la misión. Se implicaba a unidades de todos los servicios. Tomó parte incluso el lanzamisiles múltiple M142, que se diseñó para disparar proyectiles de largo alcance. Estaba preparado cerca para lanzar una descarga de cohetes sobre la zona y ofrecer fuego antes del asalto y de la llegada de los SEAL con el helicóptero.

Con cada retraso, se robustecía lo que nosotros llamábamos «el hada de las buenas ideas». Los oficiales y los planificadores imaginaban peligrosos escenarios a los que enfrentarnos en la misión y, de algún modo, eso siempre se traducía en más carga de equipamiento.

Además de las unidades extra, el FBI envió a una experta en ADN desde Washington. Alguien había gastado también treinta mil dólares en un mapa tridimensional del valle. Lo utilizamos un solo día, y luego quedó relegado a la parte trasera de la sala de reuniones, sin más uso. La única vez que lo contemplamos fue para ver cómo era realmente un mapa de treinta mil dólares.

Tras varios días de espera, yo me encontraba junto a una hoguera en el centro de nuestro campamento, charlando con otros compañeros sobre lo que estábamos viviendo a nuestro alrededor, cuando se presentó un colega.

—Oye, tío, ¿te ha encontrado el jefe?

—Nop —respondí—. ¿Qué pasa?

—No estoy seguro, pero creo que no vas a la misión y que te encargarán otra cosa.

Había despertado mi curiosidad. Me encaminé al centro de operaciones y, al entrar en la estancia, contemplé una actividad frenética. Debía de haber doce pantallas de televisión en la pared, cada una enfocada hacia una zona distinta. Vi a mi jefe sentado en la esquina y me aproximé.

—¿Qué querías, hermano? —pregunté—. Me han dicho que me buscabas.

—Ha salido algo y tú irás con Walt y otros compañeros y, probablemente, colaboraréis juntos en la preparación de unos objetivos —dijo el jefe—. Tenemos el avión listo para esta misma noche. Desde allí te pondrás en contacto con tu enlace y os dirigiréis a la zona fronteriza junto a Tora Bora. Necesitamos que coordinéis las posiciones de bloqueo. Si tenemos *cagandoleches*, debéis aseguraros de que no puedan huir.

—¿Me llevo mi equipo?

—Sí —respondió—. Todo el equipo de operaciones. Como Walt y tú sois controladores de ataque conjunto, podéis ayudar en la coordinación de cualquier asalto aéreo, además de pasar los datos de inteligencia del IIR a los soldados sobre el terreno.

Walt sería mi *swim buddy,* el compañero de natación*,* una técnica que nos enseñaban en el BUD/S. Los SEAL nunca van solos a ninguna parte. Desde el primer día en la playa, nos emparejaban con un compañero; el Ejército utiliza el mismo principio y lo llaman «compañero de batalla». Nosotros, en la Marina, contamos con nuestro «compañero de natación». En las misiones en el extranjero o en las de entrenamiento de vuelta en Estados Unidos, este compañero, tu *swim buddy,* siempre te cubre las espaldas.

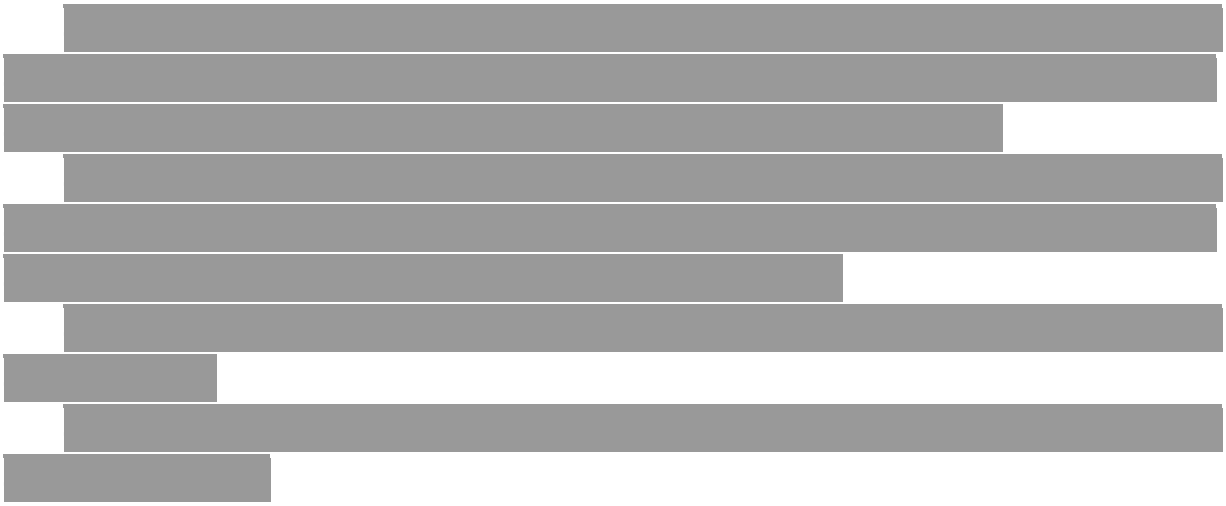
Pero este concepto de compañerismo implica muchas más cosas. Tu compañero se preocupará siempre por ti y nunca tendrá miedo de decirte la verdad. No es tu jefe, ni tu subordinado. Es tu igual. Estos compañeros revisan tu paracaídas, escuchan tus planes

y por lo general son los primeros en decirte: «No jodas, eso es una tontería».

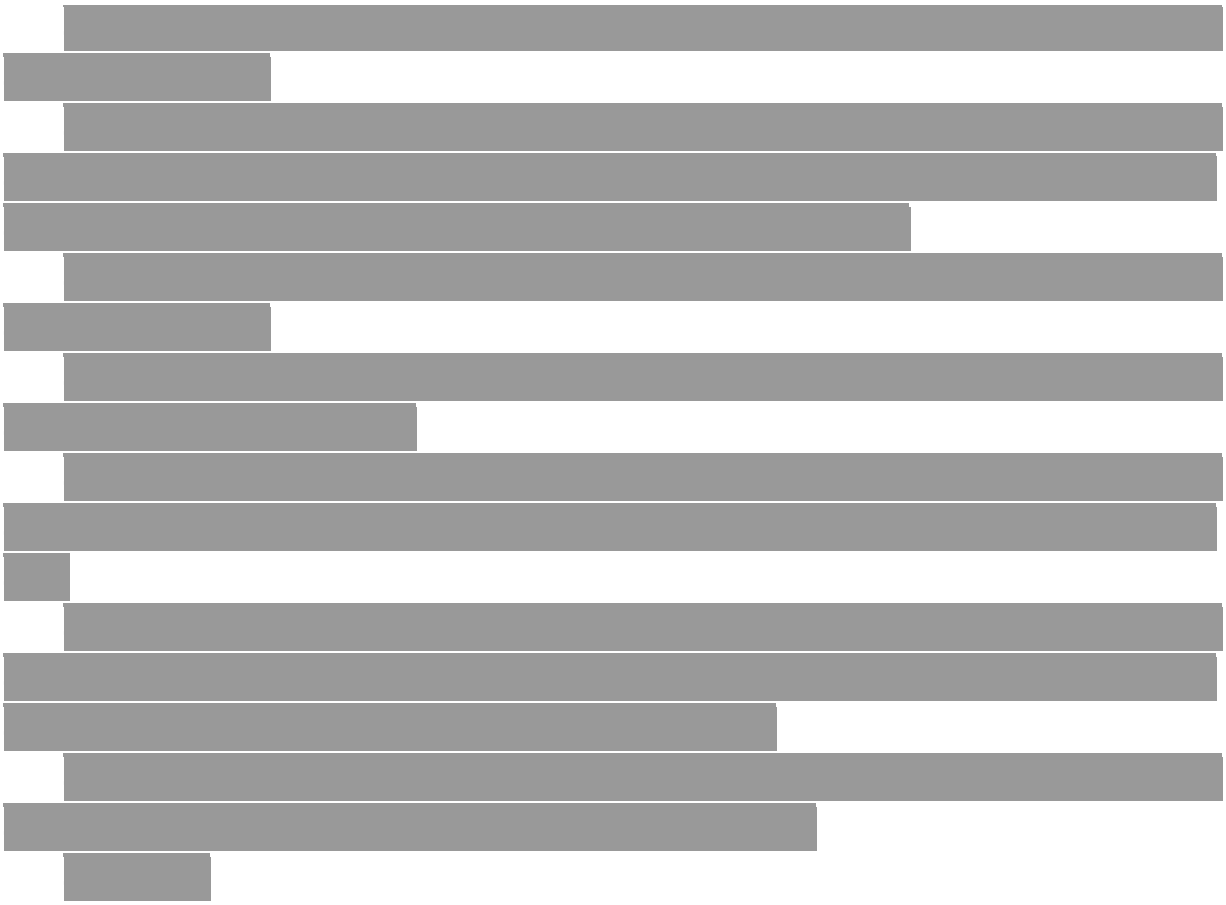
Es más fácil alcanzar el éxito si cuentas con alguien fiable, que está de tu parte. Tener un compañero así es una vía de doble dirección. No solo tienes que ser sincero y comunicarte; también hay que escuchar. De otro modo, pierde todo el sentido. A lo largo de mi carrera, he aprendido que el *swim buddy* era aún más valioso en el momento de negociar las políticas de mando. Necesitaba un igual que me retase.

Steve, el líder de equipo de Walt, fue mi compañero de natación durante casi toda mi carrera. Estuvimos juntos en el S&T y crecimos en el mismo escuadrón. Podíamos hablar con franqueza y cuando él me decía que la estaba cagando o que me exaltaba demasiado con algún tema, yo le escuchaba.

Siempre deseamos que, en nuestra vida profesional, haya alguien dispuesto a ser sincero y a contener nuestras tonterías. Pero el compañero no solo frena nuestras tonterías sino que, sin duda, también nos cubre las espaldas cuando las cosas se ponen feas. Es alguien que no te rechaza cuando te equivocas. Tampoco te dejará solo cuando necesites ayuda. Son amigos, mentores y te ayudan a ser sensato. Puedes confiar en él incondicionalmente y, como en el BUD/S, nunca está demasiado lejos cuando empiezan a silbar las balas.



[redacted]



Walt sería mi compañero inseparabale, mi *swim buddy*.

Corrí a mi habitación y empaqueté mis cosas. La base estaba preparada para albergar a unas doscientas personas, pero en una semana la población había aumentado hasta las setecientas. La cantina siempre estaba llena hasta los topes. No había sitio. Las duchas calientes habían pasado a ser un lujo. Al principio, no había agua caliente; luego, sencillamente, dejó de haber agua. Al final, tampoco funcionaban los lavabos.

Por la noche nos sentábamos alrededor de la hoguera, en el centro del campamento, y reíamos comentando lo enorme que se había vuelto esta misión. La operación sola sería tan grande como una campaña de bombardeo masivo. Se lanzarían más proyectiles en Tora Bora de los que habíamos usado en todo Afganistán desde el principio de la guerra.

—Ya podríamos haber entrado y salido —comentó Walt una noche—. Toda esta conmoción no hará sino dar al traste con los

planes. Mierda, me sorprendería mucho que aún quedase alguien en esa montaña. Dios sabe que si yo hubiera oído drones sobrevolando mi casa la semana pasada, me habría marchado ya.

Toda aquella conmoción desatada en nuestro campamento atrajo también la atención de los afganos que trabajaban allí. Es bastante difícil mantener el secreto cuando en el complejo hay al menos cincuenta afganos, bombeando los lavabos, rellenando los depósitos de agua y realizando trabajos de construcción. Nadie entre nosotros albergaba la menor duda de que todos sabían quiénes éramos y que preparábamos algo grande.

Además, con cada aplazamiento, aumentaban las posibilidades de una filtración. Esperando en la pista de aterrizaje la llegada de nuestro avión, Walt y yo presentíamos que aquella misión no iba a salir bien.

—Ya verás —dije yo—. Llegarán y se pasarán una semana caminando por las montañas. Es un campamento de verano para multimillonarios.

Walt estuvo de acuerdo.

—Qué asco ser como ellos —añadió—. Al menos, nuestro viaje sí será de aventura.

Nos dirigíamos a otro país en el Asia Central. De camino, pasamos una noche en la capital y luego regresamos a la frontera. Pero en nuestra primera escala, el país de acogida dijo que Walt tenía que quedarse atrás. Autorizarían solamente a uno de nosotros para que estableciera contacto con sus fuerzas fronterizas. Como yo ostentaba un rango superior, me tocó a mí. La idea de ir a la frontera sin mi compañero no me resultó nada atractiva, pero no había elección.

Tras pasar otra noche en Peshawar, fui al aeropuerto para tomar un helicóptero que me llevaría a una base al otro lado de la frontera con Tora Bora. En lugar de Walt, me acompañaron un agente de la CIA llamado Harvey y un técnico de comunicaciones de la unidad. Conocí a Harvey en la embajada. Era alto y delgado y seguía llevando el corte de pelo al cepillo, al estilo de los marines.

Harvey había sido oficial de artillería y lucía el uniforme de «ir a la guerra» de la CIA: los pantalones tácticos 5.11, un polo North Face y las botas de excursionismo. Yo ya había trabajado antes con la agencia y quería tantear un poco más al que sería mi *swim buddy* durante unos días; no estaba seguro de que él entendiese este concepto igual que yo.

—Entonces, ¿tu tarea aquí cuál es?

Harvey se encogió de hombros.

—¿Habías estado antes en esta zona? —pregunté yo.

—Nop —respondió—. He pasado un tiempo en la embajada, pero es la primera vez que piso esta región.

—Genial —pensé—. Otro recién salido de la rueda de cócteles.

Esta sería su primera vez cerca de la guerra real. Como yo había trabajado en los puestos de avanzada, había pasado mucho tiempo con la agencia. Todos parecían tener títulos superiores, pero carecían del menor sentido común en lo referente a Afganistán. Pasaban la mayor parte del tiempo en disputas internas. La agencia, por lo que yo he vivido, era un gran hervidero de conflictos.

En el aeropuerto, nos sentamos sobre el asfalto y esperamos a que apareciera nuestro helicóptero. Decididamente, nuestro país de acogida no tenía costumbre de ser puntual ni de cumplir con calendarios apretados.

Tras varías horas allí sentados, nos recogió un grupo de oficiales y nos condujo apresuradamente al helicóptero de transporte MI-17 más deteriorado que he visto. Diseñado por los rusos, el MI-17 no tenía la elegancia de un helicóptero estadounidense. Al contrario, parecía un insecto gordo, de cuerpo ancho y cola protuberante. La pintura de los lados estaba desconchada y la cubierta de la cabina resbalaba por el aceite o algún otro líquido. Encontré un sitio en el suelo, cerca de la parte trasera, y esperé que todo saliera bien.

Harvey subió detrás de mí y nos siguió el técnico de comunicaciones.

El helicóptero se puso en marcha lentamente y empezamos a elevarnos hacia el cielo. Intenté relajarme y no pensar en los fluidos

hidráulicos que goteaban del techo en pleno vuelo. Había aún otra cosa que tampoco funcionaba correctamente. El helicóptero entero parecía ladearse hacia la izquierda. Ni siquiera conseguía mantener el equilibrio.

El jefe de la tripulación empezó a mover las cajas de comida preparada, los estuches Pelican y las bolsas de equipamiento arriba y abajo, tratando de contrapesar. Hiciera lo que hiciera, no conseguía nivelarlo. Entre traslado y traslado de cajas, preparaba té en una pequeña tetera eléctrica. Las dos primeras tazas fueron para los pilotos, servidas en una bandejita de plata. Las siguientes fueron para Harvey y para mí, de nuevo en la misma bandeja.

Bebí la infusión a sorbos y traté de no pensar en un posible accidente. A mi lado, Harvey estaba sentado en silencio y miraba por la ventanilla. Era difícil hablar con el ruido de los motores.

Aterrizamos en la base sin incidentes. Al llegar, los oficiales estaban nerviosos. Cuando intenté ayudar a descargar las bolsas, me echaron y me escoltaron hasta un camión que había cerca. Un capitán nos dio la bienvenida. Tenía la piel morena y curtida por el sol. Un bigote bien acicalado le cubría el labio.

También parecía nervioso y agitado.

—Será mejor que permanezcan en el camión —dijo—. Mis hombres llevarán los pertrechos a su área.

El convoy fue recorriendo el serpenteante camino que ascendía desde el aeropuerto por una carretera llena de surcos, hasta un conjunto de edificios. La base no se parecía en nada a la que ocupábamos en Afganistán. Era un recinto completamente abierto, sin muros, y estaba emplazada en el fondo de una hondonada, rodeada de montañas. Nos encontrábamos tan cerca de Tora Bora que, literalmente, podía mirar en dirección a las montañas y ver cómo caían las bombas.

Los camiones se detuvieron frente a una construcción oculta tras una valla. Seguía dentro de los límites de la base, pero lo suficientemente alejada del resto para quedar disimulada. Mientras el técnico de comunicaciones preparaba todas las radios y

ordenadores, yo encontré una habitación vacía y empecé a deshacer las bolsas.

Era un edificio de cemento, en forma de U. Casi todas las estancias estaban vacías. Cada uno de nosotros disponía de una habitación con un catre, pero sin colchón; solo un somier con un armazón metálico. Harvey entró en mi habitación.

—¿Te han dado sábanas? —preguntó al tiempo que miraba desorbitado mi equipo y el fusil de asalto encima de la cama.

—Nop —respondí—. Usaré mi saco y la esterilla que cogí con el equipo.

Parecía molesto. Lanzó una mirada hacia el pasillo y luego se giró de nuevo hacia mí.

—¿Crees que tendrán sábanas para nosotros?

Llegó una sección del Ejército para protegernos. Se alojaban en otra casa, al lado de la nuestra, pero dejaron algunos soldados apostados en el tejado y otros patrullaban alrededor de nuestro edificio las veinticuatro horas del día.

No creía que tuviesen sábanas para él.

—Lo dudo —dije—. Pero puedes preguntar.

Se marchó y regresó al cabo de media hora. Llevaba un juego de sábanas en las manos.

—Tienen sábanas si quieres —me contó—. Han tenido que ir por toda la base a buscarlas. Son muy rasposas.

Yo no iba a pedir sábanas. Siendo su compañero, quizá debería haberme mostrado franco con él, pero creo que me desconcertó su desconsideración. Parecía creer que los soldados estaban allí para servirnos. Nosotros éramos los visitantes, así que debíamos contentarnos con lo que nos dieran. Yo era muy consciente de que no nos alojaríamos en el Ritz. Preparé las bolsas teniendo eso presente y no pensé en montar ningún escándalo. Mi nuevo *swim buddy* ya actuaba como el cretino estadounidense.

Enseguida se vio claro que la misión quedaba fuera de los límites de la zona de confort de Harvey. No estaba preparado para aquello. Parecía muy interesado en su propia comodidad, pero

menos en el objetivo. Mi intención era forjar una relación con los soldados de modo que, llegado el caso, cuando viésemos a los *cagandoleches* tratando de huir del bombardeo, yo pudiera recurrir a esa relación y quizá me permitieran participar en la operación.

Aquella noche cené con ellos. Teníamos estofado de pollo con tortas de pan y varias fuentes de verduras. Nos sentamos alrededor de una manta, descalzos, y comimos con las manos. Algunos soldados hablaban inglés y durante la cena charlamos sobre la zona y sobre cómo, años atrás, había sido un bonito complejo vacacional. Ahora estaba bajo control de los talibanes y ya no era un sitio seguro.

También habían avisado a Harvey para cenar, pero él rehusó la invitación y se quedó en su estancia, con sus raciones de comida preparada. A la hora del postre, apareció para pedir azúcar para su café. Solo tenían azúcar sin refinar; lo aceptó a regañadientes y se lo echó en la taza.

—Prefiero el granulado. ¿Podéis darme azúcar de ese tipo? —preguntó al oficial al mando en nuestra guarnición.

No estaba resultando muy simpático y, al tercer día, ya era evidente el rechazo que despertaba entre los oficiales del país de acogida. Si no estaba en el centro de operaciones provisional, se quedaba en su habitación. Por la noche, solía llevar unos pantalones cortos de deporte que apenas le llegaban a las ingles y una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto sus delgados y pálidos brazos; tenía una increíble falta de capacidad para tratar con la gente.

No hacía falta ser un genio.

Las Fuerzas Especiales del Ejército habían recibido formación adicional para tratar con los autóctonos de la zona, pero en mi caso todo aquello también era nuevo. Luego volví a pensar que haber crecido en la aldea esquimal de Alaska, sin duda, condicionaba mi actitud. Yo me sentía cómodo tratando con culturas extranjeras. No era distinto de hacer amigos en el colegio o en el trabajo. Solo había

que ser uno mismo, mostrarse abierto y comportarse como un buen invitado.

Para ser un tipo que trabajaba para una agencia encargada de conseguir fuentes y trabar relación con los locales, Harvey no tenía ni idea. Ofendía a nuestros anfitriones constantemente. Desde las sábanas hasta el azúcar, pasando por la camiseta de tirantes, estropeaba cada puente que yo intentaba tender.

Harvey me hacía imposible conseguir un buen entendimiento con los locales. Aunque yo creía tener una relación fluida con los soldados, cuando Harvey entraba en la estancia, el ambiente se enrarecía. Los soldados se tensaban y adoptaban un tono formal. Su lenguaje corporal traslucía el desdén que sentían hacia él. No se le podía responsabilizar de sus acciones. Solo pensaba en sí mismo; no en la misión. Y con ello —con esa forma de pensar, que es la antítesis de la de los SEAL— ponía en peligro el éxito del trabajo. En su comunidad, la colaboración del equipo tenía muy poco peso, lo cual también se me hacía extraño a mí porque, en la comunidad SEAL, representa los cimientos de todo. En este momento de mi carrera, yo solo trabajaba en equipos de gallitos. Mierda, hasta cuando estuve con la GROM polaca en la Operación Libertad para Irak, mi primer despliegue, encajaban perfectamente con nuestros escuadrones SEAL. Di por supuesto que todos eran como nosotros.

También sabía que si mis compañeros de equipo obligaban a los milicianos a cruzar la frontera, no habría forma de que ellos me permitieran acompañarles. En aquel momento, ni siquiera estaba seguro de querer entrar en el campo con Harvey como *swim buddy*. Echaba de menos a Walt.

En el lado afgano de la frontera, la misión ya había comenzado. Me senté en nuestro pequeño centro de mando y examiné toda la información del IIR. Basándome en las comunicaciones de radio y en lo que veía en las pantallas, parecía que nadie avanzaba en mi dirección. En realidad, no se apreciaba ningún movimiento en la región de Tora Bora.

Mi escuadrón lanzó un asalto en lo alto de la cadena montañosa de la desierta Tora Bora al día siguiente de haberme marchado yo. Dispusieron una base de patrullas. Desde allí, empezaron a registrar la zona. La experta en ADN del FBI llegó en la tercera tanda de helicópteros y enseguida fue presa del mal de alturas. Tuvieron que evacuarla en una aeronave médica a las doce horas. Demasiado para aquella hada de las buenas ideas.

Durante la misión, un par de veces, tuve que hacer regresar a los oficiales después de que uno de los *Predators* avistara a un nutrido grupo de hombres armados moviéndose por la frontera; en los dos casos me informaron de que se trataba de fuerzas del país de acogida. En una ocasión, los *Predators* avistaron lo que parecía un campamento cerca de la frontera. Yo llegué a distinguir tiendas y varias figuras humanas con armas que caminaban por la zona. No parecían vestir uniformes, pero tras una investigación con nuestros anfitriones, llegaron a la conclusión de que solo se trataba de un puesto de control fronterizo.

Tras varios días de poca o nula actividad y un incipiente declive de la misión, el Ejército de Pakistán informó a la embajada de que ya no nos querían allí. Al día siguiente, Harvey y yo recogimos nuestras cosas y subimos a bordo del mismo helicóptero MI-17 desgastado que nos había desplazado hasta la zona. Tras una taza de té, me quedé contemplando las montañas desde el helicóptero —aún torcido— en nuestro vuelo de regreso a la capital, donde volvería a reunirme con Walt. Ambos estábamos frustrados y preparados para empezar de nuevo otro trabajo, esta vez de verdad.

Le conté a Walt lo sucedido con Harvey. Nos dimos cuenta de la suerte que teníamos al pertenecer a una unidad en la que tu compañero se quitaría la camisa para dártela si la necesitaras. No hubo valoraciones críticas entre Harvey y yo, ni oportunidad de cambiar impresiones sobre las lecciones que aprendíamos. Él no tenía interés en ser un buen compañero de equipo y yo nunca tuve la sensación de que me cubriera las espaldas. Me alegré de no volver a verle jamás.

Subimos a bordo de un avión para el vuelo de regreso a Afganistán. Walt y yo estábamos en la parte trasera, con media docena de diplomáticos y soldados. En cuanto me senté, se abrió la puerta y entró el joven funcionario del Departamento de Defensa que nos había acompañado hasta el avión.

Él se había encargado de los preparativos del vuelo pero ahora parecía pálido y nervioso. Con él llegaron varios funcionarios de aduanas con AK-47. Por lo que pude deducir, querían saber quién iba en el avión y el funcionario no tenía respuestas para darles. Aquel muchacho no tendría más de veinticinco años y probablemente no llevaba en el país más que unos pocos meses.

Walt y yo teníamos nuestras armas, explosivos y todo nuestro equipo de operaciones en las bolsas. Tal como nos habían ordenado, cogimos todo lo necesario para entrar en combate.

—Dejen sus cosas —nos ordenó el funcionario—. Me han dicho que el avión puede partir, pero solo si todos ustedes salen. Deben salir del avión ahora mismo.

Se apreciaba el nerviosismo en su rostro. El funcionario seguía mirando a los de aduanas. Algo iba muy mal. Miré a los guardias de reojo. Parecían furiosos.

Mientras los otros se levantaban para salir, Walt y yo nos deshicimos de las armas metiéndolas en las bolsas y seguimos al joven. Fuera, en el asfalto, un guardia me encañonó con su arma en la cara y empezó a chillar al grupo. Yo levanté las manos y sonreí. Me sentía extraño sin mi pistola. No es que pretendiera pelearme con los inspectores de aduanas, pero el arma me daba confianza. Me sentía desnudo sin ella. Vi que Walt examinaba a los guardias y evaluaba la situación. Siempre el mismo tipo pequeñajo, con una gran personalidad.

Unos años antes, yo había invitado a Walt a una feria de armas en Las Vegas. Solíamos ir y nos encontrábamos con los vendedores,

para ver qué novedades en equipamiento y armas nos ofrecía el mercado.

El primer día del viaje, lo presenté a todos los vendedores. Al día siguiente, mis contactos ya me preguntaban por dónde andaba Walt. La tercera noche, acabado el horario de la feria, me lo encontré en un bar reunido con los ejecutivos de la Asociación Nacional del Rifle. Tenía un puro en la boca y estaba palmeando espaldas y encajando manos como si estuviera en una campaña electoral.

Pero solo con echar un vistazo a los guardias, supe que su irresistible personalidad no iba a servir de mucho allí. Estábamos metidos en un buen lío. No sabíamos con certeza qué sucedía, pero no parecía que fuésemos a salir de allí con bien.

Nos metieron en una sala de espera cerca de la pista de despegue. Walt se sentó en la silla que había junto a mí. Alcancé a ver una mueca de exasperación detrás de su espesa barba. Tenía la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo.

—Vaya mierda —murmuró.

Un par de diplomáticos y los soldados más jóvenes empezaron a inquietarse. Cada vez estaban más alterados. El funcionario del Departamento de Estado que nos había sacado del avión no se encontraba con nosotros, lo cual yo interpreté como una buena señal. Quería imaginar que estaba haciendo algo para solventar lo que fuese que sucedía. Miré a mi grupo y vi a unos cuantos colegas bastante preocupados.

—A ver, tíos, tenemos que relajarnos. Seguro que esto se arregla enseguida —dije—. Mantengamos la boca cerrada y esperemos a tener más información.

En la sala había bastantes guardias armados con AK-47 y yo no dudé ni por un segundo que pudieran hablar inglés. No solo nos custodiaban, sino que también escuchaban todo lo que decíamos, esperando a que alguien se derrumbase y dijera lo que no tenía que decir.

Permanecimos allí sentados casi una hora. Los guardias seguían entrando en la habitación y pidiendo nuestras identificaciones

militares o los pasaportes. Supongo que hicieron copias; luego querían nuestros permisos de conducir y el resto de la documentación de que dispusiéramos.

En una ocasión, yo mostré mi documento y el guardia me lo arrebató de la mano. Me gruñó algo en urdu y se fue. La cabeza me iba a mil por hora. ¿Por qué el avión había podido despegar pero nosotros estábamos allí? ¿Qué buscaban exactamente? ¿Por qué nos acosaban así? Empecé a preguntarme si gozaría de inmunidad diplomática.

Entonces regresó el funcionario del Departamento de Estado, acompañado por los guardias. Nadie parecía contento, pero el joven había recuperado el color en el rostro. Ahora ya no se le veía destrozado, sino cansado.

—Vale, podemos irnos —dijo—. Al camión. Nos llevan de vuelta a la embajada.

Al pasar junto a los guardias, noté que adoptaban una expresión más dura. Walt y yo arrinconamos al funcionario en el camión. Queríamos saber qué había pasado y dónde estaba nuestro equipo. Nunca viajábamos sin las armas y sin nuestras cosas y no nos parecía bien dejarlas allí.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Walt.

—Al final he podido hablar con mi jefe y él ha hecho algunas llamadas —respondió—. Han autorizado el despegue del avión, pero vuestras cosas os esperan en Afganistán.

—De acuerdo, entonces nuestro equipo está a salvo. Y ahora, ¿qué coño significa todo esto? —le pregunté enfadado.

El funcionario se aturulló. Balbuceó algo sobre una confusión. Me giré, vi a Walt y supe que a él también le parecía una explicación muy sospechosa.

—Me juego lo que quieras a que la cagaste y se te olvidó rellenar el papeleo necesario —le dije al funcionario.

No respondió; continuó diciendo que nos llevaban a casa.

—Me quedan aún algunas cosas por resolver, así que quizá pasen unos días antes de que podamos marcharnos y regresar a

Afganistán —dijo él.

Pasamos unos días en la embajada estadounidense y luego autorizaron nuestra partida. Walt y yo desembarcamos sanos y salvos en Afganistán una semana después, y no podíamos sentirnos mejor. Los dos habíamos tenido ocasión de aprender lo que era trabajar sin el compañero incondicional, y ninguno quería repetir la experiencia pronto. El tiempo que yo pasé con aquella horrible versión del *swim buddy*, Walt estuvo en la embajada de Estados Unidos sin nadie a su lado. Únicamente podía matar el tiempo. No solo estábamos contentos por haber regresado y habernos encontrado de nuevo, sino que además ambos agradecimos mucho el respaldo del otro.

Cuando todo hubo terminado, las Fuerzas Aéreas dieron un repaso a las cimas de unas pocas montañas de Tora Bora y mis compañeros de equipo salieron una semana de acampada por allí. No había señal de un tipo con vestiduras blancas al viento. Sigo apostando a que la única fuente de inteligencia se equivocó desde el principio. Nunca olvidamos las «ropas blancas al viento» y, desde entonces, en nuestra jerga usamos esta expresión para referirnos a una misión jodida ya desde el principio.

Tengo también un segundo motivo para recordar aquella misión. Se me hacía difícil trabajar sin confianza, sin una comunicación fluida y sin la posibilidad de coger al compañero en un aparte y hacerle partícipe de mi franca opinión, y recibir a cambio una respuesta sincera. Bueno, malo o como fuera, tu compañero está para protegerte, animarte, aconsejarte, decirte las cosas claras y, lo más importante de todo, está allí cuando necesitas ayuda.

Capítulo 10

Cómodos en la incomodidad

Malestar

Era frío de Alaska.

No era cualquier frío.

No hacía un poco de frío, ni el frío que permite salir sin guantes ni gorro.

Hablo del frío que penetra hasta lo más hondo y cala los huesos.

No me sentía los dedos de los pies, y los de las manos estaban entumecidos pese a los gruesos guantes y las bolsas calientamanos. Me resultaba doloroso tocar el metal del rifle con la piel desnuda y metía las manos en los bolsillos, alternando derecha e izquierda, con la esperanza de poder apretar el gatillo una vez en el objetivo.

Estábamos en un despliegue, en el invierno de 2009. Nuestros analistas de inteligencia seguían la pista de un grupo de combatientes en un valle al sur de Kabul. Habíamos acertado unos pocos blancos, pero la mayoría de los asaltos eran infructuosos. Las misiones de invierno siempre avanzaban a un ritmo lento debido al mal tiempo. Los milicianos normales y corrientes, los de poca monta, colgaban las armas con la llegada de la estación invernal y aguardaban hasta la nueva temporada de combate, ya en primavera.

Nuestros analistas andaban tras el rastro de un destacadísimo líder talibán. Emplearon numerosos recursos para localizarlo, incluidos los drones. A partir de las imágenes del robot aéreo pudimos observar que el comandante viajaba con un nutrido grupo de combatientes y que estaban refugiados en un edificio en el centro de un pueblo.

Nos habían comunicado que el comandante y sus hombres eran responsables de una serie de ataques en el valle en el que perdieron la vida varios soldados de la coalición. En aquel momento ya habíamos recabado suficientes datos de la inteligencia; estábamos seguros de recibir la autorización para lanzar un ataque con misiles. Después de todo, no había razones para salir con aquel frío y arriesgar nuestras vidas en un tiroteo si bastaba con solo apretar un botón y que las bombas cayesen sobre ellos.

Pero aquellos tipos no era combatientes talibanes al uso. El comandante se movía de mezquita en mezquita, de pueblo en pueblo, y no permanecía mucho tiempo en ninguna parte. Habían recibido entrenamiento y conocían bien nuestras limitaciones. Los talibanes rechazaban nuestras tácticas con mayor inteligencia cada día. Sabían que, con las normas de intervención en vigor, no podíamos bombardear una mezquita; ni siquiera podíamos entrar en ella. Con esta información en la mano, no se dejaban ver el tiempo suficiente para que les disparásemos y con eso bastaba.

Eso significaba que, probablemente, tendríamos que salir en pleno invierno y perseguirlos hasta darles caza. El combate ya entrañaba de por sí suficiente peligro, pero las gélidas temperaturas y la nieve acumulada hasta la altura de la cintura agravaban el panorama.

Los SEAL aprendemos ya desde el BUD/S a sentirnos cómodos en circunstancias desagradables. Vivimos muchísimas situaciones incómodas, empezando por la prueba de ahogamiento, en la que los instructores nos ataban las manos y los pies y nos lanzaban al agua, hasta la Semana Infernal, donde pasábamos siete días a un ritmo

de cinco horas y media de natación, carreras y ejercicio físico, con menos de cuatro horas de sueño.

Una parte de ser SEAL consiste en soportar el frío, el agotamiento, el miedo, la presión y el dolor. Es fácil perder la concentración, el empuje y la decisión en circunstancias tan desagradables. Desde el principio sabemos que no todo lo que hagamos en nuestro trabajo será cómodo.

Ni todo será fácil.

Durante el entrenamiento del BUD/S, yo me concentraba en llegar hasta la próxima comida. Si había desayunado, empezaba a pensar en el almuerzo. Después, me concentraba en la cena. Si pensaba en las semanas y los meses de incomodidades que se me venían encima, perdía la concentración, de modo que no me lo permitía.

Aquella forma de pensar me resultó muy útil en este despliegue. Durante el trabajoso avance hacia la aldea, fui dividiendo la misión en pequeñas partes. Primero, la patrulla. Luego, el asalto al blanco. Después, regresar a casa y entrar en calor. Pero en aquel momento no había superado aún el primer estadio. Sabía que debía marcarme pequeños objetivos, y alcanzarlos. Y, mientras tanto, quizá olvidaba mi lamentable circunstancia.

Existe una razón para que nuestro lema sea «El único día fácil fue el de ayer». Solemos bromear diciendo que «todo el mundo quiere ser SEAL en viernes». Formar parte del cuerpo un día en el bar o en una reunión de amigos es relajado. Pero emocionarse por ser un SEAL en medio del crudo invierno de Afganistán, sabiendo que la noche será larga, dura y gélida ya es harina de otro costal.

Los analistas continuaron observando durante todo el día al comandante y sus movimientos, de edificio en edificio. Al anochecer, su grupo ascendió un poco más por el valle y entró en lo que podía ser una mezquita. A partir de la información del dron, era difícil distinguir la construcción que albergaba la mezquita entre el resto de casas de adobe.

Entré en la atestada sala de operaciones, con Steve, y vi las secuencias de la marcha de los combatientes por un camino de cabras, saltando de un complejo a otro. En su ruta, el último insurgente iba un poco atrasado y vigilaba que no hubiera nadie siguiéndoles la pista. Caminaban en formación de patrulla; no era el típico grupo de granjeros que pasea por la montaña. Fui repasando la fila hacia delante, observando a cada uno de los milicianos hasta que llegué al cabecilla. Iba separado del grupo y escrutaba todo rincón en busca de posibles emboscadas.

—Los bombardeamos y listo —dijo Steve mientras veíamos cómo entraban en la aldea.

—No hay armas a la vista —comentó uno de los analistas de inteligencia—. Sin armas, no hay ataque. Además, muy pocas veces ocupan edificios civiles el tiempo suficiente para que podamos coordinar el asalto aéreo.

Observamos, impotentes, cómo entraban en lo que pensamos que podía ser otra mezquita. La mayoría de ellos se cobijó en el interior, y fuera quedaron tres hombres de guardia. Dos patrullaban arriba y abajo por la calle principal y el tercero permaneció sentado frente a la puerta del edificio. Tal vez no viéramos las armas, pero no cabía duda de que se trataba de milicianos. No había otras razones que justificasen su presencia en el exterior con aquel tiempo. ¿Cuántas veces habíamos dado con talibanes responsables de la seguridad y desarmados? Ninguna.

Mi jefe de unidad nos pidió una valoración personal de la situación.

—¿Qué os parece, tíos? ¿Podemos hacerlo? —preguntó.

Nosotros conocíamos la cruda realidad: si no dábamos con la fórmula para llevar a cabo esta misión, los malhechores huirían y lanzarían más ataques o colocarían explosivos de fabricación casera que, a su vez, segarían vidas estadounidenses o de las fuerzas de la coalición.

—Creo que preferirán mandarnos a nosotros, asumiendo el riesgo de que alguien reciba un balazo, en lugar de bombardear —

comentó, disgustado, Steve tras un breve silencio—. Todos sabemos que es el momento de caer sobre el objetivo. Si no nos ponemos en marcha esta noche, los perderemos.

Steve calló un momento.

—Yo voy.

En cierta medida, me alegré. El despliegue estaba siendo demasiado tranquilo. Todos queríamos salir del perímetro. Nuestro trabajo era peligroso, lo sabíamos, pero preferíamos actuar a permanecer quietos, sin hacer nada. El aburrimiento era peor que el riesgo.

Steve y yo llevábamos mucho tiempo como compañeros —él era mi *swim buddy*— y en ese momento yo sabía que su valoración coincidía con la mía.

Era un buen objetivo. Había poca luz; no reinaba una oscuridad absoluta, pero casi. Los milicianos se habían instalado en una posición muy alejada, dentro de un valle controlado por el enemigo, y por lo tanto no esperarían nuestra llegada. Si se sumaba el terrible frío, el fuerte viento y la presencia de nieve, haría falta un grupo de locos para lanzar un asalto aquella noche. Yo adoraba las misiones más duras. Me traían el recuerdo de las rigurosas condiciones en Alaska y las temperaturas bajo cero de aquella época de mi vida. Yo había crecido en un entorno como aquel.

—De acuerdo —intervine—. Hagámoslo.

Todos los líderes de equipo levantaron los pulgares en señal de aprobación.

El comandante y el jefe de la unidad dejaron la planificación a nuestro criterio. Steve y yo nos sentamos con el líder del equipo de reconocimiento y estudiamos todas las rutas posibles de entrada y salida del pueblo. La posición actual del blanco se encontraba al final del valle.

Era imposible que nuestros helicópteros aterrizasen por encima del objetivo y, si tomaban tierra en la cadena montañosa del valle contiguo, no conseguiríamos patrullar por aquellas cimas tan escarpadas, con nieve hasta la cintura y casi luna nueva.

Si al salir el sol aún nos hallábamos en el terreno, correríamos un gran riesgo, y todos éramos conscientes de ello. Con una fuerza tan reducida como la nuestra, en poco tiempo nos veríamos realmente apurados. Además, la presencia de tanta nieve convertiría cualquier travesía en una marcha lenta y penosa.

No podíamos escoger: tendríamos que volar hasta el fondo del valle, a un lugar lo suficientemente apartado del pueblo para que el ruido de nuestros helicópteros no alertase a los talibanes. La planificación no fue nada especial: confiábamos en nuestra capacidad de disparar, movernos y comunicar. Eran elementos básicos y, además, en aquel momento de la guerra, ya llevábamos años en misiones como esta. Aquella noche solo se diferenciaba por el frío y la nieve.

La idea de tener que serpentear por las montañas no me atraía en absoluto, pero esperaba que el mal tiempo mantendría a los malhechores en el interior. Confiábamos en ser los únicos suficientemente pirados para salir.

Los helicópteros disponían de calefactores, pero nunca funcionaban bien, y el vuelo hasta el objetivo fue un asco. Nos sentamos todos apelotonados en los asientos plegables con chaquetones acolchados sobre los hombros. El truco estaba en llevar las capas de ropa necesarias para no pasar demasiado calor durante la patrulla, en movimiento, ni congelarse en los altos. Yo había cogido mi chaqueta Arc'teryx y unos guantes, pero las piernas solo se protegían con un par de calzoncillos térmicos bajo los pantalones. Algunos chicos llevaban monos de Gore-Tex, para las piernas, pero a mí siempre me daban demasiado calor.

—Un minuto —oí la llamada del jefe de la tripulación mientras se abría la rampa del helicóptero.

La cabina quedó inundada por una ráfaga de viento aún más frío mientras yo me deshacía de mi parka.

—Esto será un asco —pensé.

Por el rugido de los motores supe que estábamos a punto de tomar tierra. Desde el aviso del minuto hasta que aterrizábamos, yo

siempre miraba por la ventanilla. Trataba de recabar la mayor cantidad de información posible para conocer el área inmediata. Durante el tiroteo, nunca sabíamos qué información resultaría útil, sobre todo si caíamos en una emboscada justo después de aterrizar.

Aquella noche solo veía extensiones de terreno blancas. La nieve lo cubría todo y la luna brillaba en el hielo. Era hermoso. La nieve y las montañas de Afganistán rivalizan con algunas de las mejores pistas de esquí de Estados Unidos. Este lugar podría ser un complejo vacacional si los locales no tratasen de matarnos constantemente.

A mi alrededor, mis compañeros se quitaban las chaquetas y empezaban a sentir de nuevo la sangre circulando por sus piernas. Yo dejé mi fusil de asalto sobre las rodillas y me agarré a la barra del asiento. En aquel despliegue usábamos helicópteros de la Guardia Nacional y ellos no disponían de los aviónicos de alta velocidad que teníamos en el escuadrón de operaciones especiales. Podría decirse que sus maniobras de aterrizaje no figuraban en la lista de las mejores. Tocamos tierra con un ruido sordo y noté que las ruedas patinaban mientras nos tambaleábamos hacia delante.

Desde mi sitio, parecía que la rampa del helicóptero se había atascado. Enfoqué mejor mis gafas nocturnas y me di cuenta de que habíamos tomado tierra en una zona con tanta nieve que la rampa no podía realizar todo el recorrido de apertura. Los chicos del equipo de reconocimiento empezaron a trepar por el estrecho hueco que se abría entre el techo del helicóptero y el extremo de la rampa.

En el exterior, el aire provocaba una sensación de frío cortante. Recorrí con dificultades el trecho cubierto por la nieve hasta alejarme del remolino de aire que levantaban los rotores. Me giré y vi a mis compañeros que saltaban de la aeronave y se dejaban caer en la nieve, uno tras otro. La estela del rotor proyectó nieve sobre mi equipo y sobre mi rostro, que luego resbaló por mi cuello.

Comencé a orientarme y vi que nuestros francotiradores estaban ante mí. En aquel momento, el helicóptero encendió el motor de

nuevo y lanzó una segunda andanada de nieve que volvió a caer por mi cuello. Me quedé quieto, sin moverme, hasta que amainó la lluvia de nieve y se desvaneció el ruido del helicóptero. Por delante, los francotiradores iniciaron la travesía. Por suerte, se habían acordado de las raquetas. Empezaron a apisonar la nieve para que pudiéramos salir de la zona aterrizaje.

Yo solo quería caminar.

Durante mi niñez en Alaska había aprendido que, para combatir el frío, no había nada como el movimiento. Cuando por fin nos pusimos en marcha, empecé a entrar en calor. Miraba por encima de mi hombro y veía una larga hilera de hombres negros, sobre la blanca nieve, avanzando como una serpiente hacia el camino. Además de mi unidad, participaban en la patrulla un grupo de los Rangers y algunos comandos afganos.

La luna no se había puesto todavía y teníamos algo de luz, de modo que, al mirar a través de las gafas nocturnas, veíamos un paisaje muy brillante. Sobre mi cabeza, las estrellas parecían un mar infinito. ¿Fue esto lo que sintieron los veteranos de Chosin en Corea?

Los «Chosin Few», o veteranos de Corea, eran efectivos de la ONU, marines en su mayoría, que libraron la batalla de la Reserva de Chosin, durante la guerra de Corea. En nuestros círculos, es un grupo legendario. Los chinos rodearon a las tropas de la ONU, que resistieron en el combate durante diecisiete días, en medio de la nieve y el hielo, hasta romper el cerco.

En cierta medida, el tiempo y el terreno resultaban más hostiles que el propio enemigo. Las temperaturas nocturnas descendían hasta los treinta y cinco grados bajo cero, y de día apenas se llegaba a rozar el cero. Se congelaron las raciones de comida. Los motores de los vehículos no lograban arrancar después de apagarlos. Los marines se quedaban congelados.

Aquel pensamiento hizo que mi travesía pareciera fácil.

Durante la guerra de Corea, no dispusieron de un equipo tan cómodo como el nuestro, el mejor del mercado, con nuestras

chaquetas Arc'teryx. Yo lo racionalizaba de este modo. Sabía que no podía quejarme; muchos soldados en el pasado habían sufrido bastante más.

Una noche tan cristalina como aquella aumentaba la sensación de frío. No había nubes que retuvieran ni un mínimo de calor. Yo iba metiendo las manos en los bolsillos, primero una y luego otra. Buscaba con los dedos los calentadores químicos.

Patrullamos por el valle durante tres horas en dirección al objetivo. La marcha era horrible, sin paliativos. Hacía un tiempo peor que en los días más rigurosos de Alaska, cuando iba montado en la parte trasera de la motonieve de mi padre. Era inevitable. Los dedos se quedaban rígidos cada vez que sacaba las manos del bolsillo y las rachas de viento me lanzaban copos de nieve a la cara.

Por delante, en el extremo del valle, se divisaban enormes nubes cargadas de más nieve y arremolinadas en las cimas de las montañas. Cada ráfaga me exigía un esfuerzo para seguir concentrado en la misión, en lugar de pensar en el frío. Nos habíamos adentrado en un valle controlado por el enemigo, donde nos superaban en número, y nuestros asesores decían que nos enfrentaríamos a unos combatientes infatigables.

Los pilotos de los drones seguían informando por radio; solo se avistaban tres hombres. El resto de los milicianos se refugiaba en el interior del edificio.

Un edificio caldeado, pensé yo.

Hicimos una breve parada y uno de mis compañeros me pasó un «Atomic Fireball», los caramelos picantes de canela. Yo tenía los pies entumecidos por el frío y no me apetecía sacar la mano del bolsillo siquiera para cogerlo.

—Quizá me ayude a entrar en calor —pensé al metérmelo en la boca.

Al final, conseguí que la sensación del picante desbancase a la del frío en los pies. Cuando las cosas se ponen feas, feas como en este caso, solo podemos reírnos de ellas. Los caminos estaban helados y muy resbaladizos. Cada cinco minutos, aproximadamente,

uno de los chicos de la patrulla patinaba y se caía al suelo. En mis adentros, me reía cada vez que esto sucedía, hasta que yo mismo pisé una zona resbaladiza. Mi pie se deslizaba sin control y supe que no aguantaría el equilibrio.

Patam.

Había caído de espaldas y veía las estrellas en el cielo. Notaba los pantalones empapados por la nieve helada. Unos pocos muchachos reían por lo bajo mientras yo me ponía en pie. El destino es una mierda.

Llegamos al puesto de observación, a trescientos metros del blanco, donde nos detuvimos para decidir los ajustes de última hora en cuanto a la planificación y los preparativos para asaltar el objetivo. A regañadientes, saqué las manos de mis gruesos guantes de invierno y me enfundé los de tiro. El frío del metal traspasaba la tela. Me calenté los dedos con mi propio aliento y abrí y cerré el puño repetidas veces para que la sangre circulase y poder apretar bien el gatillo.

Reunidos con el comandante y el jefe de la unidad, con Steve y el resto de líderes del equipo, nos aseguramos de que no había cambios de última hora. Detrás de mí, mis compañeros, los Rangers y los comandos afganos permanecían todos con una rodilla clavada en tierra, a la espera. Nos acompañaban también dos soldados de la base más próxima —los responsables del espacio de combate— para tratar con los ancianos de la localidad después de nuestra partida. Habían subido a los helicópteros en el último momento, vestidos con trajes para el frío normales y corrientes. Los vi a nuestro lado, temblando y mirando a su alrededor; esperaban a que reanudásemos la marcha. Si yo tenía frío, aquellos pobres capullos estarían congelados.

Nos urgía reanudar la marcha lo antes posible. En cuanto se confirmaron nuestros planes de asalto definitivos, llegó la noticia de que el edificio en el que se refugiaban los milicianos era, en efecto, una mezquita. Eso lo cambiaba todo. El comandante de la unidad, en la radio, trataba de averiguar si autorizarían nuestra entrada para

despejar el edificio o si la tarea quedaba reservada para los comandos afganos. Sabíamos que los malhechores estaban dentro y que permanecían en las mezquitas ex profeso, porque eran conscientes de que los estadounidenses teníamos la entrada vetada.

Tras caminar durante más de tres horas, yo había transpirado mucho y el sudor empezaba a enfriarse. Me había preparado para el asalto y ya no llevaba el equipo de más abrigo. No quise sacarlo de nuevo por temor a que nos dieran luz verde y tuviera que guardarlo por segunda vez.

Durante la prolongada espera, la gente se fue acercando a donde estaban el comandante, el jefe de la unidad y los líderes de equipo. Los primeros fueron los afganos. Solíamos recurrir a un oficial del SEAL para supervisarlos. El oficial de esta misión se presentó en el puesto de vigilancia con uno de ellos. Parecía exasperado.

—No he podido detenerlo; quieren saber qué pasa —informó.

—Esperen y cálmense. Se lo comunicaremos cuando estemos listos para partir. Ahora, recuperen sus posiciones y ya les avisaremos —respondió el comandante.

En ese momento apareció el capitán de los Rangers y se arrodilló junto a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué hacemos?

—Están en una mezquita —contestó el comandante—. Tened paciencia. Estamos resolviendo todo esto y os avisaremos cuando estemos listos para partir.

El líder de la sección Rangers abandonó la zona sin pronunciar una palabra. Yo me estaba cabreando. Estábamos todos congelados, yo incluido, pero a tan solo trescientos metros del objetivo, no era el momento de empezar a hacer preguntas. El comandante y el jefe de la unidad hablaban por radio tratando de conseguir la autorización para el asalto.

La voz del piloto del dron me arrancó por fin de mis pensamientos, que habían viajado hasta una cálida playa tropical en

alguna parte.

—Observamos movimiento —anunció el piloto—. Abandonan la mezquita y salen del pueblo en dirección norte.

—Recibido —contestó el comandante—. ¿Puede identificar las armas?

Puesto que la patrulla enemiga estaba abandonando la aldea, aquella podría ser una buena ocasión para lanzar el ataque aéreo. Llevábamos casi toda la noche caminando con un tiempo helado y, pese a todo, no era necesario implicarse en un tiroteo si existían otras alternativas más sencillas.

—Negativo —respondió el piloto—. No identificamos armas.

Miré a Steve y casi nos echamos a reír.

—¿Quién va a estar ahí fuera, en formación de patrulla a las tres de la madrugada, si no es un malhechor?

Steve estaba enfadado.

—Salen de una mezquita —dijo—. Han vinculado al grupo con el comandante talibán. Tres guardias han pasado la noche fuera. ¿Qué coño falta?

Por mucho que quisiéramos pillar a aquellos tipos, todos éramos conscientes del peligro inherente a un tiroteo. Nos estábamos poniendo en una situación de alto riesgo porque no nos autorizaban el lanzamiento de las bombas.

Ni siquiera estábamos seguros de por qué habían decidido trasladarse los insurgentes. ¿Los habría advertido una red de alerta temprana? Desde luego, habíamos aterrizado a kilómetros del objetivo para evitar que oyesen el ruido del helicóptero, pero ¿quién dice que otros talibanes situados en el mismo valle, más abajo, no nos hubieran oído y decidiesen avisar a sus colegas de arriba? Lo único bueno era que ya no debíamos preocuparnos por la autorización para entrar en la mezquita.

Mi corazón bombeaba con fuerza; ya no sentía el frío. Estaba concentrado al cien por cien en asegurarme de que mi equipo se movía, seguía atento y adoptaba la mejor posición táctica. La larga y

fría caminata hasta el objetivo había terminado y era momento de centrarse en la cacería.

Dimos aviso de avance. Entramos lentamente en el pueblo, procurando minimizar el ruido. No hacía falta despertar a todos los aldeanos en el último momento. La puerta de la mezquita no estaba cerrada. Los afganos entraron primero y empezaron a despejar el edificio. Los estadounidenses —Rangers y SEAL— esperaban fuera.

El registro duró unos minutos y los afganos no encontraron nada. De hecho, no esperábamos que hubieran dejado nada, pero no podíamos pasar por allí sin llevar a cabo una inspección.

En el cielo, el dron continuó rastreando a los combatientes mientras estos trepaban por una colina cercana. De nuevo denegaron nuestra petición para usar misiles o bombas. No había armas a la vista. No teníamos elección: los perseguiríamos y operaríamos en consecuencia.

Transcurridas casi cuatro horas de travesía, no solo estábamos congelados sino también exhaustos. La unidad de comandos afganos empezaba a pagar el precio de la marcha. No tomaban iniciativas y teníamos que ordenarles que se ocupasen de la seguridad. No estaban concentrados en la misión. Querían volver a casa.

Nuestros francotiradores dieron con la pista del enemigo e iniciamos la persecución, sin precipitarnos. Después de media hora de ruta, los pilotos de los drones informaron de un nuevo alto por parte del grupo talibán; habían entrado en otro edificio. Esperábamos que fuese para dormir.

Había por lo menos un guardia que vigilaba el valle desde un pequeño collado.

La única vía de aproximación al enemigo se encontraba entre el collado y un pequeño montículo. Mientras nos trasladábamos a la nueva situación e iniciábamos la lenta marcha hacia el objetivo, fuimos avistados por el guardia. Yo ocupaba una de las posiciones avanzadas y lo vi de pie, observándonos fijamente durante un largo

segundo. También vi su AK-47 cruzado sobre el pecho. Entonces él se volvió y movió el culo hacia la casa donde dormían sus compañeros.

El tráfico de la radio resonó en mi oído.

—Apreciamos varios movimientos —informó el piloto del dron—. Repito, apreciamos varios movimientos.

Nos encontrábamos en la falda del collado. Era imprescindible ganar terreno lo antes posible. Dirigí a mi equipo a la carrera colina arriba, por la nieve, hasta el extremo de una serie de complejos frente a la zona por donde corrían los enemigos. Ya no tenía frío. Sin duda, estábamos a punto de entrar en combate.

Los francotiradores, a la cabeza de la formación, ya estaban listos. Cuando subí al pequeño montículo, oí los disparos de sus fusiles de asalto. Vi a dos milicianos corriendo desesperadamente y tratando de descender por otro montículo adyacente. Fueron abatidos por los nuestros y se desplomaron como muñecos de trapo, a una distancia de más de ciento cincuenta metros. El resto de los combatientes dejó de correr y empezó a buscar cobijo.

Yo trasladé a mi equipo a una parte más alta de la colina buscando una forma de flanquear al enemigo. Los francotiradores estaban desplegados y tenían al enemigo bloqueado y sin posibilidad de huida. Los Rangers habían alcanzado la cima y se apostaron en la parte trasera, detrás de la fila de complejos.

Me acerqué al capitán de los Rangers.

—Oye —dije—. ¿Quieres que tus chicos se diviertan un poco?

Lo llevé a la cima de la colina y le dije que preparase sus ametralladoras y dispusiera una base de fuego sobre la posición enemiga. Los Rangers cargaron con las pesadas metralletas alimentadas por cinta y con las municiones; yo sabía que disfrutarían descargando sus proyectiles y con un poco de acción.

Se instalaron con su arsenal de ametralladoras y lanzagranadas. Me puse el rifle al hombro y apunté con el láser infrarrojo hacia el enemigo, indicando la posición al grupo de los Rangers.

—Los flanquearemos por la derecha y os avisaré por radio cuando sea el momento del alto al fuego —dije—. Hasta entonces, que les den por el culo.

Antes de haber abandonado el collado, ya oía el repiqueteo de las metralletas y los impactos de las granadas. A nadie le gusta cargar con el armamento pesado, hasta que lo necesita. El ruido del fuego de cobertura de los Rangers era imponente; yo esperaba que mantuviera al enemigo ocupado mientras mis chicos flanqueaban su posición.

—*Cagandoleches* a la izquierda —informó el piloto del dron.

Los francotiradores seguían en su puesto y concentrados en el enemigo frente a nosotros, mientras el equipo de Steve maniobraba para interceptar a los que se aproximaban por la izquierda. Mi equipo, con el perro de combate, «misil peludo», acompañado por el jefe de la unidad, seguía avanzando desde la derecha para eliminar al pequeño grupo enemigo que aún permanecía en la casa. Habíamos logrado una emboscada en L perfecta sobre sus posiciones.

Debido a la profundidad de la nieve y la inclinación del terreno, tardamos unos cuantos minutos en alcanzar la nueva posición. Avanzamos agachados hasta el edificio. Albergábamos la esperanza de que estuvieran concentrados en el fuego de los Rangers y los francotiradores, y que no se dieran cuenta de nuestra presencia por el lado izquierdo. Ante nosotros veía las trazadoras que cruzaban el pequeño valle y explotaban entre los arbustos y los árboles. Sin gafas nocturnas, parecían luces de un láser de película de ciencia ficción.

Durante la maniobra de aproximación, colocamos a «misil peludo» al frente de nuestro grupo. Parecía que estábamos a punto de entrar directamente en la zona de las trazadoras de los Rangers cuando mi jefe de unidad encendió la radio y ordenó el alto al fuego.

En el cielo se oía el familiar zumbido de los motores de un AC-130. Éramos «tropas en contacto», una forma particular de decir que estábamos «en combate». Toda la aviación que antes había dicho

que no podía lanzar bombas, ahora buscaba el modo de participar en la acción.

Un curioso proceder.

Steve y su equipo usaban el AC-130 para hacer salir a los *cagandoleches.* Oí que Steve solicitaba fuego. Pasado un minuto, el rugido de las ametralladoras del avión inundaba todo el valle.

Aquella silenciosa hondonada había perdido toda su calma. Se había convertido en un lugar estruendoso con el resonar de las armas de fuego automáticas y el apoyo aéreo directo. Ahora nosotros permanecíamos quietos. Nadie hablaba. Todos pensábamos en lo que teníamos delante. El perro zigzagueaba, olisqueando la nieve, buscando un rastro. A mi derecha, oí al jefe de la unidad coordinando por radio con nuestro comandante.

Por ahora no habíamos dado con ningún miliciano. La nieve era profunda y dificultaba el avance. Me quité las gafas y me esforcé por distinguir algún movimiento. No tenía el ojo en el mismo punto más de un segundo. Examiné la zona frontal antes de fijar la vista en el área más próxima, para asegurarme de no pasar por alto nada que pudiera tener a mis pies. Era la primera vez que me sentía realmente cómodo en aquella misión.

Entonces, a mi derecha resonó una descarga de fuego de neutralización.

Pop, pop, pop, pop.

Me di la vuelta y oí los últimos disparos del jefe de la unidad en su retirada. Junto a él, tendido en la nieve, me pareció ver a un miliciano muerto. El jefe estaba desconcertado.

—Hijo de puta —murmuró.

Él no solía ocupar puestos a la cabeza, con los equipos de asalto. En esta ocasión, con tantas piezas en movimiento, se había unido a nosotros. Su trabajo se centraba más en las tareas de coordinación y de comunicación por radio, de modo que cuando el miliciano se le presentó directamente, lo pilló con la guardia baja.

En mi opinión, diría que aquel miliciano había resultado herido durante el primer combate y se había refugiado en aquella posición,

esperando emboscar a alguien que pasase por delante. Yacía tan quieto que el jefe no lo vio y casi se tropieza.

Continuamos despejando el collado, paso a paso, a través de la profunda nieve. Cerca ya de un pequeño núcleo de edificios, vi la figura de otro insurgente. Me aproximé despacio, apuntando con mi rifle a su espalda. Otro SEAL lo rodeó, mientras yo lo cubría. El combatiente estaba muerto, con el pecho reventado por las balas de las ametralladoras.

Encontramos aún otro cuerpo entre unos matorrales, plegado boca abajo en la nieve, al lado de su AK-47. Junto con otros tres cuerpos que yacían en los alrededores sumaban un total de cinco combatientes en nuestra zona. La descarga inicial de nuestros francotiradores y el fuego de cobertura de los Rangers habían cumplido con su cometido.

Después de que Steve y su equipo pidieran el apoyo aéreo directo al AC-130, se impuso un inquietante silencio. Steve volvió a comunicar por radio. Habían matado a dos milicianos. A nuestro alrededor, los Rangers se ocupaban de la seguridad mientras nosotros registrábamos los cuerpos para los del servicio de inteligencia. Rebuscamos en sus bolsillos, tratando de encontrar algo que pudiera poner a nuestro equipo tras la pista de otro objetivo.

Todos los milicianos disponían de portacargadores con munición, granadas e incluso botiquines de primeros auxilios. No eran los típicos granjeros de día y combatientes de noche. Contaban con buenos equipos y los cuidaban con esmero. Eran milicianos bien equipados y entrenados.

Tras haber asegurado la zona, acompañamos a los responsables del espacio de combate del Ejército y les mostramos los cadáveres de todos los milicianos, así como sus armas. Era una de las formalidades exigidas por las normas de intervención en vigor. Mientras ellos tomaban notas y sacaban fotografías, nosotros reunimos el armamento y el equipo de los combatientes y lo destruimos mediante explosivos.

La travesía de vuelta a la zona de aterrizaje fue bastante más rápida. Los talibanes controlaban aquel valle y, para entonces, todo el mundo estaba avisado de nuestra presencia; no deseábamos pasar allí ni un minuto más de lo preciso. Pronto llegarían más milicianos a vengar la muerte de sus amigos caídos; era una cuestión de tiempo.

Seguía haciendo mucho frío y después del combate estábamos todos sudados. Mi camisa había quedado empapada y se me pegaban los pantalones a las piernas. Pero el trayecto de vuelta estuvo marcado por una diferencia: yo pensaba en nuestro éxito, tras haber eliminado a todos los talibanes. Jamás volverían a dañar a ningún miembro de los servicios estadounidenses.

Me enfundé las manos en los guantes y me cubrí las orejas con la gorra, antes de ponerme el casco de nuevo. Cuando el jefe de la unidad dio la orden de partir, avanzamos sin decir una palabra. Hice el recorrido concentrado en mis pasos, pensando en una buena ducha caliente al llegar a la base. Esperaba que aún quedase agua caliente.

Las misiones no siempre surgen en un día soleado, con temperaturas de veintidós grados. Tanto si el objetivo se encuentra rodeado de una nieve profunda, como en el océano Índico, plagado de tiburones, o en la cima más alta de las montañas de Afganistán, al final de un camino de cabras, nuestro entrenamiento nos permite seguir concentrados y completar la misión. La comodidad no es un requisito para nuestra eficiencia.

Las personas ajenas a nuestro entorno consideran el BUD/S un proceso sádico, pero es allí donde empezamos a curtirnos no solo para sentirnos cómodos entre las incomodidades, sino también para aceptarlas. Los viernes por la tarde, el instructor nos hacía formar en la arena, a la orilla del mar.

—Todo el mundo quiere ser SEAL en viernes —gritaba—. Es viernes y van a disfrutar de un fin de semana libre. Saldrán de bares y se relajarán. La pregunta es: ¿quién de ustedes querrá ser SEAL en unas condiciones de mierda? ¿Quién querrá serlo cuando esté

mojado, cansado, cuando pase frío y se sienta desgraciado, y pese a todo tenga que completar la misión?

Nadie hablaba. Nadie sonreía. Solo queríamos marcharnos de fin de semana.

—Miren a su compañero de la derecha y al de su izquierda —decía el instructor—. ¿Estarán ahí cuando las cosas se pongan feas?

Mientras lo escuchábamos, él caminaba arriba y abajo recorriendo toda la fila.

—Caballeros, el único día fácil fue el de ayer. Piensen en esto durante el fin de semana, y cuando el lunes reanuden su adiestramiento, sepan que se encontrarán con algo mucho más jodido que lo de hoy.

Puedo decir, sinceramente, que había pasado más frío y me sentía más desgraciado que en ninguno de los momentos del BUD/S. El lema es cierto: «El único día fácil fue el de ayer».

Capítulo 11

Atento a los zapatos

Evolución

Recibí el aviso a primera hora de la mañana.

En los despliegues, los líderes del escuadrón siempre llevamos encima un pequeño localizador negro para que los planificadores puedan comunicarnos una posible misión. Abandoné el irregular colchón de mi cama, empotrada entre las paredes de madera de la habitación, y me dirigí al centro de operaciones.

Hacíamos horario de vampiros, así que nuestra primera hora era, en realidad, media tarde en un día de invierno en Afganistán. Dormíamos durante las horas de sol y realizábamos las misiones de noche. Todo iba despacio. Llevábamos meses en una base al sur de Kabul, sin mucho movimiento. A causa del frío extremo, las cosas se ralentizaban en la temporada de combate invernal. Los talibanes estaban al otro lado de la frontera con Pakistán o permanecían escondidos en Afganistán. Ningún bando quería combatir.

Caminé hacia el centro de operaciones, con las manos metidas en los bolsillos. No sabía qué estaba pasando y no desperté a mi equipo. Ya llevábamos años con misiones de este tipo, y había aprendido que todo podía desbaratarse tan rápido como había surgido. Muchas veces levantábamos a todos los chicos para iniciar la planificación y el objetivo había desaparecido. Prefería que descansasen el máximo tiempo posible.

Entré en el centro de operaciones. Era un barracón prefabricado y de techos bajos. El suelo estaba cubierto por el barro que traíamos nosotros en las botas y la zona de paso desde la puerta a la cafetera se había desgastado. Seguí aquel camino y cogí una taza de café caliente; bastaron dos sorbos para que la cafeína me arrancase de mi soñoliento estado.

En la sala de operaciones se respiraba un ambiente de energía contenida, mientras los planificadores y los agentes de inteligencia estudiaban minuciosamente los datos, tratando de organizar la misión de aquella noche. La pantalla mostraba las imágenes en blanco y negro de un complejo enfocado desde los *Predators*. De pie en la parte trasera, ante una larga mesa se reunían el comandante y el jefe de la unidad. Me vieron entrar y asintieron con la cabeza. Vacié tres sobres de azúcar en el café y me uní a ellos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El IIR ha seguido la pista de unos cuantos combatientes —respondió el jefe de la unidad.

Los drones que patrullaban el espacio aéreo captaron a un grupo de entre cinco y siete milicianos que iban de complejo en complejo, buscando comida y refugio. Habían pasado casi todo el día cambiando de emplazamiento, pero parecía que ahora estaban en un punto fijo. Los planificadores supusieron que el grupo haría un alto para dormir en el complejo. Anochecía y aquellos hombres ya llevaban un día entero de marcha.

—Según las imágenes del IIR, parece que han caminado por la ciudad y han escogido esta casa al azar para pasar la noche —informó el comandante—. Hemos visto cómo llamaban a la puerta y entraban sin preguntar en cuanto les han abierto desde el interior. Sus vehículos también están dentro de los muros.

Yo era uno de los tres líderes de equipo. Miré a Steve mientras el jefe nos daba los detalles sobre la localización del complejo. Steve asentía a las explicaciones sobre la misión.

Tras esta primera reunión, el líder del equipo de reconocimiento empezó a preparar las rutas de acceso a la casa. Yo comencé a

estudiarla con Steve.

—Parece que todo está bastante claro —comenté.

—Sí, desde luego. ¿Despertarás a tus chicos? —preguntó Steve.

—Sip, los levantaré ahora para que puedan coger algo de comida antes de que todo se precipite —respondí.

Seguí la pista de barro hasta la puerta y me fui directamente a donde estaban los muchachos. El barracón estaba completamente a oscuras. Tan solo se distinguía una delgada línea blanca que alumbraba el vestíbulo en dirección a nuestra zona de descanso. Las paredes de contrachapado dividían la estancia en pequeños cubículos, cada uno de ellos dotado con una cama y una mesa. En cada habitación había un SEAL. Era un cuartel poco espacioso, pero al menos disponíamos de cierta privacidad.

Al fondo del barracón estaba la zona de descanso. Era amplia y contaba con asientos de estadio dispuestos frente a una pantalla plana de 50 pulgadas. Aquella base llevaba años en uso, y cada escuadrón se esforzaba por dejarla mejor de lo que la había encontrado. Los que pasaron antes que nosotros habían construido una barbacoa y una zona de descanso al aire libre. Otros se habían ocupado del gimnasio. Queríamos pasar nuestro tiempo muerto en Afganistán del modo más agradable posible.

Encendí las luces de la sala y conecté la televisión. Con ella sintonizábamos la cadena de las Fuerzas Estadounidenses, que emitía programas, películas y eventos deportivos de nuestro país. Pero también nos servía para proyectar la misma información del IIR que veían los planificadores en el centro de operaciones. Preparé las imágenes de los drones. A mi alrededor oí movimiento entre los muchachos. Se levantaban de sus catres.

Serví una cafetera llena. Los chicos empezaron a colocarse frente a la pantalla, uno a uno, con sus tazas llenas. Solo se veían los muros y los edificios del complejo. No se apreciaba movimiento en el interior ni en las proximidades porque los milicianos ya habían entrado.

—¡Qué bonito! —dijo Walt—. Otro día, la misma mierda.

Se frotó los ojos y observó las fotografías en blanco y negro durante unos segundos.

—Más vale que no sea otro fiasco. No me apetece salir con estas temperaturas si no es para capturar al menos a veinte malhechores —comentó Walt con su acostumbrado tonillo de sabelotodo.

Cuando todos los muchachos tenían ya una taza de café u otra bebida, comencé la reunión. Resumí la información sobre el blanco y los milicianos. Era un asalto sin dificultades especiales. Habíamos pillado a combatientes durmiendo en complejos como aquel centenares de veces antes. En cierta medida, se trataba de una misión automática. Todo el mundo sabía bien cuál era su papel.

Teníamos unos planes bastante sencillos, pero quise dar la oportunidad a mis chicos de encontrarles algún defecto. Empecé con las preguntas básicas.

¿Qué se nos está pasando?

¿Encaja lo que dicen los de inteligencia con lo que nosotros vemos aquí?

¿Qué responsabilidad tiene cada uno esta noche?

¿Qué equipo liderará el asalto?

En el grupo, todo el mundo hizo su aportación, incluso el más novato de ellos. Yo tenía plena conciencia de no ser el más listo de la sala y hacía ya mucho tiempo que pedía opiniones externas.

Dedicamos casi una hora a disponerlo todo. Cuando terminamos, Steve y yo nos presentamos de nuevo ante el jefe de la unidad e informamos del plan. El comandante y él se sentaron en el centro de operaciones a escuchar atentamente los detalles sobre las rutas de entrada y salida del objetivo, así como el plan de asalto.

Pese a que los analistas de inteligencia estaban convencidos de que los milicianos no saldrían durante el resto de la noche, nosotros manteníamos el complejo bajo una estrecha vigilancia. Los drones no dejaban de observarlos desde arriba.

Preveíamos aterrizar a unos cinco kilómetros del blanco y patrullar hasta el grupo de casas. Eso nos permitiría jugar con el

elemento sorpresa. Nada delata tanto la posición como un gigantesco helicóptero planeando en lo alto. En un terreno de valles y altas cumbres, el ruido del helicóptero resonaba a kilómetros de distancia y todo el mundo se enteraba de nuestra llegada. A veces, habíamos tomado tierra en un valle anterior a nuestro objetivo para evitar el ruido de los rotores; el único problema era que, entonces, teníamos que subir hasta lo alto de una montaña, para luego bajar por el otro lado.

Durante la reunión, observé atento al comandante y al jefe de la unidad. Ellos asentían con la cabeza a nuestras explicaciones. El plan era sencillo, de modo que yo no presenté objeciones. El comandante aprobó la planificación y, un par de horas más tarde, estábamos en el aire camino del complejo.

Yo sentía los nervios a bordo del Chinook y trataba de pensar en cosas agradables. En el fondo, no había nada que me inquietase. Me sentía seguro —no arrogante— con respecto a mis capacidades para resolver casi cualquier situación en el objetivo. Mi decimotercer despliegue estaba a años luz de las primeras misiones. Había pasado muchísimo tiempo desde que dejé de ser el chico de la camiseta que anhelaba ser un SEAL. En mi primer despliegue en combate, en la calles de Bagdad, atesoré valiosas lecciones.

Nada se puede hacer contra una bala certera o una bomba de carretera bien colocada pero, después de trece despliegues, pocas cosas podían sorprenderme. Me habían destinado a un complejo preparado para explotar a nuestra llegada. Había entrado en incontables casas de Afganistán e Irak y me había visto las caras con milicianos que aguardaban emboscados. Ahora, las misiones no eran más fáciles, pero yo contaba con mucha experiencia.

Entre las muchas razones que explicaban la alta capacitación de mis compañeros y la mía propia figuraba el constante esfuerzo por mejorar. El enemigo cambiaba sus tácticas sin cesar, y si nosotros

no hacíamos lo mismo con idéntica rapidez, nos quedábamos atrás y nos poníamos en situación de riesgo.

Al comienzo de la guerra de Afganistán, pocos habíamos vivido un auténtico combate. Contábamos con un entrenamiento de élite, pero carecíamos de experiencia; tras una década de guerra, sin embargo, casi el 90 % de las fuerzas tenía experiencia en combate real y le faltaba poco para que su número de despliegues fuera ya de dos cifras.

En cada despliegue, nos obligábamos a cambiar de tácticas y de técnicas a la misma velocidad que el enemigo. Nunca confiábamos en lo que había funcionado antes; al contrario, nos forzábamos a desarrollar algo que funcionase en el futuro.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el zumbido del motor del helicóptero. Algunos de mis compañeros dormían ya. Yo cerré los ojos y repasé la misión mentalmente. Metí las manos entre el chaleco y el estómago, tratando de mantenerlas calientes el máximo tiempo posible. Aquel frío no era como el de las noches de Alaska, pero bastaba para que yo lo sintiera aun con los guantes puestos.

Estábamos acostumbrados a rutinas como aquella. A estas alturas de la guerra y de nuestras carreras, habíamos desarrollado cierta insensibilidad al dolor, el sufrimiento y el sacrificio propio de nuestras misiones. Yo lo racionalizaba pensando que «formaba parte del trabajo». Otras personas habían escogido otras profesiones, pero la nuestra era esta y todos nosotros lo hacíamos cojonudamente bien.

Sentí que el helicóptero perdía altura y percibí el cambio de tono en el ruido del motor al aterrizar. Al salir corriendo de la rampa, una nube de polvo y nieve nos dio la bienvenida. Me alejé unos cincuenta metros del helicóptero y empecé a hacer pis sobre la tierra. Llevaba una hora larga de vuelo aguantando y sabía que en cuanto nos pusiéramos en marcha ya no tendría más oportunidades. A mi alrededor, mis compañeros hacían lo mismo. Cuando se desvaneció el sonido de los motores de la aeronave, nos colocamos en formación de patrulla e iniciamos el camino hacia el complejo.

No hacían falta palabras. Ni órdenes. Para nosotros, era otro día de trabajo. Todos sabíamos qué hacer, dónde ir y qué se esperaba de cada uno. Desde luego, no estábamos libres de la burocracia y de las absurdas normas de los altos funcionarios; siempre habíamos trabajado con ellas y las habíamos sorteado y, cuando no, hacíamos cuanto podíamos para no permitir que nos obsesionasen.

Teñidos por el tono verdoso de las gafas nocturnas, veía a mis compañeros desplegados ante mí. Habíamos caminado casi una

hora en dirección al complejo cuando la radio dio señales de vida.

—Tenemos a dos varones que han salido por una puerta de la parte oeste del complejo —oí por radio—. Se han acercado a otra entrada situada en el este.

Mierda, los combatientes aún estaban despiertos. Si la gente del interior del complejo no dormía, deberíamos utilizar otra táctica para asaltarlo. No podríamos forzar la puerta sigilosamente y colarnos hasta las habitaciones, tomándolos por sorpresa.

Según parecía, y teniendo en cuenta el último informe del IIR, deberíamos hacerlos salir, con lo cual se perdía el elemento sorpresa y ellos disponían de tiempo para armarse y resistir. Con tantos años de oficio, yo sabía que la mayoría de nuestras normas operativas las dictaban tipos que realmente no tenían ni idea de lo que sucedía sobre el terreno.

Pero aún nos quedaba un largo trecho. Esperaba que, mientras tanto, los milicianos del complejo se hubieran dormido. Continué examinando el terreno en busca de amenazas y me concentré en la prolongada patrulla. Cuando estuvimos más cerca, el piloto del dron volvió a comunicar por radio.

—Los dos elementos han regresado a su puerta original y se hallan en el interior —informó.

Atravesamos unas pocas colinas y nos adentramos en una espesura cerca del complejo. Aquel sería nuestro último punto de referencia antes de asaltar el blanco. Avisté el complejo desde el interior del bosque. En la oscuridad de la noche, parecía otro complejo más de Afganistán, con sus muros de adobe y una pesada puerta de madera.

Desde el último aviso, todo había permanecido en calma.

Sin movimientos.

Esperamos unos minutos para asegurarnos de que nadie se despertaba de nuevo. Por fin, el jefe de la unidad dio orden de continuar con el asalto. Debido a las bajas temperaturas, nuestro comandante optó por una incursión silenciosa al otro lado de los muros en lugar de hacer salir a los de dentro, pensando en que la

advertencia solo conseguiría exponer a las mujeres y los niños al terrible frío. Además, si los talibanes decidían presentar batalla, mujeres y niños se verían atrapados en medio de un fuego cruzado.

Nos colocamos en posición, despacio. Mi equipo se situó detrás de los francotiradores y avanzamos hasta la puerta principal. Vi cómo los tiradores trepaban por los muros y ocupaban sus puestos de vigilancia.

La puerta era de madera, con un viejo pasador de hierro a modo de picaporte. El guía probó con la cerradura, pero estaba bloqueada desde el interior. Mandó llamar a uno de los novatos que llevaba la escalera plegable a la espalda; la situamos contra la pared y el guía trepó con cautela hacia lo alto del enorme muro de adobe. Una vez arriba, le pasamos otra escalera mientras él se sentaba a horcajadas sobre la pared de tres metros de altura. En el momento de recoger la segunda escalera, el guía se tambaleó ligeramente; sin perder un segundo, se inclinó hacia delante y recuperó el equilibrio.

Cargábamos con 27 kilogramos de equipamiento y el guía realizaba movimientos propios de un gimnasta, subido en lo alto de un muro de tres metros y a diez de una habitación llena de combatientes talibanes dormidos.

Subimos la escalera peldaño a peldaño. Se respiraba tensión porque lo más importante era el silencio, no la velocidad. Fuera reinaba una profunda oscuridad. El viento empezaba a soplar con fuerza y hacía que la escalera se moviese un poco. En un par de ocasiones, temí que el guía perdiese el equilibrio y cayera en el complejo.

Todos mis pensamientos se centraban en los paseantes nocturnos. El informe hablaba de dos personas, pero el IIR rastreaba entre cinco y siete milicianos en total. Todos nosotros sabíamos por qué puerta habían salido y entrado de nuevo, pero nadie tenía una idea precisa de dónde podrían dormir los otros. Si salían otra vez a caminar por el complejo, serían abatidos por los francotiradores. Pero el ruido podría despertar a los demás

combatientes del interior. Yo esperaba poder entrar en la casa antes de que los insurgentes tuvieran el menor indicio de nuestra presencia allí.

El guía logró por fin alzar la escalera y pasarla con mucho cuidado al otro lado del muro. Entonces, él y su *swim buddy* descendieron hasta el suelo, por el interior. Nosotros esperamos ante la puerta, listos para entrar. Transcurridos unos segundos, oí que alguien deslizaba el pasador y las pesadas puertas de madera se abrieron.

El guía estaba tras ellas, con cara de suficiencia.

—Demasiado fácil —susurró.

Ahora teníamos la puerta principal abierta y había llegado el momento de actuar. Entramos sigilosamente al interior del complejo y nos hallamos frente a un pequeño patio con edificaciones a lo largo del perímetro. Nos movíamos con la máxima cautela posible. Aplicábamos una regla: «No corras a buscar tu muerte». Al fin y al cabo, no estábamos en un videojuego. No podíamos recibir un balazo y volver a comenzar.

Al entrar en el complejo, avanzaban por delante de mí varios novatos. Vi cómo se giraban buscando rediles de animales en las zonas norte y este. Sin duda, estaban entusiasmados y hacían esfuerzos para contener su energía.

Pero la clave radicaba descubrir el sitio correcto, y después de más de doce despliegues, yo sabía dónde dormían los combatientes gracias a la información del piloto de los drones durante la patrulla. Al escuchar la información de la radio, había dibujado el complejo mentalmente. Los insurgentes habían salido por una puerta en el flanco oeste. Me dirigí hacia allí. Si el IIR era correcto, la solitaria entrada del lado oeste conducía al lugar de descanso de los talibanes.

No corrí.

No quería ir despacio, sino muy despacio. Ir despacio no genera complicaciones, y sin complicaciones todo avanza más rápido. Me desplacé hacia la parte oeste y esperé junto a la puerta cerrada. Al

otro lado de aquella entrada se encontraba uno de los novatos; era su primer despliegue con la unidad. Alargué la mano y moví el picaporte: no estaba cerrada con llave.

La puerta se abría hacia el interior y daba paso a una pequeña antesala. Casi frente a nosotros, una escalera subía hacia el segundo piso. Desde el momento en que abrí la puerta, el novato pasó a ser el guía y sería la primera persona en poner el pie allí. Avanzó despacio y yo le seguí.

Desde la entrada, vi un montón de zapatos de hombre junto a una puerta de la derecha; las sandalias de cuero se mezclaban con las típicas deportivas de leopardo. Solíamos bromear diciendo que nunca habíamos visto a ningún inocente con aquel calzado. En la mayoría de las ocasiones, aquellos zapatos negros eran sinónimo de talibán.

En la siguiente puerta se amontonaba calzado de mujer y de niño. En el momento en que entramos en la antesala supe dónde dormían los combatientes. Pero el novato, probablemente demasiado emocionado para darse cuenta de ello, se dirigió a la puerta izquierda. Yo me acerqué a la derecha. De pie frente al pomo, estaba completamente seguro de que allí dentro se escondían los milicianos. Esperaba que durmieran profundamente.

Las bisagras, oxidadas, viejas y estropeadas, emitieron un largo chirrido. En aquel silencio, resonaron como un tren de mercancías a toda máquina en medio de una choza de barro. La habitación estaba congelada y completamente oscura. Con las gafas nocturnas puestas, pude distinguir unos bultos del tamaño de hombres bajo las mantas.

Mientras examinaba la estancia, un combatiente situado a la izquierda de la puerta se movió y se sentó. Nos separaba un metro escaso. Debió de oír la puerta y ahora trataba de distinguirme en la oscuridad. Tenía detrás una ametralladora PKM alimentada por cinta. Consiguió verme enseguida y supo que quien se hallaba frente a la puerta no era un amigo. Sacó las manos de inmediato y

cogió la ametralladora. Su problema fue que el cañón de la PKM no apuntaba hacia la entrada.

Lo observé durante una décima de segundo y adiviné que trataba de girar la ametralladora en mi dirección. No tuvo oportunidad. Me incliné y le disparé dos veces en el rostro.

Mi fusil de asalto estaba silenciado, pero incluso los disparos amortiguados sonaban fuertes en aquella habitación de barro. El insurgente se desplomó hacia atrás, como si recuperase la posición del sueño, y desapareció de mi vista. Levanté el fusil para repasar el resto de la sala y vi los AK-47 apoyados en los muros. Los portacargadores colgaban de la pared, junto con la munición. Los «bultos» de las mantas empezaron a moverse sin dejar tiempo y todos los milicianos se levantaron y se lanzaron apresuradamente hacia sus armas.

No dudé.

Empecé a disparar. Pasaba de un talibán a otro y metía dos o tres balas en el pecho de cada sombra, deteniéndome tan solo un segundo para asegurarme de que el combatiente había caído. No hubo gemidos ni gritos, solo el ruido amortiguado de mis balas al salir disparadas contra los enemigos.

Los milicianos se desmoronaban o caían de espaldas allí donde antes habían dormido. Cada disparo lanzaba una carga a través de las oscuras mantas de lana y parecían olas sobre la superficie de un lago. Todo terminó tan deprisa como había comenzado. Entré en la habitación con mi *swim buddy* y pasamos revista a todos los combatientes, uno a uno, para comprobar que ya no suponían una amenaza.

Eran seis en total. Yo conté cinco AK-47 y una ametralladora PKM. También recuperamos dos lanzacohetes y varios proyectiles. Los combatientes disponían de buen armamento, comparado con el de otros talibanes, y todo en buenas condiciones. Encontramos también botiquines de primeros auxilios y moneda afgana y pakistaní.

No se realizó ningún disparo en otras habitaciones aparte de la mía. Todos los combatientes se habían concentrado en una misma estancia. Probablemente, la familia de aquella casa no había tenido más opción que permitirles usar su hogar como escondite.

Mientras reunía todas sus armas, oí los llantos de las mujeres y los niños al otro lado del vestíbulo. Tal como había pronosticado, el novato había entrado en su habitación. Se asustaron al verlo allí y gritaron cuando yo comencé a disparar. Al abandonar la estancia que acababa de despejar, me asomé a la de enfrente y lo vi custodiando una sala llena de desventuradas mujeres. El novato no parecía entusiasmado.

En el momento en que iniciábamos la patrulla de regreso a la zona de aterrizaje del helicóptero para nuestro vuelo de regreso a casa, se me acercó.

—Capullo —dijo—. Sabía que tenía que haber ido a la derecha.

En un despliegue con poca acción, desaprovechar la oportunidad de lanzar unos cuantos disparos directos era doloroso.

—No te enfades conmigo —dije—. Tú pudiste escoger primero la habitación.

—No estoy enfadado contigo. Me cabrea no haberlo pillado antes —respondió.

—Siempre, repito, siempre, hay que fijarse en los zapatos.

Yo lo había aprendido por las malas en un despliegue anterior, en Irak. Cuando eres novato y estás emocionado, tienes prisa y te pierdes algunos detalles, como los zapatos, que a primera vista pueden parecer insignificantes pero que en realidad suponen un elemento clave. Con más experiencia, habiendo vivido un millón de veces el accidente de coche y después de unos cuantos errores —y de haber aprendido de ellos— todo va más despacio y se pueden apreciar cosas tan pequeñas como los zapatos.

En esta ocasión, yo hice una lectura perfecta de las circunstancias. En un trabajo como el nuestro, uno puede aspirar a sobrevivir a su primer error y luego durar lo suficiente para no cometerlo de nuevo. Ahora pienso que esta es una de las muchas

lecciones que aprendí entonces y sigo utilizando hoy. Desde el punto de vista práctico, se trataba de rastrear al enemigo; pero la otra lección, la más general, gira en torno a la atención que prestamos a los detalles en situaciones de mucho estrés. En este ejemplo, el éxito marca la diferencia entre la vida o la muerte.

Este era mi decimotercer despliegue en combate. He dedicado varios años de mi vida a operar en Irak, Afganistán y el mundo entero. Ya no se trataba de cuestiones «teóricas» o de «entrenamiento». Por primera vez en mi carrera, sentí que había alcanzado el objetivo de convertirme en el agente de los SEAL con el que tanto había soñado de adolescente en Alaska.

Los años de adiestramiento me habían permitido alcanzar este nivel. Ningún SEAL al que yo haya conocido se conforma con ser normal. Durante el BUD/S habíamos aprendido a trabajar en equipo y dominábamos nuestras habilidades tácticas individuales. Tras más de diez años en guerra, nuestras aptitudes habían llegado a lo más alto. Habíamos disparado millones de balas, detonado millares de kilogramos de explosivos, y habíamos combatido y entrenado en todas las situaciones y contextos. Podíamos poner en marcha una operación al momento. La planificación de las misiones era sencilla porque lo habíamos hecho ya millones de veces. Confiábamos los unos en los otros y casi podíamos leernos la mente cuando nos encontrábamos en el objetivo.

Capítulo 12

Matar

Compartimentar

Aunque el mando nos había concedido unos días de permiso, a la vuelta de la misión, yo me sentía aún en el trabajo. Necesitaba recuperar la rutina de los últimos despliegues.

Quería tener algo bajo control. Me reconfortaba ir al edificio, a mi «jaula», deshacer el equipo y salir a tomar algo. Lo cierto es que deseaba estar solo.

Nunca antes había experimentado ansiedad después de una misión. Siempre era capaz de manejar el estrés, pero ahora estaba alterado. No dormía. Tenía los nervios a flor de piel. No quería hablar con nadie y evitaba incluso las llamadas de mi familia.

Oí que un compañero, que también había participado en el asalto, abría su jaula en el pasillo contiguo al mío. Aquella zona estaba muy tranquila, así que le di un segundo y me acerqué. Él había sacado todo su equipo y hacía lo mismo que yo un rato antes; trataba de esconderse en el trabajo. Organizaba todos sus materiales con cuidado, pero cuando entré en su jaula, alzó la vista.

—Eh, colega —dije—. ¿Qué haces?

—Poca cosa, supongo que un poco de limpieza del equipo —respondió.

Se le veían una terribles ojeras. Parecía cansado. El comando es un sitio duro y exigente. En cierto sentido, somos una manada de

lobos. Un grupo de machos alfa aprende a no dejar traslucir ninguna señal de debilidad. Yo conocía a este hombre desde hacía años y habíamos compartido algunas situaciones realmente duras. Podía confiarle mi vida, pero admitirle debilidades ya era un asunto muy distinto.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije en voz baja.

—Claro. ¿Qué quieres? —respondió.

—¿Consigues dormir? —dije, casi en un susurro.

Él continuó deshaciendo sus bolsas y, tras una larga pausa, se giró hacia mí.

—Nop.

Sacudió la cabeza al responder, y luego se volvió.

—Yo tampoco —intervine—. No he conseguido pegar ojo más de una hora desde que volvimos.

Aquella fue la única conversación profunda que he sostenido sobre el estrés de combate.

Había realizado cursos de tiro. Podía escalar, montar en bicicleta, pilotar un barco y manejar explosivos. El gobierno había gastado millones de dólares en entrenarme para combatir en la selva, el Ártico o el desierto. Había asistido a clases de idiomas y podía lanzarme en paracaídas en plena noche y aterrizar sobre el objetivo. Pero nunca me había preparado para manejar el estrés de combate. Pasábamos meses aprendiendo a ser un SEAL y dedicábamos unas cuantas horas cada día a mantener nuestras capacidades en buena forma, pero no habíamos recibido entrenamiento formal para manejar las cuestiones emocionales.

Antes de ingresar en el cuerpo de los SEAL, me preguntaba si sería realmente capaz de apretar el gatillo. ¿Podría defenderme? Fue un pensamiento que solo tuve antes de ser SEAL, porque ya en las misiones no hubo tiempo para preguntas. Estaba en mis cuatro palmos.

Todo cuanto hacía en el extranjero entraba en la categoría del trabajo. Me colaba en las casas de la gente mientras dormían. Si los sorprendía con un arma, los mataba, como todos los chicos en el

comando. Había participado en tiroteos colosales y había derribado a personas sin pestañear. No me arrepentía de mis acciones en combate. Todo lo que hacía en el extranjero era para proteger a los chicos que iban conmigo, y a mi país. Obedecía las normas de intervención y nunca disparé a personas inocentes.

Pero eso no significaba que todo ello no me afectase. Incluso hoy, si alguien le pregunta a Phil por «el gato», él contará la historia de una misión en Irak, en 2006.

El dron no tripulado que sobrevolaba el objetivo informó del avistamiento de media docena de hombres que dormían a cielo raso. Era verano en Irak, e incluso de noche el calor era excesivo para permanecer dentro de las casas sin aire acondicionado. El pueblo estaba formado por un núcleo de apenas diez casas bajitas, de adobe. No vimos tendido eléctrico durante la patrulla hacia la localidad y, por tanto supusimos que todo el mundo estaría durmiendo fuera.

Eran casi las tres de la madrugada cuando nos acercamos a la aldea, en silencio. Habíamos abandonado el helicóptero dos horas antes, así que la travesía hasta llegar allí había sido larga. El desierto no tenía contrastes y era muy ancho; costaba distinguir el horizonte, incluso con las gafas nocturnas. Aquella aldea podría haber estado en la Luna. A su alrededor no se veía nada en muchos kilómetros a la redonda, salvo rocas y arena. Sobre mi cabeza, el cielo estaba plagado de brillantes estrellas. Ahora, tan cerca ya de las casas, la marcha se había ralentizado: avanzábamos paso a paso, con cautela.

Era 2006 y llevábamos tres años de combates en Irak. Mi unidad operaba en la zona oeste del país. Un chivatazo nos llevó hasta la aldea. El IIR avistó milicianos y nosotros salimos corriendo hacia allí. A estas alturas, todo el proceso era bastante sencillo. Lo hacíamos cada día: descubrir, liquidar y terminar.

Hacía calor y yo notaba que el sudor se me acumulaba en la espalda, contenido por el chaleco antibalas. El jefe de la unidad dio

la orden y nos dispusimos en formación en L iniciando la maniobra de aproximación a la aldea.

La base de la L se quedaría a la entrada del pueblo y, en caso necesario, suministraría una base de fuego y cubriría nuestros movimientos. La parte vertical, en cambio, se desplazaría por dentro de la localidad en busca de los combatientes. Yo pertenecía al segundo grupo.

Oí por radio los informes de los otros equipos de asalto. Yo sabía que los drones volaban en círculos por encima de nuestra posición, a una distancia mínima para no ser audibles; eran nuestros ojos en el cielo. Contábamos además con la cobertura del AC-130 que, en caso de necesidad, nos prestaría apoyo directo inmediato. Examiné la zona en la que los drones afirmaban haber visto al grupo de personas durmiendo. Distinguí hasta diez camastros.

Había un par de hombres de pie, mirando al desierto. No hablaban, o al menos no me lo pareció. Era como si se esforzasen por escrutar la negrura de la noche en el desierto.

¿Habían oído algo?

Yo estaba seguro de que no podían vernos. Quizá oyeron el AC-130 en el cielo. Al poco rato, uno de ellos se acercó hasta donde dormían sus compañeros y comenzó a despertarlos. El otro no dejó de mirar hacia el desierto. Los insurgentes se levantaban, despacio, e iban escudriñando con la mirada a su alrededor.

El grueso del grupo se puso en movimiento y los dos hombres de guardia se encaminaron hacia la casa más próxima. Les siguieron los demás. Ninguno de ellos llevaba armas, así que no pudimos abrir fuego, pero un grupo de hombres durmiendo a las afueras de una aldea resultaba indudablemente sospechoso. ¿Dónde estaban todas las mujeres y los niños?

A medio camino en dirección a una de las casas del final del pueblo, los hombres hicieron un alto. Todo el grupo se volvió y regresó a los camastros. Nosotros nos encontrábamos a doscientos metros de su posición y, con las gafas nocturnas, podíamos distinguir todas las figuras como si fuera de día.

Ya de nuevo junto a sus catres, vi que cogían los AK-47, los lanzacohetes e incluso la ametralladora PKM alimentada por cinta. Se iluminaron varios láseres de reconocimiento y apuntaron directamente a los pechos de los combatientes mientras nuestros francotiradores cumplían con su cometido. Segundos más tarde, habían caído tres insurgentes. El resto se vio dominado por el pánico y empezó a correr de vuelta hacia la aldea. Los disparos silenciados seguían cayendo sobre ellos.

Conté cinco insurgentes muertos. A estas alturas de guerra, éramos ya muy conscientes de que no debíamos correr a buscar nuestra propia muerte, de modo que nos detuvimos un momento. La base de la L seguía en su puesto. Esperábamos que el enemigo no hubiera notado nuestra presencia en su flanco derecho. Desde nuestra posición, aún no habíamos abierto fuego, en un esfuerzo por pasar inadvertidos.

Minutos después oí la voz del jefe de la unidad en la radio.

—Bien, chicos. La base conservará la posición y el grupo de maniobra inicia ahora el asalto.

Eso significaba que la parte izquierda de la L, la de maniobras, comenzaría a despejar lentamente el camino por entre los edificios. Lo habíamos hecho un millón de veces antes y la táctica era la misma de siempre. El asalto, o táctica en L, se había usado a lo largo de toda la historia.

Revisé mi equipo rápidamente y planté mi rodilla en el suelo; aguardaba la orden de movimiento.

—De acuerdo —oí decir al jefe por radio—. Adelante.

Nuestra sección se levantó al completo y comenzamos el avance por parejas. Dos o tres SEAL se adelantarían con las armas listas para disparar y se situarían a la cabeza del grupo, sin distanciarse mucho. Entonces se arrodillarían y se harían cargo de la seguridad hasta que el resto de la unidad hubiera rebasado su posición.

No era una maniobra rápida, y desde luego no era excitante, pero sí era la forma más segura de aproximarse al enemigo; sobre todo, habiendo perdido el elemento sorpresa.

Vi unos cuantos láseres que examinaban los accesos. El instinto nos empujaba a actuar con rapidez, pero mantuvimos un ritmo lento y contenido, siempre preparados para abrir fuego a la primera señal de peligro. Estábamos a punto de entrar en la aldea, cuando vimos a cuatro hombres que corrían a la carrera de nuevo en dirección a los camastros.

—Parece que esos tipos han olvidado algo —oí por radio.

Aquellos tíos tenían que tener muchos huevos para salir corriendo a recuperar sus armas, sobre todo teniendo en cuenta que ahora sus camastros y sus armas estaban cubiertos con los cadáveres de sus amigos.

Yo me encontraba a menos de cien metros de ellos. Levanté mi arma y apunté hacia el primero del grupo. Parecía muy nervioso y corría con los ojos muy abiertos. Se detuvo prácticamente en seco, jadeando, y empezó a escarbar entre los pliegues de su catre. Se arrodilló y vi que sacaba un AK-47.

Apunté con mi láser a su pecho y disparé. Mis compañeros también abrieron fuego. Todos alcanzamos al mismo tipo en una rápida sucesión y lo derribamos. Nuestras balas levantaron una pequeña nube de polvo, cubriendo la zona antes ocupada por el insurgente. Empecé a buscar al segundo y vi cómo caía desplomado. Uno a uno, seguí los láseres persiguiendo el próximo blanco hasta que los cuatro hombres yacieron en el suelo, inmóviles.

Nos detuvimos de nuevo para valorar la situación.

Arrodillado en el suelo empecé a examinar los edificios vecinos, esperando la aparición de más «héroes». Phil, el líder de mi equipo, se arrodilló también a mi lado y oí que me susurraba.

—Ha sido interesante —dijo—. Creo que estos chicos quieren luchar de verdad. Vayamos despacio y con cuidado. Estos van en serio.

—No dejéis de moveros —interrumpió el jefe de la unidad por radio.

Phil y yo nos levantamos y continuamos avanzando hacia el edificio más próximo. Me detuve en la entrada y aguardé. Phil me pellizcó el hombro para indicarme que íbamos a entrar. La casa era pequeña, con un vestíbulo que conducía a una sala única. El aire dentro era bochornoso y no vi nada al explorar la estancia. El suelo de mosaico estaba cubierto por una alfombra y había un sofá raído en uno de los extremos. Oía el ruido de mis colegas en la cocina, frente al vestíbulo.

Crucé rápidamente la estancia principal y entré en un dormitorio. No había nadie en el interior, pero pude ver esterillas y cojines en el suelo. Habían abandonado la casa.

—Un edificio despejado; quedan al menos otros quince más —pensé mientras nos dirigíamos hacia otra casa.

Quizá lo encontramos vacío porque los civiles que lo habitaban se marcharon al aparecer los combatientes. O quizá la casa estaba comunicada con los milicianos y estos se habían replegado y ahora nos esperaban en la oscuridad. Me sacudí aquellos pensamientos de la cabeza y traté de concentrarme en la tarea que me ocupaba.

Mi equipo pasó los siguientes treinta minutos despejando los edificios de la aldea, uno por uno. Más tarde, ya de vuelta, yo iba detrás de Phil. El pueblo era un laberinto y no habíamos dado con más milicianos. Tenían que estar en alguna parte. Yo examinaba todas las ventanas y puertas, esperando a que apareciese alguno.

Un poco más adelante, avisté a un tipo que miraba desde la entrada de una casa; quería ocultarse detrás de la puerta, pero no se retiró lo suficiente. Esperaba a que nos aproximásemos, pero yo había distinguido el cañón de su AK-47. Por suerte, todo estaba oscuro. Al menos, para él. Nosotros teníamos nuestras gafas de visión nocturna.

Al principio no estuve seguro de si Phil también lo había visto. El tipo echó la cabeza atrás y entonces vi que el láser de Phil iluminaba el lugar donde antes estaba la cabeza. El tipo volvió a asomarse, tratando de dar con nuestra posición. Ahora el láser de Phil le apuntaba directamente en la frente.

Oí varios disparos silenciados del MP7 de Phil y la cabeza desapareció.

Aseguré la ruta y los edificios contiguos mientras Phil y el resto del equipo entraba por la puerta donde habíamos visto al insurgente. La casa se encontraba en el extremo opuesto del grupo de casas que acabábamos de despejar.

Volví a mirar hacia la puerta después de que Phil y los chicos hubieran entrado. Se veían los pies del combatiente iraquí en la entrada. La radio me informó de que mis compañeros trabajaban con el AC-130 para seguir el rastro de dos *cagandoleches*.

Dos milicianos atravesaron la aldea corriendo, aparecieron en el otro extremo y trataron de ocultarse huyendo en dirección al desierto. Inmediatamente quedaron enfocados por las cámaras de infrarrojos del IIR y del AC-130. Un equipo de cuatro SEAL y un perro de combate salieron a perseguirlos. El AC-130 se ladeó y puso rumbo al grupo. Yo seguía su avance por radio. Finalmente oí el retronar del armamento del AC-130.

Cuando mis colegas llegaron a los cuerpos, se encontraron ante un espectáculo espeluznante. Uno de los combatientes parecía haber estallado de dentro hacia fuera. Tuvo que ser alcanzado por uno de los obuses de 105 milímetros de la aeronave, que doblan el tamaño de un bolo y pueden causar grandes daños.

De nuevo en la aldea, yo continuaba ocupado con la seguridad cuando oí la voz de Phil en la radio.

—Alfa Dos a Alfa Uno —dijo, utilizando nuestros indicativos de llamada—. Te necesito aquí.

Encendí mi comunicador.

—Recibido —contesté—. Voy para allá.

Pasé por encima del cadáver del miliciano y vi a Phil y a dos de mis compañeros registrando la sala principal. El arma del combatiente estaba apoyada en la pared opuesta del vestíbulo. Phil le había quitado el cargador y había vaciado la recámara.

Volví a observar el cadáver del insurgente. La cabeza yacía en el suelo, junto a la puerta que conducía a la estancia principal. Si aquel

hombre no se hubiera dejado ver en la entrada, era bastante probable que Phil y yo no lo hubiésemos detectado. Con algo más de paciencia, habría caído sobre nosotros.

El disparo de Phil había sido realmente bueno. La bala le dio justo encima de la nariz, en la base de la frente. Tenía media cara destrozada y el ojo aún entero miraba, carente de expresión, hacia el techo. La sangre se acumulaba lentamente en un charco detrás de su cabeza.

Yo desvié la vista cuando un movimiento casi imperceptible llamó mi atención. Junto al charco de sangre había un gatito a manchas, de aspecto desgraciado y costillas hundidas. No imaginaba de dónde había salido, pero no era extraño ver gatos merodeando en las aldeas de Irak. El felino husmeó la sangre y vi cómo sacaba la lengua rosada y lamía el fluido rojo.

Yo estaba preparado para ver cadáveres y, en aquella época, había llegado incluso a acostumbrarme en cierta medida, pero aquella escena del gato y el charco de sangre me provocó una sensación extraña. No lo esperaba. Era de una truculencia insoportable.

Me di la vuelta y empecé a registrar la casa. Vi una puerta al otro lado del vestíbulo y fui hacia ella. Daba paso a un pequeño distribuidor y, desde allí, llegué a la cocina.

Sobre la encimera se acumulaban las ollas, en montones irregulares. La habitación entera olía a aceite y especias. En una esquina se abría un agujero para la cocina. Empecé a mover las ollas, buscando armas o cualquier cosa que pudieran haber dejado los milicianos. La zona estaba asegurada, así que no fui silencioso. Estaba removiendo el interior de un armario cerca de la puerta cuando oí algo detrás de mí.

Era como un sollozo o un gemido.

Me volví, agarrando el fusil con una mano, y vi a un niño pequeño acurrucado en un rincón. Se había encogido detrás de un montón de mantas, y mis colegas pasaron por alto su presencia en el primer registro. Me agaché para verlo mejor. No sabía si estaba

herido. Tenía el pelo revuelto. Las lágrimas habían limpiado parte de la suciedad de sus mejillas. Parecía tan desgraciado como el gatito que lamía la sangre del vestíbulo.

Miré por encima de mi hombro y me di cuenta de que, desde su posición, había podido ver al hombre de la entrada en el momento en que recibió el disparo. Yo no tenía idea de si aquel sería su padre o solo un combatiente que se escondía en la casa. En cualquier caso, nos había visto dispararle y, probablemente, también había visto al gato lamiendo la sangre.

«¡Uf! He visto mucha mierda, pero este pobre niño va estar jodido el resto de su vida por culpa de esto», pensé.

El niño temblaba de miedo. Probablemente, creía que también íbamos a matarle. Además, pensé que con todas mis armas y el equipo que llevaba pegado al cuerpo debía transmitir una imagen bastante amenazadora.

El pequeño siguió sollozando. Yo saqué del bolsillo una barrita luminosa y la agité; la habitación se llenó de una luz verdosa. También saqué un caramelo y se lo acerqué. Al principio, no quería mirarme a los ojos.

Sacudí la barrita de luz.

—Oye, colega —dije—. No te haré daño.

Yo sabía que él no entendía mis palabras, pero albergaba la esperanza de que captase mi tono. Despacio, levantó la mirada. Me examinaba, tratando de evaluar si yo constituía una amenaza. Intenté sonreír, pero era consciente de que con todo mi equipo una sonrisa no bastaba.

Él miró hacia otro lado y luego me arrebató la barrita de luz y el caramelo de las manos. No se comió el dulce; lo guardaba en el puño apretado. Establecí comunicación por radio para averiguar dónde tenían a las mujeres y los niños. Estaban todos en una casa, a poca distancia, así que me levanté y le hice señas para que me siguiera.

Al principio no se movió.

—Vamos, colega —dije—. Te llevaré con los demás.

No me comprendía. Tomé su mano y lo conduje hasta la casa. Intenté tapar la visión del combatiente muerto y del gato lamiendo el charco.

«Vaya putada» pensé. «Este niño no tiene más de cinco años y lo ha visto todo.»

Caminamos por el pueblo. Al llegar a la casa, se oía el sollozo de algunas mujeres y los niños. Un compañero vigilaba la puerta. Cuando el pequeño reconoció al resto de los niños y a las mujeres, se soltó de mi mano y fue hacia el centro de la habitación. No me quedé. Tenía trabajo que hacer y sabía que el chico estaba a salvo.

De regreso a la casa para proseguir con el registro, continuaba viendo la imagen del gato que lamía el charco de sangre y al niño observando desde el otro lado de la habitación mientras le volábamos la cabeza a un hombre. Sin embargo, eliminé aquella fotografía de mi cabeza inmediatamente y reanudé la exploración.

No tenía tiempo para pensar en ello. Después de las misiones, bloqueaba los recuerdos. Sé que, para algunos muchachos, matar supone un mal trago. Yo disparaba desde lejos y a quemarropa. Pero siempre lo racionalizaba: si no hubiera disparado contra el enemigo, él habría matado a uno de mis colegas, o a mí mismo. No necesitaba más explicaciones.

Pero, de vuelta en casa, en el mundo real, eso no ayudaba a simplificar las cosas.

Mis primeros despliegues me superaban. No conocía el proceso; no sabía qué podía esperar. Pero después de trece destinos, podía conectar y desconectar mis dispositivos mentales con bastante habilidad. Compartimentaba el estrés y lo mantenía a raya, apartado de mi vida de diario.

Recuerdo estar conduciendo de vuelta a casa desde la base, recién llegado después de un despliegue en Irak. Había tránsito y casi rebaso la mediana para sortearlo. Durante la primera temporada de guerra en Irak, nos salíamos de la carretera cuando los conductores iraquíes se interponían en nuestro camino. Quedarse atascado en el tránsito de Irak era un suicidio. Los coches

bomba eran una amenaza constante. Quedarse quietos nos convertía en un blanco. Así que tratábamos de estar siempre en movimiento. No dejábamos que otros coches entrasen en nuestro convoy. Les lanzábamos piedras contra las ventanas, les rompíamos el parabrisas y les reventábamos los neumáticos.

Pero una vez en casa se esperaba de nosotros que olvidásemos cuanto habíamos hecho para sobrevivir en el extranjero. ¿Cómo iba a dejar todo aquello atrás? No lo sé. Solo sé que fui aprendiendo a compartimentar las cosas y que cada día lo hacía mejor. Simplemente, bloqueaba la mayor parte de la carga emocional. Me esforzaba por superar la confusión de vivir una vida en el extranjero y otra en casa. No era fácil.

Tenía que tomar decisiones conscientes para controlar mi vida. Era una lucha, en la que vencía aprovechando muchas de las lecciones aprendidas durante el adiestramiento SEAL. Me limitaba a impedir que los efectos del combate tomasen el control. Era como un anuncio de Las Vegas: lo que sucedía en Afganistán se quedaba en Afganistán. De vuelta en casa, jamás hablaba del trabajo con nadie, salvo con los compañeros.

Pero tras la misión [redacted], no pude librarme del estrés; la misión se colaba fuera de mis compartimentos mentales. Al salir de la jaula, después de la charla con mi compañero, me sentí mejor. Me tranquilizó saber que otros recurrían a las mismas acrobacias mentales que yo. No era el único a quien le costaba asumir toda la mierda que salía después de un asalto.

Años antes, la Marina quiso empezar a tratar el estrés de combate. La primera idea fue hacernos pasar unos días extra en Alemania después de los despliegues, cuando ya íbamos de regreso a casa. Querían que nos relajásemos. Era la época en que el desorden por estrés postraumático aparecía en las noticias y los funcionarios reclamaban medidas para el aumento de casos.

Antes de Alemania, a veces nos mandaban a casa a las veinticuatro horas de haber terminado la misión. Yo podía estar en medio de un tiroteo en el extranjero y, veinticuatro horas más tarde,

me encontraba en mi restaurante mexicano de siempre, pidiendo los dos tacos y el burrito de rigor. Suena muy extraño, pero probablemente cuando me detenía en aquel restaurante estaba levantando el muro de otro compartimento en mi cerebro; me ayudaba a mantenerlo todo separado.

Tras el cambio de políticas, hacíamos un alto en Alemania y el psicólogo del comando se reunía con nosotros y nos enseñaba a lidiar con el estrés de combate y la reintegración en el mundo civil. Para los chicos con familias, el entrenamiento se basaba en las rutinas familiares. Lo curioso es que pasábamos unas semanas en casa y enseguida nos marchábamos a la siguiente rotación de entrenamiento, con lo cual eran muchas las semanas que vivíamos en ninguna parte.

Al final, el montaje de relajarnos en Alemania acabó en nada. Cabreaba a nuestras familias y novias porque alargaba tres días nuestro despliegue. Eso sin mencionar la peste a cerveza alemana que traíamos de vuelta.

El mando sustituyó el alto en Alemania por un nuevo sistema. Todos nos reuniríamos con un psicólogo del comando. Teníamos que asistir a una única reunión de treinta minutos después de cada despliegue. Aquel tiempo servía para comentar cualquier problema que pudiéramos tener. En una ocasión, me presenté en mi sesión con otro compañero, Gerry. No creíamos en el sistema y se había convertido en otro punto más de la lista de cosas pendientes al terminar una misión. Cada uno tenía que haber pasado por sus treinta minutos antes de poder gozar de un permiso o unas vacaciones. Los más veteranos se saltaban el trámite, pero para nosotros era un requisito obligado. Teníamos que haber puesto la cruz en aquella casilla para que la Marina pudiera decir que nos había asesorado y entrenado en el manejo del estrés de combate.

Uno de los últimos días, Gerry y yo nos presentamos en el despacho de la psicóloga. No sé si me tocaba a mí o a Gerry, pero la psicóloga quedó desconcertada al vernos entrar a los dos juntos.

Estaba embarazada y no le faltaban más de tres semanas para dar a luz. Parecía tan cansada como nosotros.

—Escucha, no tienes mucho tiempo —dijo Gerry, señalando hacia su tripa—. Nosotros te ahorraremos treinta minutos haciendo una sesión conjunta.

Tras pensarlo un momento, nos indicó que entrásemos en su despacho. Gerry aposentó su cuerpo de metro noventa y cinco de altura en el sofá. Yo tomé asiento frente a ella, que se sentó en su silla y tomó el bloc de notas.

—Ahora trataremos temas delicados. ¿Estáis de acuerdo en hacerlo conjuntamente? —preguntó.

—Gerry lo sabe todo de mí —dije—. Y yo lo sé todo de él. Estamos bien.

—De acuerdo —respondió, sacando el bolígrafo y empezando con algunos formulismos.

Pasó casi todo el tiempo haciendo preguntas sobre cómo manejábamos el estrés y si teníamos síntomas de estrés postraumático; recuerdo que nos pasó una hoja con una lista de los síntomas. Me tomé un minuto y la leí. En la descripción figuraban los problemas para conciliar el sueño, evitar las multitudes y quedarse con la espalda pegada a la pared en un restaurante.

Al terminar, reí para mis adentros.

«Vaya mierda, creo que los tengo todos», pensé.

Mi vida discurría como siempre, pero definitivamente notaba los efectos de todos y cada uno de los síntomas.

Sonreí a la doctora y no dije una palabra.

Cuando Gerry hubo terminado, me tocó a mí formular algunas preguntas.

—¿Por qué no estamos más jodidos? —pregunté—. ¿Por qué la mierda que hemos visto no nos altera más? Hablas de estrés postraumático. A Gerry y a mí nos han entrenado para resolver casi cualquier situación o táctica de combate que pueda surgir, pero nunca hemos recibido un minuto de instrucción para manejar la parte emocional de todo esto.

Ella asintió.

—La mejor explicación que puedo ofreceros es el BUD/S —respondió ella.

La fortaleza mental, la determinación y el empuje que aprendemos durante el BUD/S, también nos ayuda en el combate. En ese curso, nos obligan a superar nuestros límites físicos y mentales. Aprendí que podía realizar cosas que consideraba muy por encima de mis capacidades. Por eso, decía la doctora, éramos más fuertes que la media.

—Entonces, ¿la resistencia mental que desarrollé y aprendí a usar durante el BUD/S es la misma que aplico para superar el estrés de combate? —pregunté.

La psicóloga sonrió.

—No es tan sencillo —dijo ella—. Pero el BUD/S ayuda porque la mayor parte del entrenamiento se basa en la resistencia mental. No es malo que todos los SEAL tengan una forma de pensar parecida. Cada uno de vosotros se ha ofrecido voluntario, una vez tras otra, para participar en situaciones de combate.

Tenía razón. Desde los inicios de mi carrera sabía que yo quería estar en la línea de fuego. Aceptaba los riesgos, pero también era consciente de que era un reto que quería mirar de frente. ¿Sería capaz de enfrentarme al estrés de combate en lugar de quedarme encogido? Creo que, en cierta forma, yo sabía que superar los límites personales no solo era la clave para convertirse en un SEAL, sino también para alcanzar el éxito en la vida.

—Entonces, ¿me estás diciendo que el BUD/S me hizo más fuerte? ¿O que el BUD/S eliminó mi debilidad? —pregunté.

Con aquella pregunta la dejé cortada. Antes de que pudiera responder, Gerry intervino.

—Yo creo que tenemos más fortaleza mental que nadie en el planeta —dijo con una sonrisa.

Obviamente, era cachondeo.

Visto hoy, Gerry le demostró a la doctora que nosotros manejábamos el estrés recurriendo al humor. Cuando las cosas se

ponían feas, siempre conseguíamos cambiar de tema. Poníamos una barrera a los problemas o les quitábamos importancia y seguíamos adelante. No había forma de asumir todo lo que habíamos visto y hecho. Era más sencillo reír e ignorarlo.

Salimos del despacho de la psicóloga pasados los treinta minutos y nunca volvimos a hablar de aquello. Ya teníamos la cruz en la casilla y podíamos marcharnos. Por supuesto, solo pasarían dos semanas hasta el momento en que volviésemos a subir al tren y reanudásemos los entrenamientos y los despliegues.

Con el tiempo, empecé a dormir mejor y encontré cierto consuelo en saber que era lo suficientemente fuerte para compartimentar las traumáticas experiencias que vivía en el extranjero. Aún conservo la lista que me dio la doctora. De vez en cuando, la releo y sigo notando todos los síntomas que aparecen. Desde el accidente del helicóptero en el asalto [redacted] hasta el pequeño gato desnutrido que lamía el charco de sangre de la cabeza del combatiente, cada vivencia tiene su propio compartimento. Los síntomas no desaparecieron ni siquiera después de abandonar la Marina. Escogí bloquearlos.

Todos vivimos el estrés de combate, de una forma u otra. Yo no lo he manejado perfectamente y, sin duda, mis recursos no son los adecuados para todo el mundo. Ser SEAL significa vivir una vida y una carrera difíciles. Los sacrificios exceden con mucho a lo que yo había imaginado, pero si alguien me pregunta si repetiría la experiencia, sin duda, la respuesta será sencilla.

Sí.

Epílogo

La última parada del tren

En mi último día en la Marina, recorrí los despachos del alto mando, asegurándome de que todo el papeleo estaba correcto.

Era un hermoso día de primavera y ya había vaciado mi jaula y me había despedido de la unidad. En los dos últimos meses, aquella decisión me tuvo muy angustiado. Había pasado trece despliegues en combate, sin descansos. Por primera vez en toda mi carrera, admitía estar cansado, exhausto incluso. El imparable ritmo de los despliegues, los entrenamientos, otro despliegue y más entrenamiento empezaban a cobrarse su precio. Yo siempre había imaginado que pasaría veinte años en los SEAL, o moriría en el camino. Marcharme era un paso muy importante que no podía dar en el vacío.

Tomé la decisión del mismo modo que habría hecho en combate. Primero, pedí consejo a mis colegas más próximos para tantear el terreno. En conjunto, todos pensaron que estaba loco. Llevaba catorce años en la Marina y solo necesitaba seis más para conseguir la pensión. Pero mi periodo de alistamiento había terminado y debía tomar una decisión. Podía volver a enrolarme cuatro años más, con otro despliegue, y luego me trasladarían a un puesto administrativo; o podía marcharme y probar a vivir de algún modo una vida civil, normal y corriente.

Casi había concluido mi periodo como líder de equipo, que posiblemente sea el mejor trabajo en el comando. Lo único que podía esperar por encima de aquel puesto era pasar a ser jefe de unidad. Pero para ello debía soportar al menos dos años de preparación. La guerra en Afganistán se extinguía y, con las nuevas normas de intervención, sabíamos que las «buenas operaciones», solo con los chicos del equipo, habían desaparecido casi por completo. Los despliegues se hacían largos y con poca acción. Yo había ingresado allí para luchar, no para esperar sentado.

El comandante supremo me hizo pasar a su despacho. Le habían llegado rumores de mi decisión de no alistarme de nuevo y quería hablar conmigo. Era un gran líder de los que no se andan con tonterías. Era respetado en el mando y le debía una explicación.

—He oído que se va —dijo mientras me sentaba.

Asentí.

—No puedo más —dije—. Tengo la sensación de que, si no cambio ahora, me quedaré en la Marina con otro contrato de cuatro años, y dudo que este trabajo siga siendo el mismo para el que me alisté.

—Le comprendo —respondió él—. Yo llevo aquí más de veinte años y, antes de cumplir las dos décadas, yo mismo había pensado en marcharme varias veces. Usted solo lleva seis, sin embargo, y es un activo valioso para el equipo. No nos gustaría nada perderle.

Agradecí al jefe sus amables palabras, pero yo había tomado mi decisión. Nada de lo que pudiera decir cambiaría mi parecer.

—Soy consciente de lo que dejo —respondí—. Pero este trabajo nunca ha tenido nada que ver con el sueldo. No se trata del rollo de la pensión que conseguiría si pasase aquí veinte años. Adoro este trabajo más que cualquier otra cosa en el mundo y ha sido lo primero en mi lista de prioridades durante casi catorce años.

Él asintió. Sabía de qué sacrificios hablaba, porque los había experimentado en primera persona antes que yo.

—La guerra se está terminando, después del próximo despliegue me retirarán de mi escuadrón de operaciones y se habrá terminado

la diversión —proseguí—. Sinceramente, creo que es el momento de pasar a otra cosa y descubrir otros caminos en mi vida. La idea de tomarme un descanso y ser capaz de escoger realmente mi propio ritmo suena muy bien.

Todos llevábamos años de esfuerzo, pero el jefe no me dejaría salir de su despacho a menos que yo tuviera un plan.

—¿Tiene algo preparado ahí fuera? No quiero que se convierta en un vago —dijo con una mueca—. No voy a soltarle ningún discursito para que se quede en el equipo. Entiendo su postura y le deseo que sea feliz. Ha cumplido con su parte del combate. Ahora, lárguese de mi despacho y que tenga mucha suerte.

Luego fui a ver a al comandante de mi antiguo escuadrón. Él había sido el primero en recibirnos a la vuelta de nuestro último despliegue. Se acercó corriendo al avión cuando aterrizamos y nos dio la mano. Tras la misión, pasó a ser el jefe interino.

Para subir a la tercera cubierta, la zona de descanso de los oficiales, tenía que ponerme el uniforme y meter los pantalones por dentro de las botas. Me quité los pantalones cortos y la camiseta y me arreglé el pelo con un poco de agua. A continuación, subí a ver al comandante.

En cuanto me vio, me hizo pasar a su despacho. Mientras tomaba asiento en la silla que había frente a su escritorio, me fijé en el mobiliario de caoba maciza y en las paredes cubiertas de placas y otros recuerdos especiales. También vi un colchón azul arrinconado en una esquina de la habitación.

—¿Qué podemos hacer para que se quede? —dijo—. Es usted uno de los líderes de nuestra comunidad. Un día dirigirá este lugar.

Me honraba, pero negué con la cabeza.

—Ha llegado el momento de cambiar —respondí—. Como le he dicho al jefe, no puedo más.

El comandante no quería oírlo. No me dejaría marchar sin una charla para motivarme; tenía todo un argumentario.

—Mire —dijo—, esta es su vida. Usted es como yo, que duermo en el despacho. Somos guerreros de corazón.

No mentía. Él no se tomaba vacaciones ni tiempo libre. Cada día se esforzaba por demostrar su dureza y su entrega a la misión. Yo comprendía su postura, pero llevaba casi catorce años con el mismo tipo de compromiso. La diferencia era que yo no tenía un despacho donde dormir. Mierda, todo el mundo en el mando había hecho lo mismo, si no más.

—Señor, se lo digo de verdad, en cierta medida tengo la sensación de abandonar algo por primera vez en mi vida —dije.

Él no contestó. Comprendió que ya me había ido, o esa fue mi impresión.

No podían hacer nada para que me quedase en el comando.

—He vivido mucho tiempo haciendo caso de mi instinto y, ahora mismo, el instinto me dice que tengo que bajarme de este tren tan rápido —proseguí.

—De acuerdo, está bien, si no puede cambiar de opinión, lo comprendo, y le deseo la mejor suerte en su futuro —añadió el comandante. Había dejado de intentar convencerme. Para él, solo era otro tipo que se apeaba.

Me levanté, le di la mano y volví a la zona de las jaulas. Me crucé con unos cuantos compañeros. Ya habíamos hablado de mi decisión y, como verdaderos hermanos que eran, la comprendieron y solo deseaban que yo fuera feliz. Pero, en el momento en que decidí no realistarme, también pasé a ser su excompañero.

—Tú, cabrón, ¿no tendrías que estar ya trabajando detrás de una mesa? —dijo uno de ellos.

—Sí, culo gordo, buena suerte con los informes del SPT —añadió otro.

Sus visiones de mi deprimente vida civil provenían de la película *Trabajo basura*, que nosotros habíamos visto miles de veces durante los despliegues. Ya me veían en un cubículo, vestido de camisa y corbata. En los días previos a mi última visita, recibí una placa con mi nombre mal escrito que conmemoraba mi servicio en el escuadrón y los SEAL.

Todo aquello me pareció un poco vacío.

La culpa no era de mis compañeros. Ellos se alegraban por mí, pero yo sabía que estaban concentrados en la próxima misión o en el siguiente viaje de entrenamiento. Durante más de una década, había trabajado mis aptitudes para ser el mejor SEAL posible. Pero eso formaba parte del pasado y yo cruzaba aquella puerta por última vez.

Me lo planteaba como un cirujano que, tras años de estudio y de trabajar en el quirófano, se convierte en uno de los 250 mejores cirujanos del país. Luego, tras solo catorce años ejerciendo, decide dejarlo y empezar de cero. Sencillamente, devuelve las llaves del quirófano tras haberlo cerrado y comienza otra vez.

Al subir al camión para volver a casa, tuve un sentimiento que llevaba años esforzándome por controlar: miedo. Estaba asustado. Todas las preguntas que habían quedado sin respuesta aparecieron en mi pensamiento.

¿Qué haré con el resto de mi vida?

¿Cómo me reinventaré?

¿A qué recurriré?

Mierda, ¿qué acabo de hacer?

La decisión de dejar la Marina ha sido la más difícil de mi vida. Todos mis amigos seguían en el comando. Ellos continuarían con los despliegues y los sacrificios que conlleva el trabajo. Tenía la sensación de estar abandonando, y nos habían enseñado a no hacerlo. Era como dejar a mis compañeros tirados. Pero por duro que fuera, en el fondo, sabía que estaba tomando la decisión correcta. Lo difícil sería recordarlo.

Estaba quemado.

Había puesto a los SEAL y al servicio a mi país por encima de todo, incluidas las relaciones sociales, la familia, las vacaciones, el tiempo libre y la vida normal. No disfrutaba de unas verdaderas vacaciones desde hacía años. Mi cultura de la música pop tenía grandes lagunas. No sabría decir quién ganó la Super Bowl en tal año o cuantas veces había vuelto a escena Britney Spears.

Pero sí podía hablar de las mejores tácticas para derribar un bastión de los talibanes. Era muy bueno lanzándome en paracaídas, en el tiro y en muchas otras de las habilidades de los SEAL; sin embargo, no son capacidades que cuenten con mucha demanda en la vida civil. No tenía ni idea de cómo se traducirían mis aptitudes una vez apeado del rápido tren de los SEAL. Me había apartado de mi propósito en la vida y, ahora, todas las habilidades que necesité para sobrevivir siendo un SEAL quedaban obsoletas. Tenía que volver a definir mi vida y mis objetivos. En cierta forma, había vuelto a Alaska, pero esta vez sin un sueño como guía.

El libro *Un día difícil* fue mi primer paso hacia un nuevo propósito.

Una de las primeras cosas de las que hablé con mi coautor, Kevin Maurer, al empezar a trabajar en *Un día difícil* fue del libro *Men in Green Faces* (Los hombres de la cara verde), del antiguo SEAL Gene Wentz. Fue la novela que me inspiró para convertirme en SEAL. Yo consideraba aquel libro, y muchos otros similares, como una herramienta esencial en mi anhelo por ingresar en el cuerpo de los SEAL. Los libros eran mejores que los anuncios o los carteles de reclutamiento, porque me permitían vivir el mundo de los SEAL de primera mano. Lo mismo les había sucedido a muchos de mis compañeros de trabajo. De jóvenes, todos habíamos leído libros sobre los SEAL.

Phil, uno de mis mentores y mejores amigos, leyó el *Delta Force: The Army's Elite Counterterrorist Unit* (Delta Force: la unidad antiterrorista de élite del Ejército), del coronel Charlie Beckwith, el primer comandante de la unidad. Cuando lo terminó, escribió una carta a Beckwith contándole que soñaba con unirse a los Delta.

Siete meses más tarde, Phil recibió una respuesta. La nota manuscrita lo animaba a soñar siempre con lo más grande y le decía que podía conseguir lo que se propusiera. Fue la carta que lo animó a perseguir su ilusión. Aquella carta de Beckwith puso a Phil en su camino hacia una asombrosa carrera de servicio.

Yo escribí *Un día difícil* para animar a los jóvenes y para compartir con el mundo los sacrificios con que nuestros hombres y mujeres se enfrentan a diario. Quería que la gente comprendiese a nuestra comunidad, formada por personas que asumen el peligro cada día. Quería mostrar al mundo la parte humana de un SEAL después de tantos meses del culto al héroe por parte de los políticos.

Sentado en el despacho de mi casa, decorado con recuerdos de mis años como SEAL y con la foto de mis clases de adiestramiento en el BUD/S en la pared, trabajé en el libro hasta que sentí que había captado la inquietud y la cultura de la comunidad SEAL a la perfección. Escribí el libro del mismo modo en que me había entrenado antes, buscando la ayuda de colegas, familiares y *swim buddies*. Mis amigos me dieron muchos consejos cuando les conté que estaba escribiendo un libro. Me rogaron que lo hiciera «bien», que no escribiera otro libro egocéntrico, lleno de batallitas, que solo girase en torno a mí.

—No seas el típico gilipollas que se cree un superhéroe —decía un amigo—. Asegúrate de hablar del equipo.

Otro colega se rió cuando le conté el proyecto.

—Oye, tío, si la comunidad SEAL puede soportar un éxito de taquilla en Hollywood como la película de acción *Acto de valor,* harás bien en sacar un libro que devuelva el respeto a la comunidad.

Hice cuanto estaba en mi mano para que *Un día difícil* fuese un libro sobre el equipo y sobre los hombres y mujeres con quienes he servido durante más de doce años. Al terminarlo, esperé que la editorial lo diera a conocer. Yo volvía a ser el novato y confié en los expertos para que me ayudasen con el lanzamiento del libro. En agosto de 2012, cuando salieron a la luz las primeras noticias sobre mi trabajo, me quedé asombrado ante la magnitud de la cobertura. Probablemente, no tenía noción del embrollo en el que me estaba metiendo. La demanda del libro superó con mucho mis expectativas, igual que las reacciones en contra.

Estaba de pie en la pista de aterrizaje, preparado para un evento de paracaidismo que ofrecía una organización benéfica en San Diego, cuando me enteré de la noticia. Yo saltaba con personas que hacían donaciones para la Fundación SEAL a cambio de poder tirarse en paracaídas con un SEAL.

Había vivido situaciones estresantes, pero saber que mi nombre se había filtrado a la prensa figuraba entre mis peores momentos, sin duda alguna. Durante una décima de segundo, el estrés pudo conmigo. A posteriori supongo que fue ingenuo por mi parte pensar que podría conservar la privacidad, pero nunca pensé en ello detenidamente.

«Vale, qué mierda», pensé.

Me retiré de la multitud que se preparaba para saltar y me tomé un minuto para recomponerme. Mi entrenamiento se activó y comencé a preparar una lista de prioridades. Las aptitudes que creía perdidas hacía tiempo afloraron de repente. Era como cuando los instructores me quitaron la capucha en la sala de pruebas. Volvía a vivir la misma situación de entonces. Enseguida tenía una lista de cosas que hacer. Tras los saltos, me pondría con ella.

¿Qué podía cambiar? Mi nombre ya se había filtrado. No había forma de alterar nada en los medios. No podía volver a meter las palabras en la boca del productor de la Fox News, aunque me habría encantado encontrarme con él e intentarlo, con el pie.

En primer lugar, tenía que asegurarme de que mis padres se trasladasen a un lugar seguro, lejos de los entrometidos ojos de los medios. Luego, debería restringir mi perfil. Me sorprendí ante la cantidad de información que hay y que se puede encontrar en la red. Al fin, dejé de preocuparme por las filtraciones. Estaban fuera de los límites de mis cuatro palmos. Tenía que centrarme en las cosas que sí podía cambiar.

Uno de los organizadores del evento de saltos me hizo señas con la mano. El avión estaba listo. Seguía teniendo que saltar. Me había comprometido con los de beneficencia y no los dejaría colgados. Cogí el estrés del libro y de la situación con los medios y

lo aparté a un lado, dejándolo al margen de mi ocupación actual. Los problemas relativos al libro me estarían esperando cuando aterrizase.

La portezuela del avión se abrió y salté al cielo azul cristalino de San Diego; me sentí en paz. Seguir el procedimiento de saltar en paracaídas me resultó reconfortante porque dejaba poco sitio en mi cabeza para cualquier otra cosa.

Tras enterarme de que se había divulgado mi nombre, aprendí casi de inmediato que las aptitudes que yo había trabajado durante más de una década también tenían sentido en el mundo civil. Al concentrarme en ellas, el drama en torno a la publicación de *Un día difícil* y la transición a la vida civil no se convirtió en algo fácil, pero sí en algo manejable.

Encendiendo un fuego en Alaska, de adolescente. En los despliegues más fríos, siempre llevaba el gorro de piel de castor que me hizo mi madre.

Mi primer encuentro con un SEAL, con la fantástica camiseta que me quité a toda prisa y nunca más volví a usar.

Mi *swim buddy* y yo en la habitación de nuestro hotel, esperando el aviso para embarcar en el U-Haul. Foto tomada durante los ejercicios en Ketchikan.

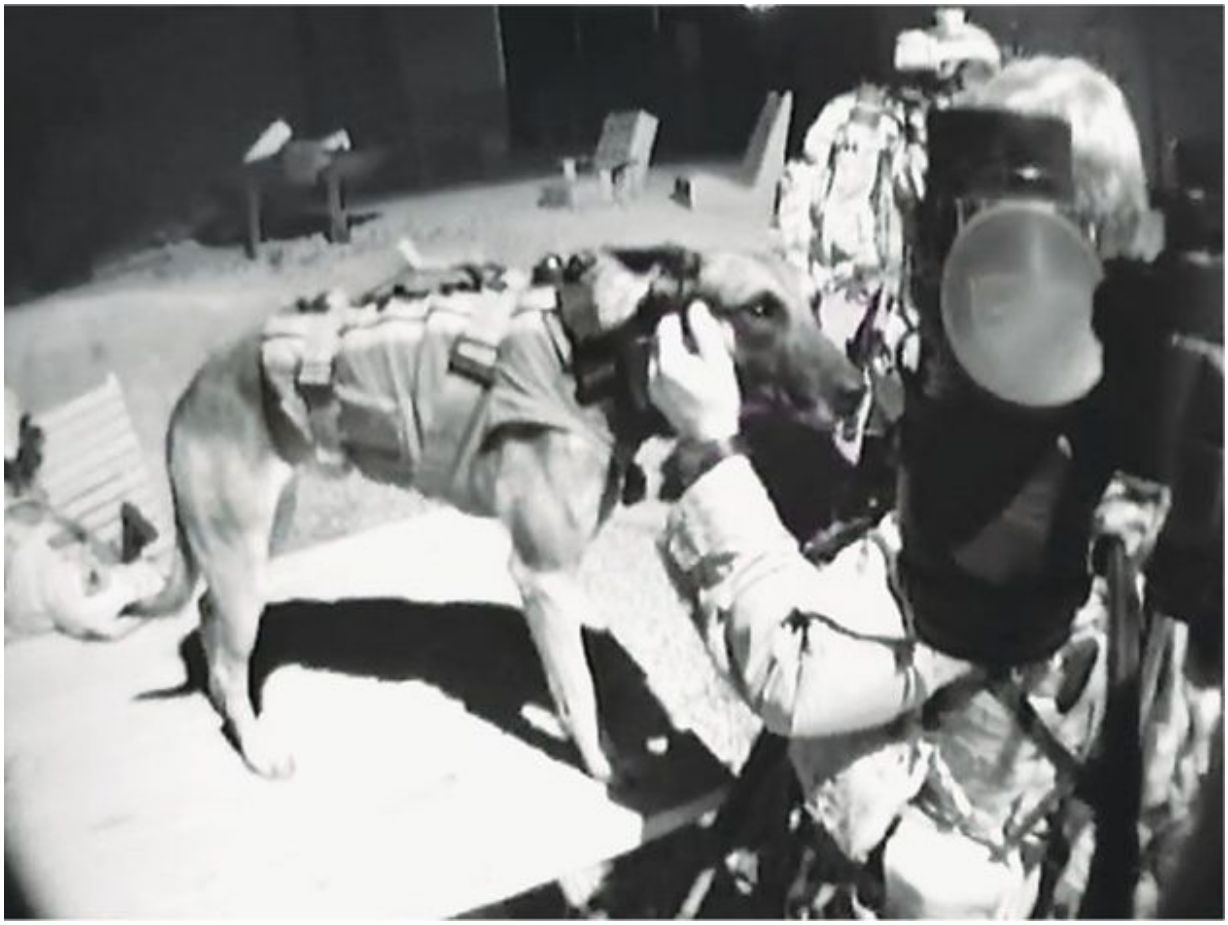
Buzos y bote de seguridad en el embarcadero de Ketchikan, Alaska, cerca del lugar en que una orca había tomado su desayuno aquella mañana.

Yo, en mi primer HAHO (salto en que se abre el paracaídas a gran altura), en un lanzamiento con mi escuadrón ST6, justo antes del desprendimiento de mi paracaídas.

Salto en tándem durante un entrenamiento. En un HAHO, es necesario llevar oxígeno y, de noche, son obligatorias las herramientas de visión nocturna.

¡Una caída épica! Una atenta observación permite distinguir las marcas de frenado que dejé en la tierra.

«Misil peludo» y su cuidador en un despliegue en Afganistán.



«Misil peludo» en una de nuestras misiones en Irak.

Entrenamiento en aguas de la costa de Virginia. La mayoría de unidades no disponen nunca de estos privilegios. Nosotros contamos con un portaaviones de cubierta grande y un helicóptero TF 160.

Yo corriendo en uno de los entrenamientos cuando formaba parte del ST5.

Entrenando con nuestros vehículos cuatro por cuatro y los *side by side*.

Afganistán. El MiG es un recuerdo de la presencia rusa en la zona.

Fuerzas afganas asociadas.

Un colega y yo a punto de salir para una misión con un frío glacial en un valle cubierto de nieve.

Yo y mi MP7 en un vuelo de regreso tras la misión de la casa llena de explosivos.

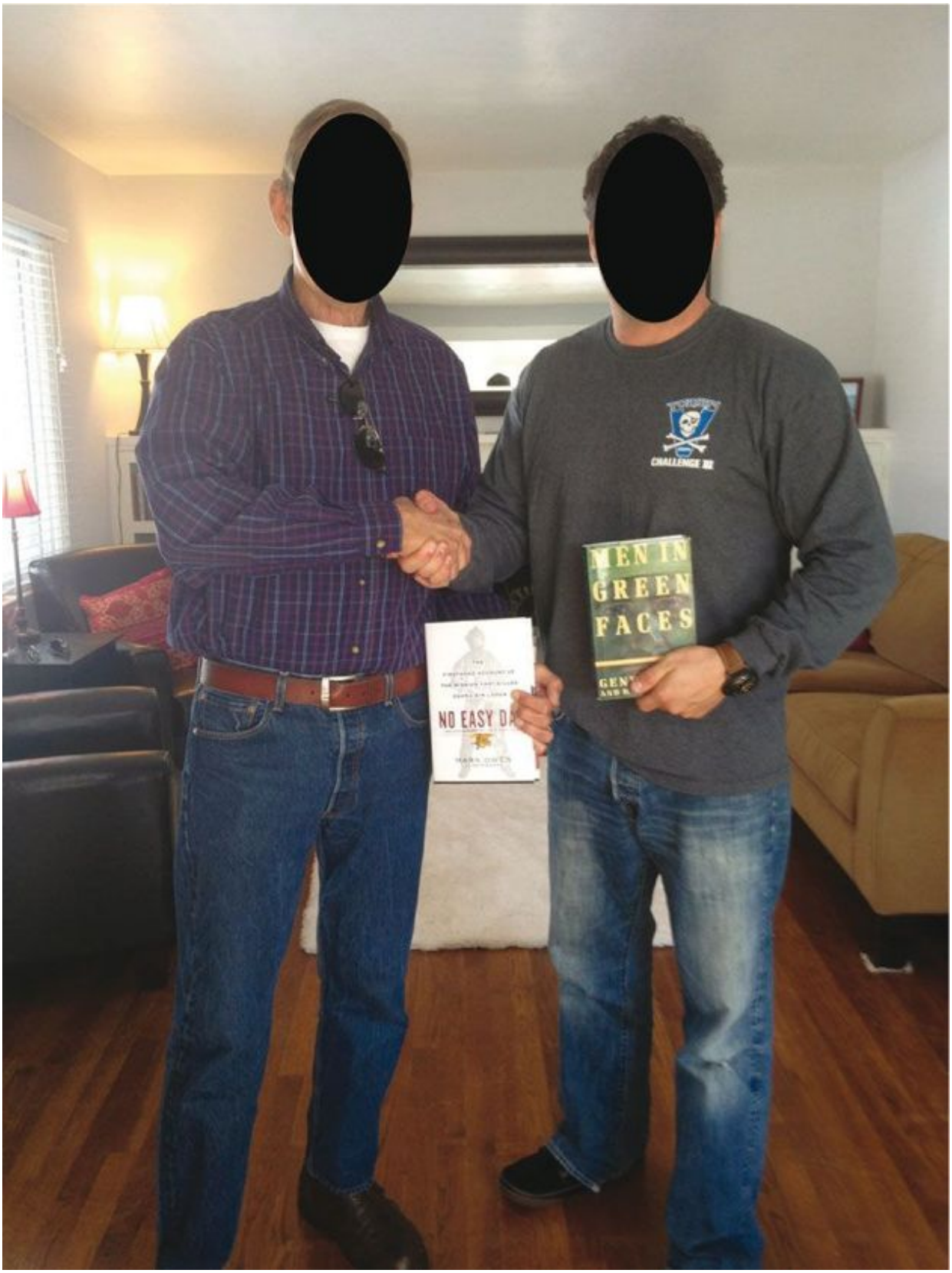
Los chicos Delta y yo el día en que estuvimos a punto de aterrizar sobre una casa equivocada.

Mi equipo, justo antes del asalto, en el capítulo sobre la evolución. ¡Atento siempre a los zapatos!

Phil y yo, en un descanso antes de entrenar. Phil no es solo un buen amigo sino también mi mentor.

La mañana siguiente después de rescatar al capitán Phillips.

Un cuchillo Emerson que llevaba en el asalto de OBL y que luego doné a la beneficencia. El dinero recaudado fue para la familia de un compañero fallecido.


MEN IN
GREEN
FACES

Yo, intercambiando libros con Gene Wentz, el autor de *Men in green faces*. Fue el primer libro que leí de los SEAL y me animó a convertirme en uno de ellos.

Mi uniforme de camuflaje cuando regresé del asalto a OBL. La sangre de la parte superior izquierda indica el lugar de entrada del fragmento de bala en mi hombro.

Notas

[1] *Rumint* es la combinación de los dos términos ingleses *rumor* e *intelligence*, para referirse a informaciones basadas exclusivamente en rumores. (*N. de la t.*)

[2] En Estados Unidos y Canadá, el *valedictorian* es el alumno que pronuncia el discurso de clausura a final del curso; suele coincidir con quien ha obtenido las mejores calificaciones académicas. (*N. de la t.*)

[3] *Cf*. Mark Owen, *Un día difícil,* Crítica, Barcelona, 2012, p.13. (*N. de la t.*)

Primera edición: noviembre de 2014

No hay héroes
Mark Owen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *No Hero*

© Mark Owen, 2014

© de la traducción, Cecilia Belza, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

© del diseño de la portada, Anthony Ramondo
Adaptación de la cubierta: juliafont.com
© de la imagen de la portada, NRA Life of Duty

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Todas las fotografías proceden de la colección de los autores.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2014

ISBN: 978-84-9892-770-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com